CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO «SAN JOSE DE CALASANZ», DE PEDAGOGIA
Serie A. — Núm. 14

LA PEDAGOGIA SOCIAL DE DON BOSCO

POR

RODOLFO FIERRO TORRES, S. D. B.

PROLOGO DE

D. SALVADOR MINGUIJON

MADRID
1 9 4 9

F (140) 0
36881

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA CHAMPAIGN
OAK STREET
LIBRARY FACILITY

LA PEDAGOGIA SOCIAL DE DON BOSCO

UNIVERSITY OF LONDON
31 JUL 1951
INSTITUTE OF EDUCATION, W.C.1

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO «SAN JOSE DE CALASANZ»

LA PEDAGOGIA SOCIAL DE DON BOSCO

POR

RODOLFO FIERRO TORRES, S. D. B.

PROLOGO

DE

SALVADOR MINGUIJON

MADRID
1 9 4 9

UNIVERSITY OF LONDON
OVERSEA
31 JUL 1951
DIVISION
INSTITUTE OF EDUCATION, W.C.1.

36881

NIHIL OBSTAT
Ambrosio Díaz, S. D. B.

IMPRIMI POTEST
Modestus Bellido
Provinciae Moderator
Madrid, 24-V-1948

NIHIL OBSTAT
Joaquín González Conde
Censor

IMPRIMATUR
Casimiro
Obispo Auxiliar y Vic. Gen.
Madrid, 19 de marzo de 1949

C. BERMEJO, IMPRESOR.—J. GARCÍA MORATO, 118. TELÉFONO 33-06-19.—MADRID

PROLOGO

Los santos emergen del nivel ordinario como las altas colinas coronadas de níveas blancuras y acariciadas por los rayos del sol. Lejos de ser la santidad un estado de almas enfermizas que se alimentan de vagos anhelos hacia un mundo evanescente, es el reino de las realidades plenas que satisfacen las más profundas exigencias del espíritu.

Ante todo, el santo es una personalidad que nos admira por la unidad y la harmonía de su ser. Aunque tenga que luchar contra las bajas inclinaciones de la naturaleza, no es un reino dividido entre solicitaciones contrarias, es una fuerza que obedece a una sola inspiración poderosa y total. Entregado a un ideal cuya esencia es insondable, le consagra lo mejor del alma, mejor dicho, el alma entera, el entusiasmo, el dolor, el esfuerzo, el pensar y el sentir, los grandes rasgos y las pequeñas acciones.

Desde las alturas de ese ideal ve en su real pequeñez todos los valores mundanos y fugaces en sí mismos considerados. Pero la vida temporal, despreciable frente a la eternidad, adquiere en cambio una importancia ilimitada como reverbero de la luz increada y como ruta a las playas dichosas de la verdadera vida. Las menores acciones tienen un valor excelso como ofrendas de la creatura a su Creador; la vibración fugaz no muere por completo, tiene una repercusión inmensa a lo

LIBRARY U OF I URBANA-CHAMPAIGN

eterno y a lo infinito. La vida ya no es desdeñable, adquiere un valor y una majestad insuperables.

Así brota la caridad activa y heroica, la espiritualidad rebosante y fecunda que hace al alma salir de sí misma para derramarse en el mundo, para vivir en renunciación, en total donación del propio ser. El santo, además de la virtud, tiene el genio que brilla en máximas de vida y en acciones sorprendentes. Aun de las almas más sencillas y más iletradas brota el chispazo genial. El santo es el verdadero super-hombre. Padece a veces desolaciones interiores, sequedad y tinieblas de espíritu. Pero en el fondo de su ser la esperanza canta la melodía del vivir futuro.

De cuando en cuando, por encima de todas las jerarquías humanas, se enciende en la Iglesia la gloria de una apoteosis. Son las exaltaciones de los elegidos del amor. Verdades vivas, a la vez carne y espíritu, esfuerzo humano y bendición divina, no meramente afirmativas, sino gloriosamente triunfadoras que, surgiendo de las realidades de la vida, afirman sobre la vida una excelsa soberanía. Son los hombres del nimbo glorioso que derramaron sobre las muchedumbres palabras santas y fecundas o vertieron sobre ellas el cáliz purificador. O simplemente plantas de humildad y de sacrificio florecidas en amor. De una jovencita que vivió olvidada, de un corazón sencillo que puso en los hechos ordinarios lumbres refulgentes de un ideal supraterrestre, surge una cima del espíritu, un mundo de vida interior, un fondo insondable, un hechizo sobrenatural. Los olvidados, los héroes oscuros de la inmolación cotidiana son sublimados sobre todas las grandezas. Ejercerán sobre la vida humana un magisterio incomparable. Serán sembradores de gracias, fuentes de prodigios, testigos de las maravillas del amor, y sus nombres se prolongarán en el rumor inacabable de la invocación.

La que figura en las páginas siguientes es de uno de los más grandes héroes de la caridad. Puede decirse que en él la caridad se ha hecho pedagogía o que la pedagogía se ha hecho caridad. La enseñanza tiene algo de paternidad y por eso no es completa si no va fundida con el amor. La vida de San Juan Bosco es actividad fecundísima, heroísmo sostenido, inmolación paciente, un alma que día a día se vierte en su obra, servida por una inteligencia prócer, un espíritu inventivo y al mismo tiempo de consumada prudencia, sagaz psicólogo, solícito, expansivo y cordial conocedor de las necesidades de su tiempo y de los corazones juveniles que supo como nadie abrir a las santas sugestiones de la religión. Generaciones de discípulos se suceden que su gran Obra cobija, imprimiendo en sus almas la impronta espiritual de su gran fundador, cuya alma parece flotar sobre la actividad de sus continuadores.

El R. P. Rodolfo Fierro ha puesto en ese espíritu la inspiración de su vida. Su trabajo es sólido y abundantemente documentado, pero al mismo tiempo animado y lleno de interés. Se ha asimilado de la manera más perfecta y comprensiva el alma del gran maestro santo y al difundir su Obra la prolonga. El público apreciará como merece su admirable trabajo, y abundantes semillas de bien —hay que esperarlo así— germinarán no sólo en la inteligencia, sino en el corazón de sus lectores. Que Dios se lo premie.

Salvador Minguijón

CAPITULO PRIMERO

ALGO DE HISTORIA

I

LOS ALBORES

Balmes y Don Bosco

1. Cuando en 1848 estalló en París la revolución que destronó a Luis Felipe, escribió Balmes, comentándola: «Los sucesos de febrero no son una revolución nueva; son una fase de la antigua, de ese grande hecho de los tiempos modernos, que los historiadores tomarán como una época, término de una *serie de grandes evoluciones sociales, principio de otras no menos grandes*. Los que creyeron que se acababa todo, primero con la Restauración, luego con la dinastía de julio, se parecen a quien esperase que un volcán se apaga tapándole la boca con una piedra.»

Balmes veía justamente; sabía además que el estallido de la Revolución en París—o en Francia, porque en toda ella hubo manifestaciones y revueltas—, no era más que una erupción local del gigantesco volcán que hervía en las profundidades de toda la sociedad.

El gran pensador examinaba con su habitual claridad, precisión y agudeza, la situación panorámica del mundo, y sentenciaba: «Las relaciones entre capital y trabajo son «la cuestión más grave que se ha presentado al mundo en lo relativo a cambios sociales; la abolición de la esclavitud quizá no fué tan difícil.»

En otros lugares estudia los remedios que han aplicado políticos y sociólogos, y deja entender que, el remedio, si viene, tiene que traerlo la Iglesia con un Santo y una Comunidad religiosa expresamente mandados por Dios (1).

Precisamente en este año había Don Bosco perfeccionado y extendido sus «Oratorios Festivos» y se preparaba a fundar sus «Escuelas profesionales». También él había analizado la «Cuestión», y exclamado: «Veo sobre el horizonte una nube negra que avanza y amenaza hundirlo todo en ruinas.» Aludía al socialismo y comunismo que despuntaban en lontananza. Pero tenía esperanza de que se pudiera conjurar, y se propuso hacer lo posible para conjurarla.

Nos parece, si no nos ciega el amor filial, como esperamos que no nos ciegue, que Juan Bosco es precisamente el Santo que entreveía el filósofo español.

No somos nosotros solos quienes lo vemos y lo decimos; son ya legión.

Legión capitaneada por Pío IX, quien dijo textualmente a Don Bosco el año de 1876: «Yo creo que os revelo un misterio. Tengo la certidumbre de que vuestra Sociedad ha sido suscitada por Dios para mostrar la potencia de su brazo. Estoy cierto de que Dios ha querido guardar escondido hasta el momento presente un gran secreto, desconocido a tantos varones y a tantas Instituciones. Vuestra Sociedad es nueva en la Iglesia, porque tiene una misión específica, nueva también... El Señor lo ha manifestado visiblemente en ese día, y yo quiero revelároslo. Y yo os predigo que la Sociedad Salesiana florecerá, se dilatará milagrosamente, durará en todos los siglos venideros y hallará siempre coadjutores y cooperadores mientras conserve su espíritu, mientras promueva el espíritu de piedad y de religión en el pueblo y cele por la moralidad y pureza.»

Y añadía con paternal corazón: «Pero pesa sobre vosotros una gran responsabilidad: la de corresponder a tantas y tan grandes gracias. Y yo os digo, en nombre de Dios: si lo hacéis, si correspondéis a estas finezas de Dios, tendréis sacerdotes, coadjutores, cooperatores, ministros celosos, ve-

réis multiplicarse las vocaciones, sea para vosotros, sea para las otras Congregaciones, sea para las Diócesis... y el bien que haréis será incalculable» (2).

Juicio del P. Barbera, S. J.

2. Juan Bosco es un Santo y un Genio... El P. Barbera, S. J., que es uno de los mejores escritores de la Compañía de Jesús en Italia, y quizá el príncipe de sus pedagogos, llama a Don Bosco «el Santo Representativo de los tiempos presentes».

Se sabe que estos Santos vienen al mundo con el encargo de adaptar al Evangelio, que es eterno, las modalidades de la época en que vienen. Esta época nuestra es la «época social» por excelencia.

Como Genio, Don Bosco tiene intuiciones que se adelantan a su siglo y encajan en los que siguen. Pier Veuillot, hijo del famoso Luis, dice que sus teorías y métodos son de más actualidad hoy que durante su vida, con serlo entonces tanto, como adelante veremos.

«Sueño» profético

3. Niño de nueve años, tiene un «sueño» o visión, diríamos mejor, en que ve, clara, transparente aún bajo el velo de una especie de alegoría, la misión que la Divina Providencia le confía en el mundo. Es una misión de armonía: trocar en factores de orden y convivencia los elementos que en la sociedad se riñen y pelean, hacer que convivan el lobo y el cordero, convirtiendo en corderos los lobos y alimañas feroces, juntando como en un acorde los intereses que parecen antagónicos.

Recordemos este «sueño», que narra él mismo en sus Memorias, escritas por orden de Pío IX:

«Me pareció que estaba en un patio espacioso, donde se

hallaban reunidos una gran cantidad de niños. Unos reñían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, lancéme en medio de ellos empleando puños y palabras para hacerlos entrar en orden. Pero ellos se volvieron contra mí y me molieron a puñetazos. En aquel momento apareció un Personaje venerando, noblemente vestido. Un manto blanco cubría toda su persona, y su cara era tan luminosa, que no podía mirarla. Me llamó por mi nombre, y me ordenó ponerme a la cabeza de aquellos niños, añadiendo estas palabras: «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad habrás de ganarte estos amigos tuyos. Disponte, pues, inmediatamente a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.»

Confuso y espantado, contesté que yo era un pobre niño, ignorante niño, incapaz de hablar de Religión a aquellos jovencitos.

En aquel momento los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias, y se reunieron en torno de aquel Señor. Casi sin saber lo que decía, exclamé:

—¿Quién sois Vos, que mandáis cosas imposibles?

—Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y adquisición de la ciencia.

—¿Dónde? ¿Cómo podré adquirir esa ciencia?

—Yo te daré la Maestra bajo cuya disciplina podrás hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero, ¿quién sois Vos que así me hablais?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día. Mi nombre pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento ví junto a El una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que por todas partes resplandecía, como si cada uno de sus puntos fuese una estrella brillantísima. Observando que mi confusión aumentaba con mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome de la mano: «Mira», me dijo. Al mirar

advertí que aquellos niños habían huído todos, y en su lugar ví una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros varios animales. «He aquí tu campo: he ahí donde debes trabajar—continuó diciéndome la Señora—. *Hazte humilde, fuerte, robusto, y lo que ves ocurre con estos animales, deberás hacerlo tú con mis hijos.*»

Volví entonces la mirada, y he aquí que, en lugar de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos, que, saltando y triscando, acudían en torno de Ella, balando como para festejar a aquel Señor y a aquella Señora.

Yo me puse a llorar y le rogué me hablara de modo que pudiera entenderla. Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome: «Todo lo entenderás a su tiempo.»

Dicho esto, me despertó un rumor y todo desapareció. Quedé aturdido. Tenía las manos y la cara doloridas por las bofetadas y golpes recibidos de aquellos pilluelos. Después, aquel Personaje y aquella Señora, así como las cosas dichas y oídas, ocuparon de tal modo mi mente, que no me fué posible conciliar el sueño» (3).

Este «sueño» se le repetía, con variantes apropiadas, a lo largo de los setenta y dos años y medio de su existencia, siempre que hubiera alguna nueva obra o modalidad importante que aplicar.

La orfandad

4. Juan Bosco había quedado huérfano de padre a los dos años; recordaba confusamente el triste acontecimiento y las palabras de su madre: «¡Pobrecito, ya no tienes padre!» Esto formaba parte de la preparación: debía ser «el padre de los huérfanos»; la experiencia personal es en todas las cosas la mejor escuela.

Juan Bosco era un muchacho robusto, esbelto, pero pobre. La Virgen le había recomendado hacerse «humilde y fuerte». Su condición y sus anhelos se lo facilitaban. Apenas tuvo uso de razón empezó a desear ser sacerdote, «para atraer

e instruir en la Religión a muchos compañeros que se vuelven malos porque nadie se cuida de ellos». Pero su pobreza no se lo permitía. Tuvo que luchar, tuvo que sufrir, tuvo que trabajar mucho, tuvo que humillarse, tuvo que implorar el auxilio de mucha gente. Todo esto era un entrenamiento para su futura misión; todo esto le facilitaba el heroico ejercicio de esas dos magnas virtudes: la humildad y la fortaleza, tan indispensables al apóstol.

Antes y durante todo el período de sus estudios ejerció el apostolado entre sus compañeros y en torno suyo, de la manera más eficaz y con la mayor amplitud. Sin pretenderlo, donde él está es siempre no sólo el primero, sino «el jefe indiscutido e indiscutible».

Cómo se prepara a su misión

5. Llegado al Sacerdocio, se le reitera el «sueño» de los nueve años, con algunas variantes oportunas.

E inmediatamente se da a estudiar con toda seriedad el campo en que debía operar y realizar su mandato. Lo relata así su primer biógrafo, que fué su secretario, el gran escritor don Juan B. Lemoyne:

«Apenas instalado Don Bosco en el Pensionado Eclesiástico de perfeccionamiento ministerial, quiso formarse idea cabal de las condiciones morales y sociales de la ciudad de Turín, en especial de la juventud: recorrió diligentemente los barrios uno a uno, saludando a los obreros, llamando a los niños, que, no acostumbrados al trato del sacerdote, huían y no acertaban a responder a sus preguntas. Los domingos y fiestas prolongaba sus excursiones, sufriendo a la vista del número inmenso de chiquillos y mozos que vagaban por calles y plazas contemplando con estúpida curiosidad y mal celado rencor a las llamadas «personas elegantes» que, perfumadas y fastuosas, iban y venían indiferentes a la ajena miseria, en tanto que otras muchas en sucios fonduchos se entregaban a la bebida y a los juegos de azar. En los subur-

bios, las turbas promiscuas se divertían indecorosamente, reñían, blasfemaban, y le representaban al vivo el «sueño» de los nueve años, confirmándole en la persuasión de ser ése el campo que la Virgen le indicara.

Aprovechaba también para sus observaciones el paseo vespertino que el pensionado permitía a sus estudiantes para que orearan la cabeza y los pulmones fatigados por el trabajo intenso de las clases y conferencias.

Pasando cerca de las tiendas y fábricas, a menudo veía y oía guiños y risotadas equívocas, canciones triviales, imprecaciones y maldiciones, destacándose la del jovenzuelo que, brutalmente golpeado por patronos y capataces inhumanos, chilla, patea, se endurece y almacena pensamientos de odio y de venganza.»

Luego se dió a estudiar la sociedad en toda su compleja estructura: «frecuenta las familias de la aristocracia, se relaciona con las Casas del Comercio y de la Industria, con los talleres grandes y pequeños, con las Casas Editoriales, con las redacciones de los periódicos: ejerce su ministerio sacerdotal y magistral en las escuelas y colegios, en hospitales y cárceles, en las calles y en las plazas, a la sombra del santuario, y, como si aún fuera poco, en capilla y en el cadalso de los condenados a muerte. Ya desde entonces su actividad es tan grande, que todos sus Superiores y amigos se asombran de su resistencia y ductilidad». Más tarde se dirá de él que «es uno de los hombres que más y mejor han trabajado desde que el mundo es mundo».

Dotado de grande espíritu de observación, se detenía a mirar, para estudiar y atesorar experiencia, las obras de albañilería en las casas en construcción, que eran muchas, porque Turín había entrado ya en la época laboral que iba a hacer de ella, con Milán, la ciudad más industrial de Italia y una de las más activas del mundo. Allí veía niños de ocho a doce años «necesitados aún—son sus palabras—de las caricias maternas, sirviendo de mozos a los albañiles, subiendo y bajando todo el día con calderos de cal y mezcla, por escalas y andamios, al agua, al sol, al viento, a la intempe-

rie, sin más auxilio educativo que los regaños y golpes, el ladrillazo o la bofetada propinados entre blasfemias y palabrotas soeces».

«Otros niños sucios, desgreñados, rotos, rodaban por las calles, porque los han echado de sus casas o porque no la tienen. A veces—agrega—es la necesidad la que hace que, por cerrarse temporáneamente casas y tiendas, se le confíen los niños a la calle. Pero otras, no pocas, es el cálculo sórdido el que lo hace: obligan a los niños a mendigar, acostumbrándolos al ocio y al atraco. Al anochecer te abocas con multitud de obreros que, saliendo del trabajo, van a las tabernas y suben a las mefíticas bohardillas, o descienden a mansiones subterráneas, hediondas y sin aire, consumiendo y dejando en flor la vida, sin oír jamás ni una palabra cristiana, ni un aviso caritativo, sin recibir una caricia amiga.»

«Más de una vez desvergonzados mozalbetes, al ver a ese sacerdote solo, se le burlaban y lo escarnecían; pero sus insultos y sus insolencias no hacían sino retronar en sus oídos y en su corazón el angustioso grito del profeta: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frageret eis*: los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo proporcionara.»

Intensifica la preparación

6. Para completar el estudio y la preparación, visita bohardillas, cárceles y hospitales. Sus dos Superiores, el teólogo Guala y San José o Cafasso, apóstoles ambos de inagotable caridad, que ejercían el apostolado en las casas de la expiación y en las del dolor, lo toman por compañero, lo amaestran y lo lanzan. Al principio se le mira con desconfianza, creyéndolo quizás un espía; luego ante su caridad los corazones se abren y a veces florece en los marchitos labios la sonrisa. En los reclusorios descubre que «muchas, muchísimas personas han llegado a ser infelices y hasta se han embrutecido por su misma desventura, procedente, más que de

malicia, de falta de instrucción religiosa y social». Háblales de Religión, y se le escucha; promete volver, y se le espera. A Don Bosco lo entristece sobremanera el encontrar allí «muchos jóvenes y no pocos niños». Descubre que, si no todos, la mayor parte deben su desgracia a la falta de instrucción religiosa», y exclama: «¿Y esto no se podría prevenir?» ¡Prevenir!; he aquí la base de su sistema educativo y social.

También los hospitales y cárceles son para él una Escuela Normal que le enseña... ¡y tanto! ¡Cuántos dolores, cuántas miserias! Y también esto, muchísimo de esto al menos, ¿no se podría prevenir? (4).

II

EL COMIENZO

Ante la realidad

7. Bajo la impresión de sus experiencias en el hospital del Cottolengo y el reformatorio de la Generala, escribe:

«Las palabras del Evangelio: «ut filios Dei qui erant dispersi congregaret in unum» (5), que nos aseguran haber venido el Divino Salvador del cielo a la tierra para reunir en una familia a todos los hijos de Dios dispersos en las varias partes de la tierra, paréceme se pueden aplicar literalmente a la juventud de nuestros días. Esta porción de la Humanidad, la más delicada y más preciada, sobre la cual se fundan las esperanzas del porvenir, no es de suyo de índole perversa. Quitado el descuido de los padres, el ocio, el encuentro de compañeros malos, a que está sujeta *especialmente los días festivos*, resulta facilísima cosa insinuar en sus tiernos corazones los principios de orden, de moral, de respeto, de religión, pues sucede que si alguna vez está ya dañada en esa edad, lo está más bien por inconsideración que no por malicia. *Estos niños tienen verdadera necesidad de una mano*

benéfica que se cuide de ellos, los cultive a la virtud, los aleje del vicio. *La dificultad consiste en hallar modo de reunirlos*, hablarles, moralizarlos. Fué esta la misión del Hijo de Dios: *esto puede hacerlo solamente la Religión.* Mas esta *Religión, que es eterna e inmutable en sí*, que ha sido y será siempre la maestra de los hombres, contiene una ley *tan perfecta, que se plega a las vicisitudes de los tiempos y se adapta a la índole de cada uno de los hombres.* Entre los medios aptos a difundir el espíritu de religión en los corazones incultos y abandonados, están *los Oratorios Festivos.* Al entregarme a esta parte del sagrado ministerio fué mi intención consagrarme con todas mis fuerzas y posibilidades a la mayor gloria de Dios y provecho de las almas; entendí darme *para formar buenos ciudadanos* en esta tierra, que fueran luego *dignos habitadores del cielo.* Dios me ayude a continuar hasta el último respiro de mi vida» (6)..

Documenta su optimismo

8. ¿Documentaba sus optimismos? Cierto. Escribe en sus Memorias:

«A medida que les hacía sentir (a los encarcelados) la dignidad del hombre, qué es racional y debe procurarse el pan de la vida con el trabajo y no con el robo; apenas hacía resonar en su mente el principio religioso, experimentaban en su corazón un júbilo del cual no sabían darse la razón; pero que los resolvía a hacerse buenos. Y en efecto, no pocos cambiaban conducta en la misma cárcel; otros, en saliendo, vivían de tal modo, que no reincidían» (7).

«En poco tiempo, andando por las calles y plazas, me ví rodeado de chicuelos, obedientes todos a mis avisos, todos encaminados al trabajo, de cuya conducta podía salir garante. Les echaba la mirada, y veía al uno devuelto a la casa paterna, de donde había huido; el otro, antes dado a la vagancia y al latrocinio, colocado y trabajador; éste, salido de la cárcel, convertido en modelo de los compañeros; aquél,

antes ignorantísimo, ahora deseosísimo de instruirse y de practicar la Religión» (8).

Más tarde, con mayor acopio de datos y experiencia, formulará su teoría acerca del problema del «medio ambiente» en la educación—que no es el caso de estudiar aquí—; baste decir que para él, «la influencia del medio ambiente es más decisiva que la herencia psicosomática», y que «el ambiente no sólo se puede modificar, sino que el educador debe formarlo y crearlo».

La acción de la Providencia

9. Por estas someras notas biográficas claro se vé cómo la Providencia lo preparaba a su misión y cómo él cooperaba a la acción de la Providencia. Don Bosco tenía una energía extraordinaria y un tesón no menos extraordinario. Todo esto lo puso él al servicio de la misión. Pobreza, enfermedades, incomprensiones, burlas, obstáculos de todas clases, pretenden entorpecer su obra; sus más allegados amigos lo toman por visionario y por loco, y en su cariñosa amistad quieren encerrarlo en un manicomio. El resultado es cómico: los dos caritativos canónigos que habían concertado la reclusión, van a parar ellos mismos al manicomio en el coche que debía llevar a Don Bosco, y se requieren los oficios de éste para que salgan.

Inmensidad de la obra

10. La obra es inmensa. Tan inmensa, que el operario no sabe cómo ni por dónde comenzar. La Providencia se lo depara.

Un día, y es un día de la Virgen—el 8 de diciembre de 1841—, está revestido para celebrar la Santa Misa en el altar del Santo Angel de la Guarda en la Iglesia de San Francisco de Asís, el santo de los humildes y la caridad encendida. El

sacristán llama para ayudarla a un chico que por curiosidad ha entrado en la sacristía. Y como el chico no sabe, el malhumorado sacristán lo maltrata. Don Bosco toma su defensa y logra que después de la misa, el chico hable con él. Es un albañil de catorce años, forastero en Turín. «¿Sabes leer?» «No.» «¿Tienes padre?» «No.» «¿Sabes rezar?» «No.» «¿Sabes silbar?» El chico sonríe. Esto le basta a Don Bosco; esa alma es una caracola marina que se ha abierto. «¿Por qué no vas al Catecismo?» «Porque soy muy grande y me da vergüenza.» ¡Sentimiento de honor aprovechable!

Un mundo desconocido se abre entonces ante la mente del Santo. Vé la tragedia de la Humanidad, y especialmente del elemento obrero. Causas del mal son muchas; pero por encima de todo, *la ignorancia religiosa y la falta de caridad* en la grande mayoría de los hombres, aun de los que se llaman cristianos. Remedios, pues, habrá muchos; pero es evidente que el principal será *educar a los hombres en la Religión*, es decir, instruirlos en las verdades del Cristianismo y hacerles practicar la Caridad... tanto a los de arriba como a los de abajo.

Empieza denodadamente

11. Don Bosco empieza inmediatamente. La indecisión es casi siempre la muerte de las buenas inspiraciones; es una incorrespondencia a la gracia, y eso no se compagina con su generosidad. Una lección de Catecismo a Bartolomé Garelli—que así se llamaba el chico—. Tiene que comenzar por enseñarle a persignarse, porque no lo sabe. Haciéndolo arrodillar junto a sí, «recemos, le dice, un Ave María a la Santísima Virgen para que nos bendiga». Y el chico va repitiendo la salutación angélica, que el Santo va pronunciando con gran fervor. Al fin de su carrera mortal, cuando ha sembrado de casas y de misiones el mundo, Don Bosco les dice a sus hijos: «María Santísima Auxiliadora lo ha hecho todo. Todo tiene su origen en esa Ave María rezada de corazón con un niño desamparado.»

Bartolomé fué perseverante y fiel. Al domingo siguiente le llevó seis compañeros. Y así se formó el primer grupo que fué la base de esa portentosa obra religiosa-social que es el «Oratorio Festivo sistema Don Bosco», que llena hoy el mundo y que ha servido de modelo para todas las obras similares.

No es del caso referir las vicisitudes por que pasaron el Santo y su obra hasta lograr consolidarse. Fueron enormes, arduas, conmovedoras. Venciendo obstáculos grandes como montañas, se impuso, triunfó, fué la admiración de los mismos que los persiguieran; salvó, salva y salvará millones de almas, solucionando multitud de problemas sociales y religiosos.

«Oración y trabajo»

12. Esta obra la llamó Don Bosco «Oratorio», porque «toda obra que quiera ser eficaz debe comenzar por una mirada al cielo».

Apenas pudo, adquirió un local. Allá llevó a su santa madre, Margarita Occhiena de Bosco, para que le ayudara. La caritativa mujer, digna madre de tal hijo, consintió en compartir con él las penalidades y satisfacciones de ese apostolado tan nuevo, tan original; vendió su ajuar y su mismo anillo nupcial, y se desprendió de todo, para ser la madre de aquellos niños desconocidos. Fueron centenares y millares. La amaron y veneraron. Y con razón. Esta renuncia heroica, ¿no pone a Margarita en la categoría de las mujeres de que se honra la Santa Iglesia?

III

AFIANZAMIENTO

Los medios humanos

13. El mandato del cielo y la misma inspiración, no dispensan al hombre de poner los medios humanos, entre otros el estudio, el trabajo cuidadoso, para realizarlo. Así Don Bosco estudió los mejores métodos catequísticos y las mejores instituciones de los tiempos pasados y de los suyos propios, para dotar a su sistema de los medios que le aseguraran el éxito. Consultó también a los grandes maestros. Y fundiéndolo todo, lo propio y lo ajeno, en el crisol de su genio, realizó eso que es suyo, original: el Oratorio Moderno, en el cual no sólo se enseña el catecismo y se tienen círculos de estudio, sino que se vive en pequeño la entera vida de la sociedad.

El niño pasa, y pasa *voluntariamente*, casi todo el día en los locales del Oratorio: oye misa, escucha la explicación del Evangelio, tiene facilidad de confesarse y comulgar; frecuentemente desayuna allí; corre, juega, se divierte, hace gimnasia, tiene reuniones de carácter cultural, religioso, deportivo... En las horas de la tarde recibe la instrucción catequística según sus capacidades y edad, por secciones, y luego la plática doctrinal, la Bendición del Santísimo. Y tras esto, sus partidas de diversos juegos y deportes, sus funciones de teatro, preparado entre los mismos elementos del Oratorio, sesiones de cine, etc. Del Oratorio surgen los *catequistas*, *los líders*, las compañías, los equipos deportivos, etc.

El Oratorio viene luego a ser, por la misma fuerza de las cosas, una oficina de colocación, una especie de bolsa de trabajo, una antecámara o sala de espera de los Colegios y de las Escuelas Profesionales. Claro es que todo esto no se realiza en el primer momento. Pero como se tome en serio, las cosas llevan allá.

El primer Oratorio de Don Bosco, bien humilde empezó. Una sacristía primero, una plazoleta luego, unos prados después..., todo prestado, todo contenido y aun perseguido; luego unos palmos de terreno y un tinglado mísero, pero ya propio, comprado a fuerza de fe y de privaciones heroicas. Pero ya propio; ya se podía afirmar el pie; ya se tenía el famoso punto de apoyo para mover el mundo.

El primer «cooperador»

14. Por cierto, que el día de la instalación, Don Bosco y mamá Margarita no tenían ni un céntimo en la faltriquera. En la esquina los alcanza un sacerdote condiscípulo del Santo. Era ya tarde avanzada. «¿A dónde váis a esta hora?» «A instalarnos en nuestra casita.» «¿Y con qué recursos contáis?» «A la verdad, no lo hemos pensado. La Providencia Divina nos trae.»

Conmovido aquel buen amigo, saca de su bolsillo el reloj:

—Tómalo, Juan; comprad lo que podáis, lo más urgente.

—Dios te lo pague...—Y vuelto a la madre—: ¿No os lo decía? La Divina Providencia no abandona lo que es obra suya.

La ciudadela

15. El sitio aquél es hoy la Casa Madre de la Institución Salesiana. Poco hace hemos celebrado el centenario de su fundación. En uno de sus inmensos patios, al socaire de la Basílica de María Auxiliadora, a pesar de la guerra—porque aunque habían cesado las operaciones bélicas, la paz aún no había venido—, se reunieron millares de personas de todas las clases sociales, y representaciones, puede decirse, de todos los continentes y países—entre los cuales, claro es, España y Portugal—, en magnífica velada en que resonaron los acentos de las principales lenguas que se hablan en el mun-

do y acentos musicales de variados folklores; dimos gracias a Dios por tantas bendiciones y reanudamos nuestros votos de fraternidad universal, al amparo de la Cruz Redentora y bajo la mirada amorosa de María Santísima Inmaculada Auxiliadora. Ondeaban sobre el inmenso palco de la Presidencia algunos centenares de banderas, símbolos de otras tantas nacionalidades y entidades internacionales.

Esa Casa, «el Oratorio de San Francisco de Sales», es una pequeña ciudad de cerca de 2.000 habitantes residentes fijos, y una población flotante que en días como aquél suma a decenas de millares, que por lo menos desfilan ante sus monumentos y oran en sus santuarios; porque hay allí una sección de 500 alumnos estudiantes y otra de 500 artesanos, obreros aprendices de diversos artes y oficios, un numeroso Oratorio Festivo con sus locales propios y apropiados, con sus secciones deportivas, culturales, económicas, sus conferencias de San Vicente de Paúl..., dos teatros, digo mal: los dos teatros, como algunas otras partes de los edificios, han sido sepultados bajo el peso de las bombas y consumidos por el fuego de las teas de fósforo que los aviones estuvieron arrojando durante cinco largos años... para liberar la ciudad... pero ya todo se está reedificando...; dos iglesias: la de San Francisco de Sales, que fué la primera que Don Bosco edificó, y la de María Auxiliadora, que es uno de los santuarios más venerados y frecuentados del mundo, y que por un verdadero milagro quedaron ilesas, cuando todo a su alrededor quedó arruinado. Todo ello es hijo del Oratorio Festivo.

Alguien ha llamado al Oratorio «célula madre de la Institución Salesiana». Es verdad; pero quizás verdad no completa, si por Institución Salesiana entendemos sólo y propiamente la Familia Salesiana en sus tres ramas: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores Salesianos.

A Don Bosco el Oratorio le creció como espuma y se le extendió al viento de la simpatía y de la persecución, como las simientes y gérmenes de las plantas. Hubo de fundar otros y otros.

Y cada uno llegó a ser semillero de otras y otras obras. Ante todo, oficina de colocación, bolsa de trabajo. De entre la multitud de oratorianos, algunos eran huérfanos; otros, como si lo fueran, o peor. La caridad pedía que se pensara en ellos. De aquí el que se les buscara hospicios y colegios, y aquel mismo Oratorio se ensanchara sus dominios y abriera para ello un Colegio. De aquí el que se les buscaran talleres y casas de trabajo para otros muchos. Esto relacionó al Santo con patronos y con gente de dinero, poniéndolo en posibilidad de conocer de cerca ese mundo.

Al colocar a los chicos, se aseguraba de la solvencia económica y moral de los patronos; hacía que se celebrasen verdaderos contratos de aprendizaje y trabajo; los visitaba frecuentemente en los talleres.

Prueba decisiva

16. Colofón de esta primera época e inspiración de la segunda, el paseo de los «pequeños delincuentes de la Generala», ha quedado como la prueba más elocuente de la eficacia del «Sistema preventivo».

Es la Generala una cárcel correccional de Turín. Don Bosco les había predicado una tanda de Ejercicios Espirituales a los detenidos, quedando tan satisfecho de su correspondencia, que deseó darles un premio. Fino psicólogo, pensó que ninguno sería más grato que un día de campo, en plena libertad.

Presentóse al director del establecimiento para pedírselo, y el funcionario, sumamente extrañado, se quedó mirándolo para asegurarse de que no estaba loco ni bromeaba.

—Pero, ¿sabe usted lo que pide?—le dijo al fin.

Y tras unas explicaciones del Santo:

—Oiga usted, buen sacerdote: lo que usted pide es un absurdo, y tendría consecuencias desastrosas. Ni yo ni nadie, puede autorizar esa barbaridad.

UNIVERSITY OF TORONTO
31 JUL 19
INSTITUTE OF EDUCATION

—Entonces, con su permiso, subiré a pedírselo al señor Ministro de la Gobernación.

Este, el famoso conde Rattazzi, escuchó con atención y sorpresa la petición y sus razones, y decidió hacer un experimento, concediéndola y ofreciendo galantemente un buen piquete de guardias civiles, a lo menos vestidos de paisanos.

—Perdone vuecencia; tal vez me he explicado mal. Al paseo iremos nosotros solos: ellos y un servidor.

—¿Cómo? ¡De los trescientos presos volvería usted con unos diez!

—Tenga confianza, excelencia; volverán todos.

Rattazzi, asombrado, pero curioso de ver en qué paraba la para él descabellada aventura, y pensando que de todos modos sería fácil dar caza a los fugitivos, condescendió.

Y al día siguiente, los barrotes de la correccional se abrieron, y las calles de Turín y la carretera de Francia presenciaron el extraño desfile de 300 presos conducidos por un cura. Cuantos presenciaban, decían, como el director de la cárcel: «¡Pobre iluso! Esta tarde volverá avergonzado, rabo entre piernas, a la ciudad».

La jornada fué maravillosa. La expedición había llevado consigo todo lo necesario en un carro tirado por uno de esos robustos asnos sardos, que son una especialidad mundial, inquilino, también él, de la Cárcel Modelo «la Generala».

Llegados a la meta, que era nada menos que un extenso parque-bosque, las filas se rompieron y los chicos se desparramaron entre aquellas frondosidades, bajo la amorosa mirada del Santo y de los decuriones que de entre ellos mismos se habían elegido.

Jugaron, se divirtieron, comieron opíparamente, bebieron... el agua pura de las fontanas; y cuando ya el día empezaba a declinar—era a fines de mayo—regresaron en fila como habían ido, cual si fueran un batallón disciplinado y encuadrado.

Las gentes se paraban a mirar y comentar, no cayendo de su asombro.

Y éste fué mayor en los guardianes y superintendentes, que no acertaban a explicarse lo que sus ojos veían.

Por cierto que, viendo los chicos cansado a su bienhechor, desengancharon el animal, le echaron encima unas chaquetas, e hicieron montar a Don Bosco, tirando ellos del carro.

Al día siguiente fué Don Bosco a darle cuenta y gracias al ministro, el cual se las dió a él muy rendidas, y le preguntó muy interesado el secreto de tal ascendiente. Entre los dos tuvo lugar uno de los diálogos más interesantes que se conocen en la Historia de la Pedagogía, en el cual resalta el contraste entre las ideas y procedimientos naturistas y las ideas y procedimientos del sistema preventivo, basado en la Razón, la Religión y la Caridad (9).

IV

LA ARMONIZACION DE LAS CLASES SOCIALES

Un resultado trascendental

17. Pero al cabo de algún tiempo advirtió que si se había de trabajar en profundidad y provechosamente, tenía que hacer algo más: fundar casas de aprendizaje, dirigiéndolas él mismo con sus métodos, *con su Sistema*. En sus designios, los obreros ahí formados deben ser el buen fermento de las fábricas, empresas e industrias. La Divina Providencia le había dado en esto preparación suficiente. Durante sus estudios, para pagar sus gastos, había tenido que ejercitarse en varios oficios. Recogió, pues, varios niños obreros, los clasificó según sus aptitudes y gustos, y él mismo les enseñaba. Pero también pronto advirtió que, a pesar de su buena voluntad, necesitaba «colaboradores» o «coadjutores». Los buscó y los halló en buenos amigos, que gustosos vinieron a colaborar con él, a «cooperar» en tan meritoria labor. De entre los aprendices ya saldrían los elementos dirigentes que la obra artesana precisaba.—Y así nacieron las «Escuelas Profesiona-

les Salesianas», obra de tanta importancia, que ha llegado a ser, junto con el Oratorio Festivo, la característica salesiana.

Armonías

18. Pero había nacido, casi impensadamente, otra obra: un internado de estudiantes. De entre los niños que su caridad había recogido y asilado los había también bastante pequeños que, por consiguiente, no podían trabajar en oficios manuales, y otros en quienes reconoció las disposiciones para los estudios de carrera, y hasta la vocación al estado eclesiástico; y para ellos fundó un Colegio. Este Colegio, en tales circunstancias y condiciones, vino a llenar un papel importantísimo: el de una Escuela de Preaprendizaje o de Orientación. Recibiendo niños de diez años que cursaban toda la enseñanza primaria y que tenían a la vista los talleres de las Escuelas Profesionales; crecían viendo los oficios y las artes manuales, y así, al terminar dicha enseñanza, ordinariamente a los trece años, tenían delante, con conocimiento directo, las dos grandes direcciones de la vida del hombre en la sociedad: o las carreras llamadas liberales, o las carreras de los oficios manuales. Los primeros pasarían a los «gimnasios o a escuelas técnicas»; los segundos, escogerían el arte u oficio a que se sentían atraídos; todo ello con el asesoramiento del mismo Don Bosco y de sus colaboradores.

Y como al lado del Colegio había fabricado una iglesia, se halló ahora que ésta venía a ser el centro, o, como quien dice, el corazón de las dos secciones: de una parte, las aulas de los estudiantes; de la otra, las de los aprendices, unidas y como fundidas por esa iglesia y por lo que ella representa.

Proyección sobre el futuro

19. En su trato con los industriales y potentados había Don Bosco advertido muchas cosas; al lado de algunos buenos, prácticamente cristianos, había otros egoístas y duros

de corazón, cerrados a las tristes realidades de la vida. Fué entonces cuando vió «la nube negra, negra, que se cernía sobre el mundo, amenazando sumergirlo todo en sangre y horrores». Era, como hemos dicho, el Socialismo y su hijo el Comunismo, que asomaba entre las brumas de la filosofía tudesca y encontraba simpatizantes entre los filósofos galos y los soñadores eslavos. Algo después la columbraron también Donoso Cortés y José De Maistre y dieron el alarma, el uno en sus discursos y el otro en las «Veladas de San Petesburgo». Por algo la familia De Maistre se ligó indisolublemente a Don Bosco apenas lo conoció.

Con sus Escuelas Profesionales, o mejor, con sus «Casas completas», quiso Don Bosco «prevenir la nube negra que se cernía sobre el mundo». No olvidemos lo que dice el Padre Barbera, S. J., de San Juan Bosco y lo que escribe Carlyle sobre «el héroe» y los «hombres representativos»; lo que en realidad son esos «hombres-cumbres y faros» que envía la Divina Providencia en los momentos en que la Humanidad va a encaminarse por nuevos rumbos.

Las Casas de Don Bosco son un símbolo, son un ejemplo de lo que debiera ser la entera sociedad.

Un compañero mío relata así el origen de su vocación salesiana: «Cursaba mi bachillerato en un Colegio bogotano de los Padres Jesuítas. Dos o tres años hacía que habían llegado los Salesianos. Me encontré en la solemne premiación de su Instituto. El ministro de Instrucción Pública pronunció un discurso; dijo por qué la República de Colombia había llamado a los Salesianos. Al oírlo y al ver aquéllas dos secciones de estudiantes y artesanos, de burguesitos y obreros, tan estrechamente unidas a la sombra de un santuario de la Virgen; algo como la revelación de una sinfonía singular pasó sobre el auditorio. El secretario de la Escuela de Derecho, don Francisco Rodríguez, de filiación liberal—y liberal sudamericano—renunció a su cargo y pidió ser admitido en la Sociedad Salesiana. Su ejemplo contagió; tras él seguimos otros varios, deseosos de cooperar

con Don Bosco en esa obra de armonización social, allí representada en el abrazo de los intelectuales y de los obreros, de los hombres de carrera y los manuales, que es como decir, del Capital y del Trabajo, de las clases sociales que, debiendo trabajar unidas y armónicas para el progreso y felicidad humana, se habían separado y distanciado por los egoísmos anticristianos.

Más tarde, viajando y leyendo, y sobre todo meditando los documentos y enseñanzas de Don Bosco y de sus primeros hijos, y consultando archivos, he visto que no fuimos los bogotanos los únicos ni los primeros en este descubrimiento.

NOTAS

(1) Cf. *Obras completas*, t. 32, págs. 398 y sig.; t. 7, págs. 207 y siguientes; t. X, c. XXIII. Durán y Baus. Barcelona, 1926.

(2) *Mm. Biog.*, t. XVI, 964.

(3) *Mm. Biog.*, t. I, c. XV. *Vida de San Juan Bosco*, c. II, traducción de Modesto Hernández Villaescusa.

(4) Cf. *Mm. Biog.*, t. II, cap. VI.

(5) *Jo.*, XI, 52.

(6) *Mm. Biog.*, t. II, cap. IV.

(7) *Ib.*, cap. X.

(8) *Ib.*, cap. XIV.

(9) *Mm. Biog.*, vol. II c. X.

CAPITULO II

LA PEDAGOGIA GLOBAL DE DON BOSCO

El puesto de Don Bosco en la Historia de la Pedagogía

1. En estos últimos años no pocos autores de Pedagogía e Historia se han ocupado y preocupado de la personalidad de Don Bosco, no sólo como educador, sino también como «escritor de disciplinas pedagógicas». Es una reivindicación. Demasiado olvidado lo tenía la que pudiéramos llamar «Pedagogía oficial», si ya no se le negaba un puesto, como se lo negó Gentili, con todo y haberlo enumerado entre los grandes educadores y propuesto cual admirable modelo que imitar. Claro es que se le reconocían geniales iniciativas y el carácter de bienhechor de la Humanidad y de extraordinario educador en determinados sectores. ¿Cómo negar lo que a la vista estaba? Pero se le negaba o se le discutía la originalidad y la universalidad. Se le desconocía o se aparentaba desconocérsele como «autor», si bien de grado lo incluían entre los «prácticos» o aplicadores de la Pedagogía mejor.

Como envueltas en brumas lejanas recuerdo las amistosas polémicas sostenidas unos treinta y cinco años há con un celebérrimo Padre Jesuíta en Barcelona. Mucho nos quería el bueno e ilustrado religioso; pero no le entraba que se llamara a Don Bosco pedagogo genial, y mucho menos que se le reconociera originalidad. ¡Cuánto han cambiado las cosas! También en esto, ¡cuán cierto es que el tiempo hace justicia!

Hoy, otro no menos célebre Padre Jesuíta, defiende en los Congresos internacionales pedagógicos la «originalidad del simpático San Juan Bosco», y escribe una preciosa monografía sobre el apetitoso tema.

Comienzan todos a ver—diremos con don Alberto Caviglia—que la Pedagogía de Don Bosco no está, como errónea o al menos superficialmente creen muchos, confinada en el estricto campo de la formación cristiana..., sino que se extiende también a la metodología general y particular y a toda comunicación didascálica (1). Verdad es que «aparentemente» el Santo no se preocupó mucho de las teorías de la educación, ni se curó siquiera de presentar científicamente su Sistema, aunque lo deseó y hasta lo prometió formalmente, como se ve en esas pocas páginas que «a instancias de muchos» escribió sobre el «Sistema Preventivo», que se suele usar en nuestras Casas y que eran sólo «como el índice de una obrilla que iba preparando».

Un porqué

2. Pero todo tiene su explicación y todo lo dispone sabiamente la Divina Providencia. Y es que por los años en que acaso hubiera formulado sus ideas y presentádolas orgánicamente, en Italia y en el mundo era un hervir de sistemas y teorías que, si demostraban un encomiable afán de orientación, eran también un caos. El, modesto como era, sin ostentación doctrinal, ni mucho menos la pretensión de haber descubierto el secreto educativo, juzgó conveniente contentarse con «hacer», con «sembrar», con esparcir acá y allá gérmenes que resultan de asombrosa fecundidad y con responder a quien le preguntaba. Porque eso sí, muchos le preguntaban, admirados de los resultados que obtenían él y sus hijos. Había logrado coligar armoniosamente los principios de la Filosofía perenne, los anhelos inquietos de una sociedad en ebullición y lo aprovechable de las opiniones y teorías recientes, fundiéndolo y amalgamándolo todo en el

crisol de su genio a la luz de la razón natural y al calor de la Gracia, obteniendo brillantes y solidísimos resultados y ubérrimos frutos. Su buen sentido, jamás enturbiado, veía que todo esto era de una practicidad asombrosa y aun de fácil realización; cosas que jamás se obtendrían con todas las teorías de Rousseau, de Berkeley o Kant. Un Domingo Savio, un Juan Cagliero, un Miguel Rúa, estaban a la vista, mientras un «Emilio» jamás será realidad.

Por añadidura, los grandes profesores de Universidad y Escuelas Magistrales, italianas y extranjeras, después de exponer en eruditas y deslumbrantes conferencias sus teorías pedagógicas, terminaban con Aporti o Rayneri: «Yo os he dicho lo que dicen el arte y la ciencia; pero si queréis ver lo que es la Pedagogía, daos una vueltecita por Valdocco, y observad lo que hace Don Bosco y cómo lo hace» (2).

Y los mismos Hermanos de la Doctrina Cristiana «hallaban sus delicias en venir a las clases nocturnas de Valdocco y examinar y admirar el método con que Don Bosco enseña a esa multitud de jóvenes».

Genio eminentemente práctico y amigo de aprovechar el tiempo al ciento por ciento, Don Bosco mal se avenía con discusiones teóricas y abstracciones apriorísticas; como la abeja, sabía en todo buscar y aprovechar lo aprovechable, y, sintetizando, sacarle todo el rendimiento posible. Con su habitual modestia expresó muchas veces este pensamiento con éstas o parecidas palabras: «Voy adelante como Dios y las circunstancias inspiran.»

Y lo que le inspiraron fué suficiente para legarle al mundo su Sistema preventivo.

Don Bosco, tratadista

3. Pero *también disertó*, también *estableció doctrina*, y muy sólida y muy metódica. Dice muy bien el Padre Barberá: «Como toda la vida de Don Bosco es práctica de educación y un grandioso tratado de Pedagogía cristiana viviente, así

todos sus escritos, publicados o no, son, sin excepción, una teoría de Educación ordenada a la práctica (3). El Padre recogió sus artículos en un libro que tituló: «San Giovanni Bosco, il grande educatore dei tempi moderni». Catania, 1931.

Elegantemente expresa el mismo concepto Flores D'Arcais, profesor de la Universidad de Padua, en el libro que dedicó a «Don Bosco y su Sistema Educativo». «Poco escribió de Pedagogía—dice—. Esto no por desprecio del saber, y mucho menos por ignorancia. Don Bosco sentía como el que más el valor de la cultura, y con su aguda intuición y profunda inteligencia, y con su prodigiosa memoria, fué un hombre de gran saber y de doctrina absolutamente superior. Pero Don Bosco intuyó lo que muy pocos comprendieron: que la verdad es llana y humilde, y que la vía que a ella conduce no se funda sobre la erudición y el tecnicismo teórico y abstracto» (4).

Explicaciones

4. Como quiera, Don Bosco no dejó un «tratado» metódico y ordenado de su sistema, y de intento redujo el arte y la ciencia de la educación a poquísimos principios. Poco amigo era él de complicaciones.

Esto no obstante, no hay problema pedagógico, y especialmente de los que interesan o intrigan hoy a los tratadistas, que lo haya dejado indiferente y al cual no haya aportado—aun teóricamente, o mejor, doctrinalmente—su solución o, por lo menos, su parecer. Y no puede ser de otro modo, desde el momento que él se fijó un fin determinado en la Educación y con arreglo a ese fin «un plan con reglas netas y seguras; un plan sistemático, que constituye el fondo doctrinal de la actividad práctica, y que armónicamente la encuadra» (5).

Entresacando de sus discursos, consejos, cartas, escritos diversos y de sus hechos, examinaremos en este libro los principales «tópicos» y las soluciones que les dió. Será instruc-

tivo y curioso. Y daremos razón al director de la «Civiltá Cattolica», que dedicó en las páginas de su magna revista cuatro artículos a «Don Bosco Educatore», y que en el Congreso Mundial de Educación Nueva, reunido en Niza el año 1932, decía: «El querido y amable Don Bosco, con su Método Preventivo, es el más cuerdo y sabio actuador de la bien entendida libertad del alumno y el verdadero abanderado de la sana nueva educación de los tiempos modernos.»

El citado Caviglia, sometiendo a rígida crítica los escritos del Santo, ya en los primeros, los históricos, encuentra elementos pedagógicos de primer orden, verbigracia, «el método histórico y ejemplarizado en la enseñanza religiosa; la objetividad y visualidad aplicada a la enseñanza en general; los datos de experiencia, de la exposición oral y el diálogo que necesariamente suprime toda pretensión y rebuscamiento de forma; la reserva ejemplar del lenguaje y el intento de iluminar la mente para hacer bueno el corazón». Y en algunos, como «la lección por aspecto» (método intuitivo), puede llamarse «precursor».

En resumen: Don Bosco tiene una Pedagogía propia, formada de elementos tradicionales, e ideas y aplicaciones nuevas suyas.

En este ensayo presentamos un cuadro, bastante completo. Con palabras y actuaciones suyas lo mostraremos dominador de esos problemas. Entresacamos de los 19 tomos de sus «Memorias biográficas», recogidas cuidadosamente por su secretario don Juan B. Lemoyne, y publicadas por él mismo y por sus sucesores, don Angel Amadei y don Eugenio Ceria; son una mina tan rica que tal vez no la explotarán varias generaciones.

Nos permitiremos también algunas citas de autores no salesianos, que han estudiado y estudian la obra y la personalidad del Padre. Serán pocos: de entre centenares nos atendremos a los que más armonizan con la índole de nuestro modesto trabajo, más para darle autoridad que por exigencias intrínsecas. Es necesariamente un gran placer, un alen-

tador consuelo y un no despreciable estímulo, ver comprendidas y estimadas las cosas de familia (6).

Las famosas «doce paginitas»

5. Por de pronto, he aquí las famosas paginitas que tanto entusiasmaron a los autores de «Magistero»:

«Muchas veces se me ha pedido exponga, de palabra o por escrito, algunos pensamientos sobre el llamado Sistema Preventivo, practicado en nuestras Casas. Por falta de tiempo no he podido hasta ahora satisfacer tales deseos; mas, disponiéndome en la actualidad a imprimir el Reglamento, usado hasta el presente casi por tradición, estimo oportuno dar aquí una idea que será como el índice de una obrilla que publicaré, si Dios me da vida y salud para terminarla. Hago esto movido únicamente por el deseo de aportar mi granito de arena al difícil arte de educar a la juventud.

Diré, pues:

En qué consiste el Sistema Preventivo.

Por qué debe preferirse.

Sus aplicaciones prácticas; y

Sus ventajas.

I

EN QUE CONSISTE EL «SISTEMA PREVENTIVO» Y POR QUE DEBE PREFERIRSE

Dos sistemas se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud: el Preventivo y el Represivo. El Represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos, y vigilar después para conocer a las transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el correspondiente castigo. Basándose en este sistema, la palabra y la mirada del Superior deben ser en todo momento más bien severas, amenazadoras. El mismo Superior debe evitar toda familiaridad con los subordinados.

El Director, para aumentar su autoridad, debe dejarse ver raras veces de los que de él dependen, y, por lo general, sólo cuando se trate de imponer castigos o de amenazar.

Este sistema es fácil, poco trabajoso y sirve principalmente para el ejército, y, en general, para los adultos juiciosos, en condición de saber y recordar las leyes y prescripciones.

Diverso, y casi diré opuesto, es el Sistema Preventivo. Consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un Colegio, y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo del Director o de los Asistentes, los cuales hablan como padres amorosos, sirven de guía en toda circunstancia y corrigen con amabilidad; que es como decir: consiste en poner a los niños en la imposibilidad de faltar.

Este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en el amor; excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aún los suaves.

El Sistema Preventivo parece preferible por las razones siguientes:

1.ª El alumno preventivamente avisado no queda desalentado por la falta cometida, como acaece cuando se la refieren al Superior. No se enfada por la corrección que le hacen ni por el castigo con que le amenazan, o que tal vez le imponen, porque éste va siempre acompañado de un aviso amistoso y preventivo, que lo hace razonable, y termina, ordinariamente, por ganarle de tal manera el corazón, que comprende la necesidad del castigo y casi lo desea.

2.ª La razón más esencial es la ligereza infantil, por la cual fácilmente se olvidan los niños de las reglas disciplinarias y de los castigos con que van sancionadas. A esta ligereza se debe sea, a menudo, culpable el jovencito de una falta y merecedor de un castigo, sin haberse acordado de nada al cometerla, y ciertamente no la habría cometido, si una voz amiga se lo hubiese advertido.

3.ª El Sistema Represivo puede impedir un desorden, mas con dificultad hacer mejores a los que delinquen. Se ha observado que los alumnos no se olvidan de los castigos que se les han dado, y que, por lo general, conservan rencor, acompañado del deseo de sacudir el yugo de la autoridad y aun de tomar venganza. A primera vista puede parecernos no ser así; mas quien sigue los pasos de los jovencitos, sabe muy bien cuán terribles son las reminiscencias de la juventud y cómo aquéllos (los jovencitos) olvidan fácilmente los castigos que les dan los padres, y con mucha dificultad, los que les imponen los maestros. Viejos ha habido que se vengaron brutalmente de justos castigos que les dieron cuando se educaban.

El Sistema Preventivo, por el contrario, gana al niño, el cual ve en el Superior a un bienhechor que le avisa, desea hacerle bueno y librarle de sinsabores, de castigos y de la deshonra.

4.ª El Sistema Preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno, que el educador podrá, en cualquier ocasión, ya sea cuando se educa, ya después, hablarle con el lenguaje del amor. Conquistado el corazón del discípulo, el educador puede ejercer sobre él gran influencia y avisarle, aconsejarle y corregirle aun después de colocado en empleos civiles o comerciales.

Por estas y otras muchas razones parece deba prevalecer el Sistema Preventivo sobre el Represivo.

II

APLICACIONES DEL «SISTEMA PREVENTIVO»

La práctica de este sistema está apoyada en las palabras de San Pablo: *Charitas patiens est... Omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet.* (I Cor. XIII, 4, 7.) «La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera, y lo soporta todo.»

Por consiguiente, solamente el cristiano puede practicar con éxito el Sistema Preventivo. Razón y Religión son los medios de que ha de valerse continuamente el educador, enseñándolos y practicándolos, si desea ser obedecido y alcanzar su fin.

El Director debe, como consecuencia, vivir consagrado a sus alumnos, no aceptar ocupaciones que le alejen de su cargo; aún más: estar siempre que pueda con ellos, a no ser que estén por otros debidamente asistidos.

Los Maestros, los Jefes de taller y los Asistentes han de ser de acrisolada moralidad. Esfuércense por evitar, como la peste, toda clase de aficiones o amistades particulares con los alumnos, y recuerden que el desliz de uno solo puede comprometer a un Instituto entero. Los alumnos no han de estar nunca solos; y, a ser posible, los Asistentes deben ser los primeros en hallarse en los sitios a donde tengan aquéllos que ir, estar con ellos hasta que vayan otros a sustituirlos en la asistencia y no dejarles jamás desocupados.

Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declama-

ción, el teatro, los paseos son medios eficacísimos para conseguir disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Procúrese únicamente que las diversiones, las personas que intervienen en ellas y las conversaciones que sostengan, no sean vituperables. «Haced lo que queráis —decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri—: a mí me basta con que no cometáis pecados.»

La Confesión y Comunión frecuentes y la Misa diaria, son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieran tener alejados el castigo y la amenaza. No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los Santos Sacramentos; pero sí se debe animarles y darles comodidad para ello. Con motivo de los Ejercicios Espirituales, triduos, novenas, pláticas, catequesis, póngase de manifiesto la belleza, sublimidad y santidad de la Religión, que ofrece medios tan fáciles, como son los Santos Sacramentos, y tan útiles a la sociedad civil, y para la tranquilidad del corazón y salvación de las almas. Así quedarán los niños espontáneamente prendados de estas prácticas de piedad y las frecuentarán de buena gana y con placer y fruto.

Debe vigilarse, con el mayor cuidado, porque no entren en una casa de educación compañeros, libros o personas que tengan malas palabras. Un buen portero es un tesoro para una casa de educación.

Terminadas las oraciones de la noche, el Director, o quien haga sus veces, diga algunas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que se vayan a dormir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Sáquense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio; y no dure la platiquita más de dos o tres minutos. En ella está la llave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación.

Téngase como pestilencial la opinión de retardar la primera Comunión hasta una edad harto crecida, cuando, por lo general, el demonio se ha posesionado del corazón del jovencito, con incalculable daño de su inocencia. Según la disciplina de la Iglesia primitiva, debían darse a los niños las hostias consagradas que sobraban de la Comunión Pascual. Esto nos hace conocer lo mucho que desea la Iglesia sean admitidos pronto los niños a la primera Comunión. Cuando un jovencito sabe distinguir entre Pan y pan y revela suficiente instrucción, no se mire la edad: entre el Soberano Celestial a reinar en su bendita alma.

Los Catecismos recomiendan la Comunión frecuente; San

Felipe Neri la aconsejaba semanal y aún más a menudo, y el Concilio Tridentino dice bien claro que desea ardientemente que comulguen todos los fieles que asisten a la Santa Misa, y no sólo espiritualmente, sino sacramentalmente, a fin de sacar mayor fruto del augusto y divino Sacrificio. (Con. Tridentino, ses. XXII, cap. VI.)

III

UTILIDAD DEL «SISTEMA PREVENTIVO»

Tal vez diga alguno ser difícil este sistema en la práctica; a lo que respondo que para los alumnos es bastante más fácil, agradable y ventajoso. Para los educadores encierra, eso sí, algunas dificultades, que disminuirán ciertamente si se entregan por entero a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus discípulos, por lo que debe estar pronto a soportar cualquier contratiempo o fatiga, con tal de conseguir el fin que se propone; a saber: la educación moral, científica y ciudadana de sus alumnos.

A las ventajas del Sistema Preventivo, arriba expuestas, se añaden aquí estas otras:

1.ª El alumno tendrá siempre gran respeto a su educador; recordará complacido la dirección de él recibida, y considerará, en todo tiempo, a sus maestros y superiores como a padres y hermanos suyos. Dondequiera que van alumnos así educados, son, por lo general, consuelo de las familias, útiles ciudadanos y buenos cristianos.

2.ª Sea cualquiera el carácter, la índole y el estado moral de un jovencito al entrar en el colegio, los padres pueden vivir seguros de que su hijo no empeorará de conducta, antes mejorará. Muchos jovencitos que fueron por largo tiempo tormento de sus padres y hasta expulsados de correccionales, tratados según estos principios, cambiaron de manera de ser: se dieron a una vida cristiana, ocupan ahora en la sociedad honrosos puestos, y son apoyo de la familia y ornamento del país donde viven.

3.ª Los alumnos maleados que, por casualidad, entran en un colegio, no pueden dañar a sus compañeros, ni los niños buenos ser por ellos perjudicados; porque no tendrán tiempo, ni ocasión, ni lugar a propósito, pues el Asistente, a quien suponemos siempre con los niños, pondría en seguida remedio.

IV

UNA PALABRA SOBRE LOS CASTIGOS

¿Qué regla hay que seguir para castigar?

Donde sea posible no se castigue nunca, y allí donde no lo sea, recuérdese lo siguiente:

1.º Procure el educador que sus alumnos le amen, si quiere ser de ellos temido. Así, el no darles una muestra de bien querer, es castigo que emula, anima y jamás envilece.

2.º Para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal. Muchas veces una mirada no cariñosa causa mayor efecto en algunos que un bofetón. El alabar a los niños cuando obran bien o el vituperarles cuando se descuidan, es gran premio o castigo.

3.º Exceptuados *rarísimos* casos, no se corrija ni se castigue jamás en público, sino en privado, lejos de los compañeros, y usando la mayor prudencia y la mayor paciencia para hacer comprender, valiéndose de la razón y de la religión, la falta al culpable.

4.º El pegar poco o mucho, poner de rodillas, con posición dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes, se deben absolutamente evitar, porque están prohibidos por las leyes civiles, irritan mucho a los alumnos y rebajan al educador.

5.º Dé a conocer bien el Director las reglas, y los premios y castigos con que están sancionadas, a fin de que el alumno no pueda disculparse con decir: «No sabía estuviera esto mandado o prohibido.»

Si se practica en nuestras Casas el Sistema Preventivo, estoy seguro que se obtendrán maravillosos resultados, sin necesidad de acudir al palo ni a otros castigos violentos. Hace más de cuarenta años que trato con niños y jamás les he impuesto castigos de ninguna clase. Ayudado de Dios, he conseguido no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba, tanto los buenos como los que parecían reacios a la educación.

V

MAS RECOMENDACIONES

Todos los que desempeñan un cargo o asisten a los niños que nos confía la Divina Providencia, deben avisar o corregir a los alumnos siempre que haya razón para ello, y de un modo particular cuando se trate de impedir la ofensa a Dios.

Procure cada uno que le amen, si desea que le respeten. Conseguirá este gran fin si muestra con los hechos, más bien que con las palabras, que todos sus afanes van exclusivamente encaminados al bien espiritual y temporal de los alumnos.

En la asistencia, pocas palabras y muchos hechos. Dése ocasión a los alumnos de expresar con toda libertad sus pensamientos, y estése atento para rectificar y corregir las expresiones, las palabras y las acciones no conformes con la educación cristiana.

Los jovencitos suelen manifestar uno de estos cuatro caracteres: bueno, ordinario, difícil y malo. Debemos estudiar los medios conducentes para conciliarlos, y hacer bien a todos alumnos, sin perjudicar a otros.

Para los dotados por la Naturaleza de buen carácter, basta la vigilancia general, y explicar las reglas de disciplina y recomendar su observancia.

La categoría mayor es la de aquellos que tienen carácter ordinario, algo voluble e indiferente. Estos necesitan avisos y consejos frecuentes, pero breves. Es menester estimularles, con premios, al trabajo, y demostrarles, sin dejar por esto de vigilarles, gran confianza.

Mas los esfuerzos y solicitudes debe dirigirlos el educador, de modo especial, a la tercera categoría: a la de los discípulos difíciles y aun díscolos. El número de éstos puede calcularse en uno por cada quince. Trabaje el Superior para conocerlos y para averiguar su vida pasada; muéstrese amigo de ellos, déjeles hablar mucho y hable poco él, y sean sus conversaciones ejemplos cortitos, máximas, episodios y cosas semejantes.

No los pierda jamás de vista, sin dar a conocer, por esto, que desconfía de ellos.

Los maestros, los asistentes y cuantos educan a los alumnos, miren inmediatamente, al encargarse de ellos, si falta alguno, y dado caso que falte, llámenle en seguida con el pretexto de que le tienen que decir o mandar algún recado.

Siempre que se deba reprochar a los alumnos, avisarles o corregirles, no se haga jamás en presencia de sus condiscípulos. Se puede, con todo, aprovecharse de hechos o episodios parecidos, sucedidos a otros, para sacar de ellos alabanza o censura, que recaiga sobre los alumnos merecedores de aviso o corrección.

Estos son los artículos preliminares de nuestro Reglamento, el cual será inútil si el educador no es paciente, diligente y muy piadoso (7).

JUAN BOSCO, Presbítero.»

NOTAS

(1) Caviglia: *Don Bosco: opere e scritti*, t. I, pág. XVIII.

(2) Cf. *Mem. B.*, t. II, c. LVIII.

(3) *La Civiltá Cattolica*, Roma, 5-V-1934, 2-VI-1934, 21-III-1936, 18-IV-1936.

(4) CEDAM. Padova, 1941, pág. XXIV.

(5) Ceria: *Ann.*, 1, 662.

(6) Quien desee ideas más amplias sobre este tema particular, puede consultar nuestra obra *El sistema educativo de San Juan Bosco*. Sarriá, Barcelona, y *La Pedagogie d'un Saint*, de A. Anffray. París: E. Vitte.

(7) Regolamento del le Case Salesiane.

CAPITULO III

PEDAGOGIA Y SOCIOLOGIA

I

RELACIONES ENTRE LAS DOS CIENCIAS

1. En Don Bosco la Sociología es inseparable de la Pedagogía, por ser su obra esencialmente social. Destacado puesto ocupa en el estudio y solución de los problemas contemporáneos que apasionan al mundo. Dicen Agosti-Chizzolini en su libro ya famoso: *Magisterio*:

«Don Bosco, que procuró hacer más formativa la Escuela humanística, *tuvo una clara conciencia de la Escuela del Trabajo*. El problema social se imponía. Marx había lanzado su manifiesto a los proletarios. La Escuela liberal se perdía en vanas polémicas. Urgía salir al encuentro de los trabajadores en una hora en que la industria se desarrollaba con ritmo creciente. Don Bosco abrió para los hijos del pueblo sus Escuelas profesionales, donde ellos se educan a un tiempo a aprender un oficio y a amarlo, teniendo de mira la perfección de la obra y la actuación de la voluntad de Dios, que quiere también la perfección de la habilidad técnica que empeña las energías morales, plasmando el carácter.

«El problema de la *orientación* y educación al trabajo fué por él comprendido y sentido *en función de la cuestión social*, que el industrialismo había agravado y ante la cual el liberalismo económico y el socialismo marxista se alzaba en batalla, incapaces de darle una solución vital.

En la obra de Don Bosco es evidente desde el principio la conciencia de lo *social* con sus realidades y sus exigencias. El instituto educativo que él introduce, en el cual la máquina entra junto al libro, la técnica junto con la cultura humanística, es el ejemplo de una caridad fraterna, donde la separación de las clases sociales se halla superada y remediada en su raíz por el vínculo de la caridad» (1).

Sucinto análisis

2. Así es: Pedagogía y Sociología son inseparables. Y vale la pena analizar un poco el pensamiento y práctica del Padre. Para lo cual no hay más que seguir cronológicamente su vida.

Salta desde luego a la vista que apenas comienza su obra, topa de manos a boca con la cuestión social o, si queremos ser más exactos, con la cuestión obrera; pues este asunto aún no se había convertido en tal, si bien tomaba ya, y rápido, la vía. Los primeros chicos que la Providencia le pone en su camino son pobres mozos huérfanos y abandonados, explotados en su mayoría por patronos sin escrúpulos, que especulan con su miseria e impotencia. Las víctimas—pues eran hombres al fin—no dejaban de sentir, más que la fatiga, frecuentemente excesiva, la injusticia de una condición no propiamente humana. Y el Santo piensa: «Esto hay que remediarlo». Y al genio le brilla una idea: *rescatar al obrero y rescatar al trabajo*. Y partidario del refrán: «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy», empezó inmediatamente.

Primero, lo que estaba en su mano: el rescate moral de sus obreritos—y en ellos miraba con su corazón inmenso a todos los obreros que se hallaban en iguales o parecidas circunstancias. Tomó formalmente la tutela de ellos; los confió a patronos que le parecían de fiarse, estipulando verdaderos *contratos de trabajo*, en que entraba el justo salario, el buen trato, la gradual enseñanza del oficio... Y no procedía a ciegas. Testimonios fehacientes demuestran su preocupación por

la concienzuda *orientación* de sus artesanitos (que también en esto, ¡y era natural!, es un precursor de las corrientes modernas). Estudiando y secundando sus inclinaciones y aptitudes, los colocaba donde podían mejor aprovecharlas.

De cuando en cuando, y casi siempre improviso, los visitaba en los talleres. ¡Cuántas esperanzas! ¡Cuánta experiencia!... ¡Qué de sorpresas agradables las más, desagradables a veces! Advirtiendo explotación o peligros morales, los retiraba y los colocaba en otros sitios. Y entretanto, los elaboraba, los elevaba. En las reuniones dominicales y en sus famosos «Buenas Noches», los educaba en el orden de ideas que bullían en su mente y acariciaba su corazón: dignidad y nobleza del trabajo, objeto y fin de la vida, deber de poner a contribución los talentos que el Señor nos confía, sociabilidad y solidaridad humana, armonía de los intereses y valores humanos, facilidad de ganarse el paraíso al mismo tiempo que ganamos el pan de cada día...

Y abrió para ellos clases nocturnas: para su educación humana, para su instrucción intelectual; obreros conscientes, bien dotados, queríalos; la suficiente Gramática para que supieran expresarse bien, hablando y escribiendo; redacción de cartas de diversos géneros; algo de Geografía, algo de Historia, la suficiente de Aritmética y Geometría..., mucho de ciencia práctica y de sentido social. Como entreveía que en el porvenir el obrero debía guiar a sus hermanos en la reivindicación de derechos y en la administración de empresas y negocios, los quería bien instruídos y mejor intencionados. Para ellos escribió una Aritmética elemental, un tratado sobre el Sistema Métrico Decimal, un texto de Enología, otro de Historia de la Iglesia y otro de Historia Patria, otro de Urbanidad..., y sólidos y fáciles trataditos de religión y piedad, entre los cuales sobresale *El Joven Cristiano*, traducido a casi todas las lenguas, y que en la italiana alcanza ya la 175.ª edición.

Esto duró unos diez años. Y aprendió mucho en ellos. Entre otras cosas, que si quería la obra perfecta, era preciso tomar a su cargo también el aprendizaje. Y como hemos di-

cho, creó las *Escuelas profesionales*. Rudimentales al principio, eran, con todo, una creación. Mendigando de puerta en puerta, logró construir locales y dotarlos de los más indispensables utensilios, sin excluir algunas máquinas. Al principio él mismo fué el principal maestro. Se sabe cómo lo había preparado la Divina Providencia. En su niñez y juventud, para ganarse la vida y pagarse libros y tasas escolásticas, había trabajado en agricultura, en sastrería, zapatería, carpintería, herrería y hasta en repostería y confitería, y como mozo de cuadra, amenizando los entreactos con el aprendizaje del dibujo y la música, especialmente armonio y violín. ¡Cuánto le servía esto ahora!

II

DESARROLLO HISTORICO

Colaboración

3. Pero claro que él solo no podía hacerlo todo. Llamó algunas maestros artesanos de la ciudad. Y libre por esta parte, concentró sus esfuerzos a la formación de las almas. Así logró que varios de esos aprendices, elevándose a la categoría de colaboradores suyos, «se chiflaran» de su ideal y, renunciando a lucros terrenos, se consagraran al apostolado. Nació así ese tipo simpático e interesante del Salesiano Coadjutor, que tanto entusiasmaba a Pío XI: el lego asociado íntima y formalmente al apostolado, y del operario cooperador salesiano, bellos modelos de Acción Católica.

En 1886 se reúne el IV Capítulo General de la Sociedad Salesiana. Lo preside el Santo, ya viejo y desmedrado, pero siempre enérgico y atento. Las Escuelas Profesionales han sido bendecidas de Dios y de los hombres. Se extienden ya por el mundo. Los sociólogos las estudian, los Gobiernos las desean.

Entre los temas sometidos al estudio del Capítulo, uno es la compilación del Programa de estas Escuelas. Y resultó una verdadera «Carta fundamental de las Escuelas Profesionales Salesianas». Lo esencial está fijado. Los progresos del tiempo le aportarán perfeccionamientos; el espíritu, siempre intacto, los acomodará, los vitalizará (2).

Allí leemos: «El fin que se propone la Sociedad Salesiana al acoger y educar a los jóvenes artesanos es formarlos de modo que, al salir de nuestras Casas después de terminar su aprendizaje, hayan aprendido un arte u oficio con que ganarse honradamente la vida, estén bien instruídos en la religión y posean los conocimientos técnicos y científicos convenientes a su estado. Síguese que triple debe ser la dirección que a su formación se da: religioso-moral, intelectual y profesional.»

III

SU IDEAL

Práctico a más no poder y equilibradísimo en todo, quiso que el Capítulo sancionara un artículo que pudiéramos llamar de *concordantia oppositorum*:

Los talleres no deben absolutamente mirar como objeto el lucro, porque deben ser verdaderas escuelas; pero al mismo tiempo han de procurar que los aprendices trabajen y los talleres logren las ganancias compatibles con su carácter de escuelas.»

Esto es más sabio de lo que a primera vista parece. Lo primero, porque el afán o la simple mira de lucro acabaría fatalmente por perjudicar la escuela (¡tal es la debilidad humana!), lo segundo, porque el aprendiz se está formando para la vida, y la ganancia justa—ajustada a su edad y adelanto progresivo—es un estímulo y un placer.

Servatis servandis, fundó también la Escuela profesional salesiana femenina.

Su programa

¿Preveía Don Bosco la standardización del trabajo y, con ella y sobre todo, la mecanización o materialización del obrero?

De todos modos, «fué su anhelo preparar generaciones de obreros conscientes, instruídos, ágiles, capaces de conquistarse su posición social y hacerse respetar. De aquí el afán por darles una instrucción intelectual y técnica conveniente y el que conocieran y manejaran las máquinas.»

Pero como al mismo tiempo esto puede crear un peligro: el de la pedantería, y más aún, el de inmoderado afán del intelectualismo, que expone al descontento y a desplazarse o rebotarse en la sociedad, con evidentes riesgos sociales, «no quiero que mis hijos artesanos sean enciclopédicos; no quiero que mis carpinteros, herreros, zapateros sean abogados; que los tipógrafos, encuadernadores, libreros se metan a filósofos y teólogos. A mí me basta con que cada cual sepa bien lo que le incumbe; que cuando un artesano posee los conocimientos útiles y convenientes para hacer su arte, sabe cuanto le basta para hacerse benemérito de la sociedad. Un obrero así, digno es de todo respeto», como el que más (3).

En el primer tomo de los *Anales de la Sociedad Salesiana*, Ceria estudia con imparcial competencia este programa y lo analiza, a ellos remitimos al lector.

Hacemos nuestro el comentario de índole sociológica que desarrolló el Padre Favini en su conferencia o charla con los maestros piamonteses, el 25 de febrero de 1942, en el Instituto Técnico Industrial de Turín (4):

«Don Bosco expresamente ha querido:

1) Darle al trabajo el sitio que se merece en el campo de la educación y de la estima social. No un yugo humillante, ni una diversión, ni un pasatiempo; sino un sagrado deber, un noble ideal, un potente factor de bienestar material y moral, individual, familiar, social, fuente de dicha y de inefables consuelos.

2) Formar obreros conscientes y completos: moral, técnica, intelectualmente dotados para su misión (que es la profesión, sí, pero además, el apostolado entre la masa obrera).

3) Eliminar el contraste entre el estudio y el trabajo manual, entre la clase estudiantil y la clase artesana u obrera. Pera eso ha fundido las dos secciones en sus mayores institutos, con un mismo vínculo de familiar, con igual trato, idénticas prácticas de piedad, el mismo sistema educativo, los mismos estímulos y los mismos premios, en una atmósfera de fraternidad, desde la mañana cuando inician su jornada en la misma iglesia, hasta la noche, cuando todos se recogen alrededor del mismo Superior y Padre para las «Buenas noches».

Agosti y Chizzolini han percibido toda la eficacia educativa y la inefable poesía de esta última práctica, y así comentan: «Al final de la jornada, estudiantes y artesanos se encuentran juntos para escuchar las «Buenas noches» del Padre, en la serenidad del anochecer. Los jovencitos que tienen surcada la frente por el pensar y los artesanos con las manos encallecidas, escuchan unas mismas paternas llamadas. En este momento celébranse a un tiempo la unidad de los corazones y el primado de aquellas divinas certezas que viven en la cumbre del camino de la vida y la iluminan» (5).

«Cuál contribución haya aportado a la armonía de clases y a la función social del Sistema educativo, estáis vosotros en grado de juzgarlo.»

«... Midiendo la gravedad de la cuestión social en toda su amplitud, con el sentido del presente y la visión del porvenir, Don Bosco, educando bajo el mismo techo y con el mismo trato de familia, estudiantes y artesanos, comenzó a llamar la atención de la clase estudiantil para que valuara y apreciara las de los oficios y artes de las cuales vive y absolutamente necesita, interesándola directamente hasta hacerle palpar sus beneficios. Exaltando así el trabajo al sitio de honor en las escuelas artesanas, les hizo comprender también a los estudiantes de carreras liberales la nobleza y valor del mismo. Y mientras prohibía que pasaran a la sección artesana estu-

diantes fracasados o deficientes, favorecía el intercambio de las dos categorías cuando se trataba de orientar a los niños a la posición social que parecían reclamar sus aptitudes. Así no se sentían mortificados los estudiantes pasando a artesanos, ni los artesanos se ensoberbecían pasando a estudiantes y aun encaminándose al mismo sacerdocio.»

Este pensamiento de la armonía social era preocupación constante suya.

Lo que es el «Trabajo»

5. Otra benemerencia suya en este campo es la exposición clara del *concepto universal del trabajo*. A trabajar estamos obligados todos. Es ley de naturaleza. *Trabajador* no es sólo el manual, el artesano ; lo *es todo el que ejerce actividad humana*. El trabajo iguala a los hombres.

«El Padre trabaja siempre», dice Nuestro Señor. «Trabajar con El será siempre el ideal del trabajo. Trabajo es toda obra, sea intelectual o manual. Todo trabajo es noble y hasta puede participar de lo divino, según la intención con que se trabaje, porque todo trabajo es una colaboración con Dios en el perfeccionamiento del universo.» Por eso todo trabajo, el intelectual no menos que el manual, el del brazo no menos que el del espíritu, posee una dignidad enajenable, íntimamente unida con el perfeccionamiento de la persona humana, y ésta con la creación entera. Cada hombre ocupa un puesto en el universo y tiene una misión. Corresponder a ella es gloria a que debemos todos aspirar. Orientarse bien desde niños y dedicarse con ahinco a la empresa es corresponder al llamamiento del Señor. Así, todo oficio, toda ciencia, toda técnica tiene por fin el cumplimiento de los designios de Dios, que desde el paraíso terrestre ordenó al hombre dominar la tierra, conquistar sus bienes, facilitar nuestra peregrinación por el mundo, cooperar con Dios, glorificar a Dios.

No hay duda que los mayores y mejores trabajadores han sido, por esto, los Santos, como han sido y son los mejores y mayores bienhechores de la Humanidad.

Este concepto del trabajo y las circunstancias de su Oratorio movieron a Don Bosco a dar un paso, que es todo un poema social de alcance práctico incalculable: *la convivencia y perfecta armonía de los dos elementos* bajo el mismo techo y con idéntico trato; sus casas con las dos secciones: artesanos y estudiantes, son una contribución no pequeña a la armonía de Capital y Trabajo, que aun hoy, a la distancia de un siglo aparece todavía como un desiderátum en el arduo problema que le han planteado los enormes progresos de la técnica y de la industria y la progresiva elevación de las clases trabajadoras. Ya desde el principio de su ministerio había entrevisto lejanías rosadas y trazado su programa. Dice, en efecto, D. Lemoyne (6):

«En las aspiraciones que se despertaban en los pueblos vió que se debía aprobar lo que tenían de bueno y moderar pacientemente lo que de malo o poco utilizable contenían. Vió que el torrente de la revolución iba creciendo y que acabaría por arrollar cualquier obstáculo; que la resistencia directa sería humanamente imposible y produciría efecto contrario. Por eso se dió a recorrer las orillas del torrente, mirando ante todo a no dejarse sumergir él mismo de esas aguas, y luego procuró salvaguardar a cuanto podía: levantó diques allí donde el desborde podía impedirse, y *preparó inmensos materiales para el día que, calmado, se podría proceder a la restauración moral.* Los hechos que iremos narrando demostrarán la realidad de cuanto aquí enunciamos.»

Y los hechos se han extendido a todas las naciones del orbe. Son ensayos eficacísimos. En su Mensaje natalicio de 1942 dice Pio XII: «El que quiera que la estrella de la paz asome y permanezca sobre la sociedad, déle al trabajo el sitio que Dios le asignó desde el principio. Como medio indispensable al dominio del mundo, todo trabajo posee una dignidad enajenable y al mismo tiempo un vínculo íntimo con el perfeccionamiento de la persona.» Y recuerda que a tal fin no basta con el salario justo, sino que debe cuidarse de «respetar los valores de la persona, *quitando a los obreros el sentimiento de su segregación,* con la experiencia confortante

de una *solidaridad genuinamente humana y fraternamente cristiana.*» Como se ve, sería la extensión de la doctrina y de la práctica de Don Bosco.

¡Cuánta razón tenía el Santo Pontífice Pio X cuando anhelaba que «en todo el mundo todos pensaran y vivieran con el espíritu del fundador de los Salesianos»! (7).

NOTAS

(1) *Magistero*, t. III, pág. 522.
(2) Cf. *M. B.*, XVIII, 700.
(3) Cf. *M. B.*, XV, V.
(4) Prof. Guido Pavini: *Il concetto cristiano del Lavoro*. Torino, SEI, 1942.
(5) *Magistero*, t. III, pág. 523.
(6) *M. B.*, t. II, c. XXIII.
(7) Breve: *Si consentaneum*, 2 oct. 1904.

CAPITULO IV

LA SOCIOLOGIA DE DON BOSCO

I

¿SERA DON BOSCO EL SANTO FARO DE LA EPOCA?

La cuestión social

1. Con la rápida mirada biográfica que hemos dado, hemos sentado bases y puesto prolegómenos. Entremos en el estudio y saquemos consecuencias.

Hemos citado pruebas de que San Juan Bosco es el hombre providencial enviado por Dios para orientar a su época en los problemas que más le interesan a ésta. Y éstos son los educativos y los sociales, no sólo en absoluto, sino conforme a la idiosincrasia particular de estos tiempos, que son los tiempos de la «Cuestión Social».

¿Qué es lo que caracteriza la llamada «Cuestión Social»?

a) Ante todo, lo más visible, *la lucha de clases*, con sus odios e intransigencias, con sus inconcebibles incomprensiones. Manifestación de ella, el *obrerismo proletario y el egoísmo*, ciego, *de la clase patronal*, considerada en su conjunto.

b) Derivación de esto, por una parte, *el acumulamiento de las riquezas en manos de unos pocos*, no sé si afortunados o desgraciados; y por otra, *la miseria de los demás*, la escasez de alimento, la falta de vivienda, las enfermedades profesionales, etc. Al desenfreno de los unos, corresponde la desesperación de los otros. Y como natural consecuencia, la ostentosa exhibición del resentimiento: murmuraciones, mí-

tines, huelgas, sabotajes, *lock-outs*, paros voluntarios y forzosos...

c) Luego, *el abandono de la inmensa mayoría de los niños*, abandono material y abandono moral, con las consecuencias que de aquí se derivan.

d) *El desamparo de las multitudes*, que al mismo tiempo que se van amontonando en las fábricas, se van aislando del hogar y de la iglesia, y cayendo en manos de la demagogia; de aquí su desenfreno.

e) El *laicismo* y el consiguiente *materialismo*, que quitando la visión de un más allá y de los mismos valores espirituales, ata el hombre a la cadena de lo terreno y le priva de horizontes. De aquí *la disgregación de la familia* y la *falta de respeto a la dignidad humana*. La sociedad, así, convertida en un campo de perennes contiendas. Para mayor desgracia, los remedios que este laicismo intenta, son peores que la misma enfermedad: el Liberalismo por una parte y el Socialismo por otra.

¿Cuáles son las *causas* de esta «Cuestión Social»? Muchas y muy complejas.

La principal, la que las produce y sintetiza todas, es la *irreligión*: la ignorancia del Dogma, la violación de los Mandamientos, la dejación de la plegaria, el alejamiento de las fuentes de la Gracia; son las fases de aquella única revolución de que hablaba Balmes, que, comenzando con el protestantismo, ha tenido sus manifestaciones más ostentosas en la Revolución Francesa y en el Bolchevismo de Lenin y Stalin.

¿Se podía prevenir?

2. Ahora bien, todo esto, aunque tan grave, encuentra su solución en el Evangelio, y la Iglesia tiene recursos para ello. Una prueba: en los albores de nuestra época social—que cosechaba los frutos de los gérmenes sembrados por la Revolución Francesa—, aparece Don Bosco. Y trae un programa y una actuación que parecen venir del cielo y ser el pa-

trón o modelo en que la sociedad debe inspirarse, si quiere salvarse. Lo mismo sucedió en otras épocas con otros Santos.

Al abandono de los niños responde con los *Oratorios Festivos* y las *Escuelas populares y profesionales* de ellos derivadas; a la lucha de clases, con sus *Casas donde todo el mundo es trabajador y donde se armonizan los elementos de la sociedad, el patronal y el obrero*; poniendo modelo *de lo que deben ser* las fábricas y demás instituciones humanas; a la mala distribución de las riquezas responde recordándoles a los *ricos sus responsabilidades* como administradores de los bienes que la Providencia ha creado para utilidad de todos; recordándoles *a los obreros la necesidad del trabajo y del ahorro*; procurando, por medio de la *participación de las utilidades y la previsión, que la propiedad se distribuya*, que, a ser posible, todos sean propietarios; y como todo esto no es posible sin el ejercicio activo y práctico de la Caridad por parte de todos, es esta virtud la base y corona de todo su Sistema pedagógico-social.

Cómo lo intenta Don Bosco

3. Hemos visto cómo estudió su ambiente social y las consecuencias que sacó; que vió una nube negra, muy negra, que avanzaba sobre el mundo; pero también vió que se podía conjurar, que se podía «prevenir», que se podía evitar. Dió la voz de alerta, avisó a las autoridades, avisó a los ricos, avisó a la clase patronal. Y vió, dijo e hizo más:

a) «Los hombres adultos difícilmente se corrigen; es necesario *empezar con los niños y empezar pronto*; *educarlos en la Religión*; *ayudarles a descubrir y seguir su vocación*», es decir, orientarlos a tiempo, *pero con orientación completa*.

«La Historia tiene sus leyes, y se cumplen, queramos o no queramos.

Si a los ricos les falta la caridad, a los pobres se les acabará la paciencia.

El porvenir de los obreros: el que se sepa ganar a los obreros, se asegura el porvenir.

Todos debemos trabajar; el hombre nació para el trabajo; todos somos trabajadores, sólo nos diferenciamos en la forma del trabajo. Ya lo dijo San Pablo: «El que no trabaja, no tiene derecho a comer». En la colmena humana no hay lugar para los zánganos.

Si el trabajo es obligatorio para todos, claro es que *todos tienen derecho al trabajo*, y la sociedad debe ordenarse de modo que a nadie le falte el trabajo, que es una condición indispensable de vida.»

Pero «todo trabajo debe comenzar con una mirada al cielo. Si hemos de ser hombres, debemos santificar el trabajo con la oración y con la unión con Dios, fuente de toda actividad y de toda vida».

«El primer Obrero es Jesucristo, modelo de todos los trabajadores», del intelectual no menos que del manual.

«Hermanos ricos, si vosotros desdeñáis vuestros deberes de justicia y caridad, día llegará en que los obreros, trepando, os derribarán con estrépito.

Hermanos obreros, si vosotros, debiendo trabajar, entorpecéis el trabajo, cometéis un pecado contra el VII Mandamiento.

Dios nos ha hecho hermanos a todos para que nos amemos y nos ayudemos. Ha hecho al pobre para que se salve con el trabajo y la paciencia, y ha hecho al rico para que se salve con el trabajo y el ejercicio de la caridad» (1).

«*Todos debemos trabajar denodadamente para ponerle freno a la bestia apocalíptica que irrumpe por los campos del mundo*» (había visto, «en sueño», el caballo rojo del Apocalipsis). «¿Y cómo? Poniendo en guardia a los pueblos con el ejercicio activo de la caridad, por medio de la Buena Prensa, con la palabra, poniendo en claro las falacias de semejante monstruo» (veía en él el Socialismo comunista), «enderezando todos los corazones hacia la cátedra de Pedro, donde está la clave maestra que liga todo el orden social, el código inmortal de los deberes y derechos, la luz divina que fulgura y vence las tinieblas de las mentes y los errores de las pasiones malsanas» (2).

Estos son los principales principios sociológicos de Don Bosco.

¿No son el guión de los que promulgan hoy con la Escuela de Lovaina todos los sociólogos que tienen sentido de la realidad? ¿No son los proclamados por el Ministerio español del Trabajo?

Pero Don Bosco actuó, actuó, como pudo y en lo que pudo, su programa. Y esa actuación era, y aún es, un modelo. Donde se ha seguido, ha habido armonía, como la hubo en las hilanderías de León Harmel, *le bon pére*, y en los telares de Poma (Turín), para citar algunos. Pero desgraciadamente, la mayoría de los interesados, así gobiernos como particulares, lo desdeñaron y aun persiguieron al Santo o lo tacharon de visionario y hasta de demagogo.

Su primer biógrafo, el Padre Lemoyne, dice que al ver este desdén, Don Bosco se entristeció, previendo el negro porvenir y lamentando el abuso que suelen hacer de su libertad los hombres; se apresuró a aumentar el número de sus Oratorios Festivos y hacerlos diarios, de sus Escuelas Profesionales y de sus «Grandes Casas», salvando además de paso a muchos de los que arrastraba el torrente revolucionario a medida que iba engrosando sus caudales.

Muchos Prelados y varios Gobiernos, especialmente los iberoamericanos, comprendieron el alcance de las teorías y, sobre todo, de las prácticas de Don Bosco, y se apresuraron a pedir fundaciones en sus respectivos países, que sirvieran de modelo. Desgraciadamente, la política, esa musa de la incomprensión que con tanta frecuencia desorienta a los hombres, frustró en algunos sitios la obra y los programas del Santo representativo de la Providencia en nuestros tiempos.

Hoy, gracias a los acontecimientos y a la misma evolución de la vida, es comprendida en donde quiera su teoría y su obra, aunque no siempre se la conozca y se la reconozca, y menos se la siga. ¡Cuántas veces aparecen en los jardines hermosas plantas que no se sabe de dónde vienen, pero ellas han venido y están ahí!

El *Oratorio Festivo* es una institución juvenil de primer

orden, como lo hemos visto; es un arca de salvación para muchos que holgazanearían por el arroyo; es una oficina permanente de muchas actividades; es bolsa de trabajo y de colocación; semillero de actividades, vivero de armonizaciones sociales, porque se presta a la fraternización de los elementos más distanciados, como puede verse en donde quiera funcionen.

Las *Escuelas Profesionales obreras* son, en concepto de todos, la realización más grande en el campo de la formación y capacitación.

Las «Grandes Casas»

4. Pero son las «Grandes Casas» el dechado de estas obras. Permítaseme una nueva cita; es interesante y elocuente:

El año de 1898, cuando aún se respetaba un tanto la libertad de asociación en Francia, se presentó en nuestra Casa de Niza un caballero con aire reservado, y rogó al Director le permitiera estudiar con calma la organización del establecimiento. Como quien obra bien no teme la luz, se convino en ello. El ingeniero de Artes e Industrias Mr. Emilio Cail—así se llamaba el desconocido—observó a sus anchas a los alumnos en las clases y talleres, en la iglesia, el estudio, los patios, los comedores, en todas partes; y se despidió todavía con aire reservado. Visitó las otras casas salesianas que florecían en París, Lila, Montpellier, Marsella, etc., y en todas partes halló lo mismo, como lo hubiera hallado aquí, como lo hubiera hallado donde quiera que hay Casas Salesianas. Poco tiempo después, el P. Cartier, Director del Patronato de Niza, recibía una carta de Mr. Cail, que le aconsejaba presentar en la Gran Exposición Universal de París el Reglamento-Programa de las Casas Salesianas. Así se hizo, y el Jurado le asignó la «Medalla de Oro, por excelencia entre las obras sociales». Es más, Mr. Cail presentó en la misma Exposición un magnífico trabajo sobre las Obras Sociales e Institutos de Enseñanza libre, y dedicó a la obra de Don Bosco uno de los mejores capítulos.

¿Qué vió ese pensador? Lo que cualquiera puede ver en

cualquiera de las «Grandes Casas» Salesianas. Pero preferimos valernos de las palabras del citado ingeniero de Artes e Industrias:

«Cuando examinamos los establecimientos de Enseñanza Profesional dirigidos por los Hermanos de la Doctrina Cristiana u otros análogos, y los comparamos con los dirigidos por los Salesianos, advertimos una profunda diferencia en los sistemas, dentro de la unidad del fin... Los primeros preparan a la instrucción técnica; en los Salesianos, el arte u oficio es el objeto directo de la Escuela respectiva; se trata de dar a la sociedad, sin otro intermediario, jóvenes que hayan recibido su enseñanza industrial suficientemente completa, que puedan ganar inmediatamente, y con honor y dignidad, su vida; su instrucción industrial se lleva, pues, a los últimos límites dentro del arte u oficio.»

«Y sin embargo—añade—, el sistema de educación es el mismo en los principios fundamentales» (3).

Ensayo de armonía social

5. Ampliemos este concepto, que me parece de suma importancia. Muchos somos—y no Salesianos solos—los que estamos convencidos de que Don Bosco es el Santo representativo de nuestro tiempo, la «Era social», la «época de nivelación» o, si preferís, como preferimos nosotros, la «Era de la Armonía Social».

Me serviré aún de las palabras de Mr. Cail:

«Cada establecimiento salesiano, por regla general, tiene dos secciones principales: la mitad de los alumnos se dedican al aprendizaje de un oficio: de aquí reclutan los Salesianos a sus Coadjutores; la otra mitad, a los estudios liberales, o sea, a las Letras, a las Ciencias: entre éstos reclutan los Salesianos a sus sacerdotes, y forman a los demás, que serán en la sociedad abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes...

Pues bien, todos estos niños, aunque destinados a diversas carreras y posiciones sociales, son tratados con absoluta igualdad en el Colegio: son verdaderamente hermanos que viven juntos, uno al lado del otro, aprendiendo bajo el mismo régimen a conocerse y amarse: esa aproximación, co-

menzada desde la más temprana edad, no puede menos de producir consecuencias felices para lo porvenir» (4).

¿Qué consecuencias? Salvar la distancia entre patronos y obreros, fraternizarlos, acordarlos armónicamente, como las cuerdas o los tubos de un instrumento musical.

Mr. Cail supo visitar las Casas Salesianas. Digo «Casas», porque así denomina Don Bosco a sus establecimientos, y prefiere ese nombre al de Colegio. Instituto, etc., porque quiere que sean hogares, que se lleve en ellos la «vida de familia».

Lo primero que se advierte en las Casas Salesianas es precisamente esa aproximación, esa igualdad entre el estudiante, que más tarde será con toda probabilidad patrono, y el artesanito, que será obrero o capataz. Así, el señorito verá que bajo esa blusa humilde, que envuelto en ese «mono» se oculta un alma delicada y noble; que las gotas de sudor que surcan esa frente y empapan ese pecho, son filtraciones de las gotas de sangre que mana el corazón a impulsos de humanos sentimientos; el obrero, a su vez, verá que también el señorito tiene miserias y angustias, y que, tras ropas finas, suelen ocultarse dolores que apenas se imaginan.

Por eso añade Mr. Cail: «Los niños, creciendo juntos, se conocerán, y conociéndose, se amarán y se sostendrán mutuamente. ¿No será el elemento intelectual formado en los Colegios Salesianos quien iluminará mañana las sendas del obrero con quien creció? ¿Quién más apto para disipar los sofismas con que el Socialismo lo ilusiona? ¿Quién más a propósito para mostrarle el abismo a que conduce?»

Además, y como una consecuencia de su concepto del trabajo, Don Bosco facilitó siempre el paso de los talleres a las aulas del Bachillerato y la Normal, a los artesanos que tuvieran aptitud y voluntad para ello, abriendo así el famoso «portillo» que indica el señor Girón en una de sus recientes lecciones.

Los Institutos Salesianos son, pues, escalas tendidas entre las clases sociales, puentes que salvan abismos. Y son

modelos de lo que debiera ser, de lo que será la sociedad antes de que finalice esta centuria.

A esto se añade la parte sobrenatural de la educación. Nadie ignora que la llamada cuestión social es, antes que todo, una cuestión religiosa y moral. Su solución está radicalmente contenida en el Sermón del Monte, y solucionada en la práctica de la Caridad, que enseña ante todo a practicar la Justicia en toda su extensión, incluso en la función social de la propiedad.

A la enseñanza del Catecismo se agrega la práctica de la Comunión frecuente y aun diaria. Don Bosco en esto fué un revolucionario. Y cuando la Santidad de Pio X dió su Decreto sobre la Comunión frecuente y la Comunión temprana de los niños, se basó, entre otros documentos, en las teorías y prácticas de Don Bosco. El postrarse ante el mismo altar, el acercarse a una misma Mesa a recibir al que se hizo hombre, y pobre, y obrero, siendo el Creador de todo y el Señor de todo, por amor al hombre, al que proclama en Sí y por Sí a todos los hombres hermanos; no puede menos que suprimir las distancias que los hombres han establecido, y eliminar las disonancias que las pasiones han engendrado. Universalizad esto y veréis los resultados.

El Concepto del Trabajo

6. Otro punto importantísimo—al que ya hemos aludido de pasada—es el concepto que del Trabajo tiene Don Bosco:

«El Trabajo es ley universal: todos tenemos obligación y necesidad de trabajar:

Por Trabajo se entiende no sólo el manual, sino también el intelectual y toda actividad legítima de las facultades humanas;

El Trabajo es no sólo un medio de subvenir a nuestras necesidades, sino también, y principalmente, un medio de glorificar a Dios y de perfeccionarnos a nosotros mismos.

Trabajo y oración son las dos alas de nuestra ascensión.»

Y aquí entronca Don Bosco con San Benito de Nurcia. Con razón un artista italiano pintó un cuadro en que los dos Santos se encuentran y se dan la mano por encima de los siglos, en las verdes campiñas de la llanura padana.

Por eso el tercero de sus sucesores, el reverendísimo don Felipe Rinaldi, pidió y obtuvo de la Santidad de Pío XI la «Indulgencia plenaria diaria del Trabajo santificado», para la Familia Salesiana, en sus tres Ramas: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores, en los cuales están incluídos los antiguos alumnos y alumnas.

Oratorios Festivos, Escuelas Profesionales, Colegios y Casas completas son los principales instrumentos con que desarrolla su obra en el mundo la Institución Salesiana, sin excluir las mismas Misiones entre salvajes e infieles; y en todas partes los medios sociales, han dado y están dando los más espléndidos resultados.

Cuestión que se plantea Eugenio Ceria

7. Otra cuestión se plantea don Eugenio Ceria: ¿Don Bosco tenía realmente conciencia de la importancia y alcance social de su Obra? «¡Sin duda!—responde—, y conciencia clarísima. Pruebas tenemos.

Al presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl en Buenos Aires, le escribía el 30-IX-1877:

«Le recomiendo el instituto de Artes u Oficios para niños pobres. La experiencia nos dice que el único medio de sostener la sociedad civil es tener cuidado de los niños pobres. Recogiendo chicos abandonados, los que serían flagelo de la sociedad se hacen buenos cristianos, honrados ciudadanos, gloria del país donde viven, decoro de la familia a que pertenecen...»

Y a uno de sus coadjutores les decía con infantil sencillez: «Esperamos influir con nuestro ejemplo en muchos millones de hombres para que haya empresas prácticamente cristianas.»

Consecuencias que saca un filósofo

8. Meditando sobre esto escribía en 1888 un sociólogo de Udine: «Aquí se presenta a nuestra meditación un grave problema filosófico y social. Mientras los más violentos revolucionarios han escrito volúmenes sobre este argumento; mientras en las Universidades de Derecho se estudia y discute con ardor, he aquí que un humilde sacerdote resuelve sin esfuerzo una de las cuestiones jurídicas más controvertidas de nuestro tiempo. En su pequeña república él ha actuado el ideal anhelado de los legisladores: antes que reprimirlos, previene los conflictos.»

El plan de Don Bosco era: «empresas y oficinas cristianas, morada de la paz, de la alegría, de una actividad serena y bendecida, de las cuales se esparcieran luego por el mundo sus alumnos, prontos a afrontar con valor las dificultades de la vida, a seguir inflexibles la línea trazada por Dios, a ser soldados de la Iglesia y, por consiguiente, del orden público y de la armonía social en las agrupaciones obreras» (5).

II

EL ORATORIO FESTIVO

El ambiente social del tiempo

9. «La tormenta de la Revolución francesa había modificado profundamente la vida, especialmente con reformas sociales que, rompiendo las antiguas costumbres, turbaron la armonía hasta entonces reinante bajo el dominio de la fe, por modo que se sucedieron desbandadas múltiples en cuanto a ideas religiosas y prácticas de culto. Poco a poco la juventud se acostumbró a no honrar al sacerdote como ministro de Dios y a mirarlo por lo menos como hombre importuno, desertando por lo mismo de funciones religiosas y de catecismos... Pues bien, los Oratorios ideados por Don Bos-

co, reaccionaban prácticamente contra semejantes tendencias, atrayendo a los niños y acercándolos al sacerdote, alma de tales reuniones, y reconduciéndolos a la Iglesia, a la Misa, a la instrucción, a la plática, a los Sacramentos.

En las ciudades bullía una juventud siempre creciente, que no conocía la parroquia y que con frecuencia aun ignoraba que la tenía, y que por lo mismo estaba fuera del alcance de los pastores de almas. A estas ovejuelas trashumantes Don Bosco las llama, las recoge, las resguarda en sus Oratorios durante todo el día más sagrado y más peligroso de la semana. Peligro del ocio, peligros de las malas compañías, peligro de las reuniones no buenas. En los Oratorios él los divierte, los amaestra, los cultiva, y los ve poco a poco abandonar su rusticidad, amar el trabajo y, no raras veces, despertar en el seno de las familias los sentimientos largo tiempo olvidados» (6).

¿Y esto no es obra eminentemente *social*? ¿No es precisamente *prevenir* uno de los tremendos problemas de «la cuestión social»?

Constatación de Cavour

10. En 1948 escribía el marqués Gustavo de Cavour: «En el modesto Oratorio, él (Don Bosco) imparte a esta juventud la instrucción más necesaria, la acostumbra a practicar sus deberes, a ejercer el culto del verdadero Dios, a convivir amistosa y socialmente unos con otros. Al lado del Oratorio hay escuelas en que se les enseñan los principios de las letras y del cálculo... Don Bosco *se halla siempre en medio de ellos, maestro, compañero, inseparable amigo*. Todos estos muchachos, que en su mayoría hubieran crecido en la ociosidad y el vicio, se encaminan al trabajo y a la virtud... El ser un chico presentado por Don Bosco cual alumno suyo, es para los jefes y caseros una garantía. Así, de ese vivero de honrados operarios sale cada año un buen número de adolescentes capaces de subvenir a sus propias necesidades y que conservarán en el curso de su vida los hábitos de moralidad allí aprendidos». Y deseaba que en cada

ciudad surgiera al menos uno. «El Gobierno se ahorraría mucho dinero» (7).

Tan a la vista se puso esto, que el alcalde de Turín, marqués de Rorá, visitando de improviso el Oratorio, no pudo menos de arengar a los rapaces y decirles: «¡Obedeced a Don Bosco! ¿Queréis ser un día buenos ciudadanos? ¡Obedeced a Don Bosco!»

Y esto que se verificaba en Turín, se verificó en dondequiera que se implantaron obras de espíritu salesiano. A veces bastaron los Oratorios Festivos, Recreatorios o Patronatos, sistema Don Bosco, para transformar barrios enteros. Bastaría citar el «Paralelo» de Barcelona, «la Boca» de Buenos Aires, el «Testtaccio» de Roma, la «Trinidad» de Sevilla, el «barrio rojo de San Pablo» (Turín), lugares temibles, inhabitables, donde los Oratorios, inaugurados bajo insultos y pedradas, acabaron—y en poco tiempo—por convertirlos en jardines de envidiable convivencia y armonía social.

Trasplantad este espíritu a las fábricas, talleres y haciendas, y veréis los resultados. Conviene recordarlo: *el Oratorio Festivo es una prolongación y ampliación de la familia, y para muchos, muchísimos niños, es la familia misma.*

Refrendos

11. El que esto escribe recuerda los principios del Oratorio del «Borgo San Pablo», en Turín. Aquello era una jungla; el comunismo rojo tenía allí su asiento; nadie se aventuraba por esos parajes. Cuando se empezó a construir, se nos atacaba a pedradas; cuando iban los Superiores a ver los trabajos, se les insultaba y vejaba; y no sólo de palabra. Hoy es un barrio modelo. Los entonces chiquillos del Oratorio son hoy padres de familia modelos, ciudadanos ejemplares. El arrabal destartalado es un trocito riente de ciudad moderna; hay grandes fábricas, cuyos obreros no infunden pavor; hay hermosos edificios de educación, muchas casas de obreros, cómodas, confortables, y la capilla primitiva del Oratorio es una parroquia de las más cuidadas de la gran ciudad, y en el área de la entonces alquería, se alza una se-

rie de pabellones donde se desarrollan las variadas instituciones sociales nacidas del Oratorio. Como éste son centenares, millares, los casos en que un Oratorio Festivo ha transfigurado los barrios y aun las ciudades.

Aquí en España los sevillanos recuerdan la transformación del famoso barrio de la Trinidad, que fué el campo donde hizo sus primeras armas el actual Superior General de los Salesianos, el Reverendísimo don Pedro Ricaldone. Merodeaban allí centenares, o millares de golfos, que, armados de hondas, reñían batallas cruentas, destrozaban los faroles del alumbrado público y los vidrios de las casas y de los coches, hostilizaban a los transeúntes, sin perdonar a las Infantas Reales, que por curiosidad o necesidad se aventuraban a veces por esos arrabales; atacaban a la Policía y cometían todas las diabluras imaginables; y que a las pocas semanas de establecido el Oratorio, festivo primero y diario después, hacían el para ellos heroico y doloroso sacrificio de quemar sus hondas ante el altar de la Virgen, como homenaje a la Madrecita del cielo, haciendo, claro está, la formal promesa de no reponerlas nunca. El barrio de la Trinidad fué desde entonces un remanso de paz, una colmena de actividades culturales, sociales, religiosas. Allí se levantan el Colegio de Estudiantes y las Escuelas Profesionales, al abrigo del Santuario, donde reside Jesús el Divino Obrero y se venera a María Auxiliadora y las mártires sevillanas Santa Justa y Rufina.

El Oratorio turinés vió y ve condes y marqueses enseñando catecismo, y marquesitos fraternizando con los hijos del portero.

Como quiera que se le mire, el Oratorio resuelve un grave problema social, y aun una serie de problemas, y tiene aplicación en cualquier parte del mundo y en cualquier tiempo.

En qué radica la eficacia del O. F.

12. La eficacia del Oratorio Festivo está en la moralización, por cristianización, del elemento joven, especialmente ese elemento flotante, más o menos abandonado a sí mismo, que por mil circunstancias variables, constituye un verda-

dero problema y un auténtico peligro cuando, descuidado, campa por sus respetos en plazas y calles: diríase un semillero de delincuencia. Trasladado al Oratorio, cambiando el ambiente, mejorado el clima, atendido con cuidado, regado por la Gracia, fecundado por el sol de la educación cristiana, se mejora en breve. Y mejorando él, mejora todo el ambiente social. Está también en la armonización y compenetración de las diversas clases sociales: es como un puente de enlace. Por intuición de genio y por experiencia decía Don Bosco:

«Los niños salvan a los padres y regeneran la familia, cuando hay necesidad, y en todo caso, en el Oratorio hallan una palestra de actividad social», y muchas veces una oficina de colocación.

El Reglamento del O. F.

13. Para los Oratorios dictó Don Bosco un Reglamento tan sobrio como sabio, tan sencillo como eficaz. Que en esto como en todo suelen marchar en proporción inversa las complicaciones teóricas y los resultados prácticos. La verdad es sencilla. Pero contiene fecundidad inagotable.

El O. F. femenino

14. Las «Hijas de María Auxiliadora» ejercen, con la juventud femenina, lo que sus Hermanos en el otro campo. Graciosa la fundación de su Primer Oratorio turinés. Fué el año 1876, en el mes de San José. Una casucha en Valdocco, no lejos del Oratorio. Las Hermanas, jovencitas, casi niñas. Don Bosco les dice: «Tendréis trabajo, mucho trabajo, trabajo de almas. La primera cosa, el Oratorio.»

—¿Cómo haremos, Padre, para hacerlo florecer? ¿Cómo para atraer a las niñas?

El Santo sonríe, mete la mano en la faltriquera y, sacando medallas y estampitas, díceles:

—«Tomad estas medallas y estampas de la Virgen y andaos a dar una vueltecita por las calles adyacentes. A cuantas chicas halléis, regaladles una estampita y una medalla; preguntadles cómo se llaman, si tienen mamá y papá, hermanitos y hermanitas; si van a la escuela, y dónde. Decidles que saluden en vuestro nombre a papá y mamá, e invitadlas a que os visiten. Decidles que las haréis jugar y las daréis un regalito, que os visiten y que lleven también a sus hermanitas y compañeras. Decidles que los domingos, después del juego, cuando también ellas sientan ganas de estarse algo quietas, las conduciréis al Catecismo y a la Bendición. ¡Veréis cuántas vendrán! Y luego diréis que si alguna tiene gusto en venir a clase, que se la haréis, y gratis.»

Así lo hicieron ellas. Al principio, las chiquillas tenían miedo de acercarse, y huían; mas pronto las distancias se acortaron. Aquellas medallitas, y sobre todo aquella amable sonrisa, aquella amabilidad sonriente, sencilla, jovial, materna, acabaron por ganar la confianza, y con la confianza, los corazones.

La casucha aquélla es hoy la Casa generalicia: cuenta con una infinidad de obras religiosas y sociales que son un encanto. Miles y miles de niñas se formaron y se forman aquí a las más variadas actividades de la vida.

El O. F. resuelve grandes problemas

15. Como quiera que se le mire, el Oratorio Festivo, sistema Don Bosco, resuelve graves problemas sociales y tiene aplicación práctica e inmediata en cualquier parte del mundo y en cualquier tiempo. Hoy es tan oportuno y tan eficaz como en los tiempos de su fundación.

El «espíritu» del Fundador exige la adaptación de los medios y recursos educativos al nuevo ambiente.

Aquí, como en toda vida, el progreso consta de dos elementos: *la conservación fundamental de lo existente y la adaptación a las nuevas circunstancias ambientales.*

III

LAS ESCUELAS PROFESIONALES Y AGRICOLAS

Precursores y originalidad

16. Hablando de este campo de actividad salesiana, dice don Eugenio Ceria en sus Anales:

«No pretendemos ostentar a Don Bosco como precursor del artesanado juvenil. Otros lo precedieron. Basta citar a José de Calasanz, Jerónimo Emiliani, Juan B. Lasalle...; es cosa que responde a la perenne misión de la Iglesia. El, sin embargo, puso de su cosecha especialmente *armonizar la institución con la índole de los tiempos e imprimirle su método educativo*.

Hoy quizá se aprecia menos lo que hizo Don Bosco en su tiempo, porque los Gobiernos, afrontando la cuestión social, se interesan por la juventud obrera, creando, con los inmensos medios de que disponen, escuelas profesionales que eclipsan a las primitivas de Don Bosco. Del resto, ello no merma el mérito ante la historia, que más bien lo acrecienta, porque es un precursor. Y en la noble porfía su cometido no está agotado, ni mucho menos se sustituye con suntuosos edificios el *espíritu* que él infundió en esta Obra. Así lo reconocen y lo proclaman las mismas autoridades del Estado, y al compilar los programas profesionales sienten la necesidad de acudir a la experiencia salesiana. Más aún, en ciertos casos exigieron se modificase en sentido salesiano el tipo de algunas escuelas, como más conforme a las necesidades sociales, necesidades a las cuales no puede con igual eficacia acudir el Estado.»

El espíritu de su Obra

17. «Don Bosco quiere estar siempre a la vanguardia del progreso»: se lo dijo expresamente a Aquiles Ratti (después Pío XI) cuando lo tuvo hospedado en su Casa. «Estar a la vanguardia —añade— exige estudio, atención, cuidado, trabajo, asimilación y sacrificios constantes, porque *non pregradi regredi est.*» (Reglamento.)

Y esto en la triple dirección formativa: intelectual, profesional y religioso-moral.

Una serie de artículos, bien calculados y contrastados con la práctica, asegura la consecución de ese fin y la aplicación de ese espíritu formativo.

Quiere Don Bosco que los Superiores estén en *continuo contacto* con los obreritos, no solamente para su mejor conocimiento y formación, sino como un modelo de lo que deben hacer los patronos o empresarios con sus obreros.

El funcionamiento

18. Una palabra sobre el funcionamiento de las Escuelas Profesionales, como Don Bosco las ideó:

Puesto que el hombre es antes que el obrero, lo primero será dar al aprendiz una formación humana, lo que equivale a decir que se le procurará una cultura general lo más completa posible, dentro de su categoría de obrero: lengua patria, matemáticas, dibujo, música, historia y geografía, urbanidad, educación física y cívica, nociones de Sociología y, sobre todo, Religión y amor de Patria y de la Humanidad. Esto a todos los alumnos sin distinción. Y bien sabéis cómo ensancha miradas y corazones la cultura, sobre todo si es cristiana.

Luego la especialidad del arte u oficio. Y esto dura entre nosotros cinco años. Los maestros procuran que sus alumnos sepan no sólo manejar las máquinas, sino también saber

prescindir de ellas cuando sea preciso. Los cursos están diligentemente calculados y escalonados. Y tienen teoría y práctica. Se hacen todos los trabajos que el arte requiere, para que el muchacho, del todo capacitado, sepa no sólo trabajar, sino juzgar y dirigir. El dibujo es aplicado. También puede serlo la Geografía, para que conozcan los emporios de las materias primas, las desembocaduras de los mercados, los países que más relaciones tienen con el sitio en que trabajan y aquellos en que se les pueden abrir posibles mercados, y, sobre todo, para que, viendo cómo ningún pueblo, por grande y rico que sea, puede bastarse a sí mismo, y cómo todos necesitamos de todos, se les abre la mente y el corazón a la idea de la solidaridad humana, que es una aplicación de la Fraternidad Cristiana y un preludio de la Comunión de los Santos.

Pero al mismo tiempo, práctico cual era y lleno de sentido común, Don Bosco «no quería a sus obreritos sabidillos, ni que se metieran a doctores ni pretendieran enmendarle la plana al señor Cura o se las echaran de teólogos». Son palabras suyas.

Don Bosco era un grande sembrador de esperanzas: les decía a sus obreritos que «un día debían ser los «directores y apóstoles de la masa obrera: que por eso debían «capacitarse bien»; también les describía su entrada triunfal en el cielo a reunirse con el Obrero de Nazaret, con María Santísima y San José.

Cada curso está dividido en semestres, al final de los cuales se rinde un examen teórico-práctico.

Como ya se ha dicho, los alumnos tienen desde el principio una participación en los beneficios, tomando por base el valor del trabajo, o mejor, la transformación hecha de la materia por el trabajo. Esto es cosa muy distinta del salario, éste se conceptúa ya deducido. La parte principal de dicha participación se les reserva para la salida de la Escuela Profesional. Entre tanto, se les abre una libreta en la Caja de Ahorros u otra similar. Como véis, es una lección práctica

de «previsión social», una de esas «laudables formas de previdencia» tan recomendadas por los sociólogos contemporáneos.

Todo esto contribuye, en los designios de Don Bosco, a que tanto obreros como aportadores de capital consideren a la Empresa como una Cooperativa.

Por este motivo quería que durante su formación *no se* les acostumbrara a un tratamiento que no estuvieran en grado de mantener una vez salidos del establecimiento.

Visitando en Roma un célebre Hospicio, no le pareció bien que «a los mecánicos se prefirieran los trabajos de lujo que, si dan más esplendor al establecimiento, darán poco o ningún pan a los alumnos cuando salgan de él» (8).

En la organización de sus talleres-escuelas él se propone «dar a nuestros institutos profesionales y agrícolas la posibilidad de impartirles convenientemente a los alumnos todas las enseñanzas teóricas y prácticas especializadas del propio ramo, lo cual es un problema grave que requiere: ponderación, valor y sobre todo el consejo de los competentes y entendidos; se previenen igualmente las improvisaciones y los desalientos; en cambio, facilitan la tarea el estudio serio, el cálculo, la experiencia práctica y el conocimiento de todos los alumnos que contribuyen a la buena solución. (Reglamentos.)

Por eso ha dicho el Cardenal Salotti que «Don Bosco es uno de los hombres más prácticos que tiene el mundo» (9).

Las Escuelas Agrícolas

19. Afines a las Escuelas Profesionales de Artes y Oficios, son las *Escuelas Agrícolas Profesionales.*

A la Agricultura le concedió Don Bosco una importancia suma. No en vano era él mismo agricultor, ni en vano el primer libro que escribió fué un tratado de Enología. La llama «*la primera y más fecunda de las artes y una de las Ciencias más provechosas*». Y a *los agricultores* les dice que

son «*ministros de la Providencia* en la sustentación de los hombres, que su fuerza social es inmensa e irresistible, que sin ellos la vida humana cesaría del todo; su condición, una de las más honorables, de las más favorecidas de Dios, de las más fecundas en medios de santificación, dignísima de todo respeto porque Dios creó agricultor al primer hombre» (10).

Unión perdurable

20. Una prueba bellísima de su amor a los obreritos nos la da el Padre Lemoyne, ya desde el tercer tomo de las «Memorias». Referidos los sacrificios que Don Bosco se imponía por los rapazuelos abandonados, añade: «Y en medio de ellos lleno de confianza en el auxilio de Dios y en la educación francamente católica, solía exclamar jubiloso: «Espero poder veros todos reunidos un día en el cielo.» Y antes esperaba verlos armonizar en la tierra, porque el camino del cielo pasa necesariamente por la tierra. En efecto, «conoci —dice Buzzetti—centenares de jóvenes, antes ignorantes y faltos de sentimientos, cambiar por completo y hacerse excelentes cristianos y ciudadanos...» Y esta reforma continuó sin interrupción. Don Bosco esperaba firmemente poder llegar a cambiar con el tiempo siquiera en parte la faz de la sociedad... Y no pasaron muchos años, y ya alumnos suyos se esparcían en todas partes del mundo. Y que era su propósito, se deducía aún en la inflexión de lo voz y de la irradiación de su mirada, cuando entonaba en cuanta ocasión se le ofrecía, el Salmo «Laudate Dominum, omnes gentes» (11).

Sí; Don Bosco comprendía las cosas y la misión que Dios le confiaba: aspirando a formar ciudadanos para la Patria celeste, no descuida la terrena, siendo cosas indisolublemente unidas.

Integración de la Obra

21. Todo este trabajo de Oratorios, Escuelas Profesionales y Agrícolas y de los mismos Colegios, están facilitados y ampliados con la Pía Unión de los *Cooperadores Salesianos* y con la gran *Asociación de los Antiguos Alumnos,* Asociación comenzada en 1870 y que ha servido en todos los países de modelo para todas las Asociaciones postescolares.

Las Salesianas y su elemento

22. Lo que en el elemento masculino hacen los Salesianos, hácenlo en el suyo las Salesianas o Hijas de María Auxiliadora. También ellas tienen sus Oratorios Festivos, sus Escuelas Domésticas, Profesionales y Agrícolas, y sus «Grandes Casas». Tienen además Escuelas Maternas o «Kindergartens». Además Hogares y Pensionados para las jóvenes obreras, «muchas de las cuales vienen—para expresarme con palabras de Sor Josefina Mainetti—de los montes y de los campos, inexpertas, a trabajar en las ciudades».

«Pensemos—dice con la mayor naturalidad—, pensemos en las fábricas donde trabajan promiscuamente hombres y mujeres, muchachas casi niñas en una ansia continua de ganancia y de fatiga, donde las fuerzas físicas se desgastan y el sentido moral se debilita, la virginidad de pensamiento y de sentimiento se ofusca poco a poco hasta perderse...»

Como se ve, la escritora plantea, quizá sin darse cuenta, un problema de los más graves en esta Cuestión Obrera. Dice sencillamente que «hay que remediarlo», y que «la Madre General había pensado en remediarlo». Pronto le puso mano.

La primera casa del género la abrieron en Cánnero, donde existe una enorme fábrica de tejidos. Los principios fueron dificilísimos: las mismas chicas beneficiadas, azuzadas por los socialistas, no querían saber nada de monjas ni de Religión. Esto lo habían previsto ellas.

Al mes todo había cambiado ; las lobeznas y cabras indómitas se habían trocado en mansas corderillas que pacían en prados y colinas saludables. Franca alegría, espíritu de familia, piedad sincera, las habían redimido.

Botones de muestra

23. El 14 de septiembre de 1906 estalló una huelga, huelga a todas luces injusta, a la cual se adhirieron 9.000 obreros y muchas fábricas de la región.

Las pensionistas no se adhirieron, «resueltas a cumplir serenamente su deber». Insultos, coacciones, violencias. Las muchachas oraban, trabajaban y... sufrían.

Intervino la fuerza militar para garantizar el orden y la libertad de trabajo.

Pero es natural que no todo se remediaba. La actitud de esas «crumiras» era la comidilla de todas las conversaciones. Muchos las admiraban, y seguramente muchos deseaban en su interior imitarlas.

Las Hermanas hacían lo humanamente posible para mantener alta la moral de sus asistidas: meriendas extra, representaciones en el teatrito del pensionado, canto, canto, mucho canto...

Un día llega un delegado de la autoridad y procede a un interrogatorio. Los socialistas acusan a las Hermanas de coaccionar a las chicas ; desean librarlas de aquella cárcel y de aquellas carceleras.

El delegado hace salir a las Hermanas, y una por una, como en los exámenes, va interrogando a las muchachas. Sin excepción responden que allí nadie las coacciona, y que si sufren coacción, ésta viene de los huelguistas. Y reunidas en un salón, el delegado les dice: «Nada tenéis que temer adhiriéndose a los huelguistas.» Ellas callan.

«Las que quieran salir de este pensionado, declárenlo poniéndose en pie.» Las muchachas permanecieron sentadas, y las que por falta de silla estaban de pie, se sentaron de un golpe en el suelo.

El delegado no pudo menos de felicitarlas por su valor en mantener su libertad.

Hechos parecidos se repitieron en toda Italia, porque entonces se estaba bajo las delicias del régimen del «dejad ha-

cer, dejad pasar...», lo malo, la violencia disfrazada con la palabra Libertad.

«Obra no menos cara a su corazón eran los «Convitti operai» (especie de pensionados), donde sus Hijas salvaguardan y salvan centenares, millares de jovencitas inexpertas, ignorantes, procedentes, en su mayoría, de los campos y los montes.

Hay que remediar.

¿Mas cómo? ¿Mas dónde?», agrega. La Madre medita. Y cuando se le pide enviar algunas Hermanas a la dirección de una casa de empresa, no vacila un momento. A sus Hijas que manda, les dice: «Es una obra tal vez nueva en la forma, no en la sustancia; antes bien, es obra *antigua*, porque se dirige a esa parte del pueblo, a esa porción de almas que principalmente quería salvar Don Bosco.» Y a dirigirlo manda a una Hermana hija de industriales, inteligente, corazón grande, conocedora del campo donde iban a trabajar.

¿La acogida?

Como se preveía, una media sublevación entre las empleadas y trabajadoras de la fábrica: ¡tan prevenidas estaban contra la religión! Aquí, como en todas partes, la ignorancia y los prejuicios, que también son ignorancia, constituyen el enemigo número uno.

Al cabo de un mes los ánimos se habían calmado; al cabo del año, las fierecillas se habían trocado en amables corderillos bajo la mano que tan maternalmente los conducía a pastos saludables. Honestidad de costumbres, piedad cristiana, espíritu de familia, franca alegría, habían redimido aquellas escuadras de juventud obrera que el libertinaje socialista, asechanzas y lisonjas del placer vedado habían intentado precipitar al abismo. Sana alimentación, ocupación regulada, alternancias de recreo y distracciones, aseguraban el físico.»

El ideal de la Madre

24. A este feliz ensayo sucedieron otros y otros. Hoy son centenares, y muchas Hermanas especializadas.

«La Madre, recordando el comportamiento de Don Bosco, en casos semejantes, había dispuesto que las Hermanas se dejaran ver frecuentemente en la fábrica durante las horas de trabajo, no tanto para vigilar, cuanto para confortar con

su presencia a esas amadas obreras. Silencio, sí, entre el fragor ensordecedor de las máquinas maravillosas y peligrosas; silencio entre el rechinar de poleas y rodajes; pero un callado cambio de sonrisas y miradas entre las atareadas trabajadoras y las vigilantes educadoras. La presencia de los ángeles tutelares vigoriza las almas.

La Madre, visitando estas casas, decía a las Hermanas: «Tenemos entre manos un tesoro; tenéis una flor de la cual nacerá hermosísimo fruto.» «¿Cuál, Madre?» «Mujeres cristianas, mamás cristianas, familias cristianas.»

Así es.

Numerosos triunfos han cosechado y cosechan ellas en este campo (12).

En España tienen varias de estas Escuelas Profesionales, de cuyo programa entresacamos estos párrafos:

«Nos proponemos proporcionarles una profesión que les permitía ganarse la vida digna y honradamente... deseamos que puedan ganarse un jornal sin tener que salir de sus casas; ejerciendo en ellas un oficio compatible con el cuidado del hogar, se robustecerá inmensamente la vida de familia y todos los beneficios que de ello resultarán.

La enseñanza de cultura general comprende: elementos de Sociología; concepto cristiano del Trabajo; legislación especial que lo protege; sostener razonamientos de índole profesional y contestar a las objeciones más comunes...» Esto, se comprende, además de las asignaturas corrientes en las Escuelas elementales y medias. Comprende además un idioma extranjero, principios de Puericultura y Economía doméstica.

«Los oficios principales que enseñan son: encuadernación y decoración de libros; manejo de máquinas de punto y de costura; repujado en cuero y metal; flores artificiales; talla; marquetería; zapatería; cestería; cerámica; tapices y alfombras; telares a mano; juguetería; bordados a mano y máquina.»

IV

LA «FAMILIA» SALESIANA

El ambiente social de los tiempos

25. Persuadido de su misión y de que las obras mueren al morir los hombres si no han tenido el cuidado de perpetuarlas en alguna institución, Don Bosco deseaba fundarla. Pero los tiempos eran muy malos para ello. El Gobierno italiano había suprimido las Ordenes Religiosas, imitando al francés y a otros de Europa y América; varios Obispos estaban desterrados de sus Diócesis. Y, sin embargo, en este tiempo y del mismo ministro supresor le vino el consejo y el estímulo a fundar su Congregación.

Era el año de 1857. Los Oratorios, las Escuelas dominicales, diurnas y nocturnas de Don Bosco para los obreros y los hijos del pueblo, se multiplicaban. Las persecuciones que habían sufrido de parte de los Municipios y del mismo Gobierno Nacional, comenzaban a pasar al dominio de la historia, pues su tacto admirable y su alejamiento de toda política militante, y sobre todo su caridad y noble altruísmo, su interés solícito en favor de los necesitados y los visibles resultados de su método educativo, habían acabado por ganarle la opinión. Todos, a no cerrar tozuda e irracionalmente los ojos, tenían que convencerse de que nada podía temerse, y todo podía esperarse de un hombre y de una obra que tenía por único objeto instruir al ignorante, elevar al pueblo, formar a los obreros, solucionar conflictos y armonizar las clases sociales.

Por otra parte, la demagogia comenzaba a dar sus amargos frutos. Así que los hombres sensatos y los ministros comenzaron a preocuparse seriamente de las cosas. Dos especialmente: el conde Cavour, el gran político a quien debe Italia su unidad, y Urbano Rattazzi, ministro de Gobernación. Los dos habían visitado muchas veces, de incógnito y

abiertamente, el Oratorio, tratado a Don Bosco y persuadidose de que éste sería algo así como un canal que encauzaría por sus legítimas vías las corrientes democráticas, expresión de los tiempos. Y así, fueron a verlo y le dijeron: «Hacemos votos porque usted viva largos años para la educación y felicidad de tanta pobre juventud. Pero usted es mortal como todos los hombres, y si viene a faltar, ¿qué será de su obra?, ¿no ha pensado usted en asegurarla?»

Fundación de la S. S.

26. Ante salida tan inesperada, Don Bosco responde, medio en broma: «A decir verdad, no pienso morirme tan pronto, y si me he ocupado en formar ayudantes, no me he preocupado de lo que pueda acontecer a mi muerte. Pero ya que Sus Excelencias me lo preguntan, permítanme que a mi turno les pregunte: ¿Cómo se podría hacer?

—Pues escoger individuos, empaparlos en su espíritu, formar una sociedad de clérigos y legos, a fin de tener no sólo ayudantes, sino continuadores.

Como era Rattazzi el autor de la ley de Supresión de las Comunidades, Don Bosco acogió sus palabras con una significativa sonrisa, y le preguntó:

—¿Y cree Su Señoría que es posible fundar una sociedad así, en estos tiempos?

—¡Claro que sí!

—¿Sería...?

—Una sociedad no de mano muerta, sino de mano viva; una sociedad en que cada socio sea al mismo tiempo un ciudadano.

—¿Y el Gobierno la dejaría vivir?

—A una Sociedad así, de libres ciudadanos que se reúnen con un objeto de beneficencia, ningún Gobierno constitucional y serio puede impedirle, como no impide las sociedades de agricultura, industria, comercio, sino que las fomenta, porque le convienen.

—Lo pensaré, y puesto que Sus Excelencias se muestran tan benévolos, les comunicaré mi resolución.

Esta entrevista fué un rayo de luz para Don Bosco. El político sugería una sociedad meramente humana; el cristiano añadiría la marca religiosa. Al fin y al cabo, el ciudadano y el cristiano son una misma personalidad...

Cuando Pío Nono, a quien Don Bosco nada ocultaba, supo la cosa, no pudo menos de sonreír y de decir: «Salutem ex inimicis nostris»; animó al Santo y le dió preciosísimos consejos. De hecho estaban fundados los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora y los Cooperadores Salesianos.

Así nació la «Sociedad Salesiana», que pasando por todos los trámites del Derecho Canónico, fué definitivamente aprobada en 1874. Dios la ha bendecido largamente, la ha mimado y, en general, los hombres la han comprendido (13).

Hoy los Salesianos son 15.800, en 1.119 Casas, y las Hijas de María Auxiliadora 11.900, en 1.055 Casas, esparcidas por el mundo entero.

Tanto los unos como las otras tienen también florecientes Misiones en los países infieles, pues la *Institución Salesiana ocupa el tercer puesto entre las Ordenes y Congregaciones Misioneras.*

La Tercera Orden

27. Don Bosco tuvo a bien incorporar los seglares a su Apostolado, e instituyó la *Venerable Orden Tercera Salesiana*, con el nombre de «Cooperadores Salesianos», que, como su nombre lo indica, cooperan, colaboran con los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en todas las obras que ellos tienen, con el mismo espíritu y bajo el mismo signo —que es eminentemente social—. Los Cooperadores se acercan hoy al millón, distribuídos en todos los pueblos del orbe. Es un apostolado seglar importantísimo.

Un juicio de Severino Aznar

28. Con el juicio y precisión que le caracteriza, dice el patriarca de los sociólogos españoles, Severino Aznar:

«Entre todas las Ordenes y Congregaciones Religiosas hay una que tiene matiz especial, que no tienen las otras. Es una Congregación social, es la Sociedad Salesiana.

Se manifiesta ese sentido social en que se propone elevar por el trabajo a los hijos del pueblo, en que funde dentro de sus casas las clases que en la sociedad luchan y procura mantener esa fusión fuera de sus colegios, entre sus antiguos alumnos, buscando la armonía y la paz; en que ha comprendido que una de la necesidades de la producción era el obrero «calificado», técnicamente preparado para su oficio, y que el medio más seguro de asegurar la vida y la ascensión del trabajador era darla esa instrucción técnica que lo hiciera necesario, para todo lo cual organiza sus Escuelas Profesionales.

Porque satisface esas necesidades, hoy más sentidas que nunca, cada día despertará más simpatías, cada vez será más popular, aumentará cada vez el campo de su acción.

Hay Ordenes que acabaron la misión que su fundador les dió y tienen que esfumar su actividad en la obra de otras Ordenes, haciendo, no lo que vinieron a hacer, sino lo que otras hacían ya.

La Sociedad Salesiana, no. Nunca tuvo más míes preparada, nunca fué más dolorosamente viva la necesidad que satisface, y cada vez será por eso más necesaria.

Entre las Congregaciones de monjas hay algunas que participan de ese carácter social; también trabajan por la elevación de la clase obrera, devolviéndola unas veces redimidas y útil a la sociedad, dándole otras el hábito del trabajo, la técnica de oficio y un hondo sentir de honradez, para que no caiga y para elevar la condición o el bienestar de su vida. Así las Trinitarias, las Adoratrices, las Oblatas, las Hijas de San Vicente de Paúl, las Religiosas del Sagrado Corazón,

desde hace tiempo, y algunas otras pocas Congregaciones, una sobre todo, más que todas ellas acaso, y de la cual no puedo hablar en el presente estudio.

Pero entre las Ordenes y Congregaciones de religiosas, ninguna tiene el carácter preeminentemente social de la Sociedad Salesiana. Surgirán seguramente otras Ordenes Sociales, adoptarán algunas de las ya constituídas su vida a esas fundaciones de elevación popular y de pacificación social; pero tiene la de Don Bosco la preeminencia de haber sido fundada para eso principalmente» (14).

V

CONCEPTO QUE TENIAN DE DON BOSCO LOS GOBIERNOS Y LOS SOCIOLOGOS

Una constatación

29. Observa atinadamente el mismo Ceria que el aspecto social era el punto de mira en que los franceses, belgas y alemanes enfocaban y estudiaban de preferencia la Obra Salesiana. Y es que, en realidad, la Obra lo es eminentemente.

Sobre todo en los últimos años de su vida el Santo Fundador se veía visitado y consultado por escritores y sociólogos, preocupados del pavoroso problema.

Para él la resolución era relativamente sencilla: *amor*; amor que lleva a la comprensión, comprensión que lleva a hacerse cargo de los problemas y procura su solución. Lo mismo que en Pedagogía y Educación. No siendo un teórico, sino un hombre eminentemente práctico, *hablaba poco* de Sociología, pero *practicaba mucho*, y practicaba *conscientemente*. Los resultados de su práctica eran tan evidentes, que en viendo lo que hacía, era frecuente que los estudiosos exclamaran como el inspector escolástico de Niza, visitando la fábrica salesiana del papel en Mati: «Don Bosco es

verdaderamente el hombre del siglo: ha resuelto la cuestión social» (15).

¿Y qué había visto este caballero? Sencillamente el Sistema preventivo aplicado a la industria y a la vida social, la armonía de clases e intereses; una gran fábrica organizada como los famosos Colegios Salesianos, en que se funden los elementos que en otros sitios andan a la greña.

En una Asamblea de Münster

30. El 24 de junio de 1885 festejaban con entusiasmo los Salesianos y alumnos el santo de su Padre. Entre los comensales se hallaba un joven eclesiástico de Baviera (Alemania), don Juan Mehler, que andando el tiempo debía hacerse célebre por sus escritos de sociología cristiana y educación popular. Había venido unos días antes, para estudiar. Con acuciosa curiosidad lo observó todo, preguntó, anotó, confrontó.

Vuelto a su Patria, difundió en los ambientes de actividad social y sociológica el nombre, las ideas, los procedimientos y la simpatía de Don Bosco y sus obras, o mejor, de su método y procedimientos.

En la XXXII Asamblea anual de los católicos alemanes, reunida en Münster del 30 de agosto al 3 de septiembre, refirió o informó sobre las instituciones y métodos Salesianos ante esa imponente representación del Catolicismo germánico. La impresión fué inmensa. Lo que más impresionó a los congresistas fueron los Oratorios Festivos, con su organización tan sabia como sencilla. En su entusiasmo, el buen sacerdote y gran sociólogo escribía: «Los alemanes aman a Don Bosco como se ama a un padre» (16).

En el Parlamento francés

31. El 2 de febrero de 1883, en el Parlamento francés, monseñor Freppel, diputado entonces, en un discurso gravísimo sobre la cuestión obrera, afirmaba:

«El solo Vicente de Paúl, hizo más por la solución de las cuestiones obreras, que todos los escritores del siglo de

Luis XIV. Y en este momento Don Bosco, a quien habéis visto el año pasado aquí en París, aporta a la cuestión obrera mayor y mejor contingente que todos los oradores del Parlamento juntos» (17).

«Desde este año comenzó alrededor del Fundador de los Salesianos la floración de una multilingüe literatura que difundió su nombre y sus ideales entre los hombres de la ciencia, de la autoridad y de la riqueza, abriéndoles a sus hijos las rutas del bien en todo el ámbito de la tierra» (18).

En las Sociedades Obreras

32. También, desde algún tiempo antes, las Sociedades Obreras y los hombres de acción dirigían la mirada a Don Bosco, mirándolo como abanderado de las actividades a favor de las clases trabajadoras. Esta misma opinión hacía que dondequiera que hubiese Casas Salesianas, dichos hombres y Sociedades las considerasen como el natural sitio de reunión. Un caso. El 3 de junio de 1883 la Sociedad Católica Obrera de la Spezia (Italia), celebraba su fiesta social. Se brindó por el Rey, el Papa y la Reina. De pronto, alguien pronunció el nombre de Don Bosco. Este nombre electrizó la Asamblea y todos lo repitieron frenéticamente. El año siguiente, el mismo Rey, Humberto, rendía homenaje a Don Bosco y a su Obra, en la misma ciudad (19).

Es que la Obra Salesiana es esencial y eminentemente social. Bien lo comprendieron Severino Aznar y Rafael Marín Lázaro, entre otros.

Doutreloux

33. Hemos referido la exclamación del inspector escolar de Niza (Francia) al visitar la fábrica de papel fundada y dirigida por Don Bosco: «¡Don Bosco es realmente el hombre del siglo: ha resuelto la cuestión social!»

Muy optimista parece; pero si pensamos que Don Bosco es más que todo el hombre providencial, «el modelo *que imitar*», quizá hay que darle razón al economista francés.

He aquí otros testimonios no menos elocuentes y autorizados.

La Gacette de Liège

34. En Lieja (Bélgica) mucho se hablaba de Don Bosco y su obra. Monseñor Doutreloux emprendió viaje a Turín para verlo y «arrancarle» la promesa de una fundación salesiana en su diócesis, la ciudad del Santísimo Sacramento. El gran Prelado, sociólogo de altura, consideraba esta fundación como un complemento necesario de las numerosas obras sociales que había establecido y de las que estaba planeando. Se la arrancó de veras, o, por mejor decir, se la arrancó la Santísima Virgen con una visión; como Ella misma proveyó los dineros necesarios para la edificación y puesta en marcha. Don Bosco tuvo uno de sus «Sueños»: la Santísima Virgen le intimaba satisfacer al Prelado (20).

Vuelto a su Diócesis, las impresiones que llevaba dieron lugar a que se encendiera la curiosidad sobre el Santo y sus cosas.

Mucho se hablaba en los círculos y en las redacciones de los periódicos. La «Gacette de Liège» envió uno de sus redactores a constatar «*de visu* las cosas»: un entendido, pues era un industrial. Este publicó sus impresiones en dicho periódico el 23 de diciembre de 1887.

Pudo ver a Don Bosco aún en pie (no le quedaba más que un mes de vida en la tierra). Narra sus impresiones. Entre otras cosas, dice:

«Vi al venerando anciano, encorvado bajo el peso de los años y de las fatigas del apostolado. El agotamiento de las fuerzas no le permitía mantenerse en pie; pero en sus ojos, aunque algo velados, relampaguea la bondad. Habla bien el francés. Tiene cansada la voz, pero expresa con notable limpidez su pensamiento. Me recibió con cristiana elegante sencillez, digna y cordial a un tiempo. Me conmovió profundamente el ver cómo un anciano casi moribundo y asediado

siempre de visitantes, tiene para cuantos tratan con él un interés tan amoroso y sincero.

El redactor de la «Gacette» visita detenidamente la casa, entreteniéndose particularmente, como es natural, en la sección de los obreros, las Escuelas Profesionales. Entresacamos: «Desde mis primeros pasos en los talleres, hube de rectificar mis ideas. *No me hallaba en un asilo ni en una escuela oficial: me hallaba en una escuela industrial organizada de una manera sumamente práctica e inteligente.* Nada que recordara explotaciones modelos, que son frecuentemente modelos de explotación de los dineros públicos. La indispensable fachada monumental faltaba en absoluto. Nada de uniformes, nada de botones, nada que tenga reminiscencias de cuartel. Pero eso sí, *los trajes perfectamente decentes*... El conjunto tiene carácter de los talleres bien organizados que se han desarrollado *gradualmente* y donde *se administra*. Mientras visitaba tan grande y variada fábrica (hay mecánicos, herreros, carpinteros, sastres, zapateros, tipógrafos) no podía contenerme de expresar a mi guía la sorpresa por hallarme en una fábrica muy bien montada y no ya en un piadoso asilo. A lo que respondió sonriendo:

«El instituto aspira no a formar devotos, sino simplemente buenos y sólidos cristianos y obreros capaces y contentos de su suerte. *Claro es que ante todo buscamos la salvación de sus almas, pero al mismo tiempo perseguimos un bien social.*»

El periodista, siempre más admirado, se informa del sistema educativo, de la disciplina, quedando impresionadísimo al escuchar y constatar «*el régimen de libertad y de amor*», basado únicamente «en la influencia religiosa y la autoridad moral».

Una cosa le llama extraordinariamente la atención: lo que nosotros llamamos sencilla pero impropiamente «propina», y que él denomina con exactitud «participación en los beneficios». Y no sólo la cosa en sí, sino la manera de darla:

«Los chicos reciben sus centavos para el domingo; pero la verdadera participación de beneficios—proporcionada a los trabajos que van realizando, o sea, a la transformación de la materia—, se les guarda para entregársela a la salida del instituto», para hacer frente a los primeros gastos de su instalación. Y exclama: «He aquí realizado, en forma práctica, el ensueño acariciado por los economistas modernos, de la participación de los obreros en los beneficios de las empresas.» En Sarriá y en Bogotá, como en todos los Colegios de Es-

cuelas Profesionales Salesianas, no son pocos los jóvenes que al fin de su aprendizaje se hallan con una suma suficiente a instalar su pequeño taller.

Hoy, gracias a Dios, esto se verifica en la mayoría de los talleres y empresas. Las Encíclicas de los Papas y las legislaciones de los Gobiernos, y no pocas veces la imposición de las masas, han extendido el procedimiento. Pero es hermoso y altamente consolador constatar que también en esto es Don Bosco un precursor, que vió claro y redujo a la práctica lo que así veía y que influyó en las más bellas realizaciones de la Justicia social.

El redactor prosigue: «Yo he visitado establecimientos industriales de todo género en casi todos los países, y jamás —debo decirlo—, jamás he encontrado obreros que me hayan impresionado mejor que estos jóvenes. Trabajan con todo el ardor de su edad y de su estirpe, al mismo tiempo que con calma alegre y mucha destreza. Claro se ve que *ponen el alma en el trabajo*.» Para quien haya visto las luchas de clase y las habituales disposiciones de los obreros para con sus patronos y para con el trabajo, no deja de ser elocuentísima esta observación. Y es que esto sólo puede darlo la educación cristiana. Como es un hecho que el único que en realidad de verdad puede decir a los obreros y no sólo a ellos: «¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!», es Jesucristo.

Mucho le llama la atención—¡claro es!—el hecho de que *al lado de este taller-escuela industrial se levanta un colegio de 400 estudiantes que siguen los estudios clásicos.*

Es esta una de las armonías sociales que son en Don Bosco tan naturales: *la armonía de las clases*. También se la llaman *la alegría* que reina en dondequiera, la franqueza, *la respetuosa familiaridad* entre educando y educadores, las alegres partidas de juego en el espacioso patio en que los mismos sacerdotes, «arremangándose un poquito su sotana, rivalizan con los chicos en la carrera y la pelota».

Erudito, como buen francés o buen belga, echa su rápida excursión por la historia y compara: «Las Abadías benedictinas de las Galias y Germania, civilizaron a nuestros padres con la oración y el trabajo; Don Bosco lo hace con los salvajitos de nuestras ciudades modernas, cuyos instintos fe-

roces nos ha revelado la Comune de París...» (¡Hoy podría citar otras tantas ciudades y aldeas! Y concluye:

«La santidad—¡cuántos espíritus fuertes van a reírse al ver esta palabra!—. Y, sin embargo, los Santos han jugado un papel importantísimo en la vida de los pueblos. ¿Quién osará decir, por ejemplo, que la influencia social de un San Vicente de Paúl no es tan profunda, tan durable y, sobre todo, tan feliz como la de Richelieu o Mazarino? ¿Quién se atreverá a decir que la iniciativa providencial de Don Bosco en esta espinosa cuestión obrera, si se generaliza, no aportará soluciones inesperadas?...» (21).

Hoy el mundo entero está convencido de que Don Bosco es el hombre expresamente enviado por la Providencia para orientación de la era moderna. El porvenir—que ya es presente—está inevitablemente en manos de los obreros. Ahora bien, Don Bosco tiene la misión de elevar, dignificar, formar al obrero. Y en esto se es fácil profeta o, por mejor decir, constatador. Es un encargo providencial. Así, inconscientemente, lo cumplen Salesianos y alumnos. Los Salesianos mismos no sabemos los inmensos recursos que tenemos en el Sistema que el Padre nos legó. La experiencia nos dice que en muchísimos casos y muchísimas cosas acertamos casi sin darnos cuenta, como se ha podido ver en intrincados problemas creados por la última guerra. Es la misión, la misión confiada por la Divina Providencia.

¿Los Salesianos solos? No, evidentemente no. Es patrimonio y deber universal. Don Bosco es el abanderado. Dios da sus leyes: al hombre le toca actuarlas. Es inmensamente grande y hermosa la obra que debemos cumplir todos cuantos «colaboramos» en el campo social.

Juicio de los Cardenales Capecelatro y Parocchi

36. Bien decía el Cardenal Capecelatro que «cada vez que pensaba en Don Bosco, le parecía ver en él resucitados a su Padre San Felipe Neri y a San Francisco de Sales». Y el

Cardenal Parocchi, ante el mismo Don Bosco, en una conferencia:

«Si el amor no me engaña, su fisonomía, *su nota esencial, es la Caridad ejercitada según las exigencias del siglo*: *Nos credimus charitati*; *Deus charitas est*. Nuestro siglo, sólo con la Caridad puede ser atraído y movido al bien. Hoy el mundo no quiere conocer otras cosas que las materiales, y no quiere saber nada de las espirituales. Ignora las bellezas de la Fe, desconoce las grandezas de la Religión, repudia las esperanzas de la vida futura, reniega del mismo Dios... Hay que adaptarse al siglo... Tomarlo como es.

Decidle a este siglo: «Te quito los niños de las calles para que no los arrolle el tren, para que no los despedace un vehículo; los retiro en un asilo para que no desfloren su frescura en los vicios; los reúno en las escuelas para que se instruyan, para que no lleguen a ser el flagelo de la sociedad; los llamo, los junto a mí para que no se arranquen los ojos unos a otros...» Y entonces los hombres de este siglo comienzan a ver y comienzan a creer: Y hemos conocido la Caridad y creemos en ella, y por ella en Dios (22).

Y el presidente del Consejo de Ministros, Boselli:

«En el orden político e histórico, muchas cosas dividen a los hombres. Pero también desde opuestas playas a todos les gusta y les sirve admirar la luz de la Caridad, cuando se eleva al cielo después de haber aliviado largamente las miserias humanas. Se pueden tener conceptos diversos de la civilización, pero hay puntos en que la concordia es perfecta entre los que creen en la infinita virtud de la Caridad...» (23).

Juicio de Pío X

37. El pensamiento es propiamente de Pío X, quien en el Decreto *Supremus humanae familiae*, en que declaraba Venerable a Don Bosco, dice que «la Divina Providencia, que rige los destinos de la Humanidad, así como en otros siglos le mandó Agustines, Domingos y Loyolas, así en éstos, le

envió a Juan Bosco para que con múltiples virtudes, y *aprovechándose de los recursos de la civilización actual, divinizara los progresos modernos, remediara o indicara los remedios de sus males y encauzara las tendencias de los tiempos que alcanzamos*».

Y ya antes muchísimos pensadores habían manifestado idéntico sentir.

VI

LO QUE PENSABA DON BOSCO DE LOS RICOS Y LAS RIQUEZAS

Triste constatación del Santo

37. Ya nos parece que en los labios del lector juega otra pregunta igualmente de actualidad: ¿Qué pensaba Don Bosco del capital? Sencillamente, lo que hoy pensamos todos.

«La mayor parte de los capitalistas, preocupados únicamente de la ganancia material, se admiran (el Santo escribe en 1854) si se les advierte que Dios les pedirá cuenta de las almas de sus obreros. Y los obreros, no teniendo quien les recuerde la dignidad de su alma y su persona, la necesidad de santificar el peso de su duro trabajo, sus destinos inmortales, las esperanzas divinas; ni teniendo quién les dé buen ejemplo, un aviso a tiempo, un reclamo a Dios y a su ley; se dejan corromper el espíritu y el corazón con todas las influencias malévolas. Todo para el cuerpo; para el alma, nada. *Esto hay que remediarlo con la educación cristiana de patronos y obreros.* Y a eso miran nuestras Casas, tanto más que son inmensos los peligros que amenazan a las naciones, si no se soluciona cristianamente la cuestión obrera. El porvenir será de quien se gane a los obreros» (24).

Un día pasaba con uno de sus coadjutores delante de una joyería en que refulgían perlas y diamantes. Se quedó mirándolas, y dijo:

—«Si una partecita de esos tesoros estuvieran en nuestras manos...

—¿Y qué haríamos con eso?

—Mira; Dios ha creado todas estas riquezas para el servicio del hombre, mas no para que el hombre se haga esclavo de ellas. Si las tuviéramos, ¡cuántas casas podríamos abrir para recoger y mantener centenares y millares de huerfanitos y desheredados; cuántas Misiones podríamos abrir en los países infieles donde aún no se conoce al verdadero Dios! Pero el mundo no lo entiende así, y ya ves con cuánta vanidad y ligereza las tratan y malgastan!

Las riquezas deben crear riqueza, dando trabajo a los hombres y repartiendo limosna a los necesitados. Yo tiemblo por los ricos» (25).

El, por su parte, fué muy desprendido. Por sus manos pasaron millones y millones, que los bienhechores le daban para sus obras. Y bien decimos: «pasaban», porque jamás se estañaron en sus manos; y puede decirse que no tenía caja.

Apreciaba el dinero, como un medio indispensable para hacer el bien, pero no le dió ni una fibra de su corazón.

«El dinero—dice—no es más que un medio para alcanzar un fin. Y este fin es buscar el reino de Dios.»

Cómo rechazó un millón y cómo administra los bienes

38. Un día, el conde de Cavour, entusiasmado con lo que veía en el Oratorio y con los proyectos que Don Bosco le exponía, le ofreció un millón de liras (un millón, entonces, era una suma más que respetable), y él se lo rehusó. Extrañado el ministro, le preguntó por qué, estando tan necesitado, no aceptaba ese ofrecimiento, y recibió esta respuesta, dicha con una amable sonrisa: «Porque tal vez me saldría demasiado caro.»

Conocedor del valor del dinero, lo administra «con grande libertad, pero al mismo tiempo con grande escrupulosidad». Antes de emprender una obra de cualquier naturaleza que fuera, lo consultaba muy bien, hacía diligentemente los

presupuestos, exigía diseños y planos, escogía con sumo cuidado los empresarios y personas que debían intervenir, se fijaba en los detalles, se esforzaba en que se ahorrara lo que se podía ahorrar, examinaba los contratos y las cuentas; pero al mismo tiempo jamás mostraba desconfianza» (26).

En asuntos de justicia eran delicadísimos Don Bosco y mamá Margarita.

Gravísimas palabras

39. Hablando en los locales de la Sociedad Obrera de la Spezia, se expresó así:

«Dios nos ha hecho a todos para el trabajo y el cielo. Y ha hecho al pobre para que se gane el cielo con la resignación y la paciencia; y ha hecho al rico para que se salve con la caridad y la limosna. *Algunos creen que pueden hacer de los bienes que Dios les ha confiado, lo que les parece y gusta; otros creen que han cumplido con su deber cuando han dado algún socorro, y éste de mala gana. Mas no es así.* Jesucristo ordena expresamente dar lo superfluo, es decir, lo que os sobra de vuestro honesto sustento. *Y no se me venga a decir que esto es consejo y no mandato. La parábola del Epulón habla bien claro.* Algunos me argüirán: Estas cosas son muy graves y espantosas. Tenéis razón: son graves y espantosas, y siento recordaros esto a vosotros, que tal vez no lo necesitéis. Se la recordaría de buena gana a esos señores y señoras que dilapidan millones en joyas, en perros y caballos de lujo, en bailes y francachelas. Y se lo recordaría, por su bien.»

Y para su bien se lo pudo decir a una reunión de banqueros en la catedral de Génova:

«Para promover el bien de sus creaturas, el Señor ha tenido a bien asociarse cooperadores: a cada cual recomienda cuidarse del prójimo. Entre el prójimo los hay merecedores de particular cuidado: son los menesterosos, especialmente los niños. Pobres niños, huérfanos a veces, muy a menudo

abandonados a sí mismos, asediados de compañeros malvados, crecen en el ocio, y de éste pasan al robo... Y hélos aquí, en la flor de la edad, deshonra de la Patria, inútiles para la Sociedad, gravosos a la Patria. Y, sin embargo, Dios los ha creado para la Sociedad y para el cielo. Si una mano benéfica los sustrae a tiempo del peligro y los orienta por una carrera honrada, son elementos beneficiosos, buenos cristianos, habitadores del cielo. Escuchadme, señores: Dios, al daros bienes de fortuna, os pone en la mano una llave: con ella podéis abriros el cielo o el infierno. Abrid vuestras arcas, vuestras cajas fuertes, vuestros tesoros, dad trabajo, dad limosna a los pobrecitos de Cristo. Con eso mismo os iréis abriendo el cielo al mismo tiempo que los corazones. ¿Os negáis a ello? Siento decíroslo: pero con esa llave os cerráis el cielo y os abrís el infierno. Es doctrina de la Iglesia, es doctrina del Fundador de la Iglesia.»

Y si esto decía de la limosna, ¿qué no diría del justo salario?

Gracioso episodio

40. Y ahora un episodio gracioso sobre lo superfluo: es en la misma Génova. Un amigo suyo y cooperador, el señor A. Bordo, había quedado viudo, sin hijos. Conservaba y miraba las joyas y trajes de su señora, con lo cual renovaba recuerdos y dolores, hacía ya veinte años. Un día hablaba de esto con Don Bosco. «¡Oh!—díjole éste—. ¿Qué hace usted con tanta cosa? Exponerse a que le asalten los ladrones. Es una lástima tenerlas así, baldías, cuando hay tantos pobres necesitados de caridad.» «¿Qué me aconseja?» «Desprenderse de ello en sufragio de su esposa.»

El caballero salió de la entrevista conmovido y agitado. Le dolía desprenderse de esos recuerdos. Pero la conciencia le repetía sin cesar las palabras del Santo. Y la conciencia triunfó. ¡La dulce paz que desde entonces inundó su alma!

El biógrafo añade: «¡Para cuántos amigos la voz de Don Bosco era la voz del cielo! Cuando le consultaban sobre asuntos delicados o difíciles, se recogía un momento, y lue-

go, en términos precisos, claros y breves, les daba su parecer, el cual producía el efecto de una palabra sagrada» (27).

En Marsella

41. En Marsella, una tarde invernal, en una desierta calle se encontró de manos a boca con un mocetón cuyo solo aspecto infundía pavor. «Amigo, ¿qué haces aquí?» «Tengo frío», le respondió con voz temblorosa y amenazadora. «¿No tienes casa?» «¡Lo que tengo es hambre!»

Y en diciéndolo cayó a tierra. El Santo se esforzó por reanimarlo y, como pudo, lo llevó al Oratorio, donde se le prodigaron todos los cuidados. Recobradas las fuerzas «¡Ah, señor Cura—le dijo—, me habéis librado de cometer un delito: la desesperación me inducía, sin remedio, a cometerlo! ¿Queréis tenerme con vosotros?» La Casa estaba plena; pero le hicieron puesto. Y quedó en el Oratorio, y oraba, trabajaba y daba buen ejemplo.

En una conferencia a los Cooperadores Salesianos Don Bosco narró a su auditorio el caso—que podían comprobar—, y exclamó:

«He aquí lo que es preciso hacer para con todos y con la Sociedad entera, y hacerlo por amor a Dios, que ha dicho: Amaos los unos a los otros» (28).

En Lyón

42. Más claro y enérgico estuvo en Lyón en octubre de 1883. En una conferencia, ante selecto y numeroso público, dijo:

«¿Sabéis, señores, dónde está la salvación de la Sociedad? Pues, señores míos, la salvación de la Sociedad está en vuestro bolsillo. Estos niños recogidos en el Patronato y mantenidos en los talleres, esperan vuestros socorros. Si vosotros ahora os retraéis, si dejáis que estos muchachos sean víctimas de las ideas comunistas, los beneficios que hoy les ne-

gáis, vendrán ellos a exigíroslos un día, no ya sombrero en mano, sino poniéndoos el puñal al cuello, y tal vez junto con vuestro dinero reclamarán también vuestra vida».

En Barcelona

43. Aún más enérgico fué en Barcelona. Diríase que a medida que se acercaba a la tumba y entraba en la eternidad, más claro veía el porvenir y más completa la responsabilidad del dinero. Ante la aristocrática Sociedad Católica, que tuvo a gala celebrar en su honor una reunión extraordinaria, se expresó así:

«Como ciudad industrial, Barcelona tiene más interés que otra alguna en proteger a los Talleres Salesianos. De esta Casa salen anualmente muchos jóvenes útiles a la Sociedad, los cuales van a las oficinas y fábricas a difundir las buenas máximas; así están lejos de las cárceles y galeras, y se cambian en ejemplos vivos de saludables principios para los demás obreros. El muchacho que vagabundea por vuestras calles, primero os pedirá la limosna, luego la pretenderá, y, finalmente, os la exigirá pistola en mano.»

Y pocos días después, comentando la apertura o la ampliación del Oratorio Festivo: «Hemos limpiado las calles de niños vagabundos, que si siguen encontrando el apoyo de vuestra caridad, salvarán vuestras fortunas, con los ojos puestos en Dios. De lo contrario, os las exigirán algún día con la pistola y el puñal» (29).

La ciudad creció inmensamente, y desmesuradamente la industria. La revolución de 1909 destruyó las Escuelas Populares Salesianas y muchas otras Instituciones social-religiosas; los Gobiernos permitieron las propagandas ácratas y hasta persiguieron a la Iglesia; las clases altas olvidaron las amonestaciones del Santo, que no eran sino ecos del Evangelio—que es eterno—, y lo que vino lo sabemos y lo hemos llorado y experimentado todos.

También Aparisi y Guijarro había amonestado: «Cuando

falta la caridad en los de arriba y la resignación en los de abajo, sobrevienen las grandes catástrofes, y siente el mundo, asombrado, cuán pesada es la mano de Dios, que es el Padre de los ricos, pero que parece ser en especial el Padre de los pobres.»

«*Angelina*»

44. Para demostrar prácticamente el uso que debe hacerse de las riquezas, Don Bosco no vaciló en escribir una narración, titulada «Angelina» (1869).

El biógrafo dice que sus ideas sobre este punto, especialmente en los últimos años, eran bastante rígidas, que *temblaba por los ricos y por la sociedad capitalística*, y que buscaba quien quisiera escribir un libro documentado sobre tan importante tema; no lo halló, ni él tenía ya tiempo ni fuerzas físicas para ello; pero repetía sin cesar:

«Mucho se abusa de las riquezas; hay que recordarles a los ricos sus deberes, antes que venga la catástrofe.»

El 4 de junio de 1887 confió a sus familiares que la Santísima Virgen se le había presentado en sueño y le había reprendido por no haber publicado un libro enseñando claramente a los ricos el uso que deben hacer de las riquezas. Había pensado hacerlo, pero como sus doctrinas en este punto parecían rigurosas, habíalo, por prudencia, diferido. En el sueño la Virgen le manifiesta su desaprobación, y le ordenaba, en cambio, recordar a los adinerados los peligros a que se exponen, y los bienes que se granjean con la generosidad. *Si superfluum daretur orphanis*—decía—, *major esset numerus electorum*; *sed multi venenose conservant*... El Padre Francesia preparó y publicó más tarde una obrita titulada: «El Paraíso abierto a los ricos mediante la limosna».

Alzando aún la mira, decía Don Bosco: «El que no sabe ser generoso con Dios—dando limosna—, poca esperanza tiene de recibir de El gracias». Muchos sacerdotes se condenan porque no les predican a los ricos sobre el uso cristiano de las riquezas» (30).

Dos episodios

45. Según su teoría, el desprenderse los ricos de los bienes superfluos, no es simple consejo, sino perentoria obligación, porque los ricos son «administradores del Padre Celestial».

Donosos episodios confirman esta su teoría:

A) En marzo de 1886 enfermó seriamente de pleuropulmonía la condesa Grocholska, en Cracovia. Su hermano telegrafió al Santo pidiendo oraciones y girando una buena limosna. Pasaron algunas semanas. Don Rúa escribió preguntando por la enferma. Y como no recibiera respuesta, creyó que hubiese muerto. Don Bosco, acompañado de don Rúa, se hallaba en Barcelona. Y éste le dice un día:

—La condesa Grocholska ha muerto seguramente.

—No, no—responde sonriente el Santo—. Ha curado, y en este momento se está desayunando.

—¿De quién ha recibido esta noticia?

—Me ha llegado un telegrama del cielo.

Don Rúa se enteró minuciosamente. Era como Don Bosco decía. Lo atestiguaba la hermana de la condesa.

B) Un día del año 82 se presenta a Don Bosco un celoso Padre Capuchino para consultarle un caso. Era confesor de un rico y viejo señor, muy apreciado en la ciudad.

—¿Cómo es—le dice el Santo al Padre Capuchino—que ese potentado *no da lismosna* a los pobres *en proporción a sus riquezas*?

—Todos los años les da a los pobres veinte mil liras.

—¿Sólo veinte mil liras? Si quiere obedecer a Jesucristo—*quod superest*...—no bastarían cien mil cada año. ¿Qué piensa hacer con tanto dinero?...

—¡Será difícil!

—Y, sin embargo, *es preciso que reconozca esta obligación y cumpla este deber, si quiere salvarse.*

El Padre prometió decírselo.

Y cual prometió, lo hizo. En veinte años de dirección había adquirido confianza. El acaudalado señor puso oídos de mercader y... buenamente le dió pasaporte a su confesor.

Es la historia de tantos y tantos epulones. Pero Lázaro no es ya hoy el resignado mendigo que implora la limosna de las migas. Como Epulón, continuó negándoselas, a pesar de la predicación del Evangelio y de la ley de Amor, el cielo ha permitido que Lázaro se incorporara, se robusteciera, se hiciera gigante, y que hoy, de igual a igual, amenace a Epulón con trocar los papeles. ¡Oh, si hubiera escuchado a San Juan Bosco!

Esta era la teoría y la práctica de Don Bosco en orden «la Justicia social de la Propiedad».

Don Bosco, universalista

46. Don Bosco era universalista. Y no podía menos de serlo, siendo un Santo, y el Santo representativo de nuestra Era histórica. Una de esas tardes otoñales hermosísimas, cuando los frutos están en sazón y la templanza del clima y la limpidez del cielo ponen euforia en las almas; los niños de la Casa Madre, la Casa Grande y completa, representadas todas sus secciones, habían celebrado una velada en el patio. El Santo, rodeado de sus Hijos, hablaba con un reposado entusiasmo, como bajo una inspiración celestial; sus ojos brillaban, su acento era reposado, pero lleno de entusiasmo; su mirada se perdía en la inmensidad:

«Hijos míos—les decía—, día vendrá en que os esparciréis por el mundo; en todas las naciones habrá Oratorios y Colegios y Escuelas Profesionales, y contribuiremos a que los hombres se amen más y se ayuden.»

Y dándole a su voz una inflexión particular y a la mirada irradiaciones especiales, entonó el Salmo «Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes pópuli» (31).

Quizá por esto los Salesianos no tienen Misiones propiamente nacionales: las suyas son ecuménicas, y en cada una de ellas evangelizan Misioneros de varias nacionalidades.

Los Santos de la Sociología Cristiana, con más derecho que Marx, pueden gritar a todos los obreros del mundo, enten-

diendo lo que entendía Don Bosco: «¡Trabajadores del mundo, uníos!» Y Jesucristo, el Divino Obrero, con más derecho que Lenin y sus sucesores. El único que tiene derecho a llamar a esta unión es Jesucristo, porque no es el odio el que une, sino el Amor, porque Jesucristo es Amor, porque Jesucristo, al sellar con su Sacrificio y la Institución de la Eucaristía su Amor a todos los hombres, a todos nos dió el precepto: «Amaos los unos a los otros», y no de cualquier modo, sino «como Yo os he amado.»

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. IV. Apéndice, t. XVII y XVIII, passim).
(2) *M. B.*, VII, 218-219.
(3) Em. Caill: *Enseignement industriel*, c. VI.
(4) *Ibid.*
(5) Cf. *M. B.*, IV, LVII.
(6) Cería: *Annali*, 1.º, LX.
(7) Cf. *M. B.*, III, XLVI.
(8) *M. B.*, V, LVI.
(9) *Magistero*, 1940, Brescia, III, pág. 522.
(10) *M. B.*, V, III.
(11) Cf. *M. B.*, t. III, c. XI.
(12) Cf. Mainetti: *Madre Caterina Daghero*, c. VIII, 521.
(13) Léase el retrato que del Salesiano hace D. Marcelo Spínola, Cardenal Arzobispo de Sevilla, en su bellísima obra *Don Bosco y su obra*, págs. 89 y 90. Libr. Catol., Barcelona.
(14) *El Correo Español*, 15-IV-1913, juzgando la obra *La Institución Salesiana: Lo que es y lo que hace.*
(15) Cf. *M. B.*, XVII, c. XVII.
(16) *Ibid.*
(17) *M. B.*, XVI, 258.
(18) *M. B.*, XVI, VII.
(19) *M. B.*, XVIII, V.
(20) *M. B.*, XVII y *Annali*, I, LVIII.
(21) *M. B.*, t. XVIII, págs. 438-41 y 793-98.
(22) Cf. *Don Bosco e il suo Apostolato*, t. II, c. VI.
(23) Carta al Profesor P. Francesia, 3-II-888.
(24) Cf. *M. B.*, IV, LVI.
(25) Cf. *M. B.*, t. XVI, c. XVII.
(26) Cf. *M. B.*, t. IV, c. XXII.

(27) Cf. *M. B.*, t. XV, c. XVII.
(28) *M. B.*, XIV-XVI, pág. 425.
(29) Cf. *M. B.*, XVI, II.
(30) *M. B.*, XVIII, c. XVI.
(31) *M. B.*, t. IX, c. XXV. Léase el jugoso libro de Taboada Lago *El hombre leyenda*. Madrid, S. E. I., 1945, con prólogo del señor Arzobispo de Valencia.

CAPITULO V

«SU» SISTEMA

I

GENERALIDADES

Una humorada

1. ¡Cosas raras de la vida! Sobre el «Sistema Educativo» de San Juan Bosco se ha discutido mucho, con ser la cosa tan clara. Lo más peregrino es que hasta se dió por buena la fábula de que «él mismo no sabía si tenía un sistema educativo propio». Y citan una frase que él habría pronunciado al recibir una carta del señor Dupuy, director del Gran Seminario de Montpelier, cuando éste le recordaba su reciente de paso por la ciudad y, acusándole recibo de la Vida de San Vicente de Paúl, le consultaba sobre «los métodos de éste y de San Francisco de Sales en la dirección de las almas, si por el camino alto de Taulero y San Juan de la Cruz, o por el llano de San Francisco de Sales con la Hermana Simplicia», preguntándole de pasada por «su secreto de gobernar con poquísimos elementos un tan gran número de niños». Dicen que al leer la carta Don Bosco, sorprendido, exclamó: «¡Mi método quieren que exponga! Pero si yo mismo no le sé: voy adelante como el Señor me inspira y las circunstancias requieren.» (Esto ya sería un buen método.)

El hecho lo relatan, sí, las Memorias Biográficas. Pero la exclamación del Santo, modesta y admirativa, *no se refiere*

a la Educación ni a la Pedagogía, sino a la Teología Pastoral; y en cuanto a la pregunta del secreto, es incidental y se ciñe a un caso concreto de disciplina (1).

Documentos a granel

2. En cambio abundan los documentos que prueban y comprueban que Don Bosco tenía y sabía que tenía un «sistema» y un «método» *suyos*, y que tomaba a pecho el que sus Hijos lo siguieran. Veamos algunos, sólo algunos botones de muestra:

En 1885, un año antes de la carta del señor Dupuy, Don Bosco escribía en una circular a los Salesianos:

«No me cansaré jamás de recomendar la práctica del Sistema Preventivo, que quisiera legar como testamento y herencia a mis Hijos..»

«Condescenderemos en todo lo que no afecta a «nuestro Sistema»; hace responder ese mismo año al Gobierno español, que le proponía la dirección del Correccional de Santa Rita (2).

El 2 de abril de 1884 «Le Journal de Rome» publicaba una entrevista con Don Bosco, y entre otras cosas se lee:

«...¿Quisiera usted decirnos algo sobre su Sistema Educativo?»

«... Sencillísimo: dejar a los niños en plena libertad. El toque está en descubrir en ellos los gérmenes de las buenas disposiciones y aptitudes, y procurar desarrollarlas. Y como uno hace con gusto tan sólo aquello que sabe hacer, yo me regulo con este principio; y mis alumnos trabajan no sólo con actividad, sino con amor» (3).

Medio siglo más tarde escribirá Ferrière: «La actividad de los niños es cosa sagrada, porque acrecienta su poder de acción. Reunir estas fuerzas en un haz convergente, mover las actividades elementales de todos los niños, he aquí lo que puede llamarse la técnica de la Educación.»

¿Quién tiene aquí la prioridad de... la Escuela Activa?

Curiosísimo este documento: El Padre Branda había regalado a un bienhechor barcelonés la biografía de Don Bosco, escrita por Du Boys, y se lamentaba de no haber tenido la de D'Espiney. El Santo le consuela:

«D'Espiney sirve mejor para las personas piadosas; Du Boys conoce mejor «nuestro sistema» y ha adivinado «el espíritu de nuestra Sociedad».

Esto sucedía pocos días antes de la carta de Montpelier (4).

En la célebre entrevista con el maestro Bodrato, Don Bosco insiste una y otra vez: «En mi sistema no faltan ni el estímulo ni la sanción» (año (1864) (5).

En la Sesión XXVI del Primer Capítulo General de la Sociedad Salesiana se dió a don Juan Bonetti el encargo de redactar un tratado de predicación «según nuestro Sistema», y Don Bosco—ya que de la abundancia del corazón habla la lengua—añadió que:

«En el tratado debe incluirse una instrucción sobre la educación que debe darse en nuestras Casas. Hay que encarnar en *nuestro Sistema Preventivo* el amor que atrae al bien mediante una continua y amorosa asistencia» (6).

Ya muchos años antes, tan persuadidos estaban todos de que Don Bosco tenía *un sistema propio y sabía que lo tenía*, que el ministro Rattazzi le aconsejaba «fundar una sociedad con oportunas normas acomodadas al tiempo, plasmar los socios, embeberlos en su espíritu, amaestrarlos en *su Sistema*...» (7).

Del resto basta recordar el origen del Reglamento de las Casas Salesianas y del tratadito sobre el Sistema Preventivo. Leemos en las M. B., tomo IV:

«Hemos ya dicho que al principio del Oratorio no regía otra Regla que la que liga naturalmente los miembros de una familia. Cinco años después (1852) extendió Don Bosco algunos artículos normativos, en los cuales exponía las cosas que le parecían más necesarias para la conducta moral y religiosa de sus alumnos... Terminó de elaborarlo en 1854, después de largo meditar. Entre tanto, a medida que veía la necesidad de prevenir un desorden, no dejaba de tomar notas, cuyo desarrollo produjo el entero ordenamiento de la Casa. Estas fue-

ron las reglas primitivas, que luego retocaba, mejoraba, ampliaba, contrastándolas con la experiencia, al paso que borraba algunas disposiciones que con el andar del tiempo se hacían inútiles.

Sólo en 1877 lo publicó, pero con abundantes retoques. Base de este Reglamento: el santo temor de Dios. No había castigos corporales ni celdas penitenciarias. Don Bosco, representante de Dios, mandaba en su nombre, y esto bastaba para que los chicos evitaran el mal y practicaran el bien. Mucho facilitaba el cumplimiento de los deberes la continua y afectuosa vigilancia del Director, el cual infundía en sus subalternos la caridad para con los alumnos, no sólo con el ejemplo, sino también con un escrito titulado: «El Sistema Preventivo en la Educación de la juventud».

Su conferencia con un maestro

3. No decimos que Don Bosco inventara el Sistema Preventivo; él mismo rechaza esta paternidad cuando dice: «Dos son los sistemas en todo tiempo empleados en la educación de la juventud: el preventivo y el represivo...» Adoptó este segundo, que es del Evangelio; lo perfeccionó, lo adaptó a las corrientes ideológicas y sociales, a las necesidades de los tiempos modernos: el suyo y el porvenir, lo hizo ágil, flexible, robusto y de universal aplicación; lo hizo suyo, tan suyo, que la Historia no podrá separar los dos nombres, y que serán siempre sinónimos Salesiano y Sistema Preventivo. Lo adoptará el mundo, no podrá menos, mas no podrá separarlos. El suyo es el Sistema Preventivo, «tout court», que presupone infinidad de conocimientos, cualidades, recursos... armonizados en síntesis: el de la tradición cristiana en el equilibrio del trinomio: Razón, Religión, Amor (8).

II

DETALLANDO

Lo que es el «Sistema Preventivo»

4. Pero, *¿qué es el Sistema Preventivo?* Nosotros lo vivimos, y la vida difícilmente se define. Don Bosco mismo no lo define propiamente: lo describe muchas veces en conversaciones, discursos y cartas, y principalmente en el tratadito citado, que es sólo como un índice o sumario, y del cual dicen Agosti y Chizzolini, profesores en la Universidad del Sagrado Corazón en Milán: «Doce páginas: el más corto y el más célebre escrito con que cuenta la Historia de la Pedagogía» (9).

Lo basa sobre tres principios: *Razón, Religión, Amabilidad* (Amorevoleza), forma exquisita de la Caridad, propia de San Francisco de Sales, que alguien llama tres pilares de un puente gigantesco que salva abismos, que otros se complacen en comparar a un arco que, teniendo por fundamento los dos primeros, lanza hacia los cielos, como una clave, el tercero; y que otros, menos poéticos, parangonan a un equipo de adiestramiento: freno, rienda, mano del jinete... Ya... De todo eso tiene, ciertamente.

¿Qué es educar en Sistema Preventivo?

5. Pero ante todo, *¿qué es para Don Bosco educar?* Muy claro y elocuente lo dijo en las primeras conferencias Salesianas a los Cooperadores Salesianos, y, providencialmente, en Roma:

«Formar buenos cristianos y buenos ciudadanos; restablecer la imagen de Dios en el hombre; formar una Humanidad iluminada por la fe, sostenida por la esperanza, santificada por el Amor.»

Es decir, perfeccionar todo lo posible al hombre y a la Humanidad, en extensión y profundidad, desarrollando todas las facultades con los medios más aptos y con orden.

Hablando de un libro suyo, dijo Don Bosco: «En cada página me propuse iluminar la mente, para mejorar el corazón.»

Y, *¿cómo se educa?*

«Instruyendo la inteligencia y fortaleciendo la voluntad para utilizar bien todas las energías» (10).

Lo primero, se hace con la enseñanza; lo segundo con el amor, compadeciendo y comprendiendo; creando, o despertando, y desarrollando los hábitos virtuosos, especialmente por medio de «la asistencia cariñosa»: que vigila, descubre, orienta, ayuda, sostiene. No podemos olvidar que la primera inspiración de su Sistema lo recibió Juan Bosco a los nueve años, en el famoso «Sueño». Y que fueron Jesús y María quienes se la dieron. Se le ordenó «instruir y tratar con caridad», «no con violencia ni a las malas».

En su Sistema, el educador comienza por educarse a sí mismo: paciencia, dulzura, dominio de sí, amor, comprensión...

Y, *¿cuándo se debe empezar a educar?* Cuanto antes: *hay que «prevenir»* Prevenir es llegar con anticipación, ocupar el sitio antes que otro, antes que el enemigo, parar los golpes.

Y, *¿qué previene?* ¿Cuál es el enemigo? Pues, ante todo, el error y el vicio, los dos grandes enemigos de las dos grandes facultades del hombre: la inteligencia y la voluntad. Anticiparse al error, más aún, prevenir la misma ignorancia, sembrar con tiempo la verdad, cuando el terreno es virgen; plantar la virtud antes que las pasiones se despierten y el mundo haya contaminado el alma. No sin una razón providencial Dios ha querido que la Obra de los Salesianos se integrase con la de las Salesianas o Hijas de María Auxiliadora, que entre las suyas cuentan con los Asilos Infantiles, los Jardines de la Infancia, la Escuela Materna..., y con la de los Cooperadores Salesianos y Antiguos Alumnos que representan, y son, la Familia, la familia natural.

¿*Cómo previene*?—*a*) Con amor paciente, comprensivo, afectuoso ; no con golpes ni regaños. Esta faz del Sistema ha llamado tanto la atención que muchos reducen a ella el Sistema ; con vigilancia activa y previsora.

b) Con la Religión, porque en realidad no hay otro medio tratándose de seres racionales. Tuvo razón lord Palmerton cuando, visitando el Oratorio y oyendo las explicaciones de Don Bosco, exclamó: «¡Así es! : O Religión o palo.»

¿No dijo Donoso Cortés, en un discurso célebre, que no hay más que «dos refrenamientos posibles»: el religioso y el represivo, y que: «cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía, está alta», y que «ésta es una ley de la Historia»?

Para mejor comprender su alcance e importancia, recuerde el lector las circunstancias históricas en que Don Bosco aparece:

«En la primera mitad del 1800 imperaba en las Escuelas la disciplina de «la letra con sangre entra». Basta leer las autobiografías de Alfieri y Máximo D'Azeglio, algunos escritos de Banzoni y Giusti, algunas alusiones y afirmaciones de Parini y otros testimonios contemporáneos.

Tanto en las Escuelas públicas como en las privadas, pedantería y severidad se daban la mano.»

En cuanto a los demás pueblos, continuaba en vigencia la educación a lo Fray Gerundio.

Y, ¿*dónde se puede educar*? En donde quiera: en todo país, en todo sitio... Don Bosco aplicó su Sistema en las cárceles, en los hospitales, no menos que en las calles y en sus Oratorios y Colegios. Sus Hijos lo aplicaron y lo aplican en todas las latitudes del mundo, en las suntuosas ciudades, en los lazaretos, en los tugurios salvajes. Y donde quiera da los mismos resultados. Es de aplicación universal, pues que se basa en la naturaleza misma.

Su Sistema es original

6. Fué, pues, el suyo, un Sistema nuevo y, por lo tanto, original. «¿Dónde aprendió Don Bosco el Sistema sobre que basa su Pedagogía? No puede decirse que haya tenido modelos a la vista, si ya no es por razón de los contrarios. Tampoco puede afirmarse que lo haya recabado de libros o de maestros, aunque, ya maduro de edad, los haya leído y escuchado, no ya para orientarse, sino para enriquecer sus experiencias. Del Sistema Preventivo tuvo la primera idea en el «Sueño» tenido a los nueve años» (11).

Hoy ya nadie pone en duda que Don Bosco es «el Santo de los tiempos modernos», El Santo-tipo, como en los suyos lo fueron San Benito, Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San José de Salasanz, San Francisco de Sales. Son genios que Dios manda para trazar al mundo el rumbo orientador y director.

Nuestro tiempo es el tiempo del Niño y del Obrero (así, con mayúscula). Y Don Bosco vino con el encargo providencial de señalar el modo de formarlos. Esto explica no sólo su misión y sus triunfos, sino también los éxitos de sus Hijos y de cuantos siguen su sistema y sus métodos... Y explica también por qué la Pedagogía contemporánea, consciente o inconscientemente, a veces aun queriéndolo excluir, se orienta en la dirección trazada por el Santo.

«Don Bosco había previsto inmediatamente que la Escuela y la Prensa, tan excelentes en sí, se convertirían inevitablemente en armas poderosas de que se serviría el demonio para diseminar el error y el mal entre las multitudes.. Por eso afirmaba y repetía (1884):

«Es necesario prevenir por cuanto podamos, el peligro: preparémonos para oponer a la Escuela y a la Prensa malas, la Escuela y la Prensa buenas.»

Y desde este momento empezó a escribir y a fundar escuelas, rigiéndolas según *su Sistema* (12).

Es un Sistema completo e integral

7. El Sistema Preventivo es, pues, un sistema completo de educación integral, es decir, que abraza todo el campo educativo.

Con su fino espíritu crítico lo vió y definió el marqués de Crispolti:

«No es la pura medida negativa del no reprimir; es el proveer positivo a encender y amaestrar de tal manera el alma del educador, que posea en el amor una fuerza más segura, más pronta, más íntima que el castigo... El sistema represivo no es otra cosa que la confesión del maestro de no poder ejercer una influencia directa sobre el ánimo del alumno y tener así necesidad de recurrir a medios extraños a las dos almas (...). Pero como todos son capaces de emplear la represión, mientras que para hacer eficaz el prevenir se necesita entereza moral; así, mal entendería a Don Bosco el que olvidara que *su método tiende a formar a un tiempo los dos elementos de la escuela: el maestro y el alumno...* De aquí que *el Sistema de Don Bosco no es la compasión débil que todo deja pasar* con tal de no sentir el fastidio y el dolor de castigar, sino la caridad fuerte que se arma de todas las armas morales, capaces de influir bien sobre las almas juveniles, y que en tanto adquiere derecho a ahorrarse la penosa odiosidad de castigo, en cuanto el ánimo del educador ha laborado ya para hacerse ágil, pronto, celoso, paciente, amoroso, santamente dominador. En esto está el secreto de Don Bosco y la superioridad de su «Sistema» (13).

«En otras palabras, el Sistema de Don Bosco hace bueno al alumno, porque antes hace bueno al educador» (14). Y lo hace bueno integralmente: intelectual, moral, didáctica, profesionalmente. Tendremos ocasión de comprobarlo en el curso de estos apuntes. También en esto llena el vacío de la Escuela Antigua y colma un abismo de la Escuela Nueva: ni el educando es centro único, ni lo es el educador. Lo son ambos, como los dos focos de una elipse, según la bella imagen de la Escuela de Friburgo. ¿Es extraño que Manjón, el gran Manjón, lo llame su Modelo y Protector?

Don Bosco, educador nato

8. Don Bosco nació educador. El estudio y la experiencia lo perfeccionaron. Como todos los grandes genios, tiene visión intuitiva de los grandes problemas que han de constituir su especialidad, y de la manera más breve y eficaz de resolverlos. Ante todo, conoce o columbra, digamos, su misión, y, por lo mismo su vocación profesional. Y luego, la sigue apasionadamente. Tiene apenas siete años; le gusta mezclarse con otros chiquillos. Entre chicos, natural es que surjan riñas y peleas. No es raro el caso en que Juanito sale aporreado. Un día recibe una pedrada, sin duda no destinada a él, y corre a que lo vende la buena Margarita.

«¡No te juntes con esos muchachos! ¿No ves que son malos?» «¡Precisamente por eso, mamá!» «¿Qué?» «¿No ves que cuando yo estoy con ellos, están juiciosos?» «Sí. ¡Y vienes con la cabeza rota!» «Fué sin querer.» «¡No te juntes con ellos!» «¡Mamá!» «¿Entiendes?» «Cuando yo estoy con ellos no dicen malas palabras, no pelean, hacen lo que yo quiero...»

Margarita lavaba y vendaba. Y pensativa meneaba la cabeza, considerando las cosas de ese hijito privilegiado. Y temiendo impedir un bien, acabó por darle permiso (15).

¿Cómo no ver aquí una vocación marcada? Su potencia educativa era ya tal, que antes de entrar en el Seminario había logrado ganarse a todos los chiquillos de Becki y lugares circunvecinos y amaestrar pájaros, perros y caballos, para que hicieran operaciones complicadas y graciosas, y que se le aficionaban con cariño conmovedor.

Hay una misión. Y misión social. Y hay un Sistema con su correspondiente método: «prevenir».

Y prevenir no significa sólo ni principalmente impedir el mal más bien que castigarlo y reprimirlo una vez cometido; sino instruir, abrir horizontes, mostrar ideales, encender voluntades, tomar precauciones, poner al niño en la moral imposibilidad de faltar y en la posibilidad de hacer el bien, lla-

mándole incesantemente al cumplimiento del deber, para formar sus hábitos virtuosos.

El trinomio R + R + A

9. Por eso recalca sobre los fundamentos de su Sistema: *Religión*, y *Razón*, y sobre el principal instrumento: *Amor*.

NOTAS

(1) *M. B.*, t. XVIII, págs. 126-27 y 655-56.
(2) *M. B.*, t. XVII, c. XXI.
(3) *M. B.*, t. XVII, págs. 85-6.
(4) *M. B.*, t. XVII, c. XXI.
(5) *M. B.*, t. VII, c. LIV.
(6) *M. B.*, t. XIII, c. IX.
(7) *M. B.*, t. V, c. VI y LVI.
(8) V. Ceria: *Annali*.
(9) *Magistero*, t. III, pág. 525.
(10) *M. B.*, t. IV, pág. 20.
(11) Ceria: *Ann.*, I, págs. 662 y 663.
(12) *M. B.*, t. II, c. XXI.
(13) Crispolti: *D. Bosco*. Torino, 1922.
(14) V. Ceria: *Annali*, I, 179.
(15) *M. B.*, t. I, c. V.

CAPITULO VI

EL «SUEÑO» EN LA REALIDAD

Detalles del «Sueño»

1. Recordemos algunos detalles del «Sueño»:

Juanito se halla en un vasto patio, en el cual se divertía una gran multitud de chicos. Y, signo del tiempo, unos reñían, otros jugaban, y no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, el celoso chiquillo se lanza a corregirlos con el ímpetu de un cruzado. Mas le salen respondones; y a sus voces responden con voces, y a sus golpes contestan moliéndole. Un venerando Personaje, que no es otro que el Maestro de los maestros, comparece entonces, lo llama por su nombre y le ordena ponerse a la cabeza de estos sus compañeros, advirtiéndole:

«*No a golpes, sino a las buenas, con la mansedumbre y la caridad debes ganarte esos tus amigos.* Ponte, pues, inmediatamente a *instruirlos* sobre la fealdad del pecado y la preciosidad de la virtud.» Confuso y aterrado, Juanito se excusa. En ese momento, los rapazuelos, cesando sus juegos y riñas, se congregan en torno del Personaje (y el Personaje es Jesús). Juanito persiste en excusarse, diciendo que lo mandado le es imposible. «Precisamente porque estas cosas te parecen imposibles, debes hacerlas factibles con la *Obediencia* y la adquisición de la *Ciencia*.» «Pero, ¿cómo y dónde podré adquirir la ciencia?» (La obediencia no le preocupa: depende de su voluntad.) «Yo te daré la Maestra bajo cuya disciplina podrás hacerte sabio, y sin la cual toda ciencia es insensatez». Aquí ya está *María Auxiliadora*.

Y comparece la Señora majestuosa, lo llama a Sí, con cariño lo toma por la mano, y le dice: «¡Observa!»

Los niños habían escapado todos, y en su lugar ve una multitud de animales varios, más o menos salvajes y fieros.

—«He aquí tu campo. Hazte humilde, fuerte, robusto: y lo que en este momento verás suceder con estos animales, tú lo debes hacer con mis Hijos.»

Los animales se habían trocado en graciosos corderillos que triscaban y balaban haciendo fiesta a los augustos Personajes. Juanito ve, y como no comprende, pide llorando explicaciones. Ella le pone blandamente la mano sobre la cabeza, diciéndole: «A su tiempo lo comprenderás.»

Cuando Juanito se despertó, hallóse realmente molido por los golpes recibidos; pero una suavidad celeste penetraba su alma, y energías sobremaneras avaloraban su vida (1). Era una lección objetiva y por demás activa.

El «Sueño» se repite aún muchas veces, en las etapas principales de su existencia, siempre con nuevos elementos, según lo requerían las circunstancias.

El «Sueño», la misión y el Sistema

2. En el «Sueño» están todos los elementos de *su* Sistema. Basta fijarse en las palabras que nos hemos permitido subrayar. El venerando biógrafo, narrado el «Sueño», agrega: «*Este «Sueño» no fué simplemente una gracia, sino también una verdadera misión, una obligación estricta que Dios le imponía y que él debía obedecer.*»

La misión comprendía, entre otras cosas, la fundación de dos Congregaciones docentes, una para cada sexo, y una Orden Tercera y de innúmeras escuelas, en las cuales se debía educar la juventud según las directivas del «Sueño».

Ante todo, el Educador *debe conocer su campo de acción*: el mundo entero, y en él principalmente, la juventud menesterosa. Y menester lo han no sólo los pobres—éstos sí, principalmente—, sino también los otros; que en cosas de cielo,

las verdaderamente importantes, las únicas necesarias, suelen hallarse tan abandonados, y aún más, que los hijos del arroyo. La misión educativa de Don Bosco es universal; él es un abanderado, un «pionier» de los tiempos modernos.

Luego el Educador debe *prepararse*: en alma y en cuerpo; adquirir las cualidades y virtudes necesarias, cuya base es la humildad, que atrae la gracia, que da la paz y la paciencia, la dulzura y la constancia, y predispone a la caridad; debe tener robustez, energía, ductibilidad y aun prestancia física. Debe adquirir la ciencia: estudiar mucho, observar mucho, practicar mucho. Debe «sacrificarse».

El «Sueño» señala también la *materia y asignatura central* de instrucción y educación. Dios «scientiarum Dominus est». La ciencia y las ciencias no pueden ser independientes de Dios, no pueden ser laicas ni neutras. Por consiguiente, *la Religión debe impregnar toda enseñanza*, o por lo menos la ciencia no puede pugnar con la Religión como si pudieran ser enemigas. Una y otra son hijas de Dios; irradiaciones de su Sabiduría, han de marchar armónicas, de consuno.

El *método*: «no con la violencia»: ni violencia interna, ni violencia externa, sino delicadeza, respeto; nada de palabras insultantes ni mordaces; nada de modos bruscos, sino modales finos, dulzura, afabilidad; no imposiciones constrictivas, sino *espontaneidad*. Por consiguiente, observar, estudiar al alumno para ayudarlo a descubrir los tesoros de su alma, desarrollar sus cualidades y formar su personalidad. «El toque está en descubrir los gérmenes», dirá Don Bosco a su tiempo. Ponerse al nivel del niño, ser su compañero y amigo, merecer y obtener su confianza. Todo eso vió Juanito, y mucho más, en el «Sueño». Todo eso y mucho más practicó Don Bosco en su acción y transmitió a sus Hijos y al mundo.

3. Y el mundo lo vió y lo comprendió.

Todos saben cuáles eran las ideas y la conducta de Rattazzi sobre Religión y Religiosos. Y, sin embargo, su patriotismo y cierta rectitud natural lo movieron a estudiar a Don Bosco y su Sistema, dados los resultados que veía.

No comprendía el ministro cómo podía Don Bosco manejar tantos chicos, sin que acaecieran desórdenes. Un día va casi de incógnito al Oratorio, y pregunta al Santo:

—¿No tiene usted siquiera tres o cuatro guardias disfrazados?

—Ni por sueño, señor.

—¿Es posible? Estos muchachos no serán diferentes de los otros. ¿Qué castigos emplea usted para tenerlos a raya?

—¡Ninguno! Cierto que la mayor parte de estos mocitos no son estampas de santos, y hay algunos que pueden pegársela al más pintado; pero «para mantenerlos disciplinados, aquí no hacen falta ni castigos ni violencias de ninguna clase».

—Esto es para mí un misterio.

—Vuecencia no ignora que «hay dos sistemas de educación: uno, que trata de educar al hombre por la fuerza; otro, que procura educarlo con la dulzura, a las buenas, y por eso lo ayuda suavemente a observar la ley, y le suministra los medios necesarios: éste es precisamente el sistema vigente entre nosotros. Ante todo, aquí se procura infundir en el corazón de los niños el santo temor de Dios—el afecto de la piedad filial—, se les inspira amor a la virtud y horror al vicio con la enseñanza del Catecismo y con apropiadas instrucciones morales; se encaminan y sostienen en la senda del bien con oportunos y benévolos avisos, y especialmente con la práctica de la Religión y la Piedad. Además de esto, se les rodea, en cuanto es posible, de una amable asistencia en el recreo, en la clase, en el trabajo; se les anima con palabras de benevolencia, y cuando dan muestras de olvidarse de sus deberes, se les recuerdan con garbo. En una palabra,

se emplean todas las industrias que sugiere la caridad cristiana para que hagan el bien y eviten el mal, por principio, por conciencia, con ciencia iluminada y sostenida por la Religión: ponerlos en una imposibilidad moral de fallar. Este es el Sistema Preventivo.

—¡Cierto! Este es el método más conveniente a creaturas racionales. Pero, ¿resulta eficaz con todos?

—Al menos para el noventa por ciento; sobre los otros diez ejerce siempre tan saludable efecto, que los hace menos reacios y menos peligrosos, de modo que rara vez me toca despachar alguno por incorregible. Alguna vez nos traen muchachos que por mala índole, por indocilidad y aun por malicia, fueron ya la desesperación de sus padres o patronos, y al cabo de pocas semanas ya no parecían los mismos: de lobos se cambian en corderos, por decirlo así.

—¡Lástima que el Gobierno no pueda emplear estos medios en sus establecimientos penales, donde se necesitan centenares de guardias, y aun así los detenidos se hacen peores cada día!...

—¿Y quién le impide al Gobierno el emplear esos medios? Introdúzcase la Religión, la instrucción, las prácticas de piedad; permítase al Ministro de Dios ejercer su ministerio, y tendrá el Gobierno la gloria de restituir a las familias y a la Sociedad otros tantos miembros morales y útiles. Lo contrario es perder tiempo y dinero...

Rattazzi escuchó con vivo interés, se convenció plenamente de la bondad del Sistema de Don Bosco, y se prometió preferirlo de parte suya a cualquier otro (2). Esto sucedía en abril de 1854.

Experimentación

4. Diez años más tarde. El Oratorio había crecido. Eran centenares los internos. La envidia y el sectarismo difunden calumnias a cuenta de Don Bosco y su Institución. El Ministerio ordena una inspección rigurosísima: clase por clase, local por local, horas diversas. A pesar de sus prevenciones y

de su sectarismo, el inspector queda pasmado del orden, del silencio, de la disciplina que halla en todas las clases. La tercera media superior consta de 130 alumnos. Al terminar la visita, el maestro—un maestrillo de veinte años escasos—se dispone a acompañar al inspector a la otra clase.

—¿Cómo? ¿Los deja usted solos? ¡El desorden que armarán...!

—No lo crea, señor profesor; ninguno se moverá de su puesto ni abrirá boca.

—Esto es imposible. ¿Quiere usted hacerme creer que ciento treinta muchachos permanezcan callados en ausencia del maestro?

Pero se dejó acompañar. De pronto, se vuelve, diciendo: «¡Veamos!» Y despacito se asoma a la cerradura. Los 130 chiquillos estaban inmóviles y silenciosos.

—¡Nunca lo hubiera creído, nunca lo hubiera creído! ¡Esto es una maravilla, y lo honra a usted y a sus alumnos!

¡Es el Sistema!

Añade el autor de las Memorias: «Lo que era un asombro para el inspector gubernativo, era para los de la Casa lo corriente, y lo era en todas las clases; porque los niños aprendían a hacer el bien y evitar el mal, no ya por temor al hombre, sino por miramiento a Dios; no por el premio o el castigo del maestro, sino por deber de conciencia» (3).

Otro hecho, y basta. Esta vez en Roma, en plena calle. Había Don Bosco visitado el célebre Instituto de San Miguel, de jurisdicción papal, dirigido por un verdadero pedagogo y asesorado por el Cardenal Tosti; habíalo encontrado todo satisfactorio, y lo alababa cordialmente, menos el régimen, que era el corriente, y a él le parecía demasiado rígido. El Cardenal, encantado de la amabilidad de Don Bosco, lo invitó a dar un paseíto. La conversación era natural que cayese sobre el Instituto y sobre educación. Don Bosco había notado que si había mucho orden y aseo, los alumnos no tenían confianza con los Superiores, y que más bien los temían. Y así le decía al Cardenal: «Vea, Eminencia, es imposible educar bien si los educandos no tienen confianza con los Superiores.» «¿Y cómo se gana esta confianza?» «Procurando salvar distancias,

acercándonoslos a nosotros.» «¿Es decir?» «Acercándonos nosotros a ellos, adaptándonos a sus gustos, haciéndonos semejantes a ellos. ¿Quiere que hagamos una prueba? ¿Dónde se puede hallar un buen número de chicos?» «En la plaza del pueblo.» «¡Vamos a la plaza del pueblo!»

Y allá fueron. Había un numeroso grupo de rapaces jugando. Baja Don Bosco del coche; el Cardenal se queda observando. Al ver al sacerdote que se acerca, los chicuelos se desbandan, huyendo. Don Bosco no se alarma; los llama con cariño. Uno en pos de otro, todos vuelven y lo rodean. Les habla, les regala una medalla, les pregunta por sus familias, qué juego les gusta más, los invita a continuar su juego y permitirle observarlo. Entonces otros y otros muchachos que de lejos estaban atisbando, queditos, queditos, empiezan a acercársele. El los saluda, les pregunta si van a Misa, si rezan las oraciones, si van a confesarse. Cuando se mueve para reunirse al Cardenal, toda aquella chiquillería lo acompaña hasta dejarlo en la carroza.

—¿Ha visto, Eminencia?

—Usted tenía razón (4).

Este es el Sistema. Sevilla, Málaga, Barcelona, Buenos Aires, Bogotá... son testigos de casos semejantes.

Don Bosco lo esbozó en el tratadito ya citado, lo explanó en los varios reglamentos, lo vindicó en la famosa carta de Roma, 10 de mayo de 1884, y lo inculcó en la no menos famosa del 10 de agosto de 1885 a los Salesianos de América. Estos tres escritos son considerados como una trilogía sobre el importante tema. Además de éstos, todas las obras y todas las Memorias ofrecen rica y amplia campiña donde espigar.

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. I, c. XV.
(2) *M. B.*, t. V, c. VI.
(3) *M. B.*, t. VI, c. XLIV.
(4) *M. B.*, t. V, c. LXXI).

CAPITULO VII

APLICACIONES INMEDIATAS

Universalidad del Sistema

1. Hemos dicho que el Sistema es universal, aplicable en todos los climas y con toda clase de personas. En efecto; no hay relación humana en que no tenga aplicación: padres e hijos, hermanos y hermanas, empleados y principales, patronos y obreros, superiores y subalternos. ¿Dónde no es aplicable lo siguiente?:

«Sed firmes en el querer el bien y en impedir el mal, pero siempre dulces y prudentes; sed perseverantes y amables, y veréis que Dios os hace dueños aun del corazón menos dócil... El corazón del padre, que nosotros debemos tener, condena esos rigores.

Miremos como hijos nuestros a las personas sobre las cueles ejerzamos alguna potestad. Pongámonos a su servicio, como Jesús, que vino a obedecer, no a mandar; avergoncémonos de lo que pudiera tener en nosotros aire de dominadores, y no los mandemos sino para mejor servirlos y con mayor placer.

Así lo hacía Jesús con sus apóstoles, tolerándolos en su ignorancia, en su poca fidelidad, tratando a los pecadores con una sencillez y familiaridad, que producía en algunos estupor y en otros casi escándalo, y en muchos, muchos, la esperanza de alcanzar el perdón de Dios. Por eso nos dijo que aprendiéramos de El a ser mansos y humildes de corazón. Desde el momento que son nuestros hijos, alejemos de

nosotros toda cólera cuando hayamos de reprender sus yerros, o, a lo menos, moderémosla de modo que parezca sofocada completamente. Nada de agitación en el ánimo, nada de desprecio en los ojos, nada de injurias en los labios; sino la compasión por el momento, la esperanza para el porvenir; y entonces seréis verdaderos padres y haréis corrección verdadera.

En ciertos momentos muy graves, sirve más una recomendación a Dios, un acto de humildad, que un aluvión de palabras, que, si por una parte no producen sino mal, por otra no aportan ninguna ventaja a nadie...

Nuestro amado amabilísimo San Francisco de Sales, vosotros lo sabéis, habíase impuesto a sí mismo una regla severa, por la cual *su lengua no debía moverse mientras su corazón estuviera agitado.* «Temo perder—decía—en un cuarto de hora el poco de dulzura que he procurado atesorar gota a gota durante años de esfuerzos. Una abeja emplea meses en fabricar una miajita de miel, que un hombre engulle de un sorbo. Y luego, *¿a qué hablar a quien no comprende?*» Habiéndosele reprochado un día el haber tratado con demasiada blandura a un joven irrespetuoso con su madre, respondió: «Este joven no era capaz en ese momento de aprovechar mis avisos, porque la pasión le cautiva el juicio: *una corrección áspera le hubiera sido perjudicial a él, y a mí dañosa, exponiéndonos a hacer como aquellos que se ahogan queriendo salvar a otros.*»

Estas palabras de nuestro admirable Patrono, manso y sabio educador de corazones, os las he subrayado para que llamen mejor vuestra atención y podáis también vosotros más fácilmente grabarlas en la memoria» (1).

Aplicaciones

2. Se comprende que tantos Antiguos Alumnos hayan sabido introducir en sus hogares, haciendas y negocios el Sistema, y se hallen satisfacísimos de ello. Y basta pensar un

momento para comprender que, dada la naturaleza del corazón humano, el éxito bueno o malo de muchísimos actos, depende de la forma y manera con que se tratan. «Todo es cuestión de procedimiento.»

Ciñéndonos a nuestro tema general, recordaremos que el Sistema no es menos fecundo en didáctica que en disciplina, en formación intelectual que en formación moral.

«Tomemos dos maestros—dice Modugno (2)—que posean en igual medida algunas de las cualidades necesarias para enseñar: dominio de la materia, mente clara, plena posesión de la técnica didáctica; y supongamos que, enseñando, el uno se inspira en el Sistema represivo y el otro en el preventivo. ¿Cuál obtendrá mejor resultado? Evidentemente, el segundo. ¿Por qué? Porque éste sentirá ante todo el deber y la necesidad de ponerse al nivel del educando para buscar en la lección el justo punto de partida; hablará, no para ostentar su saber (y esto es una sutil y rara forma de egoísmo), sino para hacerse entender. Hará, por tanto, con ánimo el esfuerzo de traducir su pensamiento en lenguaje accesible a los discípulos, de simplificar las lecciones, como la necesitan especialmente los alumnos más débiles; de buscar, en una palabra, con gusto y afán, los expedientes didácticos necesarios para hacer clara su enseñanzas, y luego tendrá la delicia de ver brillar en los ojos de sus alumnos esa luz especial que quiere decir: «¡Gracias, he comprendido!»

No sofocará al alumno con demasiada materia—que suele ser indigesta—, no impondrá faenas exorbitantes, sino que acomodará las tareas—como dice Don Bosco—a su capacidad, «ya que cada cual hace con gusto sólo aquello que sabe puede hacer»; animará a decir claramente si no han comprendido, acogerá las preguntas y objeciones oportunas, y sin intimidar, sabrá a tiempo y lugar obtener un religioso silencio; enseñará con alegría en un ambiente sereno y recogido y gozará del gocé de sus alumnos.

Las diferencias de los dos Sistemas se verán también en las preguntas y en los exámenes, y también en la corrección de los temas: quien sigue el Sistema Preventivo anima, acla-

ra, pone en evidencia lo bueno que hace el alumno, infunde confianza para proseguir; el otro, por el contrario, lo confunde y desalienta, aun sin querer...»

Y lo confirma con el conocido caso Lombardo Radice, narrado en «Athena fanciulla»: los dos esposos, que no saben dibujo, enseñan el dibujo a su hijita, porque «había amor, pasión, entusiasmo...» en ese contacto con la pequeñita.

En suma, el amor es... el amor. Y ya se sabe que «quien ama no siente el trabajo, o si lo siente, ama ese mismo trabajo», como dice la Imitación siguiendo a San Agustín.

Agricultor y médico

3. Como veremos más adelante, otras semejanzas, caras al Padre, son las del agricultor y el médico. Agricultor es el Educador, y es igualmente médico. Este ama al enfermo, se desvela por él, lo cura, lo sana; las cosas difíciles no lo exasperan ni lo desalientan; al contrario, y goza inmensamente cuando a fuerza de esfuerzos, de estudio y de paciencia, ha logrado vencer enfermedades rebeldes y restablecer enfermos difíciles. Y el enfermo y sus parientes amarán al médico en proporción a la bondad derrochada. El Educador obtendrá amor y correspondencia, igualmente en proporción de la bondad que sepa poner en campo.

Los correccionales

4. Síguese de aquí que el Sistema no es menos eficaz, aunque sea más costoso, cuando se trata no ya de prevenir y preservar la inocencia. Lo demuestra hasta la evidencia y más allá, la conducta de Don Bosco en las cárceles de Turín y la de sus Hijos en multitud de sitios de los cinco continentes.

El Santo estuvo dispuesto a encargarse de la Generala, de Santa Rita (Madrid) y de otros correccionales; sólo que

ponía ciertas condiciones, entre otras, libertad de acción, sobre todo para crear un ambiente en que los reclusos no se creyeran delincuentes y que «al salir no llevaran ni trazas de un padrón de infamia»; para lo cual quería que se sustituyera el título de «Reformatorio» o «Reclusorio» por el de «Instituto», o, si querían, de «Asilo»...; a lo cual no accedieron entonces los Gobiernos, alguno de los cuales, como el sardo-piamontés, por el miedo de que «Don Bosco quisiera hacerlos a todos curas» (!). En el fondo de todo hombre hay siempre cuerdas, que bien tocadas responden.

Importantísima también otra observación de Don Bosco:

«El educador debe vigilarse continuamente a sí mismo, para saber vigilar a los demás; no debe olvidar que está puesto continuamente ante los ojos de los demás, y especialmente de los alumnos» (3).

¡Qué estímulo precioso para el propio perfeccionamiento!

Como se ve, el Sistema—en práctica y realidad—es de proyecciones inmensas.

Dada la unidad que existe entre todas las ramas del saber humano, «el mejor maestro será aquel que posea mayor número de conocimientos, los sepa armonizar en síntesis y utilizarlos con claridad y parsimonia».

Una queja injusta

5. Alguien ha dicho—sin duda en un momento de pesimismo—que si en cuanto a la educación de los niños, Don Bosco nos ha dejado un arsenal de normas y documentos, por lo que mira a la formación de los jóvenes—ya grandecitos—, casi nada o poco nos legó.

No es justa la queja. Quizá no nos dejó «la pappa fatta», como dicen nuestros amigos los italianos; pero ciertamente nos ha dejado «l'indirizzo», marcado el rumbo—y éste, neto y preciso—y los aparejos—y éstos, resistentes y flamantes—. Su «espíritu», su «sistema», sus «métodos», ¿a dónde apuntan si no? Repitánoslo: para él, educar es «formar buenos

cristianos y buenos ciudadanos». Estos, evidentemeente, se elaboran en los institutos, comenzando por los Oratorios Festivos y las Escuelas primarias. Ya en el primer Reglamento de éstos, escribía: «Entrando un joven en este Oratorio debe persuadirse de que éste es lugar de religión, en que se desea formar buenos cristianos y honestos ciudadanos».

Por lo demás, señala la época entre los 12 y los 18 años como la mejor para aplicar su sistema. Era la edad en que él prefería recibir a los alumnos (4).

Bastaría esto para trazarnos la dirección y la norma. Alguna cosa nos toca hacer a nosotros. Una característica de su espíritu y de su—y nuestro—sistema es la «iniciativa», el procurar y saber amoldar las cosas perennes a la fluctuación de los tiempos y a las circunstancias, el aprovechar tendencias, modalidades y coyunturas.

Pero sí dejó documentos positivos en sus discursos, avisos, conferencias, correspondiencia epistolar, amén de su conducta y proceder, lo que a veces vale más.

Examinaremos esto a su debido tiempo.

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, XVI. Apéndice 1.
(2) *D. Bosco. Método Educativo*. Ed. Firenze, págs. 56, 57.
(3) *Ib.*
(4) *M. B.*, XIII, 99.

CAPITULO VIII

ESTUDIOS, AMISTADES Y RELACIONES CON LOS GRANDES MAESTROS

Su actitud ante los diversos sistemas de su tiempo

1. El cielo le había dado inspiración y dotado de grandes cualidades. Pero ello no le dispensaba del estudio y demás medios humanos: al contrario.

En todos los campos «tuvo esas anticipaciones geniales de los grandes hombres que vienen a la tierra con una misión particular; que a vueltas de cordiales simpatías, encuentran resistencias tremendas; que son discutidos y que la vida luego, como por natural evolución, reconoce, razona, acepta e imita». Como todo artista, observó mucho, estudió mucho y utilizó cuanto pudo servirle; pero todo lo animó con el sello de su original personalidad y lo unificó en *su Sistema*.

Mientras desarrollaba su obra educativa, diversas corrientes filosófico-pedagógicas se contendían el campo: positivismo y espiritualismo kantiano, idealismo iluminístico y romanticismo, liberalismo, socialismo..., de modo que la doctrina que pudiéramos llamar tradicional y perenne parecía ahogada.

En Italia, por añadidura, la fermentación política en que se fraguaba la unidad nacional, absorbía los espíritus y los trabajaba entre contrastes, sospechas y apasionamientos, como es natural en estas situaciones. Don Bosco, sacerdote y hombre equilibradísimo, humanista y teólogo, oía, veía, observaba, compulsaba, estudiaba y... seguía su camino, el que le

indica su propio criterio, contrastado en la piedra de toque de la dirección espiritual de un Santo: San José Cafasso. Y sabía que era el justo, porque lo había entrevisto en los numerosos «ensueños» con que Dios le señalaba continuamente su misión y porque Don Cafasso lo aprobaba. No se desinteresaba de esos problemas, de esas corrientes y de esas escuelas; pero como veía que todas ellas enfocaban el magno asunto de la formación humana (*educatio est formatio hominis*) desde ángulos muy determinados y con miras parciales y, por lo tanto, incompletas, él... tiraba adelante desarrollando su programa y aplicando su Sistema «como Dios le daba a entender y las circunstancias lo aconsejaban».

Su afán de conocer

2. Por lo demás, no desperdiciaba ocasión de instruirse y documentarse. Por especial Providencia hasta pudo seguir las «clases de método» abierta en 1844 por Ferrante Aporti, llamado expresamente por el Rey Carlos Alberto, y «ordenadas a difundir universalmente el conocimiento y la práctica de las mejores doctrinas de educación, y a formar buenos maestros» (1).

Observa Monseñor Cimatti—y lo confirma documentalmente D. Lemoyne en las «Memorias Biográficas»—que se mantenía en cordiales relaciones escritas y orales con Aporti, Reyneri, Rosmini, Tommaseo, Buoncompagni, Lanza, Berti, Pellico, Manzoni; y no sólo con ellos, sino también con los extranjeros célebres, como Dupaunloup, Moignó y algunos suizos.

Consulta con los grandes maestros

3. Sobre asuntos y problemas concretos solía consultarlos. Y como veía en ellos—¡naturalmente!—diversidad de opiniones y vacilación, también naturalmente se sentía im-

pulsado a... seguir su propio criterio y aplicar su Sistema, corrigiéndole detalles si fuese preciso. Un ejemplo de muestra. Escribe a sus hijos de América el 1 de octubre de 1883: «Ahora vengamos a los pénsum. Son un sistema de castigo por desgracia muy frecuente, demasiado frecuente. *He querido consultar sobre esto a los más célebres educadores.* Hay quienes lo aprueban, hay quienes lo censuran como cosa inútil y peligrosa, tanto para el educando como para el educador.»

Y como él solía no dejar problema sin solución ni cuestiones en el aire, da su parecer, que es desfavorable (2).

Casi en los principios de sus Escuelas, invita un día al Abate Rosmini a dar una lección de Catecismo a los chicuelos del Oratorio. Y tan entusiasmado queda, que lo invita una y otra vez, a lo que el gran filósofo accede. Sin duda, algo incorporó Don Bosco en el método que venía empleando. «*Desde el principio al fin de su vida*—dice Caviglia—, *Don Bosco estudiaba siempre y aprende siempre.*» Y lo que aprende lo asimila y lo concreta, y «al paso que de tantas bellas cosas que esos buenos pedagogos enseñaron, sólo quedaron letra muerta, él las ha hecho durables y fecundas».

Cuando pasaba por Milán, Brescia y otros centros donde hubiera escuelas modelo, talleres o escuelas agrícolas, no dejaba de visitarlas, diciendo que siempre aprendía alguna cosa. «Observa todo: alumnos, maestros, asistentes; examinaba cómo se ejecutaban los trabajos; preguntaba al uno y al otro con esa finura benévola que le era tan natural, de modo que se daba perfecta cuenta del espíritu dominante; y todo lo anotaba y lo sometía luego a meditación» (3).

Lo que el mundo le debe en este campo

4. Por otra parte, está convencido de que su Sistema ejerce influencia en el mundo.

«Notad—dice a sus hijos—, notad cómo la Providencia guía a la Congregación y acción salesiana... No es sólo el

bien que se hace en nuestras Casas, es el que de contragolpe, es el que otros hacen por nuestro influjo, sin que nosotros intervengamos directamente» (4). Y el influjo fué real, y fué inmenso.

El mundo educativo debe a Don Bosco mucho, mucho más de lo que nos imaginamos. En 1850 la fama de su Sistema y de sus métodos comenzó a salvar las fronteras de la Patria. Y de todos los países comenzaron a lloverle consultas y visitas. Hasta protestantes lo tomaron por modelo, especialmente en Suiza e Inglaterra, y hasta en Australia. Y cuando la Literatura francesa se apoderó de su nombre y sus empresas (esto comenzó en 1870), dicha influencia se ejerció, puede decirse, en todas las naciones, particularmente en las jóvenes y generosas repúblicas de América, sin excluir los Estados Unidos (5).

Su formidable preparación

5. Su *preparación* en las materias de enseñanza era sencillamente formidable. Tres cualidades se la aseguraron: una *memoria* prodigiosa; una *voluntad* tensísima, unida a una inmensa capacidad de trabajo, y una *vocación* decidida y acariciada. A esto añadía una presencia simpática, una fuerza hercúlea y una agilidad pasmosa.

Pío XI, que lo trató y lo estudió con el fino criterio del científico, admiraba en él «una erudición nada común, una verdadera y propia vocación al estudio, tan grande que podía correr el peligro de caer víctima del estudio, el que, sin embargo, sacrificó precisamente en aras del amor a la juventud, porque, sin género de duda, *es uno de los más grandes amigos que la juventud haya jamás encontrado en el curso de los siglos.*» Sacrificó, sí, en el sentido de abandonar sus especulaciones, «que le hubieran dado sitio entre los grandes investigadores y autores científicos, haciéndose hombre más de acción que de estudio, para realizar la obra que la Divina

Providencia le asignaba», como dice el mismo Soberano Pontífice (6).

En cuanto a su erudición en las materias de enseñanza de los Gimnasios y Liceos, sabemos que varias veces dejó asombrados a los profesores de Literatura italiana, latina y griega (7), y pudo idear y dirigir una selecta biblioteca de autores de las tres literaturas, «y ya a edad avanzada, repetía cantos y capítulos enteros, de los grandes escritores».

Escribió tratados de espiritualidad, de historia, de agricultura, de aritmética y de otras ramas de enseñanza. Y en la Historia era verdadera autoridad. Además, «si Don Bosco se encuentra con médicos, de cualquiera enfermedad que hablen él conoce las causas de ella, las crisis y los principales remedios». En Roma, invitado a la mesa del doctor Menghini, hombre doctísimo en hebreo, cayó la conversación sobre un texto del Eclesiástico, y encendiéndose la discusión, Don Bosco salió con la cita del entero texto del hebreo.

Está otro día en Génova, con gente del mar: un capitán de corbeta se pone a hablar de naufragios, salvamento y modo de levantar un buque hundido. Y Don Bosco entra a especificar cuándo es posible y cuándo no esta operación, y en el primer caso los tres sistemas que hay, sus dificultades y modos. Su erudición naval, deja pasmados a esos señores, porque no la sospechaban. Y así en astronomía, física, en ciencias naturales.

«Conocía toda clase de juegos, y como tenía una memoria tan feliz, retenía una gran cantidad de textos clásicos, de modo que le resultaba facilísimo tratar de improviso cualquiera clase de temas» (8).

Siendo estudiante de bachillerato en Chieri, llegó un saltimbanqui de profesión, que, por motivos que no es del caso recordar, se indispuso con los estudiantes y los desafió. Aceptaron ellos, y escogieron por campeón a Juan Bosco. Cuatro fueron las pruebas de la competición:

Primero en velocidad; una carrera sobre el camino real, en la distancia de un kilómetro: Juan Bosco venció.

Luego, el salto, y salto muy peligroso, por tratarse de un canal de agua con parapetos de piedra: venció Juan Bosco.

En seguida, la varilla mágica: habilidades varias, algunas muy difíciles y complicadas: venció Juan Bosco.

Finalmente, la escalada a un árbol altísimo: curiosos fueron los términos en que el saltimbanqui planteó el desafío: «Quién pone los pies más alto.» Y precisamente esto le dió a Juan Bosco el triunfo, porque cuando llegó al sitio donde los había puesto el volatinero hizo una vigorosa flexión de brazos, dió vigorosa vuelta al cuerpo y puso los pies más arriba de la copa del árbol, por lo que el público empezó a felicitarlo: «Tú pones los pies donde el otro apenas llegó con la cabeza.» A todas estas, el saltimbanqui había perdido una buena cantidad, porque él mismo había puesto apuestas altas, y a cada apuesta las doblaba. Compadecido Juan le devolvió su dinero, con la condición de que les pagara una cena a él y a los compañeros de la Junta Directiva de la «Sociedad de la Alegría», por él fundada.

Prueba y reconocimiento de sus capacidades literarias y científicas fué su nombramiento espontáneo a miembro de la Academia de los Arcades, en Roma. Su discurso de recepción, sencillo y elegantísimo, tachonado de citas, hacía decir a los académicos: «Parece imposible tanta erudición en un hombre que tiene tantos asuntos entre manos» (9).

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. II, c. XXIII.
(2) *M. B.*, t. XVI, pág. 446.
(3) *M. B.*, t. V, c. LXVI.
(4) *M. B.*, t. XVII, c. XXI.
(5) *M. B.*, t. IX, c. LXXV etseq. XII, IV; XIII, XXV; XIV, XVI; XVI, XIII; XIX, *passim*.
(6) *M. B.*, t. XIX, c. XV).
(7) *M. B.*, t. II, c. LVII.
(8) *Ibid.*
(9) *M. B.*, t. XVII, c. III y *passim*.

CAPITULO IX

I

DON BOSCO Y EL ACTIVISMO

Practicó el Activismo

1. ¿Conoció Don Bosco la Escuela Activa? De nombre, probablemente no. Pero que la practicó, la practicó acaso como no la practicó el mismísimo Ferrière. Aún niño, se propuso y resolvió como por instinto los principales problemas del Activismo: el instinto del genio, avalorado en él por una continuada inspiración positiva.

Grande cosa es el Activismo. Sólo que los activistas modernos deberían ser más modestos y contentarse con la gloria de haber perfeccionado y, sobre todo, generalizado y popularizado el Activismo. Este ya existía; ha existido siempre, dónde y cuándo ha habido un verdadero maestro. ¿Quién les negará activismo a Sócrates y Pitágoras, a San Alberto Magno y San Benito? San Agustín está enseñando a Adeodato. Pasea con él, y casi jugando lo conduce a conocer la Lógica, ¡la abstrusa lógica! Comenta él mismo: «Ninguno propiamente aprende, si por aprender se entiende el pasivo recibir las nociones, como nadie propiamente enseña, si enseñar es infundir prontas y digeridas las nociones.»

¿Y quién no admira, cual modelo de activismo, el famoso diálogo—y la lección práctica—de San Anselmo con el rígido Abad que practicaba el sistema represivo?

Interés y animación

2. En eso de *hacer interesante y animada la clase*, ¡oh!, ¡qué admirable era Don Bosco! ; ¡y sin necesidad de tantos aparatos y utensilios!

«Era un domingo, por la tarde. En la clase de Catecismo Don Bosco nos había contado—con ese su método expositivo que cautivaba—la historia del pastorcillo David constituído rey, terminado con la exclamación: «¡Héte aquí el pastorcillo proclamado rey!»

Nosotros saltamos en pie gritando: «¡Viva Don Bosco, nuestro rey!» Y sin podernos contener, los más altos y forzudos levantaron sobre sus hombros la silla y lo llevaron en triunfo por el jardín; y todos los demás los seguíamos cantando, con grande gusto nuestro y tal vez suyo. No de otro modo los pueblos antiguos levantaban sobre sus paveses a uno de sus valientes, proclamándolo su rey.» Quien narra el episodio es el venerando profesor Pedro Rayneri: en 1898, a la distancia de cuarenta años, curtido en las faenas del magisterio, contrastado con la experiencia y el estudio, conservaba vivo y fresco el recuerdo de su tiempo de Oratorio, como si fuera del día anterior (1). Y tal era su manera de enseñar a leer, y Aritmética y Geografía, a los obreros adultos (2).

El mismo método seguía en la predicación, con los mismos resultados. Predicada en cierta ocasión una misión en Salicetto. La gente acudía numerosa. Un día la conferencia duró, con breves intervalos, seis horas, porque a cada parada le rogaban que continuara. El auditorio parecía encantado: seguía con grandísimo interés. Imágenes, comparaciones, ejemplos, diálogos, los tenían encadenados. El orador los transportaba a las tiendas, a los almacenes, a las tabernas, a las peluquerías, a las alquerías, escuchando las murmuraciones, los chismes, las riñas, las calumnias, y aplicando a cada caso la oportuna lección evangélica, haciéndoles palpar las consecuencias de todo, hasta de las ligerezas y descuidos. Cuando, rendido, bajó del púlpito, le pedían aún que conti-

nuara. El fruto fué proporcionado: los confesonarios se atestaron de penitentes y la enmienda fué general (3).

Lecciones por ocasión

3. ¡Y las *lecciones por ocasión*! No desperdiciaba una. Un ejemplo entre mil. Un día lleva a sus alumnos, con banda y todo, a la hermosa colina de Superga, que domina Turín y la inmensa llanura subalpina.

«Almorzado que hubieron y descansado, Don Bosco narra los orígenes de la célebre basílica; llama la atención sobre el dilatado territorio que tiene delante: el Po y afluentes, la ciudad y los pueblos; señala las posiciones ocupadas por el formidable Ejército francés que asedia Turín; describe, cual si los viera, los movimientos de los duques Víctor Amadeo y Eugenio de Savoia; el voto que hacen a la Virgen; enseña con el dedo la ciudadela cercada y salvada por el heroísmo de Pietro Micca; traza la batalla, la victoria, la liberación, el triunfo, el cumplimiento del voto...; y para que la lección sea completa, los conduce a la cripta, a la tumba de los reyes y los héroes de la Patria. Y por corona, los hace visitar la biblioteca, la sala con los retratos de los Papas, desde San Pedro a Gregorio XVI, los lleva a la cúpula soberbia, desde donde se descubre casi toda la provincia, encuadrada majestuosamente por la cadena de los Alpes, y da una entusiasta lección de Geografía...» (4).

Y como enseñaba la Historia y la Geografía, así enseña la Agricultura, la Botánica, la Lengua... En suma, método objetivo, intuición directa, amenidad, alegría, espontaneidad. ¿Más activismo se quiere?

El interés pedagógico

4. Es problema que creemos siempre ha preocupado a todo maestro. Don Bosco lo resolvió como por instinto; sus alumnos no sólo estaban siempre atentísimos, sino que to-

maban a pechos el objeto de las lecciones, dentro y fuera de clase. Poseía él todas las dotes necesarias: la voz, la presencia, el ojo perspicaz, el arte de variar, de mover, de hacer, y, sobre todo, el amor y la simpatía que del amor deriva.

Pero también pensaba mucho y excogitaba medios y *recursos*, siempre nuevos, siempre variados. Uno—ya lo hemos visto—era el diálogo. Poseía el arte de preguntar, y mediante las *preguntas e intervenciones* despertar siempre la curiosidad, alimentar el interés y conducir los alumnos al descubrimiento. De aquí el *dramatizar frecuente*. El dramatizar, sabiéndolo hacer, y manteniéndolo en los debidos límites, hace siempre viva y animada cualquier clase. Los catecismos del Oratorio eran concurridísimos y fructuosos, especialmente por esto. La forma dialogada, particularmente «el grande diálogo» del Catecismo General, o sea, el que reunía para el resumen todas las secciones, sostenido entre él y el teólogo Borel o algún otro sacerdote hábil, era de una eficacia extraordinaria. Además, los ejemplos solían ser «la personificación» de un vicio o virtud (5).

En este campo de la dramatización pedagógica, Don Bosco rayó muy alto y fué realmente original. No sólo en la clase, sino que llevó a las mismas tablas del teatro, en comedias graciosísimas, argumentos y materias de suyo áridas y difíciles, como la Aritmética, la Geometría y la Urbanidad (6).

Enseñar y aprender jugando, hacer ameno como un juego una materia «antipática» es, para el mismo activismo contemporáneo, un desideratum. Don Bosco lo realizó.

La declamación

5. Fué siempre, *ab antiquo*, *ab antiquísimo*, cultivada en todo colegio o escuela que se respeta. Las veladas y academias de Don Bosco son modelos en su género. Pero, además, quería que en las clases se enseñara la declamación, por la grande utilidad que trae.

«En toda Casa de educación es necesario que se recite,

porque éste es también un medio para aprender a declamar, para aprender a leer con sentido, y porque sin esto parece que no se puede vivir...» (7).

Recitar y declamar es arma de apostolado social.

Canto y música

6. ¿Cuál es la escuela moderna que no quiere poseer su coro? Y, si se puede, ¿una orquesta, una banda?

También aquí algo le debe a Don Bosco la Escuela Moderna.

En 1842, introdujo *la novedad* de los cantos corales de niños (8). Luego hizo algo más. Leemos en las «Memorias Biográficas»:

«Queriendo a todo trance celebrar las fiestas con los cantos de sus niños, no se desalentó a la vista de las dificultades. Conformándose a la ignorancia de ellos y a la necesidad y no hallando música fácil, la compuso... y la ensayaba con infinita paciencia. «¡Con la paciencia se arreglan todas las cosas!», decía. Esta música fué un atractivo más. Pero era preciso que Don Bosco mismo dirigiera, porque ningún maestro del mundo habría podido. Era el año 1847... Teniendo el alma y la fantasía llenas de armonías celestiales y un exquisito sentido musical; bromeando y con medios insuficientes, como en todas sus empresas, fundó la escuela de música que, sabiamente llevada, llegó a ser lustro y decoro del culto y poderoso medio de educación moral e intelectual.»

Y el culto de la música debía ser, a perpetuidad, uno de los distintivos de sus Casas, juzgado por él como elemento necesario de vida.

«Para demostrar el aprecio en que la tenía, ya desde entonces en la fiesta de Santa Cecilia invitaba a modesto banquete a los cantorcitos que se distinguían. En el salón campeaba un cartel: *Ne impedias musicam.*»

Formó una clase preparatoria, poniéndole al frente un joven por él amaestrado. «Quería *no solamente cantar, sino*

enseñar a cantar. El ajuar de la clase no podía ser más sencillo: Por atril, unas silla, que convenientemente dispuesta sobre una mesita, sostenía los cartelones...» Andando el tiempo, fueron salones admirablemente dotados. Las funciones fueron una revelación.

«En la ciudad se había esparcido la noticia de estas lecciones. *Siendo la primera vez que tenían lugar clases públicas de música* y tan numerosas, y la *primera vez que el canto se enseñaba en clase* a muchos alumnos *contemporáneamente*, hubo un grandísimo concurso de aficionados curiosos. Dejó escrito el mismo Don Bosco: «Los famosos maestros de armonía: Rossi, Bianchi, Cerutti...» durante varias semanas venían casi todas las tardes a oír mis lecciones, lo cual es contra el proverbio que dice: «no está el discípulo sobre el maestro», puesto que yo no sabía la milésima parte que cualquiera de ellos. Por lo demás, ellos no venían a recibir lecciones de música, sino a *observar el nuevo método, que yo llamaría simultáneo, y que es el usado en nuestras Casas*.» (Subrayamos nosotros.) «En los tiempos pasados cualquier alumno que deseara aprender la música vocal, debía buscarse el maestro, que le diera lecciones individuales. Cuando dichos alumnos estaban suficientemente instruídos, se unían, formaban los coros, y bajo un hábil profesor se ejercitaban para el teatro o la iglesia.»

Estos valientes profesores, pues, admiraban el orden, la atención de los alumnos, las industrias de Don Bosco, el *arte con que sabía* calcular la extensión de las voces, modular, etcétera, *sin que se cansaran y sin el menor perjuicio de su salud*. Ellos mismos afirmaban haber aprendido mucho de Don Bosco, y siguieron su método y ejemplo.

«Pero él no estaba todavía satisfecho: aspiraba a *grandes masas de voces*, no sólo como concierto musical, sino *también como espontánea expresión de la plegaria y de los sentimientos del pueblo fiel y patriótico*. Además, quería el canto litúrgico, no de cualquier modo, sino genuino y ejecutado con arte. Así—decía—los fieles hallarán en las iglesias aquellos atractivos de que tantas cosas bellas nos cuentan los antiguos, especialmente San Agustín. Andando el tiempo tuvo

el consuelo de ver realizados sus votos.» Había sabido formarse maestros como Cagliero, Dogliani, Lazzero. En la Basílica de María Auxiliadora se ejecutaban misas en perfecto canto gregoriano, alternando *en dos coros las mil voces de los niños del Oratorio. Don Bosco gozaba y repetía: «una función así es el non plus ultra de lo sublime»* (9).

También en la *música recreativa* (no la llamaremos profana), sus coros llegaron a sorprendente perfección. En la premiación de 1869, bajo la batuta de Cagliero y de De Vechi, se ejecutó una sinfonía de ocasión; figuraba la partida de los alumnos a vacaciones, se representaba con admirable maestría, la salida del tren, su correr sobre los rieles, la llegada a las estaciones, el festivo repicar de las campanas, los estallidos de los cohetes, los armoniosos conciertos de la banda de un pueblo en fiesta» (10).

Hemos querido citar esto algo por extenso, porque al mismo tiempo que demuestra nuestra tesis, es cosa sumamente instructiva.

Al nivel de los niños

7. Recuerda muy bien Caviglia que Don Bosco «sintió la necesidad de sentarse al lado de sus niños en la clase», y así, adaptarse completamente a ellos, interesándose por lo que ellos se interesan, trabajar con ellos y como ellos. Algunos de sus libros los compuso en colaboración con ellos, y, en general, sus escritos, antes de publicarse, contrastábanse con el alcance elemental de ellos, o de los obreros, o del pueblo, que es un perpetuo niño.

El gobierno de los niños por los mismos niños

8. El gobierno de los niños por los mismos niños, que parece un ideal de la Escuela norteamericana, también lo practicó Don Bosco, y en grande escala y con grandes re-

sultados. La mejor prueba es su misma Obra. Tal vez es el único de los Fundadores que tuvo que crearse sus colaboradores sacándolos de entre los mismos niños que enseñaba. Los más adelantados, o los más vivos, vigilaban y asistían a los demás y presidían a sus estudios y lecciones, bajo la alta dirección del Maestro. Sabido es su régimen de *decuriones*, como lo es el de las Compañías de San Luis, San José, el Santísimo, la Inmaculada. Estas se constituían con licencia de los Superiores, pero eran gobernadas por los mismos niños, aunque tomaran parte algunos clérigos y hasta algún sacerdote. Se reunían una vez a la semana, y con la lectura de algunos períodos de un libro espiritual, se abría la sesión. Eran a la vez Círculos de Estudios. El secretario estaba encargado de redactar las actas... En esas conferencias se estudiaban y discutían los asuntos, como ver la manera de celebrar las grandes solemnidades...; se asignaban a cada socio los compañeros que, por recién entrados o por otros motivos tenían mayor necesidad de cuidados y asistencia moral, y así él los hacía «sus clientes». Las normas prácticas de esta «clientela» se inspiraban «en una grande prudencia», y, diríamos hoy, con verdadera técnica... «En la sesión siguiente se daba relación y cuenta de los resultados, confiriendo unos con otros y estudiando las cosas que parecían más conveniente para la buena marcha del colegio. La Compañía era una sociedad como la de los Angeles de guarda: obra y no se ve ni se siente, sino en los resultados.» Cada socio era un conquistador. Don Bosco las llamaba su «guardia imperial» (11). Y no era figura retórica.

¿Quién no ve en esto los Círculos de Acción Católica y Social en embrión, y el apostolado individual tan preconizado hoy?

Las «conferencias anexas»

9. Así se llamaban las secciones de las Conferencias de San Vicente de Paúl instituídas entre los alumnos del Ora-

torio. Dos a dos iban todos los domingos a visitar las familias pobres que se les asignaban, llevando limosnas, dando oportunos consejos a los padres sobre la educación de los hijos, exhortándolos a mandarlos al Catecismo e inscribirlos en el Oratorio Festivo. Se les acogía con placer, porque además del subsidio que llevaban, eran hechas con regularidad, cariño y respeto. De estas visitas recababan también grandes beneficios los que las hacían, porque aprendían a conocer y gustar los modos de aliviar al prójimo, y salido que hubieran del Colegio, entraban con facilidad en las grandes Conferencias de San Vicente, hallando medios de santificarse, y buenos amigos, aunque de condición más elevada. Es increíble el bien que hacían y recababan estas conferencias (12).

La votación... popular

10. Como régimen de *autogobierno* eran notables *las premiaciones*. Solían hacerse en la fiesta de San Francisco de Sales. Una semana antes cada alumno apuntaba en un pliego el nombre de los alumnos que a su juicio se distinguían por conducta y aplicación. No podían ponerse de acuerdo. Los Superiores no se inmiscuían en el asunto; la votación era perfectamente libre. Consignados los pliegos, hacíase el escrutinio público y se distribuían los premios según el resultado. El juicio era siempre tan acertado, que no lo hubieran podido dar mejor los Superiores. Jamás resultó premiado uno que no lo mereciera, no tuvieron nunca suerte los impostores.

«En efecto, nadie puede conocernos mejor que quien convive con nosotros, nos trata familiarmente y, sin que nos demos cuenta, examina nuestras palabras y acciones» (13).

Más elocuente es aún, si cabe, el funcionamiento del primitivo Oratorio, en que los chicos ejercían, de hecho, el gobierno, ni más ni menos que las Escuelas-municipios último modelo. La suprema dirección la tenía él como presidente,

pero todos los cargos y oficios, menos los que por fuerza de cosas debían ejercerlos sacerdotes, eran electivos: muchachos elegidos entre ellos mismos por libre votación. La experiencia y el uso formularon una «Constitución»—que tal era el Reglamento.

«Los oficios que deben ejercer los que coadyuvan en esta obra se distribuyen entre los siguientes encargados, que en sus respectivas incumbencias son verdaderos Superiores: Director, Prefecto, Director Espiritual, Asistentes, Sacristanes, Monitor, Vigilantes, Catequistas, Archiveros, Pacificadores, Cantores, Reguladores de juegos y recreaciones, Protector.»

En el Reglamento se especifican las atribuciones de cada cargo con suficiente encuadramiento para evitar invasiones en campo ajeno y con suficiente anchura para favorecer la iniciativa. Hoy, a la distancia de un siglo, admira la libertad y democracia de ese gobierno. A todos los encargados de un oficio cualquiera les da una noción clara del poder, que es «un servicio en pro de la comunidad», y «que puede exigir sacrificios».

La crónica dice que los chicos «se aficionaban siempre más y más al Instituto» (14).

Paseos y excursiones

11. En otros sitios hemos hablado de ellos. Plácenos citar aquí el testimonio de uno de los mayores exponentes del Activismo y de la Pedagogía contemporánea: Mario Casotti, profesor en la Universidad Católica de Milán: «La passeggiata» Salesiana es la manifestación típica de un activismo, que es exploración de la naturaleza, sano desahogo de energías, goce de bellezas, pero, antes que todo, activismo religioso (15). ¿Religioso? Sí; porque la educación de Don Bosco es integral, armónica, jerárquica.

«Estar pronto, ser solidarios, prodigarse por los demás», dirá Powell a los Boys Scouts o Exploradores. ¡Muy bien!

Pero la mejor disposición para ello, la da, sin duda, la Caridad. Y ya hemos visto cómo funcionan las Compañías.

Con razón ha podido escribir Sor Alicia Celis en su tesis doctoral: «Diríase que Don Bosco, previniendo los tiempos, quiso constituir la pauta sobre la cual la Escuela Moderna querría escribir y caminar» (16).

El estilo de Don Bosco

12. Como se ha dicho, Don Bosco tenía una formidable preparación literaria y científica para escribir.

Además sentía su misión de escritor. Y teniendo conciencia de todo ello, jamás tomó aire de escritor... Al contrario, más bien que aspirar a la fama de tal, se esforzó sobremanera para adquirir una siempre gran sencillez. Le interesaba más que todo hacerse entender bien, aun de los obreros y de las mujercitas del pueblo. Para lograrlo, escrito que había algunas páginas, se las leía a algunas personas poco instruídas; si no las entendían perfectamente, borraba, corregía, retocaba, modificaba períodos enteros, hasta que comprendían todo. Sólo entonces las daba a la imprenta. Así pudo conocer el camino que debía seguir, aun en el mismo púlpito, para hacerse comprender hasta de las personas idiotas. Pero eso sí, si evitaba toda ampulosidad y afectada elegancia, no descuidaba la pureza y propiedad de la lengua. Así pudo hacerse apreciar y leer de doctos e ignorantes; sus escritos eran devorados con gran avidez, de literatos y maestros, de niños y obreros. El primer revisor de sus libros fué el portero del Convitto Eclesiástico. Sólo después pasaba a la revisión de la Curia (17).

El célebre Don Guanella, ya su alumno, preguntábale el secreto del encanto que ejercía su palabra—porque una de las más fuertes atractivas de los niños eran los sermones de Don Bosco—. Y éste le contestó:

«Si quieres agradar y hacer el bien predicando a los niños, trae ejemplos, parábolas, símiles; pero, sobre todo, que

las narraciones sean bien desarrolladas y muy particularizadas, desciende a detalles, a pequeñas circunstancias. Entonces toman vivo interés por la una parte y la otra, por las acciones y contrastes de los personajes; se apasionan de los lances dolorosos y alegres que hieren su fantasía y esperan ansiosos cómo va a acabar aquéllo...» (18).

En ello, como en tantas cosas, era el inteligente intérprete de la tradición de la Iglesia. San Agustín había dicho: «Qui ergo docet, vitabit verba omnia quae non docent; et si pro eis alia quae intelligantur integra potest dicere, id magis eligat.» «El que enseña evite las palabras que (por no ser comprendidas) no enseñan, y si en lugar de ellas puede usar otras correctas, elija éstas...» (19).

NOTAS

(1) Cf. *Gli antichi allievi nel giorno 24 giugno 1898*. Torino, Tip. Sales. *M. B.*, IV, 438.
(2) *M. B.*, II, págs. 556, 532; III, 449.
(3) *M. B.*, t. V, c. LXII.
(4) *M. B.*, t. II, c. XL.
(5) *M. B.*, t. II, c. XLV.
(6) *M. B.*, t. III, cs. XXX, XXXI, LIII; t. VI, c. XVI.
(7) *M. B.*, t. X, c. VIII.
(8) *M. B.*, t. II, c. XII.
(9) *M. B.*, t. III, c. XIII.
(10) *M. B.*, t. IX, c. LV.
(11) *M. B.*, t. V, c. XXXIX. *M. B.*, t. VII, c. XL.
(12) *M. B.*, V, pág. 471.
(13) *M. B.*, t. V, c. 11.
(14) *M. B.*, III, XI.
(15) *Il Sist. Prev.* Ed. Brescia, 1937, pág. 77.
(16) *L'Attivismo in Don Bosco*. Milán, 1941.
(17) *M. B.*, t. II, c. XXI.
(18) *M. B.*, t. II, 340.
(19) De Cathec. rudib.

CAPITULO X

PSICOLOGIA Y PEDAGOGIA

I

DOTES NATURALES DE DON BOSCO

La intuición

1. Para bien educar—nos dicen los pedagogos—hay que conocer la naturaleza, el carácter, las tendencias de los educandos. Esto lo enseña la Psicología.

Pero los genios además intuyen: probablemente no estudió Psicología Napoleón, y supo conocer muy bien a los hombres; y a los apóstoles suele Dios concederles la penetración de los corazones, la visión de las almas y el discernimiento de todas las cualidades individuales. Ellos deben —¡claro está!—trabajar para utilizar esos recursos; es decir, deben corresponder a la vocación y a la gracia. Si no, se marra.

¿Cómo utilizaba Juan Bosco esos tesoros? Nos lo dirá él mismo:

«Vosotros—escribe para sus hijos—me habéis preguntado a qué edad empecé a ocuparme de los niños. A los diez años hacía lo compatible con mi edad. Fué una especie de Oratorio Festivo. *Era yo pequeñito, y ya estudiaba el carácter de mis compañeros.* Mirándolos fijamente, casi siempre descubría sus proyectos, lo que guardaban en el corazón. Por eso era muy amado de mis coetáneos, y muy respetado. Todos

me querían por amigo o por árbitro. Por mi parte hacía a todos el bien que podía; mal, a ninguno. Mis compañeros me amaban mucho, para que en caso de riñas tomaba su defensa, porque, aunque pequeño, tenía fuerza y valor suficiente para imponerme. Por esto, en naciendo litigios, todos aceptaban de buen grado mis decisiones. Pero lo que les reunía en torno de mi persona y los cautivaba hasta el delirio, eran mis cuentos y narraciones. Apenas me veían, corrían en tropel a que les contara algo de lo que yo a duras penas comenzaba a leer» (1).

¿Quién no ve en estas ingenuas confesiones un mundo de... Psicología?: la profunda comprensión simpática del alma ajena, el hacerse cargo de las necesidades infantiles... y no infantiles, los centros de interés, lo preciso de hacer la enseñanza atractiva, la resolución práctica y sencillamente avasalladora del gran problema de la autoridad y el ascendiente. Ferrière estaba aún muy lejos de escribir su famosa «Escuela Activa», y Claparède de proponerse el problema: «¿Cómo hacer interesante una clase?» Y ya el pastorcillo de Bekis lo practicaba por intuición. Como por intuición de caridad se sacrificaba por sus compañeros—lo cual es otra forma de ganar ascendiente y autoridad—. «Jugad, amiguitos; jugad en buena hora, que yo cuidaré vuestro rebaño.» «Cambiemos el pan; a mí me gusta el pan negro», y daba el candeal que le había preparado Margarita.

Escribirá Ferrière: «La vida es para los que tienen una voluntad positivamente conquistadora, que se expande en acción y energía, con un brillar en la mirada y los pulmones dilatados para el esfuerzo fecundo.»

Estudios y experiencias

2. Más tarde el estudio y la experiencia perfeccionarán sus intuiciones. Don Bosco estudia las teorías y los métodos de los grandes maestros, y se asimila lo asimilable. Como la abeja, como el artista, utilizará lo que le conviene, trans-

formándolo y vaciándolo en el molde de su genio; y diciendo, como San Pablo: «A todos soy deudor», podrá reivindicar un método y un sistema original, suyo propio.

De su maestro y director espiritual, el Santo Cafasso, había aprendido el arte de tratar con los presidiarios endurecidos en los vicios. Sus experiencias le enseñan que:

«El embrutecimiento de éstos, es tal, que algunas veces las mismas palabras del sacerdote en un sermón, les ocasionan escándalo. Además, los infelices son tan rudos en cuestiones de alma, que carecen de fuerza para elevarse a pensamientos sobrenaturales. Por eso, conviene hacerlos subir gradualmente, comenzando por los peldaños más bajos; hacerles ver que las culpas acarrean también daños temporales, que de ser virtuosos procede también un gran cúmulo de ventajas en la misma tierra.»

Y luego, lo estudia: «Con su mirada agudísima y espiritualizada estudiaba en cada individuo las inclinaciones y deseos, las luchas internas; y de improviso descubría en sus corazones gérmenes de virtudes ahogados por las espinas del vicio, recuerdos de una niñez inocente, amor al pueblo nativo, añoranzas de la familia lejana, desolación por el honor perdido; y estos gérmenes sabía cultivarlos tan bien, que suavemente obligaba a esos desgraciados a arrodillarse ante Dios, resueltos a cambiar vida.»

Con cuánta razón podrá decir:

«La religión, que es inmutable en su esencia y que fué y será siempre la maestra de los hombres, contiene una ley tan perfecta, que sabe plegarse a todas las vicisitudes de los tiempos y adaptarse a la diversa índole de todos y cada uno de los hombres» (2).

Razón de su optimismo

3. Este conocimiento de la naturaleza humana y de la Redención le comunicaron ese *sano optimismo* que le hacía esperar contra toda esperanza.

«Así como no hay terreno por ingrato y estéril que parezca, que con arte y paciencia no se puede fertilizar, así es del hombre. En todo niño, más, en todo hombre, aun el más desgraciado, hay un punto accesible; y el primer deber del educador es buscar este punto, esta cuerda sensible, y aprovecharla» (3). A los Superiores dice:

«El Superior estudie la índole y carácter de sus subordinados, sus inclinaciones, habilidades, su modo de pensar... para saber mandar en modo de hacer fácil la obediencia, recordando que no sabe mandar quien no sabe obedecer...; no mandar cosas muy difíciles o repugnantes» (4).

Veamos algunos casos:

Se habían cometido serios desórdenes. Don Bosco vino a saberlo. Llama uno a uno a los cabecillas. Entra por primero un artesano, algo desfachatado. Don Bosco le planta los ojos que penetran como saetas.

«¡Escucha! ; pero déjame hablar, sin interrumpirme. Hace seis meses que no te confiesas. Y has hecho esto y esto, en tal lugar, con fulano y zutano. ¡Ahora, discúlpate!» El muchacho, aterrado, responde: «Aquí no se trata de disculpa; lo que ha dicho es todo verdad.» Queda callado un momento, los ojos bajos. Luego prosigue: «Yo no tengo nada más que decir, sino que soy gravemente culpable. Si me quiere perdonar y tenerme todavía en su casa, le aseguro que verá en mí un cambio total; si me quiere echar, yo no me puedo quejar.» Don Bosco, en tanto, callaba; oraba tal vez. Callaba también el chico; pero de pronto rompe en llanto y, echándose a los pies de Don Bosco, añade: «¡Oh, sí! Perdóneme. Yo necesitaba de este golpe; sí, por desgracia estaba mal con el Señor. Aunque me expulse, no me mande así, permítame antes arreglar las cosas de mi conciencia.» «Cuando comenzaste a hablar, yo, viendo que sólo reconocías tus faltas, y estabas dispuesto a quedarte o irte, temí por ti, que te engañara el demonio. Ahora veo tu buena voluntad, y como estás dispuesto a arreglar las cuentas con Dios y reparar los escándalos, accedo a tu súplica. Por ahora, quédate con nosotros.» Y el muchacho se salvó (5).

Las cárceles fueron casi su primer campo de apostolado. Los detenidos eran criminales y la mayor parte, si habían recibido de niños los Sacramentos, hacía años que no los frecuentaban. Además, el respeto humano los dominaba. Don

Bosco lo advirtió pronto. Era un jueves; hizo su plática. Al despedirse, dijo: «Volveré el sábado, pero quiero que me preparéis un regalo; mas lo quiero bueno, ¡eh!» «¿Y qué quiere usted de nosotros?» «Algo gordo, pero gordo de veras; si no, no vale la pena; naderías me las dan también las monjas.» «¡Diga, pues!» «Quiero que cada uno me dé su parte, y aparte.»

Comprendieron que aludía a la confesión. Reían un poco. Preguntaban algo, y uno prorrumpió: «Pues bien, sí; vendré yo, que las he hecho gordísimas.» «¡Oh, aquél!—exclamó otro—, las he hecho más gordas que tú. ¿Y tú? ¡nos das quince y raya!» «¡Me confesaré también.» «Sí, sí, venga el sábado—gritaron en coro—. Pero no se espante.» «Así me gusta—concluyó Don Bosco—; que valga la pena sentarse en ese confesonario.» «¡Yo hace diez años no me confieso!» «¡Y yo veinte!» «¡Y yo treinta!» «¡Bueno, bueno! Idos preparando, ¡y hasta el sábado!»

Y de hecho los confesó. Y desde entonces, gustada la suavidad del Sacramento, siguieron haciéndolo con frecuencia.

Aprovechando su experiencia, recomienda Don Bosco:

«Confesando a los rudos y a los niños—y dígase lo mismo de la enseñanza—hay que hacerlos hablar, con oportunas preguntas, porque de otro modo, luego se distraen; su atención es debilísima» (6).

Un sucedido curioso le aconteció en la cárcel. Saliendo del departamento de los detenidos, equivocó la escalera y entró en uno que no conocía. Estaban aquí un hombre, su mujer y una hija, los cuales, al verlo, se turbaron. Don Bosco comprendió su yerro, pero sin la menor turbación saludó, como solía con todos, cordialmente. Aquella gente, no acostumbrada a recibir visitas ni a ser tratada con consideración, le preguntó secamente qué quería. «¿Qué quieren ustedes?—respondió—; me siento tan cansado, que desearía una taza de café; ¿tendrían la bondad de dármela?» A súplica tan inesperada, rompieron a una: «Sí, sí; ¡con mucho gusto!» Y la muchacha corrió a prepararlo.

El verdugo miraba a Don Bosco con asombro, mezclado de conmoción. «¿Pero usted, Don Bosco, sabe dónde está?» «Sí; en casa de un buen cristiano.» «¿Pero usted se digna venir a casa del verdugo?» «Yo sé que sois un buen cristiano (y esto era cierto, porque no perdía domingo, y siempre que había una ejecución mandaba cinco francos a una igle-

sia vecina para aplicar una misa por el ajusticiado), y esto me basta, y quiero que seamos amigos.»

Vino el café.

—Señorita, traiga otra taza, quiero tomarla con mi amigo.

—¡Oh, esto es demasiado! ¿Tomar yo café con usted?

Pero Don Bosco había ya trasegado la mitad de la aromática bebida, y se la pasaba a su nuevo amigo.

Este sintióse profundamente conmovido, experimentando sentimientos nunca antes sentidos.

Y tan amigos quedaron, que durante muchos años iba el buen hombre a confesarse con Don Bosco y a oír su Misa (7).

Un día está de visita en la casa de los marqueses de Balbo; le presentan un muchacho a quien la miseria había casi idiotizado. El Santo lo acaricia y le hace algunas preguntas. La impresión de todos es que el chico no comprende nada. «¿Sabes jugar al marro?» Hay en los ojos del infeliz un imperceptible brillo de complacencia. «Sí—dice Don Bosco—, lo acepto.»

Pasan varios años. Un día se presenta en casa de los marqueses de Balbo un sacerdote; hermosa presencia, conversación viva y eficaz, aspecto inteligente. «Usted, señor marqués, no me reconoce. Soy aquel niño que en tales y tales circunstancias, aquí, en su casa, me recibió Don Bosco para su Oratorio» (8).

¿Qué había sucedido? Descubierto el filón, Don Bosco había descubierto la mina, y se dió a beneficiarla. La timidez, la incuria, la pesadez y la opacidad del ambiente tenían aprisionada aquella alma. Libertada, expansionó y subió. ¡Y en todo así!

La llave de los corazones

4. Una de las llaves con que abría los corazones, era el mostrar interés por los intereses de los niños: familia, juego, estudio...

Otra el mostrarles confianza, haciéndoles encargos al parecer delicados o difíciles, pidiéndoles sacrificios, etc.

II

TEORIA DE DON BOSCO

Unas páginas de finísima Psicología

5. «La vida de Luis Colle», una de las biografías de niños escritas por el Santo, es, como todas ellas, un modelo de fina psicología; pero se distingue de las otras porque tiene algunos párrafos destinados expresamente al análisis. Resumamos el capítulo II (9):

La Psicología, como ciencia, es elemento fundamental de la Pedagogía, la cual, si es arte, es también, y ante todo, Ciencia y Filosofía de la Educación. Hay que conocer el *ser humano* en su esencia y en sus modalidades, para ayudarlo a ser *como debe ser*; hay que conocer lo *real* para ayudarlo a tender al ideal.

Don Bosco aquí lamenta que muchos educadores descuiden esto, y así:

«Desconociendo la naturaleza humana y la jerarquía de nuestras facultades, o perdiéndolas de vista con demasiada frecuencia, pecan de imprudencia, descuidando las principales y dando exclusiva importancia a otras que lo son menos, o confundiendo unas con otras. El educador debe, ante todo, conocer al hombre, lo que es el hombre y lo que debe ser, para poder trabajar convenientemente al niño, al cual educa precisamente para que sea hombre cabal. El hombre no es un simple agregado de facultades, sino que es, y debe ser, una síntesis, una unidad. Aunque desorganizado por el pecado original, es muy susceptible de recobrar su armoniosa síntesis, y a esto tiende precisamente la Educación. Armonizar; por consiguiente, tratarlas todas las facultades, y en su debido orden; si no, se hará obra no sólo incompleta, sino antinatural, monstruosa.

Convendrá, pues, buscar, si lo hay, un centro de referencia o convergencia, que facilite las operaciones. ¿Existe?

¿Cuál es? Sí, lo hay; es la *voluntad*, facultad soberana, única fuente del querer y del verdadero amor, del cual la sensibilidad no es más que una imagen y a menudo falsa.»

Lamenta que:

«Muchos educadores dediquen todos sus esfuerzos a desarrollar la inteligencia y la sensibilidad, y si alguna vez se ocupan de «la pobre voluntad», no es para regularla y fortificarla con el repetido ejercicio de pequeños actos de virtud, demandados al afecto del niño, y fácilmente obtenibles de las buenas disposiciones innatas en su corazón; y que, con el pretexto de domar una naturaleza rebelde, se obstinan en doblegar la voluntad con medios violentos, y así, en lugar de enderezarla, la destruyen. Por este error fatal, turban la armonía que debe presidir al desarrollo de las facultades y estropean los delicadísimos aparatos que se les confiaron.»

¿Resultados?

«Desarrolladas exclusiva o preponderantemente la inteligencia, la memoria y la imaginación, si encantan y admiran por su aparente esplendor, disimulan a duras pruebas una insuficiencia vergonzosa, una debilidad fatal: el niño de hoy, más tarde el joven, no sabe pensar ni obrar con criterio, carece de buen sentido, de tacto, de medida, en una palabra, de discernimiento y de convicción; hoy niega lo que ayer afirmaba. La razón, ofuscada por esa debilidad de la voluntad, no le permite pensar ni obrar por sí mismo. Demasiado agitado para leer con claridad en el fondo de su alma, no percibe más que la superficie, las conmociones pasajeras y, juguete de ellas, cree haberse decidido. Y así, incapaz de controlarse apresúrase a poner en efecto sus caprichos... Triste y ridículo retozo del espíritu maligno. Precipitación e inconstancia: he aquí las características suyas. Se quiso hacer un hombre y no se hizo sino un animalillo más o menos amaestrado.

Por todas partes se deplora el debilitamiento de los caracteres; pero la causa, si no única, sí principal, ¿no será el olvido o el desprecio de los principios elementales de la Educación cristiana?»

Como se ve, Don Bosco coincide con Herbart en el considerar cual centro de la educación la formación del carácter; pero difiere de él en los medios. Los resultados dicen quién tiene razón.

Censura Don Bosco cierta Escuela francesa, que fué mundial en su tiempo, la cual, poniendo por base un sentimentalismo humanístico, «convirtió la caridad en filantropía y dió al egoísmo más refinado las apariencias de un altruísmo inconsistente que, por no considerar la vida como un deber, tenía necesariamente que fracasar».

«Un grande carácter exige una grande idea, o mejor, un ideal. Para Don Bosco el centro universal de la Educación, como el centro universal de todo, no puede ser sino Dios, y el cumplimiento de su Voluntad el Supremo fin de la vida, y, por tanto de la Educación. Así y sólo así puede hacerse posible el programa que se proponen todas las Escuelas de hoy: «hacer al hombre fuerte en la obediencia, en el sacrificio, en el deber, en la iniciativa, para poder ejercer racionalmente la Libertad.»

Confirmación práctica

6. Ahora, una confirmación práctica, entre mil. Año 1852.

A un buen caballero de Turín algunos amigos le aconsejaban poner su hijo en el Oratorio; otros lo disuadían. Optó por lo segundo y colocólo en uno de esos Colegios de moda, que gozan fama de ciencia y disciplina, pero donde no se reza, o se reza muy poco; a misa se va una vez a la semana, y a la confesión y comunión una vez al año. El chico, privado de los recursos de la Gracia, poco a poco se familiarizó con los malos compañeros, se dió a malas lecturas, cobró fastidio por el estudio y la religión y, al fin del año, recibió calabazas.

Vuelto al hogar por las vacaciones, su padre se llevó las manos a la cabeza, viendo las ganancias que se había procurado y en cierto modo buscado. El hijo antes bueno, era desobediente, desvergonzado, altanero, irreligioso, procaz. Quiso recluirlo en un asilo correccional. Pero como el mu-

chacho conservaba un grande amor por la madre, muerta poco hacía, y rezaba por ella al acostarse, reflexionó antes de dar ese paso. No lo castigó, no lo regañó, lo trató con bondad; lo llevó a un paseo de campo, y de vuelta lo llamó a su despacho y le recordó los últimos instantes de la virtuosa madre.

Conmovido el chico, prorrumpió en llanto, y entonces el padre le contó que la señora había manifestado tantos deseos de ponerlo en el Colegio de San Francisco de Sales. «Si mi madre lo quería, lo quiero también yo; por ella, cualquier sacrificio, hasta el de estar con los curas.»

Al día siguiente se lo llevó a Don Bosco.

No fué poca la sorpresa del Santo al verse delante aquel petimetre; vestidos flamantes y a la moda, sombrero a lo calabrés, bastoncillo en la mano, brillante leontina en el chaleco, crencha empomada y perfumada: vanidad y orgullo. Don Bosco lo hace hablar, lo observa y lo acepta. El padre, con pretexto de pagar en la prefectura, deja al muchacho con Don Bosco. Este le habla de gimnasia, excursiones, canto, estudios, con lo que Juancho se entusiasmaba.

—¿Qué te parece? ¿Qué me dices del director?—le preguntó el padre, una vez afuera.

—El sitio me place; también el director, pero tiene una cosa que lo hace repugnante.

—¿Sí?

—Sí; todo en él me gusta, sólo que es un cura, y esto me asquea.

—No hay que fijarse en la profesión; mira más bien a sus cualidades.

—Pero quedarse con un cura quiere decir rezar, oír misa, confesarse, y esto no me entra. Por algunas palabras parece que ya conoce mi vida... Pero he prometido y mantengo mi palabra. Después, ya veremos.

Pocos días después, Juan entró en el Oratorio. Su padre juzgó de su deber informar de todo a Don Bosco.

Las primeras horas fueron algo duras, no tanto, sin embargo, porque Juan tuvo inmediatamente su «protector» entre los socios de la Compañía. El ambiente lo envolvió. Alejado de las compañías, rodeado de compañeros buenos y afables, la emulación, el canto, la música, las mismas funciones de la Iglesia le hicieron olvidar en breve la vida del año anterior. El último recuerdo de su madre le venía frecuente a la memoria: «Hijo, huye del ocio y las malas compañías.»

Pero una dificultad entorpecía. No había modo de resol-

verse a confesarse. Y llevaba ya dos meses en el Oratorio. Una tarde Don Bosco lo llamó:

—Juan, ¿te recuerda algo la fecha de mañana?

—¡Ah, sí! Es el aniversario de la muerte de mamá... Madre querida, ¡pudiera yo verte y oírte siquiera una vez!

—¿Harías algo que le gustara a tu mamaíta?

—¡Oh, sí, cualquier cosa!

—Haz por ella la Santa Comunión; si estuviese en las dolorosas llamas del Purgatorio, ¡cuánto refrigerio le procurarías!

—Lo haría con gusto... si no tuviera que confesarme... Pero si esto le gusta a ella... me confieso aquí mismo con usted.

Don Bosco, que no esperaba otra cosa, alabó la resolución, dejó que se calmara, lo preparó, y con gran consuelo de ambos lo confesó. El día siguiente, Juancho se acercó a la Sagrada Mesa, haciendo muchas oraciones por la amada madre.

Desde aquel día su vida fué la vida de un modelo. Conservaba aún algunos libros malos o peligrosos; se los llevó al director para que los quemara: «Ardiendo ellos, espero que no arda mi alma.» Hizo trozos las cartas de antiguos compañeros, en que le daban malos consejos. Cobró ardor por el estudio; sobre el forro de sus libros escribió el recuerdo de la mamá: «Hijo, huye del ocio y de las malas compañías.» Y siendo final de año, mandó una afectuosísima carta de año nuevo a su padre, quien, dicho se está, gozó sobremanera. Y como en ella, recordando que en el escritorio había libros prohibidos, le rogaba que los quemase, el padre se decidió al sacrificio. También logró Juan, andando los días, que su genitor cumpliera con la Iglesia, guardando las vigilias y haciendo lo que hacen los buenos cristianos (10).

Parece un cuento edificante. Edificante lo es. Pero es vida vivida, es realidad que se reproduce incesantemente.

Extensión y profundidad de su Psicología

7. A Don Bosco «no se le escapaban los problemas más complicados, las crisis de las almas, las costumbres, las inclinaciones y, sobre todo, el problema vocacional o profesio-

nal: los intuía y escrutaba a la luz de la discreción, llegando a penetrar los más íntimos secretos de los corazones y descubrir los orígenes, las simientes, los progresos de las virtudes y vicios. A fuerza de amar y compadecer se conquistó el derecho de reprender y enmendar. Y lo usaba con libertad, con esa bondad y esa longanimidad que lo habían hecho dueño de los ánimos» (11).

El biógrafo deja escapar, tal vez sin querer, dos pares de sustantivos: «instrucción y estudio, longanimidad y libertad», que dice «ligados por la discreción, como distintivo del sistema».

Notabilísima esta observación disciplinaria:

«Los niños y jóvenes peligrosos se distinguen en dos categorías: los corrompidos y los que habitualmente se sustraen a la observancia de las reglas. En cuanto a los primeros, sucede un fenómeno que parece increíble, pero que es real. Entre quinientos alumnos de un colegio, habrá uno de costumbres viciosas. He aquí que entra uno nuevo, dañado también él. Los dos son de provincias y aun de naciones diversas; de clase, de dormitorio distintos; jamás se han visto ni conocido; y al segundo día de colegio, quizás el mismo día, a las pocas horas, ya los veréis juntos en tiempo de recreo. Parece que un maléfico instinto los empuje a adivinarse y que un imán demoníaco los atraiga y los mueva a contraer amistad. El «dime con quien andas y te diré quién eres», es un medio facilísimo para descubrir las ovejas roñosas antes que se truequen en lobos. Hay que alejarlos, buscándoles, a ser posible, lugar conveniente.

Otra clase de alumnos no conviene tener el el internado. «Cuando veíais un chico que parece bueno, pero es ligero, descuidado, despreocupado, se ausenta fácilmente de los sitios donde lo quiere la regla, lo halláis a menudo solo en los rincones del patio, en las escaleras, en los recodos y escondrijos, en una palabra, en lugares escondidos al ojo del Superior, temed siempre. No os dejéis ilusionar por apariencias de timidez, de natural solitario, de ligereza e ingenuidad. Este, o

sabe fingir a maravilla, o dará muy pronto con quien lo dañará. Recordad que estos individuos son peligrosísimos» (12).

III

RECURSOS A QUE APELABA

Notar y anotar

8. *Tests* propiamente tales, no los empleó, porque aún no los había. Pero sí su equivalente. Y notaba y anotaba. *Amén* del *registro general*, tenía *uno particular*, con una página para cada alumno, donde anotaba lo que observaba en ellos y a medida que lo observaba, intelectual, moral, circunstancialmente.

«Don Bosco, en oyendo un juicio desfavorable sobre un alumno, en cuanto a provecho en los estudios—es el Cardenal Cagliero quien lo dice—, iba a buscar la causa, para asegurarse si ello provenía de falta de *aplicación, o más bien de alguna deficiencia física o intelectual*. Uno era inculpado de distraído habitual en tiempo de estudio ; otro, después de una hora de concentración, buscaba distracción en algún juguete o en libros amenos ; éste, no terminaba nunca el tema ; aquél, no aprendía más que a medias la lección... El entonces los seguía, los llamaba, los *probaba*—aplicándoles lo que hoy llamaríamos «tests»—y daba a cada cual las normas convenientes para emplear bien y con provecho el tiempo.» Resultaba, curiosa, pero lógicamente, que «eran relativamente pocos los estudiantes merecedores de reproche» (13).

La famosa «palabrita al oído»—generalmente en el recreo—con que, según las circunstancias, consolaba al uno, atemorizaba al otro, sacudía a éste, resolvía las dudas a aquél, animaba a cada cual, tan oportuna siempre, y que casi siempre parecía lectura del pensamiento, era en buena parte fruto de penetración psicológica debida al diligente estudio de los actos, palabras, actitudes, índole de los individuos. Otro tanto

dígase del acierto en el gobierno de personas y colectividades. Saber tocar la fibra o cuerda oportuna, y, claro, saberla descubrir antes, es asegurar un éxito. «*Don Bosco era insuperable en el arte de hacer aceptar y ejecutar con entusiasmo sacrificios y cosas desagradables. ¿Cómo? Presentándolas en forma amena y con cierta novedad en la ejecución*» (14).

«Vosotros, educadores, debéis necesariamente asistir a los alumnos. Os sucederá a veces ver un muchacho sano y rollizo, pero que está pensativo y mustio; que no habla con nadie y que, interpelado, responde con medias palabras, cuyo sentido ninguno comprende. El hombre instruído y que posee el don de conocer el corazón humano, penetra en esas profundidades y ve que allí se agitan pensamientos no buenos, y sabe que si no se le vigila continuamente, se perderá y perderá a otros, buscará rincones para darse a las lecturas peligrosas, compañeros con quienes tener conversaciones obscenas»... (15).

A esto se añade la confianza que sabía inspirar, por lo cual los corazones se le abrían. ¡Cuánta psicología en aquel diálogo con Bartolomé Garelli, que dió principio a su Obra! «¿Sabes leer?» «¡No sé nada!» «¿Sabes cantar? (Y el muchacho lo mira curioso). ¿Sabes silbar?» (Y el muchacho ríe.) Estaba abierto, estaba ganado (16).

Y no iba al Catecismo porque tenía vergüenza de que los pequeños lo sabían y él no: sentimiento del honor.

Recomienda:

«Alegría, canto, música y grande libertad en las diversiones. Pequeñas conferencias especiales, a las cuales participan de buena gana los niños mejores, que, no obligados, *hallan pasto adaptado a su ánimo*» (17).

Los ojos de Bosco

Dice el biógrafo: «Dios había concedido a Don Bosco con tal plenitud el don de la palabra, que todo en él: mirada, acento, movimiento, tenía razón de lenguaje. Con el ojo, es-

pecialmente, ejercitaba a un tiempo las potencias de la mente y del corazón. Con su mirar calmo, sereno, mesurado, se apoderaba del pensamiento ajeno con atracción irresistible y con igual fuerza, cuando quería, era comprendido él mismo. A menudo una palabra, una sonrisa, acompañadas del mirar fijo, valía una pregunta, una respuesta, una invitación, un entero discurso.

Muchas veces Don Bosco miraba a un chico de un modo tan particular, que sus ojos decían lo que el labio no expresaba, y le hacía comprender lo que deseaba de él. Y el muchacho, respondiéndole, se admiraba de haber perfectamente comprendido el razonamiento intelectual de Don Bosco. A veces eran cosas que no tenían relación con el momento: mandatos, avisos, consejos para la recreación, para el estudio, etc. Y se entendía perfectamente.

A menudo seguía con la mirada un niño en cualquier parte del patio o de los pórticos donde éste anduviera, mientras él hablaba tranquilamente con otros. De pronto la mirada del niño se cruzaba con la de Don Bosco y, leyendo en mirada tan límpida un deseo de hablarle, venía a él. Y Don Bosco le decía algo al oído.

No raras veces, mientras tenía delante muchos alumnos, fijaba la mirada en uno o dos, haciéndose visera con la mano como para penetrar en lo íntimo, y ellos quedaban confusos; la palabra se les moría en el labio y comprendían que Don Bosco conocía lo que pensaban. Leía en su semblante culpa o remordimiento o gracia. Un ligero movimiento de cabeza; quedaban entendidos; se fijaba la hora de un coloquio» (18).

Se dirá que esto no es sólo psicología. Sí, no es sólo psicología; pero hay mucha psicología y, por lo mismo, recursos y fuerzas naturales, al alcance de cualquier educador competente: espíritu de observación, constancia, y, sobre todo, amor, mucho amor, caridad. Don Bosco, en efecto, empleaba los medios naturales, que están a disposición de todos, como hemos visto. Por eso dejó escrito para todos:

«Medio eficaz para conocer a los alumnos y poderlos edu-

car es abrirles el corazón... y penetrar en sus almas como en casa propia para extirpar los malos gérmenes y cultivar las flores de las nacientes habilidades» (19).

NOTAS

(1) Amadei: *D. Bosco e il suo Apostolato*, t. I, c. I.
(2) Cf. *M. B.*, t. II, cs. XIX, XXI.
(3) *M. B.*, t. V, c. XXXI.
(4) *M. B.*, t. IX, c. LVI.
(5) *M. B.*, t. XII, c. XX, año 1976.
(6) *M. B.*, t. II, c. XIX.
(7) *Ibidem.*
(8) *M. B.*, t. X, c. IV, 6.
(9) *L'Abbé Jean Bosco*: Vie du jeune Louis Colle. Nice, 1886.
(10) *Mem. B.*, t. IV, c. XIV.
(11) *Mem. B.*, t. X, c. VI, 7.
(12) *M. B.*, VI, XXIX).
(13) *M. B.*, t. VI, c. 29.
(14) *M. B.*, XII, pág. 597.
(15) *M. B.*, XII.
(16) *M. B.*, II, VII.
(17) *M. B.*, t. XI, X et passim.
(18) *Mem. B.*, t. VI, c. XXX.
(19) *M. B.*, t. III, c. X y LI.

CAPITULO XI

¡PRACTICA! ¡PRACTICA!

Las acusas de los activistas

1. Los activistas acusan a la Escuela tradicional de andarse por las ramas de la teoría, descuidando la práctica.

No hay duda que durante largo tiempo la Escuela oficial adoleció de ese defecto. Si ello se quiere llamar «Escuela tradicional», ¡en buena hora!, aunque propiamente no le cuadra ese nombre: siempre y dondequiera que ha habido un «maestro», la Escuela ha sido práctica y ha sido activa. A la «Escuela moderna» no se le puede ni se le debe negar la gloria de haber asestado un golpe definitivo a la rutina. Pero esta gloria no es exclusiva de las Escuelas naturalistas; más aún, éstas mismas no han hecho más que volver a la tradición; aunque parcialmente. Y, confiésenlo o no, algo y mucho le deben a Don Bosco.

Ya en 1850 su fama de educador genial y sumamente práctico circulaba por Italia, y poco después por toda Europa y América. En enero del citado año una Comisión gubernativa, presidida por el famoso conde Federico Sclopis, hombre de fama mundial, que hasta actuó—felicísimamente—de árbitro entre Inglaterra y Estados Unidos en un asunto que comenzaba a convertirse en guerra, llegó de improviso al Oratorio, y al ver y constatar la organización con que se atendía a 500 rapazuelos, no pudo menos de admirar, con-

templar y exclamar: «¡Qué hermoso! ¡Afortunado Turín! Pero este es un milagro de la caridad católica.» Era una «escuela serena a más no poder y activa», si las hay.

Poco después llegó una Comisión de ingleses que «deseaban ver con sus ojos lo que había de cierto en lo que la fama narraba del cura de Valdocco». Como querían sorprender, llegaron de improviso; y no hallando a Don Bosco ni en la iglesia ni en la casa, se alejaban resignados a no hablar con él, cuando el pedagogo Monseñor Cucchi, que los acompañaba, divisó en un prado un grupo de muchachos a la sombra de un árbol, y exclamó: «¡Allá hay niños, luego estará también él.» Y así era. Sentado en medio de unos mozalbetes de aspecto más bien sospechoso, altanero y que, sin embargo, le estaban atentísimos, explicaba el Catecismo. Fácil es imaginar la sorpresa y comentarios de los visitantes. Largo rato estuvieron mirando, y al fin exclamaron: «¡Si todos hicieran así...!»

Más tarde fué el mismo lord Palmerston (protestante), ministro de Su Majestad Británica y otros y otros personajes de Francia, Suiza, Alemania, Austria, Repúblicas americanas. Todos estos personajes, oficiales y oficiosos, expertos y técnicos, algún motivo tendrían y algún fin en estas visitas; tomaban sus apuntes y no pocas veces rogaban a Don Bosco enviara Salesianos a sus respectivos países.

Sabido es que en 1854, Rattazzi, siendo presidente del Consejo y Jefe del Gobierno, llegó un día de incógnito, asistió a un Catecismo de Don Bosco, y entreteniéndose con él por más de una hora, haciéndose explicar ese sistema que le parecía un misterio, convencido se retiró, prometiendo que lo haría adoptar en las escuelas con preferencia a cualquier otro. ¡Y eran tiempos de grandes ensayos y misiones técnicas!

En 1858 visitaba Don Bosco una famosa Escuela-modelo en Roma. Los niños eran unos sesenta. El maestro los hizo leer, responder a diversas preguntas, y ejecutar algunas operaciones de Aritmética. Eran desparpajados los chicos, atentos, y respondían con desenvoltura. Don Bosco quiso ver si comprendían también lo que leían, y notó que entendían poco.

Muy cortésmente se lo dijo al maestro, dándole algunas normas oportunas, que éste agradeció con reconocimiento (1).

En suma, que la didáctica de Don Bosco es práctica, práctica, y siempre práctica. Del mismo Catecismo, ¿no decía que «*se estudia para vivirlo*»? Y así la Aritmética, etc.

He aquí una observación de oro:

Observación preciosa

2. «Los profesores tienden a complacerse de los alumnos mejores, atendiendo a los que sabresalen por talento y estudio; explicando, miran tan solo por ellos. Cuando los primeros de la clase han comprendido, quedan plenamente satisfechos; y así prosiguen hasta el fin del año. En cambio, con los de escaso ingenio y los retrasados, se enfadan y hasta los dejan a un lado. Yo soy de parecer completamente contrario. Creo que es deber de todo profesor atender con cuidado a los más tardos de la clase; interrogarlos con mayor frecuencia y, en atención a ellos, detenerse algo más en las explicaciones y repetir, repetir hasta que comprendan, adaptar a su inteligencia los temas y composiciones. Si un maestro sigue un método opuesto a éste, da clase no a los alumnos, sino a algunos alumnos.»

«Para ocupar convenientemente a los más talentosos, asígnense temas y lecciones supererogatorios, premiándolos con *puntos de diligencia*. Antes que descuidar a los más lentos de ingenio, dispénseles de cosas accesorias; pero las materias o asignaturas principales adáptense a ellos.»

He aquí resuelto el problema del lastre o peso muerto de las clases.

«También juzgo indispensable un texto y que las explicaciones se basen sobre él. Andarse por regiones elevadas me parece un azotar el aire.

Yo soy de parecer que se *interrogue mucho*, mucho, y si es posible, todos los días a todos. De esto derivan ventajas incalculables. Pero, al contrario, oigo por ahí que algunos se contentan con una o dos preguntas y pasan adelante sin

más. Este método, ni siquiera en la Universidad lo querría. Preguntar, preguntar mucho, preguntar muchísimo; mover, *hacer hablar, hacer pensar*; cuanto más se hace hablar a los escolares, tanto mayor será el adelanto de la escuela o clase.

Y no se critiquen los textos. Se necesita poco para hacerlos caer en descrédito. Y una vez que los chicos les pierden la estima, no los estudian más. Se puede completar lo que falta, dictándolo, pero censurar los textos, eso no» (2).

Y otra. Para los maestros de las clases elementales:

«Desde el principio del año haced deleitable la clase, dejando a un lado las teorías de la Aritmética y Gramática. En cuanto a la Aritmética, haced, preguntando, repetir cálculos mentales, proponiéndolos alguna vez en forma de cuentecillos. Para la Gramática, ejercitad a vuestros alumnos en proposiciones fáciles y cortas. Por ejemplo, escribid en la pizarra: *Dios*... Decidme un atributo de Dios. Os responderán «eterno». Luego, Dios *es* eterno. Así les enseñaréis prácticamente a formar las proposiciones. Más adelante, entrad en proposiciones compuestas y explicad bien lo que es sujeto, atributo, y así todo; y vuestros alumnos aprenderán fácilmente a hacer bien los períodos. Por fin, asignadles una pequeña composición, como una narración, una cartica... Y cuando os las consiguen, leedlas todas con atención, corregidlas, dictad luego el texto y hacedlo estudiar.»

«Así se forma el criterio y se enseña a pensar y reflexionar» (3).

Y ésta para... todos. Narra el perusino Conde Contestabile: «Fuí a visitar a Don Bosco y lo hallé hojeando una libreta.

—Es una lista de mis bribonzuelos, cuya conducta no me satisface.

—¿Y qué castigos les aplica?

—Ningún castigo. Pero con éste, que es el peorcito, que tiene un gran corazón, me haré encontradizo en el recreo y le preguntaré: —¿Qué tal de salud? —¡Muy bien! —me contestará—. —¿De veras? ¿Y estás de veras satisfecho?... Se sorprenderá, bajando los ojos. Sentirá vergüenza... Yo

insistiré: Sí, de cuerpo, muy bien; pero el alma?... El confesonario hará lo demás...» Y así para cada individuo tenía su remedio» (4).

Las lenguas

3. «Teniendo ocasión o posibilidad, no descuidéis el estudio de las lenguas. Cada lengua aprendida derriba una barrera entre nosotros y millones de hermanos de otras naciones, y nos capacita para hacer el bien a algunos o a muchos de ellos. Mucho he confesado en latín, francés y alemán. Hasta el griego ha venido en mi ayuda para auxiliar en el Hospital del Cottolengo un católico oriental. ¡Oh, si pudiéramos abrazar con nuestra caridad todo el mundo para llevarlo a la Iglesia y a Dios! Pero las lenguas, si no se ejercitan continuamente, se olvidan.» (5).

Un timbre de gloria

4. Pero en la historia de la Pedagogía corresponde a Don Bosco un timbre mayor, del cual derivan los demás en este campo, dice Ceria. Su actividad pedagógica coincidió con una época crítica para la educación, cuando extrañando siempre más de la religión la vida pública, también la ciencia y el arte educativos se organizaron fuera y contra el saludable influjo de la Iglesia, arrojándose por vías nuevas, no iluminadas por ningún reflejo de luz sobrenatural. Imperaba Rousseau con su *Emilio*. Don Bosco no renegó nada de lo bueno que había en la nueva Pedagogía, pero lo santificó, vivificándolo con el aliento del Evangelio. Si el liberalismo pedagógico no devastó por completo el campo de la educación, hay que aplaudir al siervo fiel de la Iglesia por todo lo que emprendió y actuó en favor de la Pedagogía cristiana (6).

El genio eminentemente práctico y equilibrado de Don Bosco le hacía ver íntimamente lo absurdo, lo antihumano de esas teorías que pretenden prescindir de la realidad más pal-

pable y profunda de todas para asirse de nebulosas cavilaciones sin forma ni consistencia. Los autores de «Magistero», profesores de la Universidad Católica de Milán, terminan así su artículo sobre Don Bosco: «El siglo (xx) esperaba su Educador y en Don Bosco lo tuvo.»

Prontitud en aprovechar las ocasiones

5. *Práctica*, y no de poca monta, es la prontitud con que capta y aprovecha, para despertarlas y satisfacerlas, las necesidades del alma.

Nótese de paso cómo en el episodio Garelli están de manifiesto los dos sistemas: el *represivo* del brusco sacristán cierra el alma y la apabulla; el *preventivo* o del amor, la abre y la dilata.

Práctica es, y de proyecciones infinitas, su concepto mismo de Educación: «la formación total del alumno»: física, intelectual, moral, social, y por eso mismo, religiosa: la educación en función de la vida real, tal como es y debe ser la vida humana.

Un detalle, mínimo, si se quiere, es su insistencia con los maestros de las clases elementales para que enseñen a «escribir cartas», dando frecuentemente por tema, aprovechando las circunstancias, cumpleaños, peticiones, relaciones de fiestas, paseos, etc., y corrigiéndolas cuidadosamente (7).

Al tema dedicó algunos artículos del Reglamento de los Alumnos. En unas «Buenas Noches» agregó:

«Desearía, mis amados niños, que cada uno evitara esa clase de cartas que no tienen señal alguna de cristiano y podrían mandarlas los mismos paganos. No así vosotros: sirvámonos de este medio maravilloso para comunicar nuestros pensamientos, nuestros proyectos a los que están lejos de nosotros; pero sepamos cristianizar la correspondencia, y no olvidemos nunca dejar algún pensamiento bueno» (8).

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. V, c. LXVI.
(2) D. Giulio Barberis: *Appunti*. Cf. *Mem. B.*, XI, c. X.
(3) *M. B.*, t. X, c. VIII, 2.
(4) *M. B.*, XIII, 114-5.
(5) *M. B.*, t. II, cs. II y IX; V, II, pág. 279.
(6) *Annali*, t. I, c. LXII.
(7) *M. B.*, VI, LXXVII, XIII, pág. 88, etc.
(8) *Ibid.*

CAPITULO XII

SU ESPIRITU

I

MIRADA GENERAL

Frases doctrinales

1. Y ahora será conveniente un estudio siquiera somero sobre el «espíritu de Don Bosco», tanto más cuando se ha dicho—y no sin vislumbres de razón—que «Don Bosco, más que un Sistema, nos dejó su espíritu»... Cierto que el espíritu, del cual el sistema es una manifestación, es el que informa la vida, el que animó su obra educativa y debe animar la nuestra.

Parecería cosa fácil, mas no lo es, puesto que la personalidad de Don Bosco es rica y sumamente compleja, y es «su espíritu» lo que armoniza y unifica toda esa variedad de cualidades y acciones. No pretendemos, pues, hacerlo; tanto menos en este trabajo, que es de suyo fragmentario. Doctores tiene la Congregación, que lo hacen y lo harán. Eugenio Ceria lo ha intentado en un hermoso capítulo de su monumental historia: *Annali della Società Salesiana* (1).

Nosotros nos limitamos a algunos toques relativos al «Sistema Preventivo». Parécenos que lo retraen al vivo algunas frases caídas de sus labios así, ocasionalmente, y por lo mismo tanto más preciosas: son la espontaneidad misma, manifestación natural de su pensar y sentir:

«La Educación es toda cuestión de amor.»

«Nuestra Caridad sea siempre generosa y universal, siempre dulce y paciente.»

«Don Bosco desea marchar siempre a la vanguardia del progreso. Siempre más y siempre mejor.»

«He ido siempre adelante, como Dios inspira y como lo exigieran las circunstancias.»

«La alegría debe ser la atmósfera de nuestras Casas...: vivir *in hymnis et canticis*.»

«Dadme almas, quedaos con lo demás.»

«Formaos un carácter siempre igual y santamente alegre.»

«Vive siempre dispuesto al servicio y al sacrificio.»

«Educamos para conservar o reponer a Dios en el alma de los niños; para dar a la Patria ciudadanos ejemplares y elegidos al cielo.»

El amor, síntesis de todo

2. Como para San Agustín el principio, el fin, el desarrollo de la Teología es «el Amor», así lo es para Don Bosco en la Pedagogía. Esto es tan evidente, y tan claro se ve en todo cuanto hemos citado en estas páginas, que no hay ni necesidad de recordarlo. Citemos más bien algunas otras frases y documentos que den a entender cómo quería Don Bosco que fuese y se manifestase este amor de Caridad.

En el «Sueño de Roma», 1884, el personaje—que es un Antiguo Alumno—que se le aparece, le da a entender que en algunas Casas los niños no tienen la antigua vivacidad y alegría.

—¿Cómo reanimarlos?—pregunta él, alarmado.

—¡Con la Caridad!

—¿Con la caridad?—replica él, extrañado—. ¿Pero mis niños no son amados? Tú lo sabes cuánto los amo. Tú sabes cuánto y cómo he sufrido y tolerado por ellos durante cuarenta buenos años, y cuánto tolero y sufro todavía hoy. ¡Cuántos trabajos, cuántas humillaciones, cuántas persecuciones, cuántas oposiciones para darles pan, casa, maestros y, espe-

cialmente, para procurarles la salvación de sus almas! He hecho cuanto he podido y sabido por los que son todo el cariño, todo el afecto de mi vida.

—¡No hablo de usted!...

Y el Santo se preocupa del porvenir. Y para sus representantes y sucesores escribe el Sueño, en que resuena varias veces como un amable estribillo, ligeramente variado, el concepto «amor, caridad, comprensión, afabilidad, cariño, sacrificio», porque sin sacrificio jamás habrá amor verdadero.

«¡Que sean amados y se sientan amados!»

«¡Que aprendan a hacerlo todo con entusiasmo y amor!»

«¡Que sea el amor lo que nos sirva de norma!»

«¡Corazones abiertos!»

Y como el guía le dice: «¿Por qué no lo imitan a usted todos en todo, y descuidando lo menos pierden lo más... y los niños los miran más como a Superiores que como a padres y amigos...? El Santo recalca y remacha este concepto de «paternidad y amistad».

«Este amor hace soportar de grado las fatigas, las molestias, las ingratitudes, las faltas, las negligencias de los niños... Cuando languidece el amor, las cosas ya no marchan bien. ¿Por qué tender a sustituir la caridad con la frialdad de un reglamento?»

Amar, amar, amar en Dios y por Dios. Entonces la correspondencia de los niños es infalible: el amor atrae amor, el amor sabe sacrificarse para complacer. «La obediencia guía al alumno como la madre guía a su infantito, y reinará la paz y alegría» (2).

II

RECOMENDACIONES

¡*Paternidad*!

3. A los directores—jóvenes por fuerza de cosas—que mandaba acá y allá a fundar casas, no cesaba de recordarles «caridad, bondad, gobierno paternal».

—Te quejas de que eres un niño. ¿Por qué? ¿Y no lo era también San Timoteo cuando San Pablo lo mandó a predicar el Evangelio a los gentiles y lo consagró Obispo? Tú vé, pues, en el Nombre del Señor, vé, «no como Superior, sino como amigo, hermano y padre. Tu mando sea la caridad, que se esfuerza en hacer bien a todos, mal a ninguno. Lee y medita nuestras Reglas». «Esto para ti y para los tuyos» (3).

Esta paternidad, dicho se está—como lo demuestra la última frase de la carta anterior—, no corresponde sólo al Director, sino a todo el personal docente y educativo. Era costumbre de Don Bosco—y lo es de nuestra casas—llamar «Superiores» no sólo a quienes dirigen, sino a todos los que ejercen en la casa cualquier atribución, a todos, pues que la autoridad y su ejercicio se distribuye entre todos, y como observa D. Ricaldone, «poco valdría si la ejerciera el Director y la negaran los que viven en más constante e inmediato contacto con los alumnos y dependientes».

La paternidad impone cuidados y esmeros por la salud corporal y espiritual de los hijos; implica paciencia y comprensión, largueza de miras.

A don Carlos Tomatis, Director electo de San Nicolás en Argentina: «¡Animo! Nosotros ponemos en ti plena confianza. Te anoto algunos avisos que doy siempre a los Directores, y procura utilizarlos: 1.°, ten gran cuidado de tu salud y de los tuyos...; 2.°, heroísmo en soportar las ajenas debilidades; 3.°, con los alumnos mucha benevolencia...»

El 20 de diciembre de 1887 dió el Santo su último paseo por los alrededores de Valdocco, apoyado al brazo de su secretario, don Carlos Viglietti. En una efusión de afecto, le dice al pronto: «Carlos, apenas volvamos a casa, escribe en mi nombre a todos los Salesianos:

«Los Superiores tengan siempre una grande benevolencia para los inferiores, y especialmente traten bien a las personas de servicio» (4).

La paternidad, siendo ejercicio de autoridad, no es débil: bondad no es debilidad. Recordemos que para Don Bosco la disciplina es elemento primordial de educación:

«Disciplina no es rigor, ni mucho menos rudeza, es sencillamente «un modo de vivir conforme a las reglas y costumbres del instituto.»

La regla y costumbre del instituto Salesiano es que:

«El Director y los asistentes y maestros deben hablar y proceder con sus alumnos como padres amorosos, servirles de guía en todo, aconsejar, corregir amorosamente.» (Reglamento.)

El Colegio-familia

4. Esto todo se facilita en gran manera con la forma que dió a nuestras casas: «verdadera familia», animadas del más franco y cordial espíritu de hogar. De esto hemos dicho lo bastante. Agreguemos simplemente que este espíritu de familia era para él, y para nosotros, además de lo dicho arriba, también exquisita hospitalidad.

Citemos algún caso también de esto como prueba de las impresiones que la vida de los Colegios suscitaba en los huéspedes. En 1887 estuvieron en el Oratorio de Turín el Párroco de la Catedral de Ventimiglia y dos sacerdotes amigos suyos. No hallaron ciertamente las comodidades y el lujo que constituyen el «confort», porque no las había; pero encontraron algo que vale infinitamente más: la cordialidad, el cariño, y al volver a sus casas, se expresaron así: «Yo no sé cómo manifestarle las efusiones de corazón que hemos probado durante nuestra demora en ese paraíso terrestre en que se respiran auras tan puras de verdadera paz, de íntima caridad fraterna; en que una angélica serenidad resplandece sobre las frentes, la dulce inocencia se lee en los ojos de esos afortunados moradores» (5).

Preocupaciones del Santo

5. Al Santo le interesaba mucho que sus Hijos conservaran su espíritu, y temblaba al pensamiento de que con el dilatarse la Congregación en espacio y tiempo, pudiera alte-

rarse. Documentos preciosísimos tenemos, entre otros la carta que escribió a don Santiago Costamagna, Inspector entonces de las Casas argentinas, el 10 de agosto de 1883:

«Quisiera daros a todos una conferencia sobre el espíritu salesiano que debe animar toda acción y todo discurso nuestro... El Sistema Preventivo custodiémoslo como preciada propiedad nuestra; resuene e impere doquiera la dulzura, caridad, paciencia. Jamás palabras mordaces, jamás un golpe grave o ligero. Si se hace preciso castigar, dénse castigos negativos y siempre de modo que quienes sean corregidos queden más amigos que antes y que jamás se alejen desalentados. No se critiquen las disposiciones de los Superiores; tolérense con magnanimidad las cosas que no nos gusten o nos sean penosas. Cada salesiano hágase amigo de todos; jamás una venganza o un desquite; sea fácil en perdonar; no echen jamás en cara cosas perdonadas.»

«Cúmplanse con amor las disposiciones de los Superiores, y cada cual procure dar y promover el buen ejemplo, así como fomentar las vocaciones religiosas, tanto de Hermanas como de Hermanos.»

«*Darles a todos mucha libertad y mucha confianza*..., con el fin supremo de hacerles buenos ciudadanos de la Patria y asegurarles la salvación de sus almas» (6).

Como se ve, la esencia de su espíritu, o mejor, su espíritu, es el Amor, la Caridad, cuya fuente es el Corazón del Salvador. Por eso recordaba sin cesar las famosas palabras de San Pablo sobre el ejercicio de la Caridad, en la primera Carta a los corintios, cap. XIII.

III

AMOR AL TRABAJO POR Y PARA LOS NIÑOS

Definición del Educador

6. El amor a los niños y a las almas es también *amor al Trabajo*, intenso amor al trabajo por ellos y para ellos: «trabajo santificado». Por algo definió al educador «una per-

sona *consagrada a sus discípulos*»: Si el ejemplo es un gran factor de educación porque lo es de imitación, los alumnos deberán crecer en el amor al prójimo y al trabajo, porque los Salesianos viven así. Leyendo algunas recomendaciones del Santo, agudamente observa el filósofo Orestano:

«La humildad y la caridad, estas dos sublimes virtudes del verdadero cristiano, le hicieron hallar siempre el justo nivel en sus relaciones con Dios y con los hombres, adultos y pequeños, encumbrados o míseros, al par que las grandes profundidades de su corazón le dejaban en todas sus relaciones y encuentros amplios márgenes de superioridad. Habiendo en el inmenso corazón de Don Bosco sitio para todo desarrollo de la caridad, advertía como más urgente la necesidad de intervenir en los años en que se forma la personalidad, para preservarla de los daños del siglo y para corregir a tiempo las deformaciones. Por esto él es el patriarca de los educadores modernos.

El Amor, del que los niños sienten aguda necesidad, le abrió de par en par las puertas de los corazones y le dictó las áureas leyes pedagógicas de la educación: hacerse amar para hacerse obedecer... vencer con el amor las voluntades discordes: *animar siempre, no desalentar jamás,* no reprender en presencia de otros cuando el ánimo está agitado, *prevenir siempre con poner a los chicos en la imposibilidad moral de faltar,* hacerles estudiar sólo lo que sus fuerzas consientan...

Necesidades educativas sociales profundamente intuídas en perfecta relación con los tiempos nuevos le hicieron descubrir la grande ley de educar con el trabajo y al trabajo. Del trabajo como instrumento educativo, Don Bosco sintió la grande potencia educativa de la personalidad humana en todo sentido y en todo momento» (7).

«Siempre a la vanguardia»

7. Este anhelo de perfección por medio de la Caridad y el Trabajo debía necesariamente impelerlo a marchar siem-

pre a la vanguardia del progreso en todos los sectores y en todos los campos con la actividad educativa y apostólica.

«Noi non ci fermiamo mai; nosotros no nos detenemos jamás», decía.

IV

PIEDAD

Concordancia

8. Y para no exponerlo al agotamiento debía nutrirlo y atizarlo continuamente en manantiales perennes. Y éstos los halló, como uno de los modelos y santos de su devoción, San José de Calasanz, en la *Piedad*, piedad profunda y sencilla, que ve a Dios en todo y por medio de todo va a Dios. «Trabajamos para mantener a Dios el alma de los niños...»

Sus discípulos, obsecuentes a este programa, no pueden estereotiparse ni mucho menos fosilizarse. Algunas veces deberán proceder no precisamente «como hacía Don Bosco», sino «como *haría* Don Bosco», si se hallara en tal o cual tiempo, en tal o cual circunstancia. Sucede en esto como en las traducciones de una lengua en otra, que el apegarse demasiado a la letra es algunas veces no una traducción, sino una deformación, una traición al pensamiento del autor. Don Bosco, como en general todos los genios, para su tiempo fué un revolucionario, o, si la palabra asusta, un zapador, un «antesignano», un precursor.

Hoy, en algunas cosas y gracias a él mismo y a sus métodos, «su método de hacer entonces» está superado. Y en estos casos, ¿qué haría él? El aferrarse a tal o cual práctica secundaria porque él la tenía o empleaba, sería no «marchar a la vanguardia del progreso», sino un estereotiparse, es decir, renegar su programa y su sistema.

Por eso ese artículo de su programa se completa con el otro: «He procedido siempre *como las circunstancias exigen*,

reclaman o aconsejan.» Que la Tradición no es cristalización. Claro que el «modificar» no es de todos: está reservado a los Superiores. Pero el «espíritu de Don Bosco» es progreso, es adaptación. Por lo demás, ésta es la norma de todo organismo vivo: «o renovarse o morir».

El interpretar las cosas es mucha veces cuestión de sindéresis. Como en Santo Tomás de Aquino, así en Don Bosco la cualidad principal del genio fué el equilibrio, la ponderación, el saber fundir en grandes y armoniosas síntesis los elementos más discordes, porque—y ya lo decía San Agustín—en toda opinión, y aun en todo proceder humano, hay siempre un fondo de verdad y de bondad. Esto explica porqué los métodos, sistemas y procedimientos de los dos Santos produjeron estupor y oposición en el primer momento; admiración e imitación, luego.

Una aplicación

9. Hagamos alguna aplicación.

El biógrafo—y con él cuantos vivieron con el Santo—, hacen hincapié en declarar que Don Bosco «quería *que todo alumno saliera de sus Casas bien preparado y dotado* (munito) *para la vida*, con un tesoro de ideas y prácticas, entre las cuales sobresaliera «una piedad iluminada», esa «piedad que es útil para todo», piedad salesiana, sencilla y sentida, sin aires, con pocas devociones y mucha devoción y ampliamente sacramental, porque debe unir con Dios. Y la quería eminentemente litúrgica» (8).

Y D. Rinaldi comenta: «No trabajamos en nuestras Casas para lograr que los alumnos sean buenos sólo mientras permanezcan con nosotros, sino para formarlos buenos cristianos de por vida. Por eso la organización de los Antiguos Alumnos es simplemente una obra de perseverancia...»

«Orar y enseñar a orar y a convertir en oración todos los actos vitales.

La oración, he aquí lo primero, y con la oración el trabajo: trabajo y oración son las alas del cristiano.»

Por eso Don Bosco inculcaba y lograba que sus alumnos se distinguieran por la devoción en el templo, la diligencia y escrupulosidad en las oficinas y talleres, por la moralidad en toda su conducta. Disipaba también toda mala impresión que hubieran recibido en la calle o donde trabajaban. Por eso se informaba de lo que veían y oían, de las objeciones en curso, de los peligros que corrían; y los acorazaba contra los errores del día, así religiosos como sociales, de modo que pudieran responder convenientemente a los que disparataban en esos asuntos.

«En el intento de mejor educarlos, amaestraba diligentemente acerca de todas las solemnidades y fiestas; la víspera de ellas les daba explicación reseñada, de modo casi sin que se dieran cuenta, su ánimo quedaba impregnado del espíritu de la Iglesia.

Recomendaba la *frecuencia concienciosa de los Sacramentos*: había asentado el principio de que «la frecuente confesión y comunión y la Misa cotidiana son las columnas que deben sostener el edificio educativo.»

Ponía especial cuidado en que los niños se formaran cabal y exacta idea de las Indulgencias y de las condiciones para ganarlas, y algunos días antes de las fiestas les anunciaba las que se podían ganar.

«Otro medio eficacísimo era el *retiro mensual*. Les enseñaba el modo de hacerlo bien y con provecho. Les exhortaba a examinar diligentemente cómo habían pasado el mes anterior y a arreglar sus cosas como si se encontraran en punto de muerte. Esto, que pudiera parecer ocasión de melancolía, era todo lo contrario: causa de paz y de alegría. Nada serena tanto como la tranquilidad de conciencia. A él el pensamiento del cielo lo inflamaba, lo electrizaba, y con él a sus discípulos.

Conocedor de la vida como era, les enseñaba a hacer frecuentes actos de contrición en todas partes, ya que podemos vernos trasladados de un momento a otro de esta vida a la eterna; les explicaba la naturaleza del amor perfecto y

de la contrición y la facilidad de lograrlo, teniendo en cuenta a bondad del Salvador y su voluntad salvífica» (9).

«Quería *que entendieran bien la Misa y la supieran ayudar.* Muchos discursitos de las «Buenas Noches» dedicaba a la *instrucción y educación litúrgica* de los alumnos. Así, explicaba detenidamente los diversos grados de las órdenes sagradas a comenzar de la tonsura. De cada orden o grado explicaba la dignidad, los hábitos, ornamentos y oficios que los distinguen en relación con la Eucaristía y los fieles. A la *Jerarquía* dedicaba el debido tiempo y enseñanzas: Párroco, Arcipreste, Canónigo, Obispo, Arzobispo, Cardenal, Papa... Y era... con verdadera devoción...

También los objetos: cirios, candeleros, lienzos, ornamentos sacerdotales, fuente bautismal...

Eran breves e incisivas instrucciones, reavivadas con descripciones y ejemplos para grabarlas bien en la memoria y el corazón. Y era tanto el entusiasmo que despertaban, que al aparecer Don Bosco en la vieja cátedra, los chicos se frotaban las manos, cuchicheando: «La palabra, la palabra» (10).

Como se ve, desde los albores del Instituto, Don Bosco se preocupó de que los alumnos se instruyeran profunda y concienzudamente en la vida cristiana y litúrgica, en el deber dulcísimo de amar y adorar a Dios, dándole el culto debido y mirándole y sirviéndole siempre como a Padre amantísimo y Sér Supremo. Y como lo que así se ama, se practicará siempre, así se explica la conducta de la inmensa mayoría de los alumnos de Don Bosco.

Don Bosco, si viviera hoy, ¿no daría algún paso más?

¡Ciertamente!

Un día del 1917, desempeñando provisoriamente quien esto escribe el oficio de Secretario del Cardenal Cagliero, se comentaban ciertas disposiciones del Cardenal Mercier, y le pregunté varias cosas a Su Eminencia.

Contestó, y lo anoté en mi diario:

«Nosotros teníamos mucho mayor conocimiento de la Liturgia, nosotros chicuelos del Oratorio, nosotros, artesanos o estudiantes, que la que tienen hoy muchos liceístas de los Colegios católicos, incluso los nuestros. Es verdad que

ya entonces rezábamos las oraciones durante la Misa de Comunidad, fuese para ganar tiempo o para que no nos distrajéramos; pero los domingos o cantábamos la Misa o la seguíamos en el «Joven Cristiano», en el cual, precisamente para esto, escribió Don Bosco esas incomparables plegarias con que se acompaña, momento por momento, punto por punto, la entera acción del sacerdote.

En cuanto al rezo diario de las oraciones matinales, Don Bosco lo dispuso porque de otro modo muchos no las habrían rezado, y sobre todo para fijar la móvil atención de los niños, tan fácil a la distracción. Y es que también rezando el Rosario se puede seguir la Misa, pues se meditan los misterios de la vida, muerte, resurrección y Gloria de Jesús y de su Santísima Madre.»

Características en su educación son las devociones a Jesus Sacramentado y a María Santísima Inmaculada Auxiliadora, con esa espontaneidad y abandono filial que aún hoy se puede ver en cualquiera de nuestras casas.

En cuanto a la instrucción propiamente religiosa, la quería sólidamente basada en el Dogma, como lo hemos visto en otro lugar.

Amor, pues, amor que se entrega y se sacrifica sonriendo; trabajo asiduo, alegre, permanente; anhelo perpetuo de superación que no se rezaga nunca, sino que marcha a vanguardia en las avanzadas del progreso; adaptación a los ambientes y circunstancias; y todo esto unificado y vivificado por un espíritu de piedad franca y cordial que le hace mirar todas las cosas en Dios y proceder en todo por amor de Dios. He aquí lo que, a nuestro modo de ver, constituyè la esencia del espíritu de Don Bosco como educador.

Personajes eminentes lo han visto también así. Baste por todos Pio XI, que así lo retrató en sus admirables discursos en la Beatificación y la Canonización.

Un ejemplo-resumen

El P. Rinaldi resume así el espíritu de Don Bosco: «ACTIVIDAD INSACIABLE SANTIFICADA POR LA ORACIÓN Y POR LA UNIÓN CON DIOS» (10).

10. *La historia del P. Vacchina.*—A confirmar todo esto, vayan estos rasgos de la juventud de uno de nuestros grandes misioneros, don Bernardo Vacchina:

Era el otoño de 1876. Vacchina cursaba la cuarta clase gimnasial; se distinguía entre los compañeros por su talento y también por su corpulencia. Don Bosco tenía necesidad de maestros. Lo llama, pues, y le dice: «He pensado encargarte de la primera gimnasial.» «¡Oh!, Don Bosco, usted sabe que no soy sino un chiquillo vestido de sotana.» «¿Las materias de la primera no las conoces bien?» «¡Oh, quisiera ver! ¡Claro que sí!...» «Si las sabes, puedes enseñarlas; por lo demás, yo te ayudaré.»

El pobrecillo salió de la audiencia con fiebre. El Santo le abrió su corazón: «Mira, te doy la clase, porque debo quitársela al encargado, porque pega y es muy amigo del pénsum; figúrate que hace copiar treinta veces las oraciones. ¡Pobres niños! ¿Cómo podrán cumplir? Tú, cada vez que te veas en apuros, ven a mí.»

Y cada semana tenían una conferencia. En ella el Santo no dejaba de darle un aviso particular y práctico sobre las clases y el modo de comportarse con los alumnos: orar por ellos, darles buen ejemplo, especialmente en la piedad y la obediencia; narrarles hechos ejemplares y edificantes, formarse ideas claras, cuidarse de los menos inteligentes, recomendarles a todos la confianza con los Superiores... También lo exhortaba a trabajar en expiación de sus pecados; para vencer las tentaciones; para hacerse méritos...

Una vez le preguntó si en la clase reinaba orden perfecto. «Perfecto, no mucho.» «Mira, si quieres ser obedecido, hazte amar. Pero caricias, no, que no son necesarias; al contrario, son dañinas.»

De cuando en cuando Vacchina se veía asaltado de la tristeza o del desaliento. Entonces iba a Don Bosco: «¡Fe!—le decía éste—; ¡*omnia possum in eo qui me confortat*!» Estas sencillas palabras, pronunciadas como las pronunciaba Don Bosco, producían efecto mágico sobre el ánimo abatido. Algunas veces, al despertarse por la mañana, sentíase como oprimido por el peso de las responsabilidades y dificultades. Entonces levantábase de un salto y, dando un puñetazo sobre la mesita, exclamaba: «¡*Omnia possum in eo qui me confortat*!» «¿Te vuelves loco?», le decía a veces el vecino de celda. «¡Poco falta!», respondía.

Pero entre tanto, era un hecho que su ánimo se serenaba como por encanto.

Entre las cosas aprendidas de sus profesores, campeaba el fervor. Y un día dice a sus muchachos: «Sería muy buena cosa y le gustaría tanto a Don Bosco que cada día hubiera un buen número de comuniones; los que gusten, inscríbanse.» Hizo la lista en muy buen papel y buena caligrafía, y se la presentó a Don Bosco para que la aprobara y autorizara con la firma. «¡Oh!, yo no puedo firmarla, querido.» «¿Cómo?» «Como lo oyes; esto es buenísimo, pero debe ser completamente espontáneo. Si Don Bosco la firmara, podría alguno pensar que Don Bosco manda la Comunión, y esto no es modo nuestro. Tú mismo no martillees; haz como si no vieras: ¡exhortar, exhortar y nada más!»

Cierto día Don Bosco le llamó sin motivo aparente. Más tarde supo que el Prefecto se había quejado de él. Le preguntó por la clase, por las ocupaciones y si le parecía que todos los Superiores estuviesen contentos de él. «El Prefecto me riñó el otro día por causa de los músicos; estos caballeritos se tienen por privilegiados...» «También la música educa. ¡Hay que tener paciencia!»

Terminó el año triunfante para Vacchina: casi todos los sesenta alumnos, aprobados; varios, sobresalientes. Satisfecho, le pidió a Don Bosco que le permitiera ir a pasar las vacaciones en su pueblo, ya que sus compañeros se las gozaban en las amenas colinas de Lanzo. «Tú me acompañarás: haremos las vacaciones juntos.»

«¿Vacaciones con Don Bosco?», pensaba. Y aguardaba. Y pasaban los días y días. Uno, se atrevió a preguntarle: «¿Y las vacaciones? ¿Cuándo y dónde?» «En el Paraíso.» «¡De aquí a allá!...» «¿Y quién te asegura tanto tiempo?»

El pobrecillo se quedó viendo visiones, no todas de color de rosa... Pero conociendo como conocía a Don Bosco, aguardaba en paz, porque, eso sí, la paz le inundaba el alma.

Muchas otras aventuras le sucedieron en los años sucesivos. Don Bosco le aseguraba que le servirían mucho. Entre tanto, vino el servicio militar; sirvió en el arma de los «bersaglieri», comprobando la exactitud de cuanto Don Bosco le decía. A la vuelta, hallándose delicado de salud, los Superiores, por consejo del médico, le mandaban a su pueblo. El se presentó a Don Bosco y se lo dijo, añadiendo: «Pero yo no quiero ir.» «¡Otra! ¿Y por qué?» «Porque Don Bosco ha dicho que dos de nosotros deberemos morir presto, y si me toca a mí quiero morir aquí y asistido por Don Bosco.» «¡No! Vete tranquilo a tu casa, goza buenas vacaciones, que bien

ganadas las tienes; no es todavía tu tiempo; tú vivirás largos años y conocerás tierras» (10).

Después le hizo seguir cursos regulares de Maestro y tomar el título oficial; que, si obligado por la escasez de personal, improvisaba a veces maestros, preparábalos bien, y apenas podía, los hacía frecuentar las Universidades y Normales, y licenciarse y doctorarse. Los primeros Salesianos fueron casi todos Maestros graduados, Licenciados o Doctores. ¡Claro! Para ir a la vanguardia del progreso... ¡Y no lo espantó lo laico de los centros oficiales! Bien sabía él corregirlo.

La historia de nuestras Misiones ha escrito páginas de gloria sobre el P. Bernardo Vacchina.

Esperamos que el lector se haya formado una idea del «espíritu» de Don Bosco en materia de Educación.

NOTAS

(1) T. I, c. LXXIV.
(2) *M. B.*, XVII, c. III.
(3) Cf. *M. B.*, XVII, XXIII, pág. 723.
(4) *M. B.*, XVIII, 483).
(5) *M. B.*, XIII, c. XXVI.
(6) *M. B.*, t. XVII, c. XVII.
(7) *El Santo D. Bosco. Discurso.* Cagliari, 1935, pág. 25).
(8) *M. B.*, III, c. XXXIII.
(9) *M. B.*, IX, c. XXXI.
(10) *M. B.*, t. XIII, c. XXVI.

CAPITULO XIII

EL PROBLEMA DE LA «LIBERTAD Y AUTORIDAD»

El problema

1. Caballo de batalla en su tiempo, y entre los tratadistas—que no entre los Maestros—, era el problema de la libertad del alumno. Era una reacción natural contra el régimente imperante. Se sabe lo que decía Rousseau, no lo que hacían Rousseau y los innumerables teóricos que en el *Emilio* se inspiraban y se inspiran. La teoría de Rousseau, en sí, era legítima reacción a los sistemas entonces imperantes, no sólo en Pedagogía, sino en Política y en todo el régimen social, particularmente en Francia como consecuencia del cesarismo del «Rey Sol». Sólo que la reacción se fué al extremo opuesto y produjo males inmensamente mayores que los que deseaba remediar.

Se sabe que para su contemporáneo, Lambruschini—el autor científico de Pedagogía más célebre entonces—era problema capital. Y sabemos lo que opinan las recientes escuelas activísticas.

También le interesaba a Don Bosco el problema, pero no le preocupaba como a Lambruschini.

«El bien es la filial obediencia a Dios; el mal, desobedecerle. Por eso, la vida será la amorosa sumisión a Dios y al orden por El establecido, y por lo mismo, renuncia generosa y alegre a lo que El prohibe. Y como el niño es... niño y es absurdo exigirle que se «autorregule», hay que avisarlo, vigilarlo, *asistirlo*; como es móvil, hay que darle apoyo.»

Por esto los naturalistas son tan poco naturales.

Don Bosco tenía su opinión y sus procedimientos suyos propios, también unos y otros derivados de su temperamento equilibrado y de las enseñanzas del «Sueño». Para él *la libertad del niño es sagrada*, merece gran respeto, como lo merecen su inteligencia y su voluntad y su personalidad entera, de donde ella deriva. Pero *precisamente por eso*, esa facultad, como el entendimiento y las demás, *debe ser dirigida*, encaminada a su fin, *formada*. Si el niño tuviera claro conocimiento de las cosas y adecuada conciencia del deber, y supiera discernir y seguir la voz interior, no tendría necesidad de educación.

Esta, al fin y al cabo, ¿qué es sino *formatio hominis*? El niño es de suyo «móvil», ligero, voluble, y muchas veces no sabe, no ve; y muchas, muchísimas otras, olvida; y no pocas, queriendo, no puede, y por eso necesita quien lo avise, lo guíe, lo vigile, lo asista. Además— lo ha dicho—, «el bien es la obediencia a Dios y a su ley, y el mal, su desobediencia». Además, al niño hay que amarlo—y no de cualquier modo— intensa, desinteresada y sobrenaturalmente. De aquí su método, tan distante de la constricción kantiana como del liberalismo rousseauniano. El lo condensa en un binomio: «amor y persuasión». La siguiente charla (parlata) con sus niños nos da una idea de su método, encarnación admirable de su «Sistema» (septiembre de 1863):

«Estamos aquí *juntos* para correr una palestra y ganarnos una corona. Todos vosotros deseáis un éxito feliz. Con que, pues, pongámonos en camino. Yo os guiaré; vosotros me seguiréis. No tengáis miedo ni temor; al contrario, mucha confianza. Yo detesto los castigos; ni me gusta dar avisos intimando castigos para quien no los cumpla: no es mi Sistema.» (Nótese el lenguaje, netamente agonístico y deportivo.) «Y cuando alguno falta, si puedo corregirlo con una palabra, eso me basta. Si debiera castigar a alguno, esto sería para mí mismo castigo terrible. Pero... si se hiciera necesario... sería necesario... Pero no es mi sistema. No ya que yo tolere el desorden, ¡oh, no!, especialmente si se tratara de quien escandaliza a los compañeros. En este caso,

por fuerza debería decirle: «Tú no puedes estar con nosotros.

Pero hay un medio para prevenir todo disgusto mío y vuestro: formemos todos un solo corazón. Y estoy aquí pronto para ayudaros en toda circunstancia. Vosotros tened buena voluntad. Sed francos, sencillos como yo lo soy con vosotros. El que estuviere en peligro, déjese sostener, dígamelo; el que hubiese faltado, no trate de encubrirse, sino procure remediar. Si ya las cosas las sé de vosotros mismos, entonces procuraré encontrar expendientes para que todo proceda para ventaja vuestra espiritual y temporal. No seré yo quien condene lo que Dios perdona» (1).

¿Puede mejor ponerse de acuerdo la autoridad del Maestro y la libertad del alumno, como postula la Pedagogía moderna?

Recuerdos

2. Sus alumnos, nostálgicos, declaran: «*Don Bosco nos dejaba amplísima libertad, toda la libertad que no perjudicara la disciplina y la moral*» (2). Y esa aparente limitación no entrababa en nada la «amplísima libertad», antes la fomentaba. Escuela sin disciplina no es escuela, sino caos, y sin moral no sería casa de educación, sino lugar de corrupción y jaula de locos. No hay que olvidar que el mal no es un ser, sino la negación del ser: *privatio entis*, que diría Santo Tomás. Hacer el mal, aunque sea posibilidad terrible, no es facultad, sino debilidad; no libertad, sino esclavitud. Los demonios, que no hacen sino el mal, ya no son libres, han perdido la independencia; no aman, odian el bien, lo positivo; el pecador no es un fuerte, es un débil. El primer grado de libertad es la posibilidad de hacer el bien o el mal.

Y como hay tantos caracteres y temperamentos, nada de procedimientos tocasana: un reglamento general, y amor iluminado que lo *aplique y acomode a cada chico*; más aún, a cada caso. Por eso en el sistema lo más importante es el

maestro: «donde hay un verdadero maestro, hay disciplina y libertad y educación».

«Procede con esa libertad de quien busca el bien y procura lograrlo», le dice a D. Lazzero.

Observa agudamente Carlos Simona que «los legisladores modernos, indulgentes en demasía con los niños, hacen leyes prohibiendo el castigo, y las violan castigando a los padres. Y es que el gobierno, y más si se llama liberal, no posee los elementos de la educación libre, especialmente la mansedumbre y el sacrificio». Don Bosco los poseía. Por eso podía hablar con autoridad y practicar lo que hablaba. La Pedagogía contemporánea ya le va concediendo este mérito. El profesor Zitarosa dice, lleno de admiración: «Don Bosco logró concordar la libertad del alumno con la autoridad del maestro, de modo que el primero soporte gustoso una limitación de su libertad» (3). ¡Y pensar que a nosotros nos parece tan natural!

El ya célebre Mario Casotti, comentando la frase: «dése amplia libertad de correr, saltar, bullir a placer...», exclama: «De Rousseau a Ferrière jamás se ha oído una fórmula tan revolucionaria, ni la Pedagogía modernas más activística se ha atrevido a expresarse con tanta energía... La Pedagogía de Don Bosco contiene en sí la libertad, porque es la libertad de la persona humana, la libertad del individuo hecho libre en Cristo y regenerado por la gracia, que ama la autoridad y es de la autoridad amado. A los niños que llevan la cándida Hostia en el corazón, se les puede conceder cuanto quieran» (4).

«Detallandito»

3. Esta libertad de Don Bosco lo abraza todo. Vayan algunos detalles. Da y recomienda libertad completa de preguntar y exponer dudas, en clase y fuera de clase.

En los Catecismos mismos que se daban en la capilla, ejercitan los niños esa libertad, como lo prueba el episodio que,

dados los tiempos, puso a Don Bosco en riesgo de ir a la cárcel, por la pregunta de un jovencito» (5).

En su Reglamento dice Don Bosco:

«No exijáis a los alumnos más de lo que puedan dar de sí.»

¿Quién no ve en esta sencilla cuanto profunda regla un remedio infalible y universal contra el desaliento, el constreñimiento y las inhibiciones que de él derivan? Expansión, expansión y alegría del vivir: he aquí el Sistema de Don Bosco.

Es la manera de ayudar al niño a pensar rectamente y contraer los hábitos virtuosos. Bien visto, la libertad es la liberación del mal y el fácil ejercicio del bien. La relación maestro-alumno es el encuentro de dos corazones. Y es natural que se conozcan, y es especialmente importante que el maestro conozca o procure conocer el alma y psique de sus alumnos, *de cada uno* de sus alumnos.

La espontaneidad.—Así, dando como daba al Reglamento grande importancia como norma general edificativa, hubiera «lamentado inmensamente que al calor del amor se sustituyera la frialdad de un reglamento».

Para Lambruschini, la libertad es una síntesis autoridad-espontaneidad: autoridad suave que conociendo la ley, la observa y hace observar; espontaneidad-autonomía que acepta la ley porque la siente casi nacer de sí mismo, como de una salvadora fuente de amor.

Esta síntesis Don Bosco la vivió y la hace vivir. El régimen de familia que dió a su institución la facilita de un modo extraordinario. Espontaneidad de hijos, que no temen, pero que amorosamente respetan; cariño de padres y hermanos mayores, que no amenazan, pero que dulcemente y sin hacerlo sentir, se imponen como la cosa más natural del mundo. La autoridad la hacía él respetar, porque la hacía amar.

Así pudo escribir Guido Favini que «la esencia de su sistema educativo está en la afirmación del principio de autoridad y el acoplamiento de la función del Magisterio a la misión de paternidad» (6).

Don Bosco habló muy poco y logró muchísimo.

Aleccionador el coloquio con el ministro Rattazzi después del paseo de los 300 detenidos del Correccional: «¿Por qué el Estado no tiene sobre la juventud la influencia que usted ejerce?» «Excelencia... nosotros hablamos especialmente al corazón, y nuestra palabra es la palabra de Dios» (7).

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. VII, c. L.
(2) *M. B.*, t. VI, c. XLII passim.
(3) *La Pedag. di Giovanni Bosco con suplemento al fasc. V di Rassegna letteraria nell'anno*, 1934, Napoli.
(4) Cassotti: *Il Met. Prev.*, pág. 93-4.
(5) *M. B.*, t. V, c. VI.
(6) *Il lavoro*. Torino, 1942.
(7) *M. B.*, t. V, c. XXI.

CAPITULO XIV

VIDA DE FAMILIA

I

LA VIDA DEL ORATORIO

Es el estilo Salesiano

1. Es la forma de los Colegios Salesianos, la que Don Bosco les dió. No por mero decir, a los nombres de «colegio, instituto, escuela», prefiere el de «*casa*». Y tan arraigada está la convicción, que así suelen denominarla los alumnos y antiguos alumnos.

¡Cuántas veces leemos en las Memorias la exclamación de éstos!:

«¡Nos parecía hallarnos no en un Colegio, sino en una familia!» Cada uno podría decir, con el Canónigo Ferrero: «Al verlo por primera vez (a Don Bosco) su afabilidad paterna me causó tan profunda y saludable impresión, que su memoria no se me borrará jamás.» «Me sentí presa de un intenso cariño que no se amortiguó nunca. Sin darme cuenta confrontaba su trabajo con el de los demás conocidos hasta entonces: nunca había recibido ni visto acogida tan afable y caritativa. Y no era yo sólo: lo mismo experimentaban cuantos lo trataban. En la primera entrevista me dijo: «De hoy en adelante seremos amigos, hasta entrar en el paraíso...» Conocí a la señora Margarita, tipo de buena ama de casa, que para con los niños del Oratorio era una verdadera madre: en ella y con ella todos teníamos una confianza filial y todos estábamos edificados de sus virtudes... Don Bos-

co estaba siempre con nosotros y a todos y a cada uno decía siempre una palabrita al oído, que no se olvidaba. Yo veía que Don Bosco se prodigaba, y que para atraernos, dábanos libertad y comodidad de divertirnos, de correr, de jugar; que cuanto más movimiento había, más contento estaba, y cuando notaba que nos encontrábamos melancólicos o simplemente menos contentos, se industriaba de mil maneras para animarnos, y así nos llenaba a todos de contento... En las fiestas nos quería siempre junto a sí...» (1).

La vida de la «Casa»

2. Vale la pena conocer un poco de esa vida, porque aun hoy tiene mucho imitable:

«Entre estudiantes y artesanos, entre pensionistas y gratuitos, entre alumnos y maestro reinaba la más viva amistad y el más franco camaradismo. Don Bosco estudiaba todos los corazones. Bueno como la más amorosa de las madres; justo, sin parcialidad alguna, afectuoso con las mismas personas del servicio, apreciador y remunerador de los méritos, socorredor de los menesterosos, pacificador encantador en las pequeñas discordias... sufría cuando algunos se alejaban... (2).

Su primera industria en poner en acto su lema: *Servite Domino in laetitia,* Temor de Dios, trabajo y estudio incansables, y, sobre todo, como corona, la santa *alegría*: he aquí la vida del Oratorio.

Este admirable conjunto de cosas hacía el vivir jocundo, entusiasta, y para la casi totalidad, inefablemente suave. Quien no lo ha visto, difícilmente se forma una idea del dulce abandono, de la ingenua despreocupación, de los juegos, de la alegría de aquella vida. Los niños sabían que Don Bosco los amaba, que tomaba parte en sus juegos y quehaceres... Don Bosco, en medio de sus hijitos, era la amabilidad personificada.

«¡Vive alegre!», decía a quien veía enfoscado. Y esta palabra producía mágicos efectos, disipando la tristeza e infundiendo en el niño aliento y voluntad para el deber.

«¿Cómo te sientes de salud?», preguntaba al otro, y se informaba solícitamente. En la cruda estación se informaba si llevaban franela y si en la cama tenían mantas suficientes. Y ora al uno y ora al otro... todos sabían que se interesaba por ellos y por sus familias. «Pero sus discursos eran brevísimos, para no fastidiar ni cansar. Por lo mismo, si gustaba de que los niños jugaran y se divirtieran, no aprobaba los juegos sedentarios y los que exigen mucha reflexión, porque la mente necesita descanso, no fatiga mayor.»

«¡La multitud de juegos y diversiones!... ¡Las adivinanzas, las bromas inocentes!... Todo esto hacía que aun en la pobreza vivieran felicísimos.» La sopa y los principios no estaban a la altura de los tiempos—dice con gracejo el Canónigo Ballesio—, pero, ¿quién pensaba en eso? Eramos felices; vivíamos de afecto. Se respiraba en una atmósfera de espléndidas ideas, que nos llenaba todo, y no pensábamos en nada más» (3).

¡Y era de ver cuando volvía de un viaje! Todos corrían a rodearlo y a preguntarle cómo le había ido. El, sonriente, afectuoso, les respondía. A veces les traía algunos regalitos... lo mismo que hace un buen papá. En fiesta lo acompañaban al aposento, al comedor, y besándole la mano le manifestaban cuánto celebraban estuviera de nuevo entre los hijos (4).

Alguno, candorosamente, agrega: «La familiaridad no perjudicaba a la reverencia, porque el Catecismo enseñaba: *oboedite praepositis vestris.*»

Llegó a hacer libros, en colaboración con los alumnos.

Algunas escenas

3. Son encantadoras las escenas de... siempre, pero especialmente de los primeros tiempos. José Buzzetti nos describe una escena digna de un cuadro flamenco. Era en los principios del internado:

«Se reunían todos en la cocina las tardes de otoño e invierno. Del techo pende una lámpara. En un rincón, mamá

Margarita cose una chaqueta. A caballo de una banca, un jovencito borronea en un cuadro. Cerca de él un compañero estudia, libro en mano, y otro repite las respuestas del Catecismo. A un lado, en la penumbra, un muchachote apoyado a la pared, hace chirriar un viejo violín. En el cuarto contiguo, cerca de la puerta, uno teclea el armonio, y más allá unos cantores ejecutan, partituras a la mano, un trozo de música, vueltos a Don Bosco que, en el fondo de la escena, quitando del llar la olla, marca la batuta con el cucharón humeante» (5).

Creciendo el número y sistematizándose la casa, convertida poco a poco en un grande instituto, se distribuyen los locales y se ordenan las mansiones, pero no varía el espíritu: su casa debía ser siempre una familia.

La Divina Providencia había querido que su primer externado y su primer internado fueran atendidos solícitamente con los maternales cuidados de mamá Margarita, la hábil, hacendosa, caritativa, santa madre de Don Bosco; que ésta viviera allí diez años gobernando la casa; que a su muerte le sucediera en el mismo oficio la madre de don Rúa. Estas admirables mujeres, dotadas por el Señor de todas las cualidades correspondientes a su misión, imprimieron un sello indestructible a las casas Salesianas. ¿Qué mucho que a la muerte de mamá Margarita y más urgentemente a la de doña Juana de Rúa, su sucesora, brillara en la mente de Don Bosco la idea de fundar una Congregación femenina, que completara la Familia Salesiana? Porque la primera inspiración de las Salesianas o Hijas de María Auxiliadora le vino entonces (6).

En 1854 los internos eran 76, los Oratorianos al menos 800. El Oratorio era el reino de la verdadera democracia. Estudiantes y artesanos se trataban con mutua fraterna familiaridad, tuteándose, no sólo entonces, sino cuando ya hombres, parecía que las diferencias sociales pudieran o debieran exigir otra cosa. El verdadero afecto no sufre mudanzas, y tal era el que infundía en ellos la caridad de Don Bosco, generosa, constante, pronta a todo sacrificio en favor de sus

hijos. Gozaba, si ellos gozaban; sufría, si ellos sufrían; se alegraba con sus éxitos, lloraba cuando ellos lloraban, y hasta enfermaba si ellos enfermaban. Más aún, en ocasiones, se enfermaba para que curaran ellos. En los primeros años del Oratorio todas las veces que un niño era acometido de fiebre, de dolor de dientes, de cabeza y estómago, él se trasladaba ante el Santísimo Sacramento, suplicándole aliviara al pobrecillo, pasándole a él el mal. ¡Y era escuchado! Cuando un chico sentíase mal, decíale; «¡Vamos, ánimo! Yo tomaré parte de tu mal.» Profería estas palabras riendo, pero en realidad lo asaltaba el mal de oídos, o cabeza, o dientes, y el chico sentíase libre. «Algunos años más tarde, viendo que si no estaba perfectamente sano, no podía cumplir todos sus deberes, y que su presencia era necesaria en todas partes para asegurar la buena marcha de tantos y tantos quehaceres del Oratorio, resolvió no rezar con ese fin...»

Según su costumbre, el biógrafo narra algunos casos particulares heroicos, conmovedores. Y añade: «De tanta generosidad fué ciertamente señalado premio el don de las curaciones, que fué en él continuo hasta su muerte» (7).

II

TESTIMONIOS

Episodios

4. En 1860 los internos pasaban de 400. Los externos y los oratorianos, del doble.

«Sin temor alguno, sino con grande paz y alegría vivíase en el Oratorio. Respirábase un aire de familia que alegraba. Don Bosco daba a sus alumnos toda aquella libertad que no era peligrosa para la disciplina y la moral. Gustábale que todo marchara a la buena, de modo que todo supiera a familia. Sólo más tarde, cuando los alumnos aumentaron extraordinariamente, consintió, y eso como mal menor, ciertas medidas de acompasada disciplina, como la formación de filas

para trasladarse de un lugar a otro. Unánime es la ternura con que los Antiguos Alumnos recuerdan su estancia, afirmando que les parecía encontrarse siempre en la casa paterna con sus padres. ¡Y cómo le correspondían ellos! Guardábanle las atenciones que sabe inspirar sólo el afecto filial. Un día llevaba cinco horas en el confesonario. El niño Marlone pensó que necesitaría un alivio, corre a la cocina, le hace preparar una taza de camomila y se la presenta en el confesonario. Don Bosco se la agradece y le dice, con esa amabilidad tan suya: «El Señor te pague tu atención dándote mensuram, bonam, confertam, coagitatam, superfluentem... en este mundo y en el otro.»

A veces surgían controversias curiosas. «¿A quién quiere más Don Bosco?» A todos igualmente: «Mirad mi mano: ¿A cuál de los cinco dedos querré más?»

Era todo ojos para subvenir a las necesidades de sus alumnos. Si veía alguno indispuesto, preguntábale presuroso: «¿Cómo te sientes? Si la cosa vale la pena, llamamos inmediatamente al médico; si es cosa de poco, o es debilidad, recomendaré al señor Prefecto que te cambie de alimento.»

Cuando iban a sus casas, reconmendábales con insistencia saludaran de su parte a sus papás.

Cuando encontraba un niño afligido por la enfermedad o muerte de los padres, se conmovía y lo confortaba diciéndote: «De aquí en adelante yo te haré de padre.» Y como lo decía, lo hacía (8). Y lo hacían sus colaboradores y lo siguen haciendo sus hijos.

Sería cosa de nunca acabar si quisiéramos seguir citando documentos. ¿No es esto la anticipada realización del «ideal» invocado por la «Escuela Moderna»? «Ofreced a vuestros niños un ambiente familiar, armonioso, afectuoso, hecho de orden y belleza; dadles una escuela sonriente y no opresora.» «La Escuela Activa se esfuerza por crear un ambiente social apto a dar experiencias directas a sus alumnos» (9).

Los funerales en la «Casa»

5. Merece recordarse el modo de celebrar los funerales. Dice la Crónica: «... tenemos permiso de hacer los oficios fúnebres en casa. Colocado el cadáver en capilla ardiente, a la hora conveniente se reúnen todos sus moradores, y de dos en dos, precedido del Clero grande y pequeño, con roquete, desfila el cortejo con sendas candelas, cantando el «Miserere» en todo el contorno del Oratorio. Lo acompañan todos, niños y superiores: es una función conmovedora. Ochocientos niños rodeando al compañero, que hasta hace poco jugaba con ellos, estudiaba con ellos, comía con ellos... En la iglesia se celebran las exequias...» El año 1876 un sacerdote novicio, asistiendo a uno de estos funerales, reportó tan profunda impresión, que medio siglo después lo recordaba con una conmoción suave y profunda, y exclamaba: «¡Es uno de los actos de verdadera educación cristiana y Salesiana!» (10).

Esto pasó a la tradición salesiana, y así se celebran los funerales en todos nuestros institutos, lo mismo si el difunto es un Superior que si es un alumno o un fámulo.

III

LOS PEDAGOGISTAS Y DON BOSCO

Paralelo

6. Lambruschini fué el grande autor pedagogista en tiempo de Don Bosco. Sus libros «Dell' Educazione», aun hoy hacen texto. Su grande preocupación fué la libertad del educando y su armonía con la autoridad. Su ideal era «la autoridad familiar». Lo que él preconizaba, Don Bosco lo realizaba ya.

El autor considera indispensable el amor. Pero hablando de los educandos «difíciles, poco favorecidos por la naturale-

za, rudos, obstinados, arrogantes», dice que «este amor es difícil, es virtud, y virtud difícil». Por eso, sin duda, la Escuela neutra o laica no podrá jamás realizar el ideal preconizado. Ser buenos con los niños buenos y bien dotados, ¿qué gracia tiene?

Oigamos a Don Bosco sobre este problema:

«Os exhorto a atender de preferencia a los niños que parecen más abandonados o descuidados, a los que inspiran repulsión por sus defectos. También ellos tienen un alma que debemos a todo trance salvar» (11). ¡Cómo se ve claro aquí lo que puede un motivo sobrenatural!

E insiste:

«Los maestros amen por igual a todos los alumnos, ámenlos a todos, no desprecien a ninguno. Compadezcan a los más ignorantes, cuídenlos mucho, interróguenlos a menudo, y si es preciso, hablen con quien corresponda, para que sean atendidos y ayudados fuera de clase» (12). Es evidente que así sólo pueden hablar—y hacer—las madres y los Santos, o que por lo menos desean ser santos. Y esta es la tradición Salesiana.

El Pater familias

7. El biógrafo tiene cuidado de advertir: «Sin embargo, no se crea que en Don Bosco tanta amabilidad tuviese asomos de debilidad o descuido. También sabía mostrarse enfadado, porque también el enfado es instrumento de virtud. También Nuestro Señor se enfadaba con los fariseos» (13). También esto es parte de la vida de familia. Como tampoco cayó en el error de algunas Escuelas modernas, de «sustituir» al principio de autoridad el de la libertad de los alumnos, ni a la familiar disciplina la que llaman «espontaneidad» estas Escuelas; no: en él reina el equilibrio. El niño es casi inconsciente, es caprichoso—no está formado—y no puede convertírsele en centro «único» de la escuela, si ya no fuere para estudiarlo y ayudarlo a formarse. También en esto el problema es de armonía y de buen sentido.

El ideal—y Don Bosco lo realizó—es una familia bien formada. El Superior debe ser el *Pater familias*. En 1876 se reunió el primer Capítulo general; se discutieron y estudiaron muchas cosas. El empeño principal fué el conservarle a la Congregación ese carácter. Cuando se llegó a tratar del Superior de una región, Don Bosco se opuso a que se denominara «Provincial», sustituyendo «Inspector», por más conforme a esos tiempos; pero lo definió: «un padre que tiene por oficio ayudar a sus hijos a que marchen bien sus negocios, y por esto los aconseja, los socorre, les enseña el modo de salir de apuros en las circunstancias críticas» (14).

De los efectos de una educación semejante se puede juzgar por los resultados, de los cuales el mayor es la Congregación. Otro es la facilidad con que el ambiente ganaba a toda suerte de niños, aun los más reacios: miles de testimonios hay a este respecto. Resumamos dos páginas de D. Lemoyne:

Un caso de tantos

8. «La narración de uno es la historia de miles y miles. Narra, pues, uno de ellos: La oveja descarriada era yo. Perteneciente a una familia si no hostil, sí indiferente, yo crecía en la ignorancia de las sublimes verdades del Evangelio, y si bien no me sentía completamente negado a las prácticas religiosas, las miraba como un fardo de cosas engorrosas, temiéndolas como se temen las cosas que ignoramos y como los estudiantes flojos temen las lecciones de griego y latín...

Un día un amigo me llevó a un Oratorio Salesiano (esto era por el año 1870), diciéndome que allí se divertían mucho, que regalaban dulces, que había, sí, que soportar algunas funciones religiosas, pero que luego había una función de teatro muy bonita.

Y todos los domingos iba al Oratorio y pasaba todo el día. Me divertía con mis pequeños amigos, jugábamos a toda clase de juegos; los ejercicios gimnásticos eran mi delicia, y en todo esto eran compañeros afectuosos los maestros y catequistas, y los mismos clérigos, que comprometían por algunos momentos la autoridad de la sotana para hacer girar

los pasavolantes o animar las partidas de salto o de carrera. Yo, naturalmente, asistía a las funciones religiosas, al principio cariacontecido y con poco recogimiento. La plática después de la Misa, hecha con sencillez y viveza, lograba interesarme. Por la tarde, al Catecismo. Fuí destinado a la clase inferior, la de los rudimentos. Poco a poco fuí ascendiendo..., e insensiblemente se fué formando en mí la conciencia religiosa. Seguía divirtiéndome, pero empezaba a pensar y razonar sobre las enseñanzas; las funciones religiosas ya no me fastidiaban; al contrario, seguía con entusiasmo su desarrollo; mi mente ya no divagaba, sino se concentraba en la meditación y en la plegaria humilde y conmovida. Yo nacía a la vida del espíritu.

El ambiente me ganaba, me absorbía, me conquistaba. La exquisita bondad de aquellos Salesianos excelentes me conmovía; sus atenciones, sus cuidados, su gentileza, sus palabras inspiradas por la Fe y la Caridad me atraían a ellos como a la mariposa la luz. Cuando estaba con ellos me parecía respirar un aire más puro; las preocupaciones de la vida cotidiana desaparecían como por encanto: me sentía feliz en medio de ellos como en una grande familia en la cual hallaba consejo, afecto, protección...

Llegado a la clase de los adultos, que es el senado del Oratorio, las enseñanzas se hicieron más serias, más profundas, más complejas. Yo las seguía con viva atención, esforzándome por comprenderlas y asimilármelas. Cuanto más las meditaba, más se reforzaba la fe: comenzaba a sentirme penetrado de la sublime felicidad que da la conciencia de la fe.

Pasé en el Oratorio cinco o seis años. Después, la vida me aferró y arrancó a mis dulces costumbres dominicales. Pero no olvidé. Y aún más que en la mente, permanece en mi corazón grabado el recuerdo de esos hermosos días de mi juventud, en los cuales, con admirable sencillez y con la formidable eficacia del ejemplo, se me enseñó a ser bueno y honrado, a amar a Dios y a mi prójimo» (15).

Consecuencias

9. Tan natural era y es este ambiente de familia, que los niños consideran como propias las cosas del Oratorio y de las Casas Salesianas... Y tan natural era «el cariño a los Superiores, que cuando cualquiera de ellos, así fuese el último

maestrillo, aparecía en el patio, inmediatamente se veía rodeado de pequeños amigos. Y no pocos de éstos no tenían empacho en manifestarles sus penas y aun faltas que habían cometido y hasta los secretos de su alma, mientras paseaban con ellos bajo los pórticos» (16).

Evocaciones

10. El 8 de diciembre de 1851 celebrábase el X aniversario de los Oratorios. Don Bosco le dió la mayor solemnidad compatible con sus medios. Por la tarde hizo una rifa, en que fueron muchos los premios, y distribuyó almorzadas de caramelos. Al bajar, los muchachos se apoderaron de él y lo pasearon en señal de vivísima alegría. Un catequista, entusiasmado, dice: «¡Oh, Don Bosco! ¡Si pudiera visitar todas las naciones del mundo y poblarlas de Oratorios!» «¡Quién sabe si no vendrá el día en que los hijos del Oratorio se encuentren por todo el mundo!», respondió él (17).

Con ternura mezclada de nostalgia narraba estas cosas en 1898 el Canónigo Ballesio en la reunión anual de los Antiguos Alumnos, terminando con estas palabras: «Así gobernaba Don Bosco su Oratorio, mejor dicho, nuestro Oratorio.»

Por eso fué tan fácil—y surgió espontánea—la *Asociación de los Antiguos Alumnos*, que prolongan en el mundo la familia salesiana, aplican en sus propios hogares muchas de las prácticas aprendidas en el colegio y difunden el amabilísimo espíritu de Don Bosco.

También en esto, precursor de los tiempos y enviado de Dios, cual modelo. Jamás habían sido tantos y tan grandes los peligros materiales, intelectuales y morales de la juventud. A más, la sustitución en las legislaciones y costumbres de rigor por la libertad y aun por el libertinaje, hacen necesaria esa forma especial de vigilancia cordial inaugurada por Don Bosco.

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, V, XXVII.
(2) *M. B.*, IV, 336.
(3) *M. B.*, IV, XXIX; VI, XXX.
(4) *Ibid.*
(5) *M. B.*, t. LII, c. XXXIII.
(6) *M. B.*, V, XLV.
(7) *M. B.*, t. V, c. II, pág. 12.
(8) *M. B.*, t. VI, c. XIII.
(9) Ferriere: *L'Espontaneité de l'enfant.*
(10) *M. B.*, XII, VI, págs. 210-11.
(11) *M. B.*, t. VII, c. XXXIX.
(12) *M. B.*, t. X, c. VIII, 13.
(13) *M. B.*, t. III, c. X.
(14) *M. B.*, t. XIII, c. IX.
(15) *M. B.*, t. IX, c. LXXIII.
(16) *Ibid.*
(17) *M. B.*, t. IV, c. XXVII.

CAPITULO XV

EL PROBLEMA DE LA VIGILANCIA

La «asistencia»

1. Consecuencia natural de la vida de familia es la paternal y maternal vigilancia. Nadie ignora que es éste uno de los más grandes deberes de los padres de familia. Esta vigilancia es para Don Bosco «*asistencia*», acción y efecto de asistir. Y asistir es acompañar, ayudar, aconsejar, socorrer, cuidar, servir, como asiste la madre al niño, el médico y el enfermero al enfermo, el ayudante al ayudado... No vacilamos en afirmar que ningún educador ha atendido y practicado como Don Bosco este recurso educativo. Se lo reconocen cuantos han estudiado un poco su sistema. Es uno de los grandes secretos de su éxito.

D. Lemoyne comienza así el capítulo XXXIII de su tomo III de las Memorias biográficas:

«No disgustará a los lectores conocer el modo de vivir los primeros niños acogidos por Don Bosco (año 1848). En los primeros días los tenía en casa enseñándoles las oraciones, instruyéndoles en la doctrina, preparándolos para que se acercaran pronto a los Sacramentos. Una vez asegurado de su buena voluntad, pensaba a qué ocupación pudieran aplicarse.» (Orientación.) «Luego los colocaba con patronos conocidos. El mismo los acompañaba y presentaba, asegurándose de que no les faltaría una concienzuda vigilancia. En el interés de sus niños pactaba que fueran bien tratados y amaestrados en el arte... (contrato de aprendizaje)

Se levantaban más o menos temprano, según la estación... Oían la misa de Don Bosco, quien aun con gran incomodi-

dad, siempre bajaba presto a la iglesia aun en lo más crudo del invierno. Algunos, más piadosos, hacían la comunión. Para darles a todos comodidad, mañana y tarde se ponía a su disposición para las confesiones.

A mediodía regresaban para la comida, Don Bosco mismo solía servirles. Todo respiraba la más franca alegría en esa pobrísima casa primitiva. No dejaba Don Bosco de desearles «buen apetito», a lo que solían responder con una cordialísima carcajada, porque sentían que realmente no era necesario el augurio; pero era bello el cumplimiento.

Romántico era el refectorio: a grupos de tres o cuatro se acomodaban en el jardín sobre un tronco, una viga, unas piedras; los días de intemperie, en la cocina...

Después volvían al trabajo... Y al regreso, la cena; después de la cual, tras un recreo, comenzaban las clases vespertinas, a las cuales asistían también varios externos. Para ellas, Don Bosco tenía ayudantes. El daba también clase y velaba sobre todas. No eran raras las ocasiones en que su ministerio le había robado el tiempo de cenar; y entonces, pidiendo permiso a los alumnos, tomaba su parca cena sin dejar de dar lección. Terminadas las clases, rezaban las oraciones, y Don Bosco les deseaba las «¡Buenas noches!», a lo que ellos correspondían con gran afecto. Era una verdadera familia.

Durante los recreos circulaba acá y allá, se acercaba ora al uno, ora al otro, y sin que se dieran cuenta, les hacía preguntas para conocer su índole y sus necesidades. Hablaba confidencialmente al oído a éste y aquél, dándoles consejos y avisos, según el caso. Se detenía junto a los que parecían tristes o melancólicos, procurando infundirles alegría con alguna gaya frase o una broma inocente. Por su parte, él se mostraba siempre alegre y sonriente, pero a su atenta observación no se escapaba nada» (1).

Asistentes y maestrillos

2. Muy pronto tuvo, de entre sus niños, «asistentes» y maestrillos. Les decía:

«¡Vigilancia y paciencia! Fuísteis niños. No olvidéis que los niños, cuando faltan, faltan más por vivacidad que por malicia; más por no ser asistidos que por picardía. Precisa cuidarlos solícitamente sin aire de vigilarlos, tomar parte en

sus juegos, tolerar sus alborotos y molestias, porque el Divino Salvador dijo en iguales circunstancias: «Síníte parvulos venire ad me...»

Confería frecuentemente con los demás Superiores informándose de la conducta de los niños y dando normas para la buena marcha disciplinaria (2).

Esta observación, escapada así, es preciosa dentro del Sistema. En la familia y en los colegios los niños están para formarse al saber y a la virtud. Y no hay duda que la formación de los hábitos tiene lugar así. Lo que uno hace o evita constantemente, se fija, se graba. Costumbres y hábitos no ejercidos, se debilitan y acaban por olvidarse. Actos virtuosos repetidos, forman al fin la virtud. Además, avanzando, comprenden y aprenden a vigilarse y asistirse a sí mismos. Entre los fines de la asistencia no es éste el último ni el menos importante. Hay aquí mucha filosofía y no poca psicología. El asistente es un activo recuerdo y un agente de la presencia de Dios.

¡Y cómo sabía animar a sus asistentes! Véase esta charla o conferencia con sus asistentes, que es a un tiempo, hasta un modelo literario (sólo siento que la traducción la deslustre):

«Os recomiendo ante todo la paciencia. Bien mirado, es el mismo Espíritu Santo quien nos la recomienda: «patientia vobis necessaria est... Patientia opus perfectum habet...» No hablo de la paciencia que se requiere para soportar grandes fatigas o extraordinarias persecuciones, o el martirio..., sino de la paciencia necesaria para cumplir nuestros deberes... Que haya celo, sí, que se procure de todos modos hacer el bien, pero con calma, con dulzura, con paciencia. Podrá objetárseme: «¡Dice usted bien, pero cuesta! ¿Cuesta? Lo sé también yo que cuesta. ¿Sabéis de dónde deriva la palabra paciencia? Del verbo *patior, passus sum, pati*, que significa padecer, tolerar, sufrir, hacerse violencia. Si no costara, no sería paciencia. Y precisamente porque cuesta, nos la recomienda tanto el Señor...

También yo lo advierto en mí mismo que cuesta... Sí; no

creáis que no me cueste a mí... mantenerme sereno: os aseguro que muchas veces me hierve la sangre y un hormigueo discurre por todo mi sér... ¿Y qué? ¿Impacientarse? Pero si así no se logra que la cosa se haga, ni se corrige o enmienda un súbdito con la furia. Dénse con tranquilidad los avisos, las normas, exhórtese, y aun, cuando sea necesario, reconvéngase, pero pesándolo un poquito... Habrá días y momentos en que uno se siente rendido, fastidiado y, digámoslo también, sin ganas de rezar, ni meditar, ni continuar esa árida asistencia. Es el caso de implorar del Señor y de la Santísima Virgen la paciencia...

¿Véis allá aquel jardinero? ¡Cuánto cuidado pone para hacer crecer una plantecita! Diríase fatiga perdida; pero él bien sabe que la planta, con el tiempo, le dará mucho; por eso no repara en fatigas, y comienza a trabajar y sudar para preparar el terreno, y aquí cava y allá escarda; y después abona, después restilla, luego planta o siembra. Luego, como si aún fuera poco, cuánto cuidado y atención para que nadie pise, para que no vayan los pájaros o las gallinas a comerse la siembra. Cuando la ve nacer, la mira y contempla complacido: ¡Oh!..., germina, asoma el tallo, echa hojas, ya tiene dos, tres... Después piensa en el injerto; y con cuánto interés lo busca entre las mejores plantas del jardín, y corta la yema e incide el tronco, y lo faja, lo cubre, procura que el frío o la humedad no lo dañe. Cuando la planta crece y se dobla o tuerce, inmediatamente busca un rodrigón para que crezca derecha, lo mismo si teme que viento o tormenta la quiebre o derribe, todo para alejar el temido peligro. «Pero, ¿por qué, ¡oh jardinero mío!, tanto cuidado por una planta?» «Porque si así no lo hago, no me dará frutos; si quiero tenerlos, debo absolutamente hacer así.» Y por desgracia, ¡notad!, a pesar de todo, muchas veces muere el injerto, se pierde la planta; pero en las esperanzas de resarcirse, el jardinero no se desalienta y reanuda sus fatigas.

Jardineros somos nosotros, amigos míos, jardineros en la viña del Señor. Si queremos que nuestro trabajo rinda, preciso es que pongamos mucho cuidado con las plantecillas que

debemos cultivar. Desgraciadamente, a pesar de tantas fatigas, algún injerto se secará, alguna planta irá a mal; pero si de veras ponemos ciudado, en la mayoría de los casos la plantecilla se logra. Y si por acaso no se lograra, el dueño de la viña nos recompensará igualmente, pues ¡es tan bueno! Recordadlo: no valen furias, no valen ímpetus de momento; se necesita paciencia continua, es decir, constancia, perseverancia, fatiga...

¡Oh!, trabajemos, que llena de promesas nos sonríe la esperanza» (3).

Un estudio del P. Barbera, S. J.

3. En unos artículos publicados en *Civiltá Cattolica*, sobre «Don Bosco educador», comenta el P. Barbera, S. J.: «Esta vigilancia es punto capital del método educativo de Don Bosco. Sobre ella insiste como sobre la amabilidad, precisamente porque la quiere paterna. Por lo demás, no hay vía de medio: por la inexperiencia y volubilidad juvenil, es absolutamente necesaria la vigilancia.

Es una utopía del naturalismo, de Rousseau y los modernos ilusos de la «educación nueva» prescindir de la vigilancia. Los mismos teóricos de la «libertad del niño» se contradicen en la práctica, sometiendo al niño a una vigilancia «científica» de observación, experimentos, «tests», etc., que lo empachan más, dándole, no la libertad, sino la orgullosa y necia presunción de bastarse a sí mismo y de ser la fuente autónoma de su autoeducación. En cambio, la vigilancia paterna de Don Bosco hace que el niño libremente, dulce, casi espontáneamente siga la recta vía y adquiera los hábitos buenos, a lo que se reduce todo el fruto de la educación; y éstos se adquieren más fácil y suavemente con la vigilancia paterna, que pone a los niños en la imposibilidad de cometer faltas» (y, por consiguiente, en la dulce necesidad de habituarse a practicar el bien y la virtud) (4).

La legislación del asistente

4. Ahora he aquí la legislación del asistente:

«Es como el Angel de la Guarda. En la asistencia, *pocas palabras*, muchas obras, y *dése a los alumnos comodidad de expresar libremente sus pensamientos*; pero cuídese de rectificar y aun corregir las expresiones, las palabras, los actos que no fueren conformes a la cristiana educación.» (Reglam. arts. genles.)

Las faltas de los niños derivan en gran parte de falta de vigilancia; vigilando se previene suficientemente al mal y no hay necesidad de reprimir (5).

«No quede ni cosa, ni persona, ni chico, ni lugar que no sea confiado a alguien.

Los asistentes vigilen en todas partes a los niños, poniéndolos en la casi imposibilidad de faltar; vigilarlos como si fueran malos, pero procediendo de modo que se crean y se vean estimados como buenos; asistirlos sin aire de hacerlo y tomar parte en sus mismos juegos; tolerar sus estrépitos y los fastidios que pueden causarnos» (6).

Así lo hacía él. «*Su modo de vigilar era tal, que dejando plena libertad, inspiraba deseos de cielo y amor a Dios.*

Bastaba que se presentara en cualquier parte de la casa para que todos corrieran jubilosos a él» (7).

Para Don Bosco, asistentes son *todos* los educadores.

Como el imán

5. «El amor ardiente y sincero que nutría Don Bosco por sus niños se trascendía en sus miradas y palabras de modo tan evidente, que todos los sentíamos, sin poder dudar, probando un goce arcano al encontrarnos con él. El afecto, unido con esa dulce y suave autoridad, que por su vivo sentimiento religioso y su virtud lo circundaba como de una aureola celeste, hacía que se escuchara con atención cuanto decía: cuando Don Bosco hablaba, creíamos que hablaba

Dios mismo. Y es precisamente por este ascendiente poderosísimo sobre el alma de sus discípulos, por lo que se comprenden ciertas cosas que de otro modo serían increíbles. ¿Quién ignora lo ligeros y volubles que son por naturaleza los niños? ¿Cómo se explica ese permanecer horas y horas silenciosos e hincados en tierra para poder confesarse con él? ¿Qué arcano poder atraía y encadenaba esos centenares de chicos que en su mayoría habíanse antes movido sólo por instintos animalescos? ¿Qué potencia misteriosa los atraía de todas partes alrededor de un pobre sacerdote? ¿Qué premio, qué recompensa podían esperar, si le veían obligado a trasplantar de continuo sus tiendas de una casa a otra, de un sitio a otro, en prados, a cielo descubierto? Y eran centenares y centenares, y cada día más alegres. ¿De dónde tanta devoción y constancia? Era la palabra, era la presencia de Don Bosco. El arrebataba los corazones, los elevaba al cielo... Bastaba una mirada suya, una sonrisa para disipar todo nublado, para volver bello y amable el sitio más inadecuado. Don Bosco era ávidamente escuchado porque sabía transfundir en los demás su caridad y su fe. Y la fe de Don Bosco era cabalmente esa que transporta las montañas.»

Así el profesor Francisco Maranzana... (8). Y así... cuantos tuvieron la dicha de vivir a su lado. ¡Cuántas cosas hermosas hemos oído nosotros mismos de nuestros antiguos Superiores!

NOTAS

(1) *Mem. B.*, t. III, c. XI y XXXIII.
(2) Cf. *M. B.*, t. XI, c. XLVII.
(3) *M. B.*, t. XII, c. XVI.
(4) *La Civ. Catt.*, 21, III, 936.
(5) *M. B.*, t. XVI, c. VI.
(6) *M. B.*, t. VI, c. XXIX,XIV, apénd. IV, c. XLVII.
(7) *M. B.*, t. X, c. VIII, 6.
(8) *M. B.*, t. II, c. LV.

CAPITULO XVI

EL SISTEMA DEL AMOR, VERDADERO SISTEMA CIENTIFICO Y PRACTICO

I

REMEMBRANZAS

Dos frases

1. En el famoso libro de Ferrière, cítase esta sentencia de Guillermo Plar: «Es preciso amar al niño con amor sentido, profundo y compasivo. No debéis ser sólo su maestro y Superior, sino su confidente y amigo.» Y ésta de Julien: «Es menester que el alumno sienta a un tiempo y en todo instante su sujeción y su libertad.»

Muy bien dicho.

Y que así sucedía con Don Bosco (y sucede en los Colegios Salesianos y de espíritu Salesiano) lo atestigua muy bien Monseñor Ballesio: «Una de las características de Don Bosco era el ganarse el afecto de los niños, afecto que era un feliz conjunto de cariño, respeto, gratitud y confianza como de hijos con el padre más amante, con un hombre que era para nosotros *el tipo de la bondad y de la perfección*...

«En el Oratorio se vivía la vida de familia. Y el amor a Don Bosco, el deseo de complacerlo, el ascendiente que ejercía y que se puede recordar, mas no describir, hacían flore-

cer entre nosotros las más hermosas virtudes. Conocí al Siervo de Dios en el otoño de 1857, cuando me presenté a él para que me recibiera en el Oratorio. Ese primer coloquio fué el principio de nuestra amistad y de mi confianza filial, que crecía de día en día durante los ocho años que estuve en el Oratorio. La impresión de esa primera entrevista fué para mí un acontecimiento y no lo olvidaré jamás...

¡Don Bosco!, su vida, su carrera, son del dominio de la Historia, la cual, en espléndidas páginas, dirá a los venideros que fué durante medio siglo el apóstol del bien. Lo que no podrá decir, porque no podrá hacerlo comprender completamente, en su vida íntima, su sacrificio continuo, sereno, dulce, invencible, heroico; su estudio y su grande amor para con sus hijos, la confianza, la estima, la reverencia, el afecto que a nosotros nos inspiraba, la grande autoridad, la opinión de docto, de santo en que lo teníamos, como tipo ideal de perfección. ¡Oh!, la Historia difícilmente podrá reflejar y hacer comprender o creer las suaves dulzuras que una palabra suya, una mirada, una señal, infundían en nuestros corazones. ¡Había que verlo, había que probarlo» (1).

El párrafo es grandilocuente. Pero respira sinceridad que a leguas se ve.

El autor pronunciaba este discurso el 24 de junio de 1898. ¡Y había vivido en el Oratorio de 1857 a 1865! ¡Cuántas veces hemos oído estos mismos conceptos a centenares de personas, no sólo Salesianos y sacerdotes seculares, pero también a médicos, industriales, comerciantes! Y también nosotros hemos vivido esta vida, y la vivimos, si no en esa intensidad, porque los santos son... los santos, sí en ese mismo espíritu y acariciando siempre el ideal de reproducirla en donde quiera. Pio XI, con su mirada de águila y su corazón de fuego, descubre en Don Bosco «uno de los hombres más amantes que la juventud haya jamás encontrado en el curso de los siglos». (Discurso de la Canonización.)

Juicio de Flores Arcais

2. Entre los estudiosos de nuestros días que mejor han comprendido el sistema de Don Bosco, está sin duda el profesor José Flores de Arcais, de Padua.

He aquí cómo habla del «Método del amor»:

«... Pero colaboración quiere decir familiaridad, amor: el ejemplo de Cristo que no le recuerda a la Magdalena sus extravíos y que con suma y extrema delicadeza hace confesar y purgar a Pedro sus debilidades, es la guía y estímulo.

Amar a los niños, saberlos cuidar y atender en sus necesidades, en sus deseos, en sus faltas mismas: he aquí el secreto que permite al educador lograr su objeto.

Este es el método de Don Bosco, el que él quiere sustituir no sólo al represivo, sino también a los métodos naturalistas, tan poco naturales, métodos negativos, indirectos y activísticos. Este es el fundamento y principio de todo sabio reglamento de educación.

Pero precisamente por esto hallamos en Don Bosco, explícito e implícito, el reconocimiento de que la educación no se lleva a cabo, no se actúa en virtud de un reglamento, de una norma, de un método. Constante es en nuestro Educador la reprobación de toda forma cerrada de pedagogismo y escolasticidad, la crítica de todo método que pretenda ser el «tocasana» del problema pedagógico. El pone como regla única y fundamental—regla de las reglas—lo que no puede absolutamente encerrarse en un anillo de sistematicidad: el amor.

Por esto, el método de Don Bosco es el método del amor, es esencialmente la negación de todo método o, mejor dicho, es el reconocimiento de cualquier método, con tal que ese método se tome y se viva en su más profundo significado espiritual y en su verdadera razón de ser.

No hay contradicción ni desarmonía en Don Bosco. El secreto de la obra educativa no es la preceptística o la metódica más o menos perfectas, sino el maestro. Allí donde hay un maestro, hay escuela, hay educación; toda otra consideración es superflua o tiene un significado puramente literario.

«Quizá parezca algo ingenua esta constatación de Don Bosco; pero es la ingenuidad que nace, no de la ignorancia de los diversos sistemas pedagógicos o del desconocimiento de las diversas teorías, sino del sentirse poseedor o partícipe de una verdad que diecinueve siglos de Historia no han podido ofuscar, y de la reflexión profundamente humana sobre

un problema cuyo significado ha sido desfigurado en el transcurso del tiempo por el tecnicismo intelectualístico y práctico de pedagogistas y educadores.

No se debe ignorar que la primera característica del hecho educativo es que éste vale no en cuanto es objeto de meditación científica, sino en cuanto aporta una contribución efectiva a la civilización y a la cultura.

En un siglo en que las nuevas aspiraciones y tendencias parecían orientarse sobre un plano antiiluminístico, sin que por lo demás lograra sobrepasar la sistemática y programaticidad propias de todo racionalismo, la Pedagogía de Don Bosco representa, *teórica* no menos que *históricamente*, una formulación *esencial* y *original*.

Es la suya una recriminación a aquel pedagogismo a que racionalistas y positivistas habían llevado el problema pedagógico, con la consiguiente negación del problema mismo...; es un retorno a las fuentes, cuando educación era problema de humanidad más que de técnica... Este antimodernismo de Don Bosco—que lo hizo el más moderno de nuestros pedagogos—lo acerca más bien a Capponi que a la numerosa fila de los Lambruschini, Rayneri, Aporti, etc., en quienes el problema, si bien advertido, se disolvía en los esquemas de un sistematismo técnico y racionalístico, de inspiración extranjera.

Así, mientras desde el punto de vista histórico se afirmaba el valor de la tradición romana y católica, que sólo en la práctica veía la valorización y junto con ella la superación de toda teoría o sistema...; desde un punto de vista práctico se hallaba la solución del problema pedagógico en la esencial relación consciente maestro-alumno, la cual, al paso que nada quita a la espontaneidad del niño, todo lo resume en las manos, o, por mejor decir, en el corazón del maestro, quien, más que maestro, es padre o hermano mayor de sus discípulos, y la escuela se convierte en una gran familia, viva, operosa y fecunda por virtud del amor.

El Sistema Preventivo es, en suma, el «Sistema del amor, el Sistema de la caridad», el santo temor de Dios difundido en nuestros corazones, como insistía Don Bosco.»

Efectivamente, el Santo insiste mucho sobre esto. A un numeroso grupo de Antiguos Alumnos les decía, y repetía, en 1880:

«Para obtener éxito con los niños y jóvenes, esforzaos grandemente en usar con ellos buenos modales, haceros amar, no temer; hacerles ver prácticamente que buscáis su bien.»

Prosigue Flores de Arcais: «Niéguele quien quiera el concepto de sistematización; nadie, sin embargo, podrá negar que una profunda y aguda meditación sobre el problema educativo preside a su actuación, ni se podría dejar de reconocer que, en un siglo de indiferentismo religioso y de desbordada mundanidad, Don Bosco, comprendiendo y sosteniendo explícitamente que el problema de la educación es un problema de interioridad, que sólo puede resolverse en el plano de la vida moral y religiosa, ha sabido decir aquella palabra de verdad que hoy aún más que en sus tiempos se puede valorar en todo su fecundo y profundo significado» (2).

II

DOCUMENTACION

Documentos del mismo Santo

3. Esto, tan sólo para autorizar nuestro modesto razonamiento.

Citemos documentos del Santo mismo. Como todo lo suyo, son de suma sencillez y eficacia. Difícil es la elección, pues en todas sus enseñanzas y ejemplos nos hallamos siempre con que el motivo predominante es el amor, la bondad, hacer la escuela, vida, y la vida, amable.

—«¿Qué medios empleáis para moralizar y tener en orden tan grande multitud de chicos?—le pregunta la Comisión del Senado (1850).

—La instrucción y una caridad dulce, paciente y longánime. Aquí, el amor prevalece sobre el rigor; más aún: el amor reina solo» (3).

«Recordad que la educación es sobre todo cuestión de corazón... Esforcémonos para hacernos amar... y veremos con qué facilidad se abren las puertas de los corazones» (4).

¡Cuestión de amor! ¡Hay aquí todo un poema, todo un tratado de Pedagogía!

Pero, ¿de qué amor se trata? Nos lo dirá el mismo Don Bosco recordándonos ciertas palabras de San Pablo, en que, dice, «se basa todo el Sistema».

«La *Caridad* es paciente, es benigna, todo lo soporta, todo lo espera, no piensa mal, no tiene celos, no se ensoberbece, no se irrita, no es egoísta; el amor no desfallece nunca...» (5). «Ese amor es fuerte como la muerte. No cede ante el mal; sabe corregir porque busca el bien del alumno y su formación completa».

«El director es un padre que no puede sino amar y compadecer a sus hijos.» «No recordéis jamás una injuria para echarla en cara, y menos para vengarla.» «Las cosas pasadas, pasadas están, ni se recuerden para hacerlas objeto de reproche» (6).

¿Qué diremos de estas B. N., dadas el 31-XII-1859, como «aguinaldo», a toda la Comunidad reunida: salesianos, estudiantes, artesanos, fámulos (que Don Bosco llama «famigli), para recibir el tradicional aguinaldo?:

«Mis amados hijos: Vosotros sabéis cuánto os amo en el Señor y cómo me he consagrado a haceros el mayor bien que pueda. La poca ciencia, la poca experiencia que he adquirido, cuanto soy y cuanto poseo: oraciones, fatigas, salud, la misma vida, todo deseo emplearlo en vuestro servicio. Para cualquier cosa y en cualquier día contad sin reserva conmigo, pero especialmente en las cosas del alma. Por parte mía os me doy en aguinaldo yo mismo todo, todo, todo: será cosa mezquina, pero cuando os lo doy todo, quiere decir que nada reservo para mí.»

Y por este estilo continuó algunos minutos, conmoviéndose a medida que hablaba, casi hasta las lágrimas, para terminar:

«Yo siento lo grande que es mi responsabilidad, que va

creciendo cada día, debiendo dar estrecha cuenta al Señor del alma de cada uno de vosotros. Yo hago lo que puedo: ayudadme vosotros, mis amados hijitos» (7).

Cuando los autores de «Magistero» leyeron esta «Buena Noche», no pudieron menos de conmoverse y comentar:

«En vano se buscarían palabras como éstas en las obras de los pedagogos de todos los tiempos. Son ellas la transparencia del Amor Divino. La grandeza de la obra educativa de quien se sentía enviado para los niños revela aquí su secreto: *antes que ciencia y arte, la educación es una donación de sí mismo*» (8).

Y como ésta, ¡cuántas declaraciones en toda la vida del Padre! ¡Ex abundantia cordis!...

¡El hacerse niño con los niños suaviza y hermosea tantas cosas! Simpático y bello este episodio:

El Abate Mandre, cura de la Parroquia de San José, en Marsella, asistía con Don Bosco a una velada en la cual se estrenaban los músicos del Oratorio Saint León, de dicha ciudad. De cuando en cuando alguno salía de tono o de tiempo. El Abate, que entendía bastante de música, se removía en su asiento. El Santo sonreía. Luego, viendo que el colega se impacientaba de veras, se vuelve hacia él y le susurra al oído: «Mr. Mendre, «la musique des enfants s'écoute avec le coeur et non avec les oreilles». «La música de los niños se escucha con el corazón, no con el oído.»

El Abate percibió desde entonces la armonía de las mismas disonancias infantiles y gustaba de repetir frecuentemente la sabia sentencia, imitando simpáticamente el gesto, el tono y la pronunciación de Don Bosco (9).

Un recuerdo del Cardenal Cagliero

4. Narra el Cardenal Cagliero: «Recuerdo que una vez uno cometió una falta bastante grave, y Don Bosco, debiendo tomar una decisión contra el culpable, me mandó llamar y me dijo: «El deber me obliga a sancionar, pero como la cosa es grave, he querido escuchar tu parecer». «Mi parecer es

que Don Bosco sea todavía una vez más padre con este individuo; él no le da ciertamente a su falta la gravedad que le damos nosotros; pasado algún tiempo, lo comprenderá también él...» Y así fué. El Siervo de Dios se tranquilizó y el culpable se enmendó y prestó y presta grandes servicios.»

El Cardenal advierte que frecuentemente Don Bosco «tomaba parecer de nosotros, los sacerdotes más antiguos de la Congregación».

Los argelinos del Cardenal Lavigerie

5. Monseñor Lavigerie había recomendado a Don Bosco unos chicuelos argelinos, advirtiéndole, eso, sí, que eran «intratables». Cuando llegaron, Don Bosco hubo de convencerse de que la realidad sobrepuja con mucho lo imaginado. El conde Conestabile describe las cosas así: «Estos árabes parecían más bien bestias montaraces que seres humanos. Con la agilidad del tigre se lanzaban a morder y arañar. Don Bosco tuvo la habilidad de imponérseles con su presencia, y notando que no les era antipático, puso gran esmero en sacar partido del amor propio racial. Los mejores individuos del Oratorio fueron encargados de usarles todos los cuidados y atenciones posibles. Pronto el espectáculo de la ejemplar conducta de estos niños influyó poderosamente en el ánimo de los árabes: sentíanse avergonzados al ver la distancia que los separaba de sus compañeros, y por el honor de su pueblo, se aplicaron a corregir esta inferioridad. Pocos meses habían pasado en el Oratorio y ya se notaba en ellos una gran transformación. Una suave sonrisa florecía en sus labios, tomando el puesto de la feroz expresión de otrora; y en aquellos ojillos que centelleaban antes de cólera y odio, brillaban la satisfacción, el contento y la paz. La luz del Cristianismo había penetrado, con su dulce calorcillo, estos seres rebeldes que jamás se habían ni se hubieran inclinado ante la fuerza. Su bautismo solemne fué una fiesta ciudadana» (10).

En la Apologética

6. Aun en la apología y polémica, quiere Don Bosco este amor compasivo y condescendiente.

«Tratando con herejes, éstos no deben tener la impresión de que se quiere prevalecer sobre ellos, porque entonces se preparan no ya a conocer la verdad, sino a combatirla, y las disputas acaloradas cierran la puerta del corazón, cuando habrialas abierto la afabilidad» (11). ¡Qué fineza de observación! Psicología o Caridad se llama esto.

Ya anciano, el Cardenal Cagliero recordaba conmovido su encuentro con Don Bosco el 1 de noviembre de 1851. Habia quedado huérfano de padre poco antes. Don Bosco le dice: «*Yo te haré de padre.*» Y se lo lleva a Turín. La casa era pobrísima. «Pero estaban mamá Margarita y Don Bosco.»

«Su vida, que hacía toda con nosotros, nos persuadía de que no estábamos en un hospicio ni Colegio, sino en la familia, bajo la dirección de un padre amorosísimo. Gustaba de hacerse pequeñito con los pequeñitos. Sucedía que a veces alguno se olvidaba del respeto que le era debido, y entonces los demás compañeros le decían: «¡Está atento! ¿No ves que molestas también a Don Bosco? Si es tan bueno con nosotros, nosotros debemos ser buenos con él.» Con mucha frecuencia veíamos grandes señores que venían a verlo, atraídos de su fama, y no pocos se extrañaban de encontrarlo sentado en medio de nosotros, entreteniéndonos con amenas narraciones o con agradables chistes, o bien jugando con nosotros a diversos juegos. Se veía que nada le interesaba tanto como hacernos felices y salvarnos nuestras almas. Tenía entera confianza de que Dios le ayudaría en la instrucción y educación de tantos niños.

Recuerdo haberle oído contarnos con grande ingenuidad que le había pedido a Dios puesto en el paraíso para diez mil alumnos, y que lo había obtenido con una condición: que no ofendiéramos a Dios. Viendo que los niños aumentaban, siempre aumentaban, le preguntábamos si bastarían

diez mil puestos, y nos respondía que había pedido un local más grande...» (12).

Finezas y agudezas

7. Las «Memorias» dedican páginas sabrosísimas al recuerdo de las finezas, ternura, agudezas, auxilios de mamá Margarita, que era verdadera madre para todos esos niños, casi todos huerfanitos.

Lo repetimos: nacida en la más auténtica forma de familia, la obra educativa de Don Bosco se desarrolló así; pero una familia donde reina el amor y la confianza y cordialidad que del amor sobrenaturalizado deriva.

Don Bosco no cesaba de recordarlo y recomendaba:

«Hay que usar grande amabilidad (el Santo dice «amorevolezza») con los niños y tratarlos bien. Esta bondad de trato y esta amabilidad sea el carácter de todos los Superiores, sin excepción. ¡Oh, cuánto se aficiona el niño cuando se ve bien tratado! Pone su corazón en manos de sus Superiores» (13).

«Es muy importante y útil hacer de modo que jamás se aleje un niño descontento de nosotros. Al contrario, déjesele siempre con algún regalito, alguna promesa, alguna palabra que lo anime a venir siempre a vernos. Pero conviene mantener a toda costa las promesas, o al menos dar razón de no haberlas cumplido. No es lo mucho, sino el darlo de corazón y a tiempo, lo que se agradece. Los niños aprecian las cosas según han aprendido a juzgarlas» (14). «Todos los Salesianos que moran en una casa, deben formar un solo corazón con el Director. Recordad que la unión entre Superior y súbditos hacen de una casa un paraíso terrestre... Quien sabe que es amado, fácilmente lo obtiene todo de los niños. Los corazones se abren y se manifiestan. Esta confianza pone una corriente eléctrica entre los niños y los Superiores. Este amor hace soportar molestias, penas, ingratitudes. Jesucristo no rompió la caña ya cascada ni apagó el pabilo humeante. El es

nuestro modelo. Cuando decae este amor, las cosas empiezan a andar mal. ¿Por qué querer sustituir la caridad con la frialdad de un reglamento?» (15).

No menos importante es la

Imparcialidad.

8. Daba a todos idénticas muestras de benevolencia. Los amaba a todos por igual, y se lo demostraba ayudándolos en toda circunstancia. De modo que todos estaban persuadidos de ser amados sin preferencias, y ninguno concebía celo o envidia de otros» (16).

A veces lo pusieron en aprietos, especialmente a los principios. Un día de 1846 pasaba delante de la iglesia de San Lorenzo. Apoyados al muro estaban algunos lustrabotas tomando el sol. Al verlo, uno corrió a él, gritando: «¡Oh, Don Bosco, Don Bosco! ¡Déjeme lustrarle los zapatos!» «Te lo agradezco, amiguito, pero voy de prisa.» «Un momento solo, Don Bosco.» A esto un deshollinador lo interrumpe: «¡Déjalo! ¿No ves que tiene prisa?» «¿Y a ti que te importa?» «A Don Bosco lo conozco yo, ¿sabes?» «Y yo también.» «Pero yo soy su amigo.» «¡Y yo también!» «¡Pero yo lo quiero más!» «Eso no, ¡yo lo quiero más!» «¡Soy yo! ¡Soy yo!» «¡Mira que te aplasto las narices!» «¿Tú a mí?» «Eres una bestia.» «¡La bestia eres tú!» Y se enredaron a puñetazos. A duras penas pudo Don Bosco separarlos. «¡Calma, amiguitos, calma!» «Te digo y te sostengo que yo lo quiero más.» «Pero yo me he confesado con él.» «Yo también.» «A mí me regaló una medalla.» «A mí un librito.» «Diga usted, Don Bosco, ¿no es cierto que a mí me quiere más?» «Una cuestión muy difícil me proponéis. ¿Véis mi mano?» «Sí, señor.» «¿Véis estos dos dedos?» «Sí, señor.» «¿A cuál de los dos querré más?» «¡Ah!, ¡a «todos dos!» «Pues así os quiero a «todos dos». Por eso no quiero que os peleéis. Esto es muy feo. Venid conmigo, acompañándome adonde voy.» Y puestos en marcha se les unieron todos los demás lustrabotas y deshollinadores... Para él todos los alumnos son «hijos».

Resumen confirmativo

9. Sí, «*la educación es sobre todo cuestión de corazón*». Aquí, y en dondequiera: «Allá entre pueblos lejanos y desconocidos se verán maravillas que ahora no se creen, pero que Dios hará patentes al mundo» (19).

Un reverendo Padre Jesuíta portugués, nombrado Rector del Colegio de Campolide, sintiendo el peso de la responsabilidad que se le venía encima, y teniendo que ir a Roma, pidió permiso para pasarse por Turín y consultar con el grande educador. Llegó al Oratorio llevando consigo un voluminoso cuestionario que someter al examen del Santo.

Recibido por éste con la amabilidad que le era característica y con el respeto que le merecieron siempre los Padres de la Compañía y en general los Religiosos; empezó el buen Padre a leerle su larga promemoria. A cada punto se detenía para escuchar el parecer del consultado. Pero éste se contentaba con sonreír y admirar. ¡Todo estaba tan admirablemente pensado y escrito!

Cuando hubo terminado, como Don Bosco permanecía callado y sonriente, le dice suplicante: «Pero dígame algo, se lo ruego; se trata de un Colegio donde se educa la primera nobleza, la que influye sobre los destinos de la nación. ¿Cómo debo hacer para dirigirlos?»

El Santo lo envuelve en una de esas miradas indefinibles, de infinita serenidad, y le responde:

«¡*Amándolos*!»

El Padre vió como si se le despejara el horizonte, antes nuboso. Veinte años más tarde, en 1906, le narraba el episodio a don Pedro Ricaldone, en Lisboa, comentando: «Fué como si estando forcejeando para abrir una cerradura, se presentase uno alargándome la llave.» Y lo decía con el acento y la expresión de quien se siente depositario de un oráculo, revelador de un grande misterio» (18.

Y la historia de las Misiones y la de la Obra Salesiana en América, en Asia, en Africa, en Australia, está llena de estas constataciones.

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, c. LX.
(2) S. Giov. Bosco. *Il Met. Pedag.*, 1941, págs. XXXVIII-XL.
(3) L. IV, c. III.
(4) *M. B.*, t. XVI. Apend. n. I.
(5) *Cor.*, XIII.
(6) *M. B.*, t. X, pág. 12.
(7) *M. B.*, t. XII, pág. 363.
(8) *Magistero*, t. III, pág. 524.
(9) V. *M. B.*, t. XV, pág. 76.
(10) *M. B.*, t. IX, c. LX.
(11) *M. B.*, t. IV, c. XXX.
(12) *M. B.*, t. IV, c. XXV.
(13) *M. B.*, t. XII-III.
(14) *M. B.*, t. II, c. IX.
(15) *M. B.*, t. XVII-III.
(16) *M. B.*, t. III, c. XXXIII.
(17) *M. B.*, t. III, c. XV.
(18) Ceria: *Vita del Servo di Dio Filippo Rinaldi*, pág. 425. Torino, S. L. J.
(19) *M. B.*, t. XVII, c. X.

CAPITULO XVII

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION COLECTIVA E INDIVIDUAL

Contraste elocuente

1. Opina Lambruschini que «... la vista continua sobre los otros acostumbra a ver más los defectos ajenos que los propios, que el ánimo se abre a la malevolencia, y que en lugar de tener en el compañero un cooperador a la educación de todos, se tiene un impedimento» (1).

Don Bosco, más optimista y más positivo, enfoca de preferencia el problema por su lado favorable, sin desatender, ni mucho menos, el otro. Es consecuencia de *su Sistema*. Saboreénse estas «Buenas Noches». Remontan al mes de enero de 1864:

«Deseo que aprendáis a fabricar la miel como la hacen las abejas. ¿Sabéis cómo la fabrican? Con dos cosas principalmente: la primera, que no la hace cada una de por sí, sino bajo la dirección de una reina, a la que obedecen siempre, en todo: y están todas juntas y se ayudan mutuamente. La segunda cosa, es que van cogiendo acá y allá el jugo de las flores; pero notad: no recogen o liban todo lo que encuentran, sino que se posan ora sobre una flor, ora sobre otra, tomando de cada una sólo lo que sirve para hacer la miel.

Apliquemos. La miel es todo el bien que hacéis vosotros con la piedad, con el estudio, con la alegría, porque estas tres cosas os proporcionan tantos consuelos, dulces como la miel. Pero tenéis que imitar a las abejas. ¿Cómo? Primera-

mente, obedeciendo a la Reina, es decir, a la Regla y a los Superiores. Sin la obediencia, sólo hay desorden, descontento y amargura. En el segundo lugar, el ser muchos, os ayuda a fabricar esta miel de alegría, de estudio y de piedad. Esta es la ventaja que os proporciona el estar en el Colegio. El estar muchos juntos aumenta la alegría, aleja la melancolía cuando esta bruja quisiera entrar en el corazón; el ser muchos anima a soportar las fatigas del estudio, estimula viendo los progresos de los demás: uno comunica al otro sus propios conocimientos, sus propias ideas, y así el uno aprende del otro. El ser muchos haciendo el bien, nos anima sin que nos demos cuenta.

Debéis, pues, imitar a las abejas en recoger sólo lo bueno, lo útil, no lo malo. Cada cual observe en la conducta del otro lo que hay de bueno, lo mejor, y luego imite. Del uno aprenderá a ser humilde y no hablar tanto de sí mismo. De aquel otro que es de los primeros de la clase, aprenderá á cumplir exactamente sus deberes. ¿Veo un compañero que es devoto en la iglesia, recogido? Pues sigo su buen ejemplo. Así, en uno brillará la amabilidad, en el otro un poco de mortificación, en éste gran reserva de palabra, en aquél un candor que no oculta ni vela jamás la verdad, etc., etc. Pues bien, cada cual diga resueltamente: ¡Quiero hacer mía esa virtud!

También de otro modo se recoge la miel: aquí anotad los avisos que da el Director o el Profesor, lo que os impresiona más en una plática; los hechos de más fácil imitación, las máximas más necesarias de aplicarse, que halláis en los libros que se leen en la capilla, el estudio, el refectorio, el dormitorio. De este modo no tardaréis en enriqueceros mucho, en poseer tesoros de conocimientos útiles, de buenas obras y de una santa alegría producida por la paz del corazón. Con que, a imitar a las abejas. ¡Buenas noches!» (2).

Y esto baste para conocer el pensamiento de Don Bosco en ese problema importante e ineludible.

Iniciativa y colaboración

2. Y con todo, la educación no se hace en bloque, sino persona a persona. Ya hemos dicho cómo Don Bosco conocía y dirigía a *cada individuo*, según su carácter, aficiones y circunstancias. Esto, que parece tan difícil, lo es menos que lo parece. Las normas o leyes supremas, universales, adaptadas a cada individuo, a cada caso. Los primeros principios son generales y, por lo mismo, adaptables, en todos los órdenes: intelectual, moral, socialmente; y la mente y el corazón de cada individuo tienen también algo de universalidad, condicionada empero, que les hace aptas a recibirlos. El consonarlos o sintonizarlos es el arte de la educación. Enseñando unas mismas cosas y aplicando unos mismos principios supo Don Bosco sacar de niños inquietos y vivaces, apóstoles como Cagliero, Lasagna, Rabagliati; de los ponderados, un Miguel Rúa; de los tiernos, un Julio Barberis, un Domingo Savio; y así escritores como Bonetti y Francesia; mecánicos, como Ghibarello; operarios, como Cenci; músicos, como Cagliero y Dogliani; contemplativos, como Beltrami, y en todas las carreras modelos a centenares.

Iniciativa y colaboración: el mismo método que sigue Dios en el gobierno del mundo.

NOTAS

(1) *Dell' Educ.*, pág. 248.
(2) *M. B.*, t. VII, c. LIX.

CAPITULO XVIII

EL PROBLEMA DE LA DISCIPLINA

I

NOCIONES

1. Si hemos de creer a D. Lemoyne, Don Bosco solía repetir: «Para mí la disciplina es todo.»

La disciplina en el concepto de Don Bosco

¿Y qué entendía él por disciplina? En una carta circular, fechada en Turín a 15 de noviembre de 1873, escribe:

«Por disciplina no entiendo la corrección, ni mucho menos el castigo—cosa que entre nosotros no debería ni nombrarse—, pero ni siquiera el artificio o manera de hacer las cosas: *por disciplina entiendo un modo constante de vivir conforme a las reglas de un instituto*» (1).

Y añaden los biógrafos que aunque amabilísimo, en esto no transigía; que «no ahorraba correcciones y amonestaciones, pero que las hacía y quería que se hicieran a solas, uniendo a la fortaleza la benignidad».

Los autores de Pedagogía dicen que «la disciplina debe mirar a provocar el consentimiento del educando, de modo que preste su cooperación, y una espontáneamente sus energías»; que por eso, «la disciplina es esencialmente obra de persuasión; que el medio de instaurar la disciplina activa, no

consiste en razonar con el niño sobre la dignidad humana, sino en identificarlo con esta dignidad por el ejemplo de los que los rodean y las costumbres de toda su vida». Hay, pues, ante todo, que crear el ambiente.

Por su parte, los ya citados autores de «Magisterio», allá precisamente donde estudian a Don Bosco, dicen: «Allí donde el amor supera la ley, no existe el problema de la disciplina: está la familia (c'é la famigia).» El problema existe; pero su resolución también, y relativamente fácil: Amor omnia vincit.

El mismo Don Bosco decía que «no es arte de férula ni de voz, sino labor de prudencia y de bondad», penetración en el ánimo y corazón del educando, compenetración de cuantos viven en el Instituto, o sea, en esa familia grande.

Todo esto tiene una base, profunda base: «*el amor de Dios*».

En él hallará el educador todos los elementos para cumplir su misión: el objeto de sus desvelos, el fin educativo, las energías para sacrificarse y vencer. El alumno encontrará todos los suyos. Por eso, al primero toca infundirle un digno concepto de Dios y de su Bondad. «Con demasiada frecuencia la educación cristiana no responde a su fin, porque se inspira a los niños un temor exagerado de la presencia de Dios, pintándoselo como un espantajo temeroso. Y como el corazón del niño fácilmente se aleja de aquello que lo atemoriza, el amor de Dios pierde en él, y el miedo y la desconfianza hacia El toman el puesto de la expansión confiada y del abandono plácido y filial. Dios es el Padre más amante, bueno y generoso. A su amor debemos todas las cosas, y su Bondad lo mueve a darnos siempre más. Y en cambio sólo pídenos amor y gratitud. Por esto debemos obedecer a aquellos que El ha puesto a nuestro lado para mandarnos y dirigirnos en su nombre... He aquí lo que se debe enseñar a los niños» (2).

El «Archivio Ecclesiástico» de Florencia (año I, vol. 11, página 309, 1869), publicó un curioso artículo, «I monelli», o sea, los golfillos. Allí se lee:

«Don Bosco tiene una inmensa potencia de amor y posee

la rara dote de saber desarrollar esta misma potencia en los demás. Un niño, apenas conoce a Don Bosco, se ve como obligado a quererlo; y a su vez Don Bosco sabe servirse de este cariño para llevar al niño a hacer espontáneamente todo lo que debe.»

Un episodio de su niñez nos dice la potencia que ya entonces poseía y su método de lograr las cosas no a las malas, sino con el ascendiente de la bondad. Una vez en Murialdo los charlatanes y payasos pusieron un fandango en la plaza durante las funciones. Juanito fué a rogar a sus amigos que entraran en la iglesia. «¡Mira el mocoso!—le respondieron aquéllos—. ¿Quién te mete a predicador?» Sin responder una palabra, púsose a cantar una copla religiosa conocidísima, tan dulce y melodiosamente, que todo aquel pueblo instintivamente se fué tras él, cantando, a la iglesia.

«¡*Familia*!»

2. Dice D. Lemoyne que con Don Bosco «*la disciplina era fácil, porque era sobre todo cuestión de amor*».

Con la naturalidad, Don Bosco había creado su ambiente, ambiente ciertamente ideal; repitámoslo: el de familia, y entre los miembros de esta familia, «*familiaridad*», es decir, «mutua confianza, estima recíproca, vivir sin imposiciones, pero con orden y jerarquía; con libertad, con intimidad cariñosa». Esta anécdota nos dará una idea. En 1864, en el Oratorio vivían 800 internos, estudiantes y artesanos. Un día el ministro de la Guerra, general Petitti, había hecho un buen regalo de ropas al Oratorio. Cuando Don Bosco fué a darle las gracias, y viendo que el ministro se interesaba, le dió a entender que no les vendría mal a sus niños otro regalito de esos.

—¿Pero cuántos tenéis?

—Alrededor de ochocientos.

—¡Y al menos cincuenta vigilantes!

—No, señor; poquísimos asistentes.

—Pero, entonces, ¿siquiera la disciplina será muy rigurosa?

—No, señor; castigos establecidos para las faltas no los hay, y si acaeciese alguna vez tener que castigar, se da el que ahí por ahí parezca más conveniente.

—Entonces, ¿expulsiones a la orden del día?

—Nada de eso, señor ministro. «Si alguno faltara a las buenas ordenanzas, él mismo se marcha, porque advierte de suyo su incompatibilidad con las del Colegio. Por lo demás, el *sentimiento del deber y del honor tiene una fuerza inmensa sobre el ánimo de nuestros asilados*» (3).

El ambiente se apodera de los niños; la familia los interesaba.

Cierto día encontró por la calle unos cuantos mozuelos desastrados. Movido a compasión les ofreció su casa. Al llegar con ellos los alumnos corren a él, como solían, y saludan a los nuevos compañeros. Y Don Bosco, apenas puede: «¡Con estos nuevos, mucha paciencia, mucha caridad! ¡Os lo recomiendo!»

Las primeras horas y aun los primeros días fueron difíciles. Acostumbrados a la calle, cada palabra que soltaban era una blasfemia, interrumpían la lectura... Pero poco a poco, y aun mucho a mucho, cambiaron. Alguno, apenas se vió vestido y calzado, tomó las de Villadiego; pero los otros se encarrilaron relativamente pronto. Agradecidos al beneficio, se avisaban mutuamente, animándose a cumplir todas las recomendaciones de Don Bosco. A un buen asistente que rogaba mucho por ellos, una tarde, después de la Bendición, se le presenta uno, todo conmovido, y le dice: «Ayúdeme a ser bueno; después de la Bendición, mientras se cantaba el «Bendita sea la Inmaculada Concepción», me parecía ver que la Santísima Virgen me miraba y tendía amorosamente las manos.» Y llegó a ser un modelo (4).

II

EL AMBIENTE

Una objeción

3. Pero se dirá: «Don Bosco era Don Bosco.»

Sí. Pero también él comprendía que la familiaridad, trasplantada de su ambiente natural, y más, si extendía a gran número de personas, es peligrosa, difícil y puede degenerar. Por eso se esmeró en crear el «ambiente», no sólo de su Oratorio, sino de todos sus Colegios, con una serie de disposiciones que, cumplidas, lo aseguran en cualquier clima y en cualquier época. La experiencia de tres cuartos de siglo lo atestigua.

Ante todo, todos deben persuadirse de que si esto es difícil, es también necesario. El Colegio debe reproducir la familia, debe ser una familia. Si no, no compensa los sacrificios que impone. Deben reinar fraternidad, paternidad, amor.

«El educador es un individuo consagrado al bien de sus alumnos; por eso debe estar pronto a afrontar toda molestia, toda fatiga; para lograr su fin, que es la educación cívica, moral, científica de sus alumnos» (5).

«El Director de un Colegio debe estar todo consagrado a sus alumnos y no tomar empeño que lo aleje de su oficio, antes encuéntrese en medio de ellos... Procure conocerlos y hacerse conocer de ellos. Debe ser padre, médico, juez, pronto a soportar, disimular y olvidar. La caridad y la cortesía son sus notas características. Para regir bien debe tener influencia, y para tenerla, es preciso que sea estimado santo y sabio, especialmente en las cosas que interesan a los niños.

Cada cual *procure hacerse amar si quiere ser respetado*; y lo logrará si con las palabras, y más con los hechos, hará entender que sus solicitudes se encaminan exclusivamente al provecho espiritual y temporal de sus alumnos... Los niños

son finos observadores, y si advierten que en uno hay egoísmo, envidia, celos, soberbia, afán de sobresalir y comparecer, ha perdido su influencia. Florecerán siempre las casas de educación si se procura solamente la gloria de Dios; que si se busca la propia, sobrevendrán descontentos, división, desorden. El personal forme un cuerpo solo con el Director, y éste un solo corazón con sus dependientes. Un maestro, un asistente, podrá, sí, troncar una cuestión o un desorden con una patada, un bofetón, un regaño, pero no hará jamás bien ni servirá para hacer amar la virtud y hacerla penetrar en ningún corazón. Haya celo, buscando todos los modos de hacer el bien; pero siempre con calma, con dulzura, con paciencia.

... No cansarse de avisar. ¡Hablar, hablar! ¡Advertir, advertir! Amables en el modo, pero firmes en el cumplimiento y exigencia del deber... Y es importantísimo que los niños no partan del Colegio con hiel en el corazón.

... No se admitan niños expulsados de otros Colegios ni los que conste son de malas costumbres. Si a pesar de las debidas precauciones se hubiese aceptado alguno, désele inmediatamente un compañero seguro que no le abandone jamás.

¡Confianza! ¡Confianza! *¿Qué hay más bello en una casa de educación que la mutua confianza entre superiores e inferiores?* Es el medio de convertirla en un paraíso y de que reine siempre el contento. La confianza de los niños se gana procurando que se nos acerquen a nosotros; y se nos acercarán si nosotros nos acercamos a ellos, procurando adaptarnos a sus gustos y haciéndonos semejantes a ellos.

En suma, se necesita dulce familiaridad. La familiaridad trae afecto, y el afecto trae confianza. Esto es lo que abre los corazones... Se hacen francos, y se prestan dóciles a ejecutar lo que les quiera mandar uno de quien están ciertos de ser amados. Esta familiaridad sea principalmente en el recreo. El maestro, visto sólo en la cátedra, es maestro y nada más; pero si va a los recreos con los niños, se hace hermano. Así también, si a uno lo ven sólo predicar desde el púlpito, dirán que hace ni más ni menos lo que debe; pero

si dice una palabrita en recreación, es la palabra del que ama. Quien sabe que es amado, ama, y quien es amado lo obtiene todo, especialmente de los niños.

Esta confianza pone una corriente eléctrica entre los alumnos y Superiores. Los corazones se abren, manifiestan sus necesidades, descubren sus defectos. Este amor hace soportar las fatigas, los fastidios, las ingratitudes, las molestias, las faltas, los descuidos de los niños...

Cuando languidece este amor, entonces las cosas no marchan bien. Entonces, a la caridad se sustituye la frialdad de un reglamento, y al sistema del prevenir con la asistencia y amorosamente los desórdenes, se va sustituyendo poco a poco el sistema más cómodo para quien manda, de promulgar leyes. Y si éstas se mantienen a fuerza de castigos, arden odios y fructifican disgustos; si se descuida su observancia, engendran desprecio a los Superiores y desórdenes gravísimos. Tales cosas suceden necesariamente si falta la familiaridad. El Superior, pues, sea todo para todos, dispuesto siempre a escuchar toda queja, duda o lamento de los niños; todo ojos para vigilarlos paternalmente; todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de quienes Dios le confía. Así, los corazones no se cerrarán y no medrarán ciertos secretos que matan. Sólo en caso de inmoralidad se debe ser inexorable. Es preferible correr el albur de echar un inocente que retener un escandaloso» (6).

El Colegio, que sustituye a la familia, debe reproducir, en lo posible, la familia. «Tratemos a los niños como trataríamos a Jesucristo en persona, si niño habitara en nuestro Colegio. Tratémoslos con amor, y ellos nos amarán; tratémoslos con respeto, y ellos nos respetarán. Es preciso que nos reconozcan Superiores ellos mismos: si nosotros queremos humillarlos por el hecho de que son inferiores, nos haremos ridículos» (7). En suma, ambiente de familia.

Cómo creó ese ambiente

4. ¿Cómo creó Don Bosco este ambiente? ¿Y cómo lo conservan sus hijos e imitadores? Vale la pena reseñar algunos medios.

III

SERENIDAD Y ALEGRIA

Alegre serenidad

5. Como virtud y estado de ánimo, la serena alegría ocupa puesto de honor en la disciplina de la Iglesia. Ya David cantaba: «Servid al Señor con alegría» (Salmo 2), y San Pablo no sólo la recomienda, sino la canta (Gal. IV). En el Sistema Salesiano es virtud y método.

Es característica la aseveración de Domingo Savio a los recién entrados, particularmente si los veía buenos y sensibles: «*Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres.*»

Ricardo León llamó la alegría «elixir universal del alma». Y lo es, en efecto. Un corazón dilatado por la alegría serena es capaz de trabajar, vencer dificultades, hacer sacrificios, al paso que la tristeza encoge y apoca. La famosa «Regla» benedictina traza el programa: «Ora et labora et noli tristari.» Santa Teresa no piensa de diverso modo.

La educación en la alegría y por la alegría y a través de la alegría serena, es esencial al sistema de Don Bosco. También en esto, abanderado; también en esto, «Educador del siglo». Muchos han observado que a pesar de tanto bullicio y fandango, nuestro siglo, el mundo moderno es un hipocóndrico crónico, y que ese bullicio y ese vagar continuo son precisamente señales y ahogos de insatisfacción.

La melancolía romántica

6. En tiempo de Don Bosco, estaba de moda la melancolía romántica: poetas y novelistas, músicos y dramaturgos, se encargaban de atizarla, con las consecuencias más depri-

mentes y antisociales. El Santo reaccionó, y para cohonestar su reacción, apeló a la tradición de la Iglesia; alegó la autoridad de San Ambrosio y San Felipe Neri, y a la del mismo Espíritu Santo, de quien la alegría es don y fruto.

La alegría serena es connatural a su visión de la vida y de la educación. Es causa y consecuencia de su sistema. La trae el contacto de los corazones. La acrece y perfecciona la gracia.

La serena alegría es el aire del ambiente salesiano: debe penetrarlo todo, porque facilita todo. De tal modo la sintió, que de niño fundó entre sus compañeros la «Sociedad de la Alegría», un Círculo en toda forma, con sus reuniones, sus obligaciones, deberes y derechos. Cada socio se obligaba «a buscar aquellos libros, introducir aquellas conversaciones que pudieran contribuir a estar alegres; por el contrario, se prohibe toda cosa que pueda causar melancolía, y especialmente lo que no sea conforme a la ley del Señor. Adondequiera que iba, fundaba la Sociedad. Así se fundó en el Seminario mismo. Y en todas partes, si al principio chocaba, en breve producía resultados maravillosos.

El niño ama naturalmente la alegría. Por eso debe amarla el educador. Esto es uno de los motivos o causas de la simpatía que suscitó la Obra y de su rápida difusión. «El que trataba a Don Bosco, quedaba ganado por su amable jovialidad, se le desvanecían prejuicios y prevenciones y se le allanaban dificultades. El Oratorio daba testimonio manifiesto de que se encuentra gozo y solaz, allí donde hay inocencia y tranquilidad de conciencia. Aquí la disciplina era fácil porque la insinuaban el amor, el estudio y el trabajo deleitables, porque les dictaba el sentimiento del honor y del deber, y los alimentaba la santa alegría.

Muchos venían al Oratorio, no siempre benévolos ni animados de buenas intenciones, y al ver a Don Bosco en medio de los niños, animándolos, regocijándolos, se les disipaban los prejuicios y se convertían en amigos y bienhechores. Veían que no sólo les daba libertad y comodidad de divertirse; que cuanto más se aventajaban en los entudios; que cuan-

do notaba alguno melancólico o simplemente menos vivaz, se le acercaba y lo reanimaba y que con mil industrias, juegos nuevos... los colmaba a todos de contento...», y esto influía poderosamente, con el provecho escolar y profesional (8).

Para fomentar este espíritu de serena alegría, he aquí el canto, la banda, la orquesta, la música, las veladas, el teatro, los paseos, las grandes y solemnes funciones de iglesia, la comodidad para los Santos Sacramentos... El fundador de la Sociedad de la Alegría no quiere en los Colegios «horas negras ni horas grises».

Don Bosco educaba a los niños y los llevaba al bien con la persuasión, y ellos lo hacían con trasportes de alegría» (9).

Cuidó siempre y con gran esmero el eliminar los «días tétricos, las horas negras», tan peligrosos en toda colectividad (10).

Tal encanto tenía él, que su sola presencia regocijaba, y una sola palabra: «¡Sta allegro!», disipaba los nublados. «¡Alegre!», era su saludo peculiar suyo, que imitaron sus hijos y que producía y produce sus efectos, como una plegaria ritual (11).

Llega a decir que «la serena y santa alegría es la base de su edificio social para la buena educación de la juventud» (12).

En este ambiente, claro es que la obediencia es fácil y el «problema de la disciplina» está resuelto. «La obediencia guía a los alumnos como la madre guía a sus pequeñitos: entonces reina la alegría y la paz».

Es que el amor y la alegría dilatan el alma y la hacen dulce, o al menos pasable el sacrificio.

IV

LA REFLEXION

Su fuerza de reflexión

7. Don Bosco fué reflexivo desde niño. Se lo daba su genio mismo y las enseñanzas de mamá Margarita (13). Y es-

taba persuadido de que la reflexión es una cualidad indispensable al educador y también al educando, para la educación (14).

Por eso se esmeraba en fomentarla en ellos. «Es imposible educar sin los diez Mandamientos y el santo temor de Dios, único freno de las humanas pasiones», decía.

Y hacía pensar a sus niños, les inculcaba y les enseñaba a la reflexión. Frecuentemente les hablaba para dar pasto a su fantasía y entendimiento. «Yo lo ví—dice monseñor Reggio—y lo admiré; los niños pendían de sus labios, diríase que bebían sus palabras. Aun a un tiempo llano y profundo, sabía infundir la *sabiduría*, que él definía: «*el arte de gobernar la propia voluntad*».

«De libros escogidos con gran cuidado hacía leer breves pero frecuentes párrafos durante el día. *Gutta cavat lapidem*: la gota cava la piedra. Esos buenos pensamientos, caídos sobre el alma tres, cuatro, seis veces al día, durante cuatro, cinco años de Colegio, es imposible que no dejen huella y no den fruto de sano pensar y recto operar, por toda la vida» (15).

Un día en una revista militar, llamó la atención del General en Jefe un artillero de fuerzas hercúleas y agilidad pasmosa. Llamóle y a quemarropa le pregunta: «¿Tú estudias con Don Bosco?» «¡Sí, mi General!» Le hizo su ordenanza. El soldado ascendió y no se cansaba de decir: «¡Bendita la casa de Don Bosco, donde aprendí a obedecer!»

Una especialidad

8. Pero son las «Buenas noches» su especialidad. El llega a llamarlas «clave de la buena marcha de un instituto». Las «Buenas noches» son una sugerencia de reflexión. Y en la reflexión maduran las ideas y brotan las resoluciones.

Y cierto que lo son, *si se sigue su método y su espíritu*. En el Congreso Nacional de Antiguos Alumnos españoles, reunido en Barcelona el año 1922, varios refirieron que las

habían introducido en sus casas, empresas y cortijos, con grandísimos resultados, y el Congreso aprobó con su voto, aconsejándolas a todos. Y la revista nacional de ellas siguió caldeando la hermosa idea, reproduciendo modelos variadísimos.

Y, lo que es más interesante, don Felipe Sassone las ha introducido en la Radio Nacional de España.

¿Pero qué son las «Buenas noches»? Esto merece capítulo aparte.

NOTAS

(1) *M. Biog.*, vol. X, c. VIII, 13.
(2) *Vie de Louis Colle. Chap.*, II.
(3) *M. Biog.*, t. VII, c. XXVIII.
(4) *M. Biog.*, t. VI, c. XXXIV.
(5) *M. Biog.*, t. XIII, pág. 922.
(6) Cf. *Annali*, I, c. LII et passim (*M. B.*).
(7) *M. Biog.*, t. XIV, pág. 846.
(8) *M Biog.*, t. IV, c. XLVIII; t. V, c. XXVII y passim en todos.
(9) Card. Cagliero: *M. Biog.*, t. IV, 288, XXV.
(10) *M. B.*, t. XIII, c. V.
(11) *M. Biog.*, t. VI, passim.
(12) *M. B.*, t. VI, c. I.
(13) *M. B.*, t. I, c. IX y X.
(14) *M. Biog.*, t. V, c. XLVI; t. VI, c. XXIII.
(15) *M. Biog.*, t. IX, c. LXXIII, págs. 932-33.

CAPITULO XIX

LAS «¡BUENAS NOCHES!»

Lo que son

1. «Diariamente, entrada la noche, antes de que los alumnos vayan a descansar, el Director, o quien haga sus veces, dirigirá algunas afectuosas palabras en público, dando algún aviso o consejo sobre cosas que se deben hacer o evitar; comentando algún acontecimiento de dentro o de fuera; pero su discurso, por regla general, no pase de dos o tres minutos. Esta es la clave de la moralidad y del buen resultado en la educación.» (Reglamento.)

Todas estas circunstancias hacen de las «¡Buenas noches!» un recurso genial y de primer orden, que muchos con razón envidian y no pocos imitan.

Comenta el Padre Barbera, S. J.: «En este período cada palabra tiene profunda sabiduría pedagógica... «antes del descanso»: el silencio y la noche son circunstancias aptas a causar mayor impresión e invitar a la reflexión; «la almohada es buena consejera», dice el refrán. «Afectuosas palabras»: he aquí el modo paterno, que no debe jamás abandonar el educador; nada de abstracto, de advertencias teóricas que no llamen la atención y dejen el tiempo que hallaron; «no pase de tres o cuatro minutos»: para quien conoce la psicología del niño, no hay necesidad de comentarios» (1).

Las «Buenas noches» crean corrientes de simpatía y de confianza.

Las «Buenas noches» fué propiamente mamá Margarita quien las inauguró. Don Bosco había recogido por la calle un niño huérfano y llevádolo a su casita. Margarita lo refociló, y quitando un poco a su lecho y otro poco al de Don Bosco, le acomodó la cama. Antes de acostarlo, le hizo rezar con ellos las oraciones de la noche y le dió algunos breves consejos. Don Bosco observó una impresión profunda en el niño, y sin duda debió de pensar en la sentencia evangélica: «La palabra de Dios es una simiente que fructifica de suyo: caída en buen terreno, produce el 30, el 60 el 100 por 100.» Sin saberlo, mamá Margarita aplicaba una tan general cuanto arcana ley psicológica: la actividad subconsciente.

Ecos o preparación de la vida, los argumentos de las «Buenos noches» son variadísimos. Don Bosco era muy rico y variado en ellos.

Ejemplos de «Buenas noches»

2. Vayan por muestra:

29 de abril de 1865. Sobre la obediencia:

«Imaginaos una gallina que no ha querido entrar en el gallinero. En vano, el ama se ha cansado para llevarla: corre por el patio de modo que la pobre ama, cansada, cierra el gallinero y se retira. La gallina pasea acá y allá, picotea, recoge algún granito y se siente feliz de ser libre. Cayendo la noche, ve la escala apoyada al pajar, y saltando de peldaño en peldaño, busca en el heno un sitio cómodo para dormir. Mas he aquí que la despierta un ruido. Es noche avanzada, ninguno de la casa vela; los perros rondan lejanos en guardia de la viña. Una zorra ha subido también y se lanza a devorarla. La gallina, espantada, vuela.

La zorra brinca para alcanzarla, pero cae en la era y la gallina ha logrado volar sobre un ramo del árbol cercano. La zorra no quita los ojos de su presa: acuclillada en acecho la mira siempre. La gallina, vuela a la pared que rodea la era. Y la zorra al pie. La pared es más baja que el ramo. La zorra amaga; ve una tabla apoyada en la pared y tre-

pando por ella corre hacia la gallina; ésta no tiene otro escape que un tercer vuelo hacia un árbol fuera del cercado; pero queda más abajo que antes. Advertid que la gallina, por su peso, difícilmente puede volar en alto; por esto, si el espacio a salvar no es corto, a cada vuelo pierde altura. La zorra baja, sale por un agujero e intenta subir al tronco. La gallina se cree ya alcanzada, y vuela a otro árbol algo distante. Y la zorra la sigue. La altura no es ya grande y la gallina, ciega de terror, trata de huir y queda sobre un seto. La zorra se mete entre las ramas, y entonces la gallina se tira en último vuelo, pero delante no tiene donde repararse. Vuela y vuela, y cada vez más cerca del suelo. La zorra se lanza con ojos de fuego y la gallina acaba por caer en sus garras; chilla y de ella no queda sino un montón de plumas ensangrentadas. Hijitos, la zorra es el demonio; la gallina, ciertos niños que serán buenos, pero se fían demasiado de sí mismos, no quieren reglas, como la gallina no quiso gallinero. Estos pobrecillos, inexpertos, desdeñan los avisos, porque tienen alas, buena voluntad y aun rezan; pero ni piensan que la débil naturaleza tiende a lo bajo. Son algunos golosos, y luego algunos flojos, y luego... luego... lo sabe el Señor. Otros dicen: «¿Por qué nos prohiben ciertas amistades? Nosotros no hacemos nada malo.»

Y luego se comienza a descuidar las reglas, luego se esquivan los Superiores, luego ciertas carticas, ciertos pensamientos, ciertas confianzas y familiaridades, ciertas amistades particulares, ciertas sensiblerías. Se baja, las alas no bastan, la zorra está aquí, corre, observa, y... se acaba por caer en sus fauces. ¡Buenas noches!» (2).

Es fácil imaginar el interés con que se seguía la descripción, y la impresión con que los oyentes fueron a la cama, tanto más cuanto que Don Bosco era un mágico narrador.

30 de abril de 1865. Sobre la finalidad de la vida:

«Un grave pensamiento ocupa mi mente y no puedo menos de manifestároslo. Váis a la zapatería y preguntáis a los aprendices: «¿Para qué estáis en este taller, coséis zapatos, enceráis los hilos, cortáis los cueros? ¿Para qué?» Os responderán: «Para aprender el oficio, para llegar a ser buenos obreros.» Váis a la carpintería: «¿Para qué aserráis, cepilláis, usáis continuamente metro y escuadra?» «Pues para aprender bien el oficio, para ser buenos carpinteros y ganar-

nos más tarde el pan.» A todos vosotros, mis buenos jóvenes, os pregunto yo: «¿Para qué habéis dejado vuestras casas y venido al Oratorio?» Y me diréis: «Para aprender, para estudiar, instruirnos y hacernos hombres.»

¡Muy bien! Pero si tanto se hace para aprender un arte, para adelantar en las ciencias, os vuelvo a preguntar: «¿Y qué cosa hacéis en este mundo?» A una voz me responderéis de modo que casi no se podrá entender lo que decís: «Hemos venido al mundo para conocer, amar y servir a Dios, y después irlo a gozar en la celeste patria, que es lo mismo que decir: para salvar nuestra alma, ¿verdad?» Hace ya tiempo que tengo fijo en la mente este pensamiento, y hoy más que nunca se me ha fijado en el corazón; por eso os lo he querido manifestar. ¡Oh, si pudiera decíroslo como lo siento! Pero faltan palabras. ¡Tan importante y sublime es el argumento! ¡Oh! ¡Si todos tuviérais fija en la mente esta gran verdad! ¡Si trabajárais principalmente para salvar vuestra alma! Entonces no harían falta ni reglamentos, ni avisos, ni ejercicios de buena muerte; porque tendríais cuanto es necesario para vuestra felicidad. ¡Oh, si todas vuestras acciones tuvieran por objeto ese fin tan importante! ¡Qué fortuna para vosotros y qué felicidad para Don Bosco! Sería lo mejor de lo mejor. El Oratorio sería un paraíso terrestre. ¡Ni hurtos, ni malas conversaciones, ni lecturas peligrosas, ni murmuraciones, ni desobediencias! Todos cumplirían con su deber, porque, convenzámonos, el sacerdote y el clérigo, el estudiante y el artesano, el pobre y el rico, todos debemos trabajar con este fin; de otro modo, vana será toda fatiga.

Y, sin embargo, hay quienes saben esto y lo descuidan. Todas sus miras son una buena merienda, y aquí están todos sus pensamientos. Si tienen algún condumio o una botella de vino, corren a buscar a sus compañeros favoritos y a disfrutar de esa merienda. No está mal; pero, ¿por qué no emplean con su alma la misma diligencia? ¿Por qué no van en busca de algún compañero necesitado, persuadirlo a hacer una obra buena, hacer una visita a Jesús Sacramentado? ¡Cuánto mejor sería eso, para todo! Recuerdo que en unos ejercicios que predicaba aquel santo que era Don José Cafasso, trató tan admirablemente de los cuidados que se toman los hombres por las cosas temporales y lo descuidados que son con las cosas del alma, que aquella tarde ninguno de nosotros tuvo valor para cenar; ¡tanto nos impresionó esa terrible verdad!

Mis queridos hijos, pensemos también nosotros en cosa tan importante. Seamos cuerdos, no necios; cuerdos, correspondiendo a las gracias que Dios nos da para salvarnos; no necios, porque de otro modo vendrá el día en que lloremos nuestra estulticia. ¡Buenas noches!» (3).

Como hemos dicho, las «Buenas noches» eran y son variadísimas; tan variadas como los argumentos que pueden presentarse en la vida y ocurrírsele a un corazón amante y celoso. Y así era variadísimo el modo, el tono. Los viajes y los Sueños, el horario, las clases, el anuncio y resultado de las fiestas, de los exámenes, las incidencias de la Casa, los acontecimientos públicos le ofrecían una mina que él explotaba magistralmente. «Nos daba consejos y advertencias tan apropiadas que yo, retirándome a mi dormitorio, sentía una impresión y un gozo que no acierto a expresar», dice el Cardenal Cagliero. Los niños y los no niños las esperaban con ansia.

Uso de sus hijos

3. Sus hijos aprendieron el arte. El citado Padre Barbera, dice: «Algunos huéspedes que han tenido ocasión de oírlas, han quedado encantados y conmovidos viendo tantos niños en espera de lo que diría el Director, luego pendientes de sus palabras de sus labios, después alejarse pensativos y en fructuosa reflexión» (4).

Véase éstas que Don Francesia dió en la capilla ardiente donde yacían los despojos del amado Padre el día de su tránsito:

«¿Véis aquí a nuestro amado Padre con esa calma, esa tranquilidad, esa sonrisa que florece en sus labios? Parece que quisiera hablaros, y vosotros casi esperáis esos dulcísimos amaestramientos que tantas veces nos ha dado. Ya no puede hablarnos. Los Superiores me han mandado a suplirlo. Pero, ¿qué diré yo en este lugar donde tanto ha hecho Don Bosco por nosotros? No haré más que repetiros la última

palabra que para vosotros dejó. Preguntándole qué recuerdo quería dejaros a vosotros, hijitos, respondió: «Decidles a los niños que los espero a todos en el paraíso.» ¡Buenas noches!» (4).

La crónica agrega: «El recogimiento general era tan íntimo y absoluto, que parecía sentirse el respiro afanoso de los oyentes. Y Don Bosco, en la calma serenidad de la muerte, parecía bendecir a sus amados hijos, que no acertaban a separarse de él. Dado el aviso de desfilar, como si no hubieran oído, permanecían firmes y llorosos contemplando los amados despojos. Finalmente, encaminándose, permanecían con el rostro vuelto hacia él.»

Su profundo sentido psicológico

4. Las «Buenas noches» Salesianas son cosa profundamente psicológica. Es un aprovechar el trabajo de la subconciencia en el reposo. Véase esta genial observación que Gratry hace cuando aconseja a su discípulo ganar tiempo durante el descanso:

«En sentido mucho más profundo de lo que ordinariamente se piensa, es la almohada buena consejera. Proponte problemas antes de acostarte: no raras veces los hallarás resueltos al despertar. Cuando se deposita un germen en la mente y en el corazón, este germen se desarrolla no sólo gracias a nuestros esfuerzos, sino también gracias a una especie de fermentación sorda que se opera en nosotros. Es lo que nos insinúa el Evangelio al decir: «Cuando uno ha arrojado la semilla en el terreno, sea que vele, sea que duerma, la semilla germina y se desarrolla, porque la tierra labora espontáneamente (terra ultro fructificat).» Así, nuestra alma: fructifica de suyo. El sueño trabaja. A nosotros hacerlo trabajar, preparándole el trabajo de la noche.»

Esto es lo que hace Don Bosco con sus «Buenas noches».

Para que sean lo que deben ser

5. Para que produzca su efecto, este discursito ha de prepararse diligentemente, acomodándolo a las circunstancias; ha de ser sencillo, práctico; ha de entrar dentro del círculo de intereses e ideas del auditorio...

Las «Buenas noches» han tenido prolongaciones felices. En los Oratorios festivos, en las Escuelas de externos, en las funciones parroquiales, y hasta en fábricas y cortijos se dan las «Buenas noches» con resultados que parecen milagrosos. Se dan por la tarde, al despedirse a la gente (5).

Entre las «Buenas noches» es célebre la Strenna o Aguinaldo, que diríamos. El 31 de diciembre por la noche, todos los habitantes de una Casa Salesiana, por más numerosos que sean y variadas las secciones, se reúnen para rezar las oraciones y escuchar todos juntos las «Buenas noches» del Superior. En ellas hace un brevísimo resumen del año muerto y traza el programa para el que va a empezar. Se esperan siempre con ansiedad. El año 1862 Don Bosco acababa de recibir la salud por un milagro de María Auxiliadora. La expectación, era, pues, extraordinaria. «La Strenna que os doy no es mía. ¿Qué diríais si la Virgen Santísima en persona viniera a vosotros y a uno a uno os dijera una palabra?... ¿Y si Ella misma hubiera preparado una tarjetita para cada uno, indicándole lo que más le conviene o lo que de él desea? Pues la cosa es así. La Virgen os da a cada uno la Strenna... Me las ha dictado una a una y yo las he escrito. Desde mañana pasad a mi despacho a retirarla...»

Y así fué. Tan acomodadas eran a cada cual, que humanamente no se podían explicar (7). ¿No será esto una consagración «oficial» de tan bella costumbre? ¿Y un aviso sobre el estudio «personal» de cada alumno?

NOTAS

(1) C. C. S. Giov.: *Bosco educatore*. SEI. Torino, 1942, págs. 68-9.
(2) *M. B.*, t. VIII, c. IX.

(3) *M. B.*, t. VIII, c. IX.

(4) *Ibid.*

(5) *M. B.*, t. XVIII, c. XXV.

(6) Quien quiera consultar una serie de B. N. Salesianas, puede ver nuestro libro *A los umbrales de la vida*, prologado por Salvador Minguijón. Libr. Sal. de Barcelona, 1920, y toda nuestra *Biblioteca Educativa*. SEI, 10 tomitos de 200 págs. c. n. Madrid, 1947-1949.

(7) *M. B.*, t. VII, c. I.

CAPITULO XX

OTROS ELEMENTOS DE DISCIPLINA SALESIANA

I

COLABORACION DE LOS ALUMNOS

Formación de niños y un nuevo «Sueño»

1. Otro elemento del ambiente es la *colaboración de los alumnos en la marcha del Colegio*, en toda la marcha, como en una familia bien organizada.

Comenzando apenas su Oratorio con Bartolomé Garelli y sus compañeros, éstos fueron creciendo, creciendo en número, y Don Bosco pensó en buscar colaboradores. Bien pronto vió que lo mejor era formárselos de planta. Se asoció, pues, algunos niños de buena posición social, los instruía, los ensayaba y éstos le ayudaban a conservar el orden entre los compañeros, a hacer las lecturas y también a cantar loas, cosas que hacían siempre más agradable y provechosa la reunión festiva (febrero 1842). Desde entonces vió que sin el canto y la lectura de libros amenos, aquellas reuniones semejarían un cuerpo sin vida (1).—«Daba clase en algunos colegios de la ciudad. Resolvió hacer un llamamiento a los mayorcitos de sus alumnos para que le ayudaran en los Catecismos. Se lo dijo a los Rectores. Algunos accedieron; otros, no. De los elegidos, varios perseveraron años y años en la labor y escalaron puestos envidiables en la Iglesia, el Estado, el Comercio» (2).

¿Por qué niños de buena posición? Por varios motivos, principalmente porque eran más instruídos, porque ejercían mayor influencia y, sobre todo, *porque la misión que él traía al mundo era un mensaje de armonía social.* Así, el niño ayudaba al niño, el rico al pobre y el pobre al rico.

Algunos sacerdotes amigos, celosísimos, le ayudaban también y le prestaron grandes servicios. Su nombre lo conservan celosas sus Memorias.

Mas la obra crecía sin cesar, y por añadidura empezaban las incomprensiones y adversidades, que parecen ser el sello que marca las obras divinas. Había que ensanchar el cuadro de los colaboradores. De entre la masa podían salir también valiosos directivos. Como siempre, intervino María Auxiliadora. En octubre del 44, consagrado a la Maternidad de María, tuvo sus malos momentos: desconfianza, no; pero sí preocupación. Todo era inseguro.

El sábado que precedía a la segunda dominica de octubre, consagrada a la Maternidad de la Virgen, se acostó «con el corazón inquieto». Y soñó:

Soñó que se hallaba entre manadas de fieras, de lobos, cabras y cabritos, ovejas y corderos, perros y pájaros. Hacían un alboroto de aquelarre, capaz de espantar al más denodado. El quería huir, cuando aparece una gran Señora vestida de pastora; lo llama y le manda acompañar tan extraño rebaño, mientras Ella misma empezó a marchar a la cabeza. Anduvieron vagando por varios sitios; en cada parada muchos de esos animales se cambiaban en corderos. El número aumentaba sin cesar. Después de haber caminado mucho, se encontraron en un prado, donde todos aquellos animales pastaban y jugaban, sin que los unos intentaran morder a los otros.

Cansado, rendido, quería sentarse, más no se lo consintió la pastora: había que seguir andando. De pronto, un hermoso patio con pórticos, y a la extremidad, una iglesia. Cuatro quintas partes de los animales se habían trocado en corderos... Su número era grandioso.

Llegaron entonces varios pastorcitos para cuidarlos; pero se cansaban pronto y se marchaban. Entonces sucede una maravilla. Muchos corderos se convertían en pastorcillos y se ponían a cuidar a los demás. Creciendo en número, se divi-

dían por los campos, buscaban otros extraños animales y los traían al rebaño.

Alzó la vista al campo: lo vió sembrado de hortalizas y verduras. «¡Mira otra vez!», ordena la pastorcilla. Y ve una magnífica iglesia; un coro, una orquesta, música y cantores, lo invitaban a cantar Misa. En la iglesia, dentro, una ceneía blanca con esta inscripción en letras muy grandes: *Hic domus mea, inde gloria mea.*

Hace por preguntarle a la pastorcilla. Ella se adelanta a responder: «Todo lo comprenderás a su tiempo» (3).

No había duda. De entre sus oratorianos tenían que salir los colaboradores. De entre los obreritos, los dirigentes de los obreros, como más tarde en las misiones, de entre los elementos indígenas, los misioneros. La labor de armonía es así más completa. El trabajo sería largo, difícil, pero seguro: las fierecillas habrían de trocarse primero en corderos; de los corderos saldrían los pastores.

Y así fué. Los catequistas se multiplicaron, y se multiplicaron también los Oratorios, los asilos, las escuelas, los colegios... Hay que asegurar la *unidad* y la *continuidad*. A lo primero provee con el «Reglamento». Para lo segundo será muy bien un cuerpo selecto, compuesto de «los jovencitos más inteligentes y virtuosos, que despierten y mantengan entre todos una santa emulación y, siendo número, se conserven fuertes contra el respeto humano». Como se ve, los selectos. Y fundó la «Compañía de San Luis». Un reglamento sencillísimo, pero jugoso: buena conducta, frecuencia de Sacramentos, caridad compasiva, ejemplaridad en el trabajo y estudio—que también es trabajo—, ejercicios de apostolado. Y fué una bendición. Pronto una tandita de ejercicios espirituales para retemplar el espíritu y pedir luces de orientación. «Nos produjeron extraordinaria impresión», atestigua candorosamente José Buzzetti. Desde entonces los «Selectos» tienen su formación especial.

Los chicos toman la iniciativa

2. Algo más adelante, fueron los mismos alumnos quienes tomaron la iniciativa. Una mañana de 1856, Don Bosco recibió una mortificación no esperada. La disimuló; pero la advirtieron los niños.

Yendo dos de ellos por la ciudad, a sus clases, el uno dice al otro: «¿Has visto? Don Bosco habrá sentido gran pena.» «Sí, hay que hacer algo para desagraviarlo y consolarlo.»

Y vueltos a casa reúnen a los mejores compañeros, entre los cuales Miguel Rúa, Juan Bonetti, Domingo Savio, y proponen formar una unión cuyos miembros se proponen dar consuelos a Don Bosco. Domingo Savio, que venía meditando en eso, toma la cosa al vuelo y la caldea. De una nueva reunión sale encargado de estudiar y formular el reglamento. Se discute, se aprueba, se presenta a la aprobación de Don Bosco.

Las «Compañías»

3. Nace así la «*Compañía de la Inmaculada Concepción*», la que Don Bosco llamará su «guardia imperial», la que «muere más no se rinde». Eran todos muchachos de temple. Se comprometen con una especie de voto: «A observar rigurosamente las reglas de la Casa; a edificar a los compañeros, avisándolos caritativamente y excitándolos al bien; con las palabras, pero mucho más con el ejemplo; a ocupar exactamente el tiempo.» Y «a fin de asegurarse la perseverancia en el tenor de vida a que entienden obligarse, someten a su Director el Reglamento». Constaba éste de 21 artículos, en que detallaban las tres premisas... El tercero dice: «Caridad recíproca unirá nuestros ánimos para amar por igual a todos nuestros compañeros, a los cuales con dulzura avisaremos cuando aparezca útil una corrección.» El 16: «Procuraremos manifestar a nuestros Superiores cualquier cosa que

pueda contribuir a mejorar nuestra conducta.» El 17: «... evitar cuanto se pueda esos permisos que concede la bondad de nuestros Superiores... pero cuyo abuso ofenda la observancia del reglamento de la casa.» Don Bosco lo aprobó, modificando o explanando ligeramente. Así, «que en las reuniones debe establecerse, detallada, alguna obra de caridad». Y debían «distribuirse los días de la semana de modo que cada día hubiera algunas comuniones». Y como fin fundamental: «promover la devoción a María Santísima Inmaculada y al Santísimo Sacramento». Acentuó además el carácter de «apostolado.»

Esta Compañía inmediatamente comenzó a hacer grandísimo bien. Los socios «no eran acusetas ni soplones, sino *protectores de los débiles en la virtud y aun de los malos*, si los hubiese (a los cuales hacían inofensivos), atenuaban sus culpas ante los Superiores, intercedían por ellos y frecuentemente se ofrecían a sufrir por ellos el castigo merecido, les ayudaban en los estudios, extendían sus relaciones escolares y sociales. *Era un apostolado* sublime, que requería virtud prudente y robusta. *Cada socio tenía su cliente o sus clientes*, y si éstos caían enfermos o por cualquiera circunstancia necesitaran especiales cuidados, se los prestaban con el desinterés y el secreto de un amigo sincero» (4). *La del Santísimo y el Clero juvenil y otros.*

3. José Boncompagni fundó en 1859 la del Santísimo Sacramento, a la cual se añadió la del «Clero Juvenil», para el esplendor de las funciones.

Juan Bonetti, en el mismo año fundó la de San José, entre los alumnos artesanos. A éstas se añadían las Conferencias de San Vicente de Paúl entre los alumnos mayores, y con el mismo reglamento de Ozanam, y las «Conferencias anexas» que fundó Don Bosco, como apéndice a las anteriores, «para consolar a los jóvenes poquísimo favorecidos de bienes de fortuna y que, sin embargo, querían pertenecer a las Conferencias».

De ellas decía el conde Cays: «¿Qué cosa se podrá pedir para los pobres a niños pobres? ¡Pues bien! No sólo se hace la cuestación, sino que cada uno de estos pobres muchachos da lo que puede economizar aun en las cosas necesarias, y lo

que no puede dar en efecto lo da en afecto y en espíritu de sacrificio..., que, al fin de cuentas, los recursos materiales son menos importantes en las conferencias que el celo y el espíritu de sacrificio...» Y tanto bien producían, que se las fundaron en muchos lugares. Lo social era en Don Bosco connatural con toda actividad.

Todas estas Compañías eran *dirigidas y administradas por los mismos niños*, naturalmente bajo la alta supervigilancia del Superior, que no menoscaba en lo más mínimo su libertad. Fueron, digamos, el patrón de ese «autogobierno» de que blasonan, y no sin razón, algunas «Escuelas modernas». También lo fueron de algunas secciones de la Acción Católica. No sin razón Pío XI llama a Don Bosco «precursor de la Acción Católica».

Estas Compañías subsisten, integradas con la Acción Católica. De ellas dice Ceria en los Anales: «Son instrumentos válidos cual ningún otro para alimentar la piedad y promover y mantener el ordenado vivir en una tan grande masa de juventud. Están escalonadas, resultando de este sistema ventajas de grande importancia. La de San Luis y San José son las más numerosas. Los escogidos pasan a la del Santísimo, sin dejar de pertenecer, si quieren, a la anterior. A la de la Inmaculada, los escogidísimos entre los escogidos. Ejercen un apostolado especial y específico entre los compañeros... Como era natural, hoy han evolucionado ligeramente para mejor acomodarse a la A. C., de quien eran anticipos (5).

Cuando Monseñor Lasagna fundó el Colegio de Villacolón en el Uruguay, las estableció como hacían todos los Directores en todas sus casas. Los socios, especialmente los mayorcitos, se dieron intensamente a apostolado dentro y fuera, especialmente catequizando la chiquillería de los alrededores. Los imberbes catequistas se aficionaron tanto, que en las vacaciones hacían de sus «estancias» y pueblos verdaderos Oratorios festivos. El ejemplo prendió, y las niñas hacían otro tanto con las chiquillas. Estos Oratorios domésticos dieron origen a los parroquiales, sostenidos especialmente por

los antiguos alumnos. Y como en Montevideo..., en todas partes.

¿Recuerda el lector la exclamación de un catequista en el décimo aniversario del primer Oratorio de Don Bosco?

Elementos de colaboración fueron también los jefes de grupos, jefes de salón, decuriones, etc., generalmente elegidos por votación de los mismos niños. Como se ve, un germen de Acción Católica, con todos los elementos de ella, prontos al desarrollo.

II

LA PIEDAD

Es el principal coeficiente de la Educación

4. Pero el principal coeficiente del ambiente salesiano es la «Piedad», pues es su atmósfera. En esto concuerda, y no puede ser menos, con San Ignacio, San José de Calasanz, San Juan B. Lassalle, aunque algo diverso en algunas modalidades.

Una vez el docto y sagaz Obispo de Casale, Mons. Ferié, dijo en presencia de encumbrados personajes que el secreto de Don Bosco era «empapar a los niños y jóvenes de piedad, embebecerlos en su espíritu y sus prácticas, sentidas y amadas, hasta casi embriagarlos; casi que los niños, así impresionados, no se atreven a hacer el mal, porque deberían moverse contra corriente para hacerse malos; descuidando la piedad se hallarían como peces fuera del agua». Alguien se lo refirió a Don Bosco. Convino en que así era, pero rectificó un poquito:

Moderación, equilibrio y esplendor

5. «En las prácticas de piedad se procura no oprimir jamás a los niños, ni cansarlos: *se hace que la Piedad sea como*

el aire, que no oprime ni cansa, a pesar de que gravita sobre nosotros una masa más que regular, y la razón es porque *nos rodea por todas partes, nos penetra por dentro y por fuera*» (6).

Esto merece ponderarse mucho. Citándolo, dice Pío XI a los Delegados de aspirantes: «Insistimos siempre en que la Piedad debe ser la base, el sustento y el remate de la Acción Católica.»

Otro aviso de Don Bosco: «A la generalidad no le pedimos más de lo que se pide a los buenos cristianos» (ib.). Siendo la Piedad un afecto filial a Dios, que nos hace buscarlo y gustarlo en todas las cosas, resulta que es una fuerza ascensional de primer orden, que proporciona al alma grandes energías y grandes consuelos, que facilita inmensamente el cumplimiento del deber y hace dulces los mismos sacrificio. Sin duda por eso dijo S. Pablo que «es útil para todo».

Por esto, el esplendor del culto, las funciones majestuosas, la facilidad y comodidad. Hay que ver el Santuario de María Auxiliadora: «Todo concurre a transportar las almas a una atmósfera superior: local, ceremonias, cantos, música, predicación, concurso de pueblo, peregrinaciones...» Y como en Turín, así un poco en donde quiera, y esto externo, es sólo la traducción parcial de lo que ocurre dentro. Es el ambiente, es el espíritu salesiano, es... el gran recurso que Dios le inspiró para la educación del siglo. La Piedad lo facilita todo. Es una manifestación y un fruto del Amor.

El trabajo

6. Otro elemento precioso del ambiente es el *Trabajo*. Pero de éste, más adelante.

Escribió el Canónigo Ballesio: «El freno al mal, la excitación al bien, nuestra alegría y contento, nacían de la piedad racional, íntima y fervorosa, que el Siervo de Dios sabía infundirnos con su ejemplo, con su palabra, con la frecuencia de Sacramentos, cosas nuevas en esos tiempos. Al mismo tiempo, con una palabra, con una seña, una mirada disipaba las

tinieblas, las ansiedades del alma y nos alentaba a la virtud, al sacrificio, a la obediencia» (7).

Y sin embargo, ¡también en esto cuánta moderación y equilibrio!

En 1876 se discutía en un Capítulo General sobre prácticas de piedad. Algunos propusieron algunas bellísimas, que «arrisero a tutti», les encantaron a todos, y Don Bosco objetó: «Bellísimo, pero quizá no oportuno. Debemos procurar imprimir lo más profundamente posible la religión en la mente y en el corazón de todos, pero sin ostentación y con la menor exterioridad posible» (8).

Que al fin «Dios es Espíritu y Verdad», como dijo el Señor a la Samaritana (9).

NOTAS

(1) *M. B.*, t. II, c. IX.
(2) *M. B.*, t. II, c. VIII.
(3) *M. B.*, t. II, c. XXVI.
(4) *M. B.*, págs. 215 y sig., c. XXXIX.
(5) Cf. *Annali*, t. I, c. LX.
(6) *M. B.*, t. XIII, c. XXVII.
(7) *M. B.*, t. IV, c. XLVII.
(8) *M. B.*, t. XIII, c. IX.
(9) V. *San Juan*, c. IV.

CAPITULO XXI

EL PROBLEMA DE LOS PREMIOS Y CASTIGOS

Importancia del asunto

1. Realmente es un problema disciplinar. Tenía que preocupar a Don Bosco; es decir, preocuparlo, no: interesarlo. Entre «pedagogistas» es una de las cuestiones batallonas. «La función del castigar como la del premiar están íntimamente unidas a la función educativa. Privar de ella al educador sería como privarlo del derecho y del deber de corregir, y obligarlo a dejar correr cualquier capricho o disparate» (1).

El castigo educativo no sólo tiende a restaurar el orden alterado, sino a que voluntariamente le restaure quien lo alteró; por eso debe producir y produce un movimiento interno de la voluntad del culpable, por el cual deplora el mal y desea repararlo.

Lambruschini, en su tratado *Della Educazione*, le dedica ocho densas páginas. Don Bosco, «una palabra», o sea, pocas líneas, en sus apuntes de *El Sistema Preventivo*. ¡Pero cuánto en tan poco! Ambos convienen en cosas esenciales: imposibilidad de excluirlo del todo; necesidad de no erigirlo en sistema; para bien castigar, hacerse amar; mucha moderación, nada de cólera. Pero el grande Educador supera al pedagogista en tres cosas: en recurrir al elemento religioso para iluminar la conciencia, en la exclusión absoluta de penas corporales como irritantes del alumno y envilecedoras del Superior, y en la luminosa máxima de que «con los niños es castigo lo que se hace servir como tal» (2).

Don Bosco logró no sólo reducirlos a la mínima expresión; no sólo que no encolericen al castigado, sino que los

culpables desearan el castigo. También esto es efecto del ambiente, es decir de ese elemento del ambiente de sus instituciones.

Dominio de sí

2. Don Bosco había llegado a dominar de tal modo sus nervios, que le obedecían como fieles servidores. «Río cuando quiero y cuando no quiero no río.» «Mido el tono de la voz cuando reprendo.» Era tan dulce y condescendiente, que complacía siempre, con tal no fuese contra la gloria de Dios. Era máxima suya: «A ser posible, evítese todo castigo.» Pero si alguien se lo merecía, *sabía a tiempo y lugar corregirlo*. Ejercitaba la justicia en grado eminente, pero su celo se inspiraba en caridad y dulzura, y el castigo venía como cosa secundaria, es decir, cuando no bastaban los medios preventivos, y aun en este caso el castigo sabía hacerlo mirar como una justa y necesaria expiación. Jamás se le veía *inquieto ni turbado* cuando debía corregir, y procuraba hacerlo siempre en *privado*.

«*Para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal.* Una mirada no cariñosa causa en algunos mayor efecto que un bofetón» (3).

Gradación

3. «El primer castigo que daba era mostrarse un poco serio con los que habían faltado deliberadamente a la obediencia, al reglamento, o desdeñado un aviso o consejo. Les negaba ciertos signos de benevolencia que daba a todos, como era privarlos de una sonrisa, de una mirada, de que le besaran la mano. Si la falta era secreta, procedía de modo que lo advirtiese sólo el culpable. Los niños temían estas cosas como un grave castigo, y mucho probaban tal pena, que prorrumpían en llanto, llorando a veces horas enteras.» (El biógrafo narra varios casos.) «En casos más graves, una palabra se-

vera. Un día se la dijo a un desobediente. El muchacho se retiró pensativo. No pudo dormir. Tuvo fiebre y, delirando, decía: «Don Bosco ya no me quiere.» Tuvieron que llevarlo a la enfermería. Avisado el Santo, fué a visitarlo. Lo miró, le habló como siempre; el chico se serenó. «Ponte bueno, que seremos siempre amigos.» La alegría le produjo una crisis, vino el sueño y se despertó curado y... enmendado.

Los que habían merecido estas lecciones, casi todos se enmendaban. Pero si alguno mostrábase indiferente a estas paternas represensiones o si reincidía, no transigía y dejaba que lo castigaran: en secreto, si la falta lo era; en público, si tal era la falta; pero no castigaba él mismo, sino dejaba que lo hicieran los subalternos, reservándose el mitigarlo si era del caso.»

¿Y cuáles eran estos terribles castigos?

«Aislamiento en el mismo patio o lugar donde estaban los demás; con los desobedientes, con los perezosos, sustracción del postre. Estos castigos, en sí ligeros, resultaban graves, porque así los reputaban los niños en el ambiente del Oratorio. Por esto, con poco se lograba mucho.»

«Eran desconocidos en absoluto los golpes y mucho más las palabras injuriosas. Prescribía grandes cortesías y benignidad en los modales.»

«No humillar a los culpables, sino procurar que ellos mismos se humillen.» Don Bosco jamás humilló a nadie, advierte el biógrafo.

«Las faltas que consideraba graves eran los hurtos, la desobediencia contumaz y sobre todo la deshonestidad y las palabras injuriosas a Dios, de las cuales decía que eran enseñadas a los hombres por los demonios.

¿Y con las faltas colectivas? Nos apresuramos a decir que en el Oratorio no se registraron jamás esas escenas disgustosas, como las insubordinaciones, que se lamentaban en algunos colegios. Alguna vez hubo chiquilladas, pero se las puso remedio por aquella gran regla *principiis obsta*. Y con razón: en una familia tan numerosa es siempre indispensable *ver, prever y prevenir*. Don Bosco, pues, escuchaba con

atención las quejas de los asistentes y maestros, investigaba las causas de las molestias, inculcaba la justicia e imparcialidad y la oración para no dejarse llevar de pasión o impresión; *rechazaba el castigo colectivo porque irrita y envuelve a los inocentes*; generalmente se reservaba la corrección. Casi siempre se trataba de desgana en el estudio, hablar en tiempo de silencio, faltar a la caridad fraterna y hasta de desatenciones a algún maestro o asistente y a las cosas que mandaban.

El modo

4. Don Bosco, al aplicar el correctivo, se mostraba serio, preocupado, parco en palabras; los privaba de alguna narración ya anunciada y que esperaban con viva curiosidad. Una vez subió a la cátedra desde donde daba las «Buenas Noches», giró la vista en torno y diciendo muy serio: «No estoy contento de vosotros», descendió sin más, enfundando las manos en las mangas, sin permitir que se las besaran. Entre la gran multitud de niños se escuchaban sollozos, muchos lloraban y todos se fueron al lecho meditabundos y arrepentidos: *para ellos, disgustar a Don Bosco era disgustar al Señor.* Y esto bastaba para restablecer un orden perfecto» (4).

Prosigue Don Bosco:

«Que si la naturaleza humana, demasiado inclinada al mal, necesita a veces que se la obligue con la severidad, he aquí algunos medios que, bendecidos por Dios, darán resultado. Ante todo, si queremos—como debemos querer—*el verdadero bien de los alumnos*, no olvidemos que *somos representantes de los padres de familia* de esta amada juventud. Si, pues, sois padres, debéis tener el corazón de padres; no vengáis nunca a reprensión o castigo sin razón y sin justicia, y sí sólo como quien cede a ella por fuerza y para cumplir con un deber. El sentimiento de amor penetre y empape al educador, sobre todo cuando se ve obligado a castigar.»

Comenta Flores de Arcais: «Este sentimiento de amor que impregne al educador, da al castigo de Don Bosco una característica inconfundible.»

Serenidad

5. «*No castiguéis nunca sino después de haber agotado todos los otros medios* (vigilancia, avisos, estímulos). ¡Cuántas veces en mi larga carrera he palpado con la mano la necesidad de esta regla! Cierto que es más fácil irritarse que tener paciencia, amenazar que persuadir; concedo que es más cómodo a nuestra soberbia e inmotificación castigar que corregir soportándolo con firmeza y benignidad. La caridad que os encomiendo es la que usaba S. Pablo con los recién convertidos, que frecuentemente le hacían llorar y suplicar viéndolos menos dóciles y menos correspondientes a su celo... *Tened en cuenta la ligereza del niño. Muchas cosas que parecen culpas no lo son,* porque falta la voluntad. Si las cosas se tomaran como realmente son, ¡cuántos disgustos de menos, cuántas molestias prevenidas.

... Por eso os recomiendo que ante todo uséis la corrección paterna *en privado*. En público no se debe regañar más que para impedir el escándalo o repararlo si ya se hubiese dado. Si después de la primera admonición no se viera resultado, háblese siempre con el Señor. Yo quisiera que el Salesiano fuera como Moisés, que se esforzaba por aplacar al Señor justamente indignado contra Israel. He comprobado que rara vez aprovecha un castigo improviso e infligido sin haber antes buscado otros medios... Sed *firmes* en querer el bien e impedir el mal; *pero siempre dulces y prudentes*; sed perseverantes y amables, y veréis que Dios os hace dueños de los corazones, aun los más indóciles.

Demos ejemplo. He visto que los maestros que nada perdonan a los alumnos, suelen perdonárselo todo a sí mismos. Luego si queremos saber mandar, sepamos antes obedecer y procuremos hacernos amar más que temer.

Cuando realmente sea precisa la represión (puesto que existen ciertas índoles que sólo ceden al rigor), hay que saberlo hacer de modo que no aparezca ningún signo de pasión. Por esto, saber escoger para la corrección el *momento favorable*, puesto que las enfermedades del alma deben tratar-

se siquiera como las del cuerpo. Un médico cuerdo espera a que el enfermo esté en condiciones de soportar la medicina. Este momento se conoce sólo con la experiencia asesorada por la bondad de corazón. Y ante todo, aguardad a sentiros *perfectamente dueños de vosotros mismos;* no parezca que obráis por pasión, humor o cólera. Amaestrador el famoso dicho de Sócrates a un esclavo: «Si no estuviera en cólera, te castigaría.» Tampoco castiguéis a nadie en el momento mismo de la falta: hay que dejarle tiempo de entrar en sí mismo para ponerlo en grado de aprovechar.»

«En las faltas más graves puede echarse mano de los siguientes castigos: comer en pie o en mesa aparte, comer en pie en medio del refectorio y, por último, a la puerta del refectorio; pero en todos estos casos se suministre al castigado cuanto se sirve a los compañeros. Castigo grave es privarle del recreo, pero jamás se debe poner al sol o a la intemperie. El no interrogarlo por un día en la clase puede ser castigo grave, pero no se prolongue más.

¿Y los *pénsums*? Célebres educadores los reprueban como inútiles y peligrosos, tanto a los alumnos como al maestro. Para el maestro hay peligro de excederse sin provecho alguno, y al alumno se le da ocasión de murmurar y hacerse compadecer como perseguido. El *pénsum* no rehabilita nada, es siempre una pena y una vergüenza. Mejor sería en tal caso (*se mai*) asignar por *pénsum* el estudio de un trozo escogido o una poesía.

Jamás castigos colectivos o generales, sino procúrese descubrir los autores del desorden y, si es preciso, despáchense; disciérnase de la causa de los buenos, la de los malos, los cuales son siempre pocos, y no es justo que hagan sufrir a los demás.

Esto por lo referente a la disciplina. En el caso doloroso en que un alumno diera grave escándalo..., llévese inmediatamente al Superior, que en su prudencia tomará las eficaces medidas que juzgue oportunas. Que si alguno se hiciera sordo a estos medios y fuese de perjuicio para los compañeros, debe alejársele, pero proveyendo a su alma, a su honor y

buen nombre. Esto se logra aconsejándole que pida él mismo a sus padres que lo retiren o a éstos que lo lleven a otra partes. Este acto de caridad suele hacer buen efecto en todo tiempo y deja en las mismas penosas ocasiones una grata memoria en padres y niños.

¿Quién castiga?

6 «¿Quién debe dar la orden del castigo? ¿El Director? El no debe figurar (*comparire*). A él corresponde más que a nadie la corrección privada como medio de penetrar en corazones aun los menos sensibles; también le corresponde la corrección genérica o aun pública. Pero quisiera que ninguno se arrogara el castigo sin previa consulta y aprobación del Director.

¿Pero no se debe castigar nunca? ¡Ojalá! Cuando haya que hacerlo dad castigos morales, y debidamente graduados. Y luego... con los niños es castigo lo que como tal se hace servir. Exceptuados rarísimos casos, no se den en público, sino en privado, lejos de los compañeros, con gran prudencia y paciencia para hacer que el alumno comprenda su yerro con la razón y la religión. El pegar de cualquier modo, el tirar de las orejas, etc., deben absolutamente evitarse, porque lo prohibe la Ley, irritan grandemente a los alumnos y envilecen al educador.» El castigo no es un fin, es un simple medio disciplina, y éste de excepción

Nótese este motivo: «envilece al educador». ¡Cuán cierto! Un educador tan dueño de sí como Lambruschini, narra de sí mismo que una vez que abofeteó a un alumno, sentía crecer en sus entrañas los instintos brutales de la bestia (5).

«Evitad que se pueda pensar que obráis por pasión o para hacer sentir la propia autoridad. Miremos a los alumnos como hijos o hermanitos; pongámonos a su servicio.

En ciertos momentos graves sirve más una elevación de la mente a Dios que una tempestad de palabras.»

Los premios

7. En cuanto a *premios*—que también son «estímulos de la flaca naturaleza humana»—, Don Bosco legisla muy poco, porque... realmente es cosa fácil y no tan comprometida. El los daba con relativa frecuencia, individuales y colectivos, siendo entre éstos los paseos y excursiones y la premiación final. Esta era espléndida. (La tradición se mantiene en los institutos Salesianos. En las M. B. se conservan varias descripciones de estas veladas, en las cuales solía él pronunciar bellísimos discursos.)

De otros estímulos habla: son eficacísimos: las *notas* diarias, semanales, mensuales, trimestrales, semestrales y finales y las *muestras de confianza*.

Y remacha:

«El Director haga conocer bien las reglas, los premios y los castigos establecidos por las leyes de la disciplina, a fin de que el alumno no pueda excusarse con el «yo no sabía que esto fuera mandado o prohibido».

Debe ser el amor el que mueve (*attira*) a los niños a hacer el bien; y para esto, continua vigilancia y dirección; no ya punición sistemática de las faltas después que se han cometido, lo cual está comprobado que las más de las veces atrae sobre el educador el odio del alumno mientras vive.

La educación es cuestión de corazón, y del corazón sólo Dios es dueño; y nosotros no podremos lograr cosa alguna si Dios no nos da el arte y no pone las llaves en nuestra mano. Procuremos, pues, apoderarnos de esta fortaleza cerrada al rigor y abierta a la esperanza. Esforcémonos para hacernos amar, por infundir el sentimiento del deber y del santo temor de Dios, y veremos con cuánta facilidad se nos abren las puertas de los corazones» (6).

¿Afinidades?

8. Algunos tratadistas han visto entronques de Don Bosco con Locke y hasta con Rousseau. Hay un abismo. Cierto que también el sistema de Don Bosco es natural, ¡no naturalista! Más aún, es el más natural de todos, porque Don Bosco es el Educador Cristiano, y como tal toma en su integridad y totalidad la naturaleza humana, como es en sí, y sobrenaturalizada por la Redención. Pero ¡cuánta diferencia! El autor inglés es un positivista; el ginebrino noveliza, finge un niño irreal, un hombre que no existe ni ha existido nunca, su teoría lleva a la Revolución francesa y a los horrores de El Terror; el Santo piamontés, todo equilibrio y realidad, toma al niño como es, al hombre como existe, caído y redimido, y su enseñanza lleva a la armonía individual y social.

Don Bosco fué un optimisma, sí, mas no a la manera de Rousseau o de la escuela naturalista. Demasiado «conocía lo que hay en el hombre»; pero conociendo también la potencia de la Gracia, sabía lo que se podía esperar de ella, añadida al fondo de natural bondad que aún queda en el hombre, a pesar de los estragos de la caída original.

«En todos los tiempos y lugares la juventud mostró tener buen corazón para con quien sinceramente la ama y busca su bien. Turbas de niños y adolescentes se aglomeraban en torno del Divino Salvador, porque los amaba como el más tierno de los padres. San Felipe Nerí, San José de Calasanz, San Jerónimo Emiliano, San Francisco de Sales, el Beato Sebastián Valfré, tuvieron la misión de salvar a los pequeños, y éstos les correspondieron» (7).

Creemos que basta lo citado para comprender las opiniones y la práctica de Don Bosco en este asunto. Una vez más se comprueba que «para instruir basta saber alguna cosa; para educar, hay que *ser* alguna cosa».

NOTAS

(1) *La Scuola moderna*, dic. 1941.
(2) Ceria: *Annales*, I, c. LXII.

(3) *El Sistema Preventivo,* IV.
(4) *M. B.*, t. IV, c. XLVLLL.
(5) *Dell'Educ.*, c. VIII.
(6) Cf. Circulares de los Sales. *M. B.*, t. VI, c. cit. y XVI E. Appendice.
(7) Cf. *M. B.*, c. XLVII.

CAPITULO XXII

I

EL PROBLEMA DEL TRABAJO PEDAGOGICO

El concepto de Rousseau y el de Don Bosco

1. A Don Bosco no le interesaron particularmente los conceptos rousseauniano, pestalozziano, froebeliano del trabajo, tal vez porque su admirable sentido práctico se los hacían suplir con otros efectivamente más eficaces y productivos. Dichos conceptos y sus procedimientos consiguientes estuvieron muy en boga durante un medio siglo; decayeron después; los pone hoy de nuevo en circulación la Escuela Activa; pero por los ensayos, reformas, titubeos, no parece tengan fortuna, a no ser que se les modifique y adapte radicalmente. Según el espíritu de su sistema, no habrá dificultad en adoptarlos si realmente se comprueba su utilidad pedagógica, que alguna tienen ciertamente.

En cambio, fué más que un solucionador, fué «prevenidor» de los problemas fundamentales que el trabajo plantea: dos principalmente: primero, *el valor humano del trabajo* en cualquiera de sus formas y la igualdad civil que esto acarrea; segundo, *la elevación social de la clase obrera*. Esto hoy se lo reconocen todos. Si su sistema hubiera sido adoptado por gobiernos e industriales, ¡cuán diversa sería hoy la cuestión social! Están en tiempo nuestras naciones iberoamericanas.

Observa juiciosamente Flores d'Arcais que «por carácter, Don Bosco no tuvo preferencia por los estudios abstractos, sino por los humanísticos, o mejor dicho, *humanos*, que le facilitaban el conocimiento del hombre, de sus fuerzas y ten-

dencias, de su mundo; y por lo mismo sentía la necesidad de confrontar, de *experimentar* su pensamiento en las realidades, de *traducir en acción sus convicciones*, persuadido como estaba de que la voluntad es el centro y la cumbre de la actividad humana». Y añade que «en él la acción estaba siempre acompañada e iluminada por el pensamiento, sobre todo cuando la acción es afirmación de fe» (y esto es lo regular en los Santos), y que por eso «difiere de los tratadistas contemporáneos suyos por el reconocimiento explícito de los valores espirituales y por el *modo* como entiende la acción, y en particular esa concreta acción, principio y fin del proceso educativo, que es el Trabajo» (1).

Lamenta el desconocimiento en que se ha tenido la obra *genial* del Santo, considerándosele y estudiándosele de un modo incompleto y unilateral.

«Se reconoce, sí, su continua y maravillosa actividad para abrir y dirigir escuelas y colegios, su operosidad de bienhechor a más de educador; se le reconoce su posición de vanguardia como fundador de escuelas profesionales, artesanas y técnicas; se reconoce que mucho han hecho él y los Salesianos por la elevación del pueblo y del obrero, pero generalmente no se ha advertido que ésta es la característica de esta actividad práctica o, mejor, no se ha puesto en la debida luz el hecho de que Don Bosco no solamente proclamó y actuó la cruzada de la educación del pueblo, sino que advirtió, valoró y resolvió, único tal vez entre todos los educadores contemporáneos suyos, *el problema cuya solución les proponía su siglo* con más urgencia a los pensadores y a los hombres de acción: el de la *elevación y educación cultural*—a más de la moral—*del pueblo*. Había que llegar al reconocimiento de un *valor humano del trabajador*, para injertarlo real y concretamente—y no sólo retóricamente—en el ámbito de la vida, como factor *preeminente* de la nueva civilización.

Sólo más tarde, cuando hervía el socialismo, se impuso lo que en términos comprensivos se denominó *problema o cuestión social*.»

La «función» del trabajo

2. «La función del trabajo en la sociedad moderna, he aquí lo que los pedagogistas del tiempo no supieron ver, o lo vieron fragmentariamente... Don Bosco la supo descubrir y valuar en su complejidad y en la apoliticidad de su posición, pedagogo de temperamento profundamente político (no en el sentido restricto que suele darse a la palabra, sino en el genuino, o sea, «arte de conducir un pueblo a sus fines»), porque era capaz de ir más allá de la consideración inmediata y contingente del momento.

No puede olvidarse que el tiempo en que Don Bosco, entre dificultades y obstáculos humanamente insuperables—1841-1853—, abre y organiza sus *Escuelas Profesionales*, coincide con los movimientos de carácter obrero o proletario en Francia, Inglaterra, Alemania, que culminan con el manifiesto de Carlos Marx. ¿Quién no ve que si no estamos todavía decididamente en la Escuela de tipo industrial, estamos ya muy por encima de la Escuela Agraria, y que se ha superado, en una visión más amplia del trabajo moderno, la limitada Escuela Artesana?

Lo demuestran con palmaria evidencia los programas y reglamentos, en los cuales hay involucradas cuestiones de grandísimo alcance e importancia; v. gr., que «el trabajo es valor esencial para el hombre».

Dejemos a un lado el aspecto moral de la cuestión: el trabajo es de valor esencial para el hombre; esto entra lógicamente en la visión cristiana de la vida. Lo que aquí interesa es *el sentido* del trabajo; no se trata sólo de aprender un oficio, sino de *comprender y vivir el trabajo*. Obreros perfectos se llega a ser no precisamente por la posesión de determinados conocimientos técnicos, sino sobre todo por la conciencia —humana—en que se traduce y activa el hecho mismo del trabajo, *en cuanto el hombre trabaja*.

Ahora bien, esto, que es profundamente moderno, más aún, actual, Don Bosco lo comprendió cuando la industria

apenas ensayaba sus primeros pasos. La antítesis «estudio-trabajo» está decisivamente superada: uno y otro son elementos de la educación, mediante la cual el hombre adquiere conocimiento de sí y de sus capacidades» (2).

Tiene el trabajo un valor económico y social, y lo tiene también—y es el más importante—espiritual y religioso. *La ciencia es también trabajo*, y el trabajo puede ser oración. Y para Don Bosco lo es. Después de las discusiones del «Humanismo moderno», y sobre todo, después de Pío XI, resalta como un sol la actualidad de Don Bosco.

«De este modo Don Bosco ha podido también demostrar que el Cristianismo, aun sin necesidad de reformas, sabe perfectamente adecuarse á los problemas de todo tiempo y resolverlos en la plena conciencia de su actual significado» (3).

Ampliación de este concepto

3. El Santo, pues, eleva y ensancha el campo del trabajo. *Mandato de Dios y función social, cualquiera sea su forma*: intelectual, manual, mixto. *El trabajo nivela á los hombres y al mismo tiempo los jerarquiza.* Las leyes civiles lo reconocen o lo reconocerán. Si así es, hay que elevar también al obrero, al labrador, al trabajador manual, hay que capacitarlos, tanto más—y él lo veía claramente—que su influencia social y política crecerá inmensa cuanto rápidamente, y el porvenir será suyo.

Los que gustan de establecer paralelos entre San Benito y San Juan Bosco, dicen hermosamente que «el primero lleva el trabajo a una sociedad que no lo practica, y la educa; el segundo lo toma de una sociedad que lo practica, y lo espiritualiza; que ambos lo transforman en apostolado, arma de santificación propia y ajena, arte de dar a la actividad externa un ritmo semejante a la interna de los mismos místicos».

En efecto, ambos asocian «Trabajo y Oración: Labor et Oratio: Lavoro e Preghiera». Pío XI, jugando profunda y elegantemente de palabras, expresa un principio y traza un

programa: «Qui laborat, orat: Labor *est* Oratio; Lavoro *è* Preghiera»: Quien labora, ora; Trabajo es Oración. Y a la Familia Salesiana concede la Indulgencia Plenaria diaria del Trabajo. Hoy es lema «Trabajo-Oración». Bellas cosas, cónsonas con los tiempos.

Por qué el Colegio es familia...

4. *El Colegio de Don Bosco es Familia.* Y en la familia ocupa su puesto de honor el Trabajo: Trabajo en toda su extensión. ¡Qué bien se ve esto en los Colegios completos, donde a un lado y otro de la hermosa iglesia o capilla «trabajan» las dos secciones: estudiantes y artesanos; aulas de letras y ciencias, y aulas de talleres; el mundo en pequeño; allí se forman los ciudadanos que en la vida social y civil irán a convivir.

Quien no ve en esto un germen de armonía social, carece de sentido de la Providencia.

En su Reglamento les da el Santo la síntesis de su pensamiento:

«El hombre, amados niños, nació para trabajar. Adán fué colocado en el paraíso para que lo cultivara. El Apóstol San Pablo nos advierte que no merece comer quien no quiere trabajar: si quis non vult operari, nec manducet» (4).

«Por trabajo se entiende el cumplimiento de los deberes del propio estado: sea estudio, sea arte, sea oficio. Mediante el trabajo podéis haceros beneméritos de la sociedad y hacer bien a vuestra alma, especialmente si ofrecéis a Dios vuestras cotidianas ocupaciones.

Si sabéis alguna cosa, dad gloria a Dios, que es el autor de todo bien: no os ensoberbezcáis, porque la soberbia es gusano que roe y hace perder el mérito de todas las buenas obras.

Recordad que vuestra edad es la primavera de la vida. El que no se acostumbra al trabajo durante la juventud, casi siempre será un gandul hasta la vejez, con deshonra de la

familia y de la patria, y hasta con daño irreparable de la propia alma. El que debe trabajar y no trabaja, roba; los viciosos experimentarán al fin de la vida grandísimos remordimientos por el tiempo perdido.

Piense cada cual que el hombre nace para el trabajo como el ave para el vuelo, y que solamente quien trabaja con amor y asiduidad, tiene el corazón en paz y halla leve la fatiga» (5).

«Comenzad siempre el trabajo invocando al Señor con el «Actiones» y a la Virgen con una Ave-María, y terminando con el «Agimus». Rezad bien estas pequeñas oraciones para que el Señor se digne bendecir vuestro trabajo y podáis ganar las indulgencias concedidas.»

Es lenguaje no sólo de maestro y de sociólogo, sino de cristiano y de santo.

En realidad, el sobrenaturalizar la vida es la única manera digna de vivirla.

Y estos conceptos Don Bosco los desarrollaba y comentaba con toda la riqueza de pormenores, anécdotas, exhortaciones que él sabía: son rico arsenal sus «Buenas noches», sobre todo. Trabajo-amor, trabajo-oración, trabajo-apostolado. Todo trabajo, porque es imitación de Dios, que trabaja siempre, y todo sirve para cantar y difundir su gloria. En su mismo Manual de prácticas de piedad le dedica una Meditación al Trabajo. El Trabajo es actividad productora de riqueza; es virtud cristiana; es concausa de civilización, es apostolado... La juventud contemporánea debe ser educada en el Trabajo, por... tantos motivos.

¿Qué pensaría Don Bosco de tantas vacaciones como perturban la vida de nuestros escolares, y sobre todo de la manera como se hacen?

Don Bosco, «el Santo del Trabajo»

5. Después de esto, ¿es de extrañar que él haya amado tanto el trabajo, hasta merecer el dictado de «el Santo del Trabajo»?

Personalmente ejerció y se ejercitó en todos los trabajos, y así pudo enseñarlos: pintura, jardinería, agricultura, sastrería, zapatería, carpintería, herrería, cocina, repostería, encuadernación, imprenta, enseñanza, escritor, predicador, consultor de ministros y prelados... Uno de los primeros libros que escribió fué un tratado de Enología. Fué, sin duda, uno de los más grandes y fecundos trabajadores de la historia: por el tiempo dedicado al trabajo; por el fenómeno curioso de su trabajo durante el sueño; por la variedad y calidad del trabajo.

Hecho el cálculo de las horas de su vida, resulta que no trabajó menos de dieciséis horas diarias. Se levantaba muy temprano y se acostaba muy tarde. En su juventud había tomado el propósito de no «darle al cuerpo más de cinco horas de descanso»; no conoció la siesta; durante muchos años dormía sólo tres horas o velaba una noche sí y otra no. Era especie de muletilla suya: «¡Trabajo; trabajo!» Y pudiéramos decir que murió repitiéndola. Pero era muletilla consciente, conscientísima. Repitiendo con ligera variante la frase de San Ignacio, decía:

«Hay que trabajar como si no debiéramos morir jamás y vivir como si debiéramos morir hoy mismo.»

Cuando veía fatigados a sus hijos, decíales: «¡Animo!; trabajemos, trabajemos siempre, porque allá arriba tendremos reposo eterno.»

Un día un grande amigo le reprochaba: «Ustedes trabajan demasiado.» «Estamos aquí para trabajar.» «Está bien, pero la cuerda demasiado tensa, se rompe.» «Descansaremos en el paraíso.» «Pero entre tanto, se arruina la salud.» «No es una pérdida, es una ganancia... ¿No dice San Pablo que «cada uno recibirá su recompensa en proporción de su trabajo»?

El Señor lo hacía trabajar durante el sueño. Con mucha frecuencia ensoñaba. Y en sus sueños o ensueños, ¡cuánto trabajo! La colección de *Sueños de Don Bosco* sería un monumento literario de primer orden, amén de serlo de ascética, mística, educación, psicología...

Pero si trabajó tanto y quería que sus hijos trabajaran, insistía para que el trabajo no fuera exceso, atrafagamiento, disipación, sino oración en el orden y la calma del espíritu. Y luego, en la Regla, prescribe, como norma ordinaria, siete horas de reposo, para «... poder emplear mejor el tiempo, don precioso de Dios» (6).

NOTAS

(1) *Op. c.*, págs. XXIV y XXV.
(2) *Op. cit.*, págs. XVIV, XIX.
(3) *Op. cit.*, págs. XXIV, XXIX.
(4) *Il* Regl., III, 10.
(5) Regl. Alumnos. Cf. *M. B.*, IV, pág. 748.
(6) *M. B.*, t. XIII, págs. 34, 89, 120; t. IX, pág. 574.

CAPITULO XXIII

EL PROBLEMA DE LA DIDACTICA

Cómo lo entiende él

1. De Didáctica, como de Metodología, Don Bosco no trató expresamente, tal vez, entre otros motivos, porque en su Sistema cualquier método de enseñanza es bueno con tal que lo sea el maestro; pero indirectamente, ¡cuántas lecciones y cuántas y cuáles normas no ha dictado! El, como nació educador, nació maestro y profesor.

Seminarista, toma a su cargo clases de repetición a sus compañeros más atrasados y los habilita para los exámenes y, lo que más vale, a la comprensión y a que cobren gusto para el estudio. Su habilidad llega hasta capacitar al sacristán de la parroquia, hombre ya entradito en años y sin más preparación que los rudimentos de la elemental aprendidos en la niñez, y hacer de él un seminarista excelente, un sacerdote y predicador modelo.

«Tenía un método todo suyo—dice la Crónica—, que allanaba las dificultades y hacía deleitables el Latín y la Aritmética y el Griego.» Pero también estudia y observa.

Recién ordenado, «visita en Turín las escuelas públicas, observa y estudia, y da clases semanales de Catecismo razonado en varias de ellas, con gran contento de los maestros y gusto y aprovechamiento de los alumnos. Su palabra atractiva, sus modales finos, afectuosos, todo candor y sencillez, lo hacen dueño de los corazones. Su aparición es siempre una fiesta en la escuela. Los argumentos que desarrolla

los confirma con hechos de la Historia Sagrada y Eclesiástica» (1).

Terminado el trienio de perfeccionamiento eclesiástico, funda escuelas dominicales y nocturnas, que llegan a tener ya en los primeros meses 300 alumnos, entre los cuales no pocos de bigote y barba. Improvisa maestros. Y los forma y ayuda. Implanta un método todo cíclico. Tiene que empezar por enseñar a leer, tarea difícil, sobre todo tratándose de adultos.

«Enseña a leer: conocer las letras y formar las sílabas —jugando, bromeando—, e inmediatamente aplicar en las páginas del Catecismo.

Era de ver el gusto de esos obreros cuando podían descifrar una o dos preguntas y respuestas: éstas se asignaban por lección a aprender de memoria. En la lección próxima se aprendían del mismo modo dos o tres, se unían a las anteriores por ilación y para ejercicio de memoria y de inteligencia. Cuando había ya materia suficiente, un repaso general, no escueto, sino en forma de velada o de certamen. Crece en todos los alumnos el interés y el deseo de aprender más y más y de instruirse. El ha tomado para sí la clase de los hombres más maduros, varios de ellos ya padres de familia.

Y para asegurar en todo el numeroso conjunto la disciplina, vela, vigila, visita. Como es natural, eso llama la atención, y curiosos, y maestros y autoridades quieren ver y observar. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana, incomparables maestros y didactas, se deleitan en venir a Valdocco a examinar el método que emplea para instruir simultáneamente esa multitud de alumnos» (2).

Para dar unidad a todas las clases y asegurarles regularidad, compila reglamentos y programas. Hombre avisado, consulta, estudia, visita; sabe que en Milán y Brescia existen escuelas e instituciones especializadas, y allá va a ver y consultar y... asimilar. A uno de los suyos dió este aviso sapientísimo: «Ten siempre el ojo bien abierto y mira alto y lejos» (3).

Detalles

2. Bueno será descender a detalles.

Lectura y escritura.—Las enseña simultáneamente. Sus discípulos inmediatos son hombres maduros. «¿No preludia esto es método global?»

«Tenía un método particular y curioso para enseñarles el Alfabeto. Utiliza el dibujo. Traza en la pizarra una letra, acompañándolo con chistes, agudezas, comparaciones que regocijan a la clase, y les graban así en la memoria e imaginación la forma y sonido de la letra. Trazaba, por ejemplo, la O, y partiéndola por mitad de arriba abajo con una línea perpendicular al suelo, salían, a la izquierda, una C, y a la derecha, una D, y así las demás, pero siguiendo siempre un orden lógico (que favorece la asociación de ideas).

A veces sus maestrillos, dejando momentáneamente sus respectivas clases, vienen a expiarlo, a admirar y a aprender sus invenciones.

Cuando nota señal de cansancio, varía, interroga, dialoga, canta.

Enseña también Aritmética, Geografía, Historia. Las mezcla, las relaciona, les da aplicaciones prácticas a la vida de cada día.

No satisfecho de los textos que halla, escribe el suyo» (4).

«¿Explica Historia? De ella es un apasionado. La acompaña con la Geografía, como dos amigas inseperables que son, teniendo ciudado de poner ante los ojos de los alumnos los mapas y las correspondencias, donde sea el caso, de los nombres antiguos a los actuales, y les enseña en pinturas o en relieve, utensilios, costumbres, vestidos del tiempo. Y pues la Historia es maestra de la vida, daba a sus alumnos criterios justos para juzgar rectamente de los acontecimientos que se desarrollan actualmente ante su vista, viendo el juego o designio de la Providencia en el libre moverse de los hombres, para formar el patriotismo y la solidaridad, para ver y constatar la indefectibilidad y unidad de la Iglesia» (5).

Agricultura y Matemáticas.—Hijo de los campos, sociólo-

logo de nacimiento, ¿podía dejarlo indiferente la Agricultura?

El local de que dispone no es muy grande; gusta de que los niños corran y salten y, por consiguiente, que haya patios, mientras más vastos, mejor; pero así y todo, *halla lugar para que Mamá Margarita cultive su huertecito y los niños de la ciudad vean las labores y aprendan a cultivar flores y hortalizas*; pegadas a los muros del edificio que se levanta, planta vides trepadoras, que él mismo las poda y cuida.

Y pues la Aritmética y la Geometría son indispensables en la vida, cualquiera sea el estado en que transcurra, las enseña con cariño; para que las amen, las hace amenas; para que las practiquen, las hace interesantes, injertándolas en el diario trajinar; como algunas cosas son de difícil comprender, las dramatiza, las lleva al proscenio en diálogos y comedias divertidas. Hace lo mismo con la Urbanidad y normas de convivencia social.

Muy a los principios, a cuatro de sus maestrillos, muchachos avispados, los quiso adelantar rápidamente, en especial sobre materias literarias. Les daba él mismo todas las clases. Enseñábales la Gramática como deseaba que ellos luego la enseñaran, exponiendo con brevedad y clarísima limpidez las principales reglas y exigiéndoles a cada uno, para asegurarse de que las comprendían, la repetición con palabras propias. En poco tiempo los puso en grado de medirse con el Latín. Se lo esplicaba él mismo. Al empezar la clase, hacía él mismo de alumno, repitiendo la lección del día anterior; luego hacían ellos otro tanto. El texto de Gramática no se abría en clase, a no ser en casos rarísimos para solventar alguna duda o dificultad. Habiendo la mente aprendido a trabajar, se procedía a buen paso.

Y como en esta materia, así en las demás. Notando un día que se fatigaban, dió en llevarlos al campo abierto, una alameda o la plaza de armas, y allí, bajo los árboles y en forma amena, pero no menos eficaz, trabajan. Mas no los deja disipar ni divagar.

«¿Quieres aprender bien la lengua latina?», dice un día

a uno de sus amigos. «Traduce cuidadosamente un trozo de autor clásico; luego, sin ver más el texto, vierte al latín tu traducción y confronta tu versión con el texto. Te aseguro que con este ejercicio diario habrás adelantado muchísimo al cabo de un mes» (6).

Había experimentado que los métodos en uso no le daban el rendimiento apetecido. Excogita otros nuevos, y la experiencia confirma plenamente su ingeniosa audacia.

El criterio de sus textos

3. ¡Y qué criterio en sus textos y en general en sus libros! Brevedad, claridad, amenidad, sencillez, corrección, exactitud.

«No escribo—le dice a un amigo—para los doctos, sino para los pequeños e ignorantes... Recuerda que las siniestras impresiones recibidas en la niñez por un hablar imprudente suelen acarrear fatales consecuencias, especialmente para la fe y las costumbres» (7).

Y «no se fía de su juicio: consulta con los eruditos para asegurarse de la exactitud de la doctrina y pureza de lengua, y compulsa con los ignorantes para asegurarse de que le comprenden» (8).

Con su grande autoridad, más tarde da normas a los escritores, algunos de ellos tan renombrados como Lemoyne. «Tu trabajo es magnífico, pero es preciso tener en cuenta el fin y las conveniencias: primero, suprimir o siquiera templar los arrebatos poéticos y lo meramente descriptivo—que no encajan bien en una biografía popular—; segundo, pensar que escribes historia, y por lo mismo, la moral—si la quieres derivar—que vaya como amasada en la narración, con disimulo; tercero, muchas cosas, como verás, no son convenientes, porque rozan demasiado la política...» (9).

Para la buena formación de la inteligencia, daba mucha importancia a la *Filosofía*. Controla a estudiantes y profesores. A éstos recomienda:

«Tenga paciencia. *No se remonten. Pónganse al nivel* y capacidad *de la media del curso*; no pretendan hacer continuas y sublimes disertaciones—que son inútiles, a veces ridículas—; *no hay que disertar, sino enseñar.*»

Avisos a un quejumbroso

4. A uno muy inteligente y bastante severo, que se le quejaba:

«Primero, yo haré lo que pueda para *despertar en los alumnos el amor al estudio*, pero tú coopera cuanto puedas; segundo, *considéralos como hermanitos tuyos*: amabilidad, comprensión, miramientos: he aquí la llave de los corazones; tercero, interrógalos o menudo: *invitarlos a exponer*, a leer, a leer, a exponer; cuarto, siempre animar, no humillar nunca; alabar cuando se pueda, no despreciar aunque se presente el caso» (10).

«Haz que *aprendan a escribir bien las cartas*. No parece verdad, pero es lo cierto que en esta parte muchos faltan, aun gente instruída, aun sacerdotes. Y sin embargo, es cosa de grandísima importancia. De una carta bien o mal escrita dependen muchas veces cosas de no pequeña entidad. Y para ponerlo inmediatamente en práctica, ya que se acerca la fiesta de la Purísima, di a todos los alumnos que me escriban una cartita; pero la quiero con todas las reglas del arte. *El argumento, a elección libre*. Si quieren, que me cuenten algo de su vida, o del colegio, o me deseen buena fiesta; pero que cada uno escriba lo mejor que sabe en achaque de correspondencia epistolar. A los dos mejores, les daré un premio. Para que mejor resulten, recomiéndales que lean el apéndice del Reglamento y se lo hagan explicar. Así lograremos nuestro intento.»

Así hablaba en 1878 al Director de un Colegio (11).

En efecto, en el *Reglamento de los Alumnos* había dedicado un capítulo al asunto de la correspondencia epistolar.

Enseñar a estudiar

5. Pertenece también a la Didáctica el *enseñar a estudiar* y a sacar provecho de los estudios. No lo descuidó Don Bosco. Algunos años le dedicó a este asunto verdaderos cursillos, aprovechando especialmente las «Buenas Noches». Véase el elenco del que desarrolló en 1865:

2-XI: «Serenidad de conciencia: temor y amor de Dios: Initium sapientiae timor Domini.»

25-XI: «Aprovechar bien el tiempo: no dispersar la atención en cosas ajenas a las asignaturas; refrenar la fantasía.»

26-XI: «Acostumbrarse a no pasar adelante sin haber entendido bien lo anterior, grabarlo bien en la memoria. Dijo bien Cicerón: Tantum scimus quantum memoriae mandamus.»

27-XI: «Comer sobriamente y a su debido tiempo.»

28-XI: «La compañía de niños estudiosos: círculos y conversaciones.»

1-XII: «Recreo vivo y ordenado.»

2-XII: «Atención; pureza.»

4-XII: «Vencer valientemente las dificultades que se encuentren en el estudio de los autores y textos. Invocar a la que es Sedes Sapientiae.»

5-XI: «Pluribus intentus minor esa ad singula sensus. Fijarse el ideal y la meta: profesión o carrera.»

Claro es que todo esto lo explanaba, como puede verse, en las Memorias (12).

Método de Don Bosco al escribir

6. No será fuera de propósito conocer el método que seguía Don Bosco al escribir. Sírvanos su correspondencia con el Conde Col'e cuando escribía la biografía del hijo de éste: el angelical Luis. En una carta—20-XI-81—, después de agradecerle el material enviado, le ruega:

«Tener paciencia y completarlo, recogiendo: primero, dichos, conversaciones, discursos, pensamientos expresados con los padres o al dar la limosna a los pobres, al ejecutar las cosas mandadas; segundo, acciones edificantes en materia de mortificación, de paciencia, en las relaciones con los parientes, los amigos, los pobres; tercero, circunstancias especiales de la visita al Padre Santo en abril del 78, palabras del uno y del otro, y sobre todo alguna frase del Papa; cuarto, lo mismo sobre las visitas a santuarios, iglesias, asistencia a solemnidades religiosas. Toda palabra, todo acto de virtud figurará bien en su sitio. Tenga, pues, la bondad de ayudarme en la rebusca de noticias, que yo pondré cada cosa donde deba ir.»

Llegan las nuevas informaciones. Contesta regraciando y añade: «Toda cosa, por pequeña que parezca, sirve para hacer importante nuestra obra...»

Cuándo está terminado el manuscrito:

«No me resta sino releerla y hacer una copia que llevaré conmigo en mi próximo viaje a Tolón. Es indispensable que la leamos juntos. Antes de darla a la imprenta, U. la verá despacio y propondrá sus observaciones y modificaciones.»

¡Cuánto sentido histórico en este modo de proceder! (13).

Otra anticipación

7. Una anticipación didáctica es la institución del dopo-scuola» u obra post-escolar, de «los jueves», inaugurada en 1862 y ensanchada a otros días durante las vacaciones y en preparación de los exámenes.

NOTAS

(1) *M. B.*, t. II, c. XXXVI.
(2) *M. B.*, t. II, c. LVIII.
(3) V. *M. B.*, X, 1.022.
(4) *M. B.*, t. III, c. XLI.

(5) Cf. *M. B.*, III, c. XXIX.
(6) *M. B.*, t. IV, c. XX y XXV. Cf. t. II, c. XIX.
(7) *M. B.*, t. III, c. XXIX.
(8) *Ibidem.*
(9) *M. B.*, t. IX, c. LVIII.
(10) *M. B.*, t. XI, c. XI.
(11) *M. B.*, t. XIII, c. XXVI.
(12) *M. B.*, t. VII, c. LXXIX y LXXX.
(13) *M. B.*, XV, III.

CAPITULO XXIV

EL PROBLEMA DEL INTERES PEDAGOGICO

El principal interés

1. ¿Cuál mejor que el mismo amor al trabajo, animado por la esperanza, sobre todo si se ha «estudiado el ánimo y el ambiente del educando para descubrir el punto de entronque», según la famosa, aunque algo confusa, ley de Herbart? Hablando de la «vida íntima del Oratorio», dice el Doctor Jacinto Ballesio:

«Con la palanca poderosa de la Religión y del amor trabajábamos animosamente. Y para citar un caso, yo recuerdo la gloriosa porfía de mi curso tercero, bajo el profesor Ramello, uno de los maestros formados por Don Bosco y que trabajaba bajo su dirección. Un 9, en cualquier materia, era una desgracia (la nota más alta era 10); la mayor parte de los alumnos lograban casi siempre el 10. La *emulación* era en manos de Don Bosco un poderoso instrumento. Sabía fomentarla. Así, la premiación de fin de curso era algo impresionante; así, todos los domingos por la tarde venía él mismo al salón general de estudio, y a su presencia se leían con solemnidad las notas obtenidas por cada uno en el curso de la semana: conducta y aplicación.

Sobre 200 y más estudiantes era raro un *medie*, rarísimo un *male*, y cuando salían, sentíase una sensación de desaprobación general, y el que lo tenía lloraba copiosamente (1). La grandísima mayoría obtenía siempre el *óptime* o *fere óptime*. A este ardor, así sostenido por la educación religiosa, se deben los laureles cosechados después en las Universida-

des o en el Seminario, como también el continuo progreso de los talleres en la sección artesana.»

«A éstos los animaba narrando (*sic.*) a sus artesanos las esperanzas ciertas de un porvenir espléndido; los certámenes públicos; las exposiciones artísticas y profesionales, donde a la faz del mundo triunfarían. Estas descripciones parecerían imaginaciones o fábulas si la realidad no las hubiera confirmado» (2).

Algunas normas

2. *El interés debe mantenerse siempre despierto.*—Los niños olvidan pronto, y más pronto aún se cansan. Por tanto, hay que apelar a industrias para conservarlo y aumentarlo. ¡Y cuán rico era en ellas Don Bosco! Ya lo hemos visto atrás.

El sentimiento del honor.—Hemos mencionado las notas de conducta y de aplicación. Les daba una importancia grandísima. Hacía comprender a los alumnos que esas notas quedaban allí como un testimonio y documento perpetuo, como una recomendación o una reserva.

Este sentimiento de honor no es sólo personal.

¡*Cuidado con dejar mal al Oratorio*!

El honor de la colectividad, fenómeno de solidaridad, es no menos eficaz que el personal y a veces lo supera.

«Sabed que de vosotros tiene grandísima opinión el Sumo Pontífice (3).»

A este sentimiento, tan propio de almas nobles, sabía unir la esperanza del premio, fuerte acicate.

Véase este modelito de «Buenas Noches». Remonta a los primeros meses del curso de 1859-60, y precisamente al 16 de diciembre, empezada la novena de preparación a la Navidad:

«Estoy contento de vosotros, contento de que las notas son buenas, porque esto quiere decir que estudiáis; y si se estudia, esto dice dos cosas: que os hacéis honor y que sois

buenos. Este año, pues, os haréis honor, y no sólo seréis aprobados en los exámenes, sino que saldréis premiados todos... Para ese día serán invitados vuestros padres y parientes, los párrocos, los alcaldes, las autoridades escolásticas, los amigos... y ¡qué triunfo hermoso para los que han trabajado!...

Y luego, ¡el triunfo que os discernirá vuestra propia conciencia!... Dios está satisfecho de mí; mis padres son felices por mi conducta y aprovechamiento; mi conciencia está plena de consuelo, he enriquecido mi mente y adornado mi corazón. ¡Animo, pues! Y que éste no sea fuego de una semana, sino de todas las semanas. Los que en ésta obtuvieron el *óptime*, sigan mereciéndolo siempre; los que sólo se le acercaron, cobren ánimo y díganse: «Si éste y aquél pudieron conducirse óptimamente, ¿por qué no lo he de poderlo yo? No; no quiero quedarme atrás de los otros...» ¡Si vosotros conociérais la gran fortuna que tenéis de poder estudiar, os esforzaríais con todo empeño para no perder un minuto de tiempo! A cuántos por ahí se les oye decir: «¡Oh, si hubiera podido estudiar! ¡Si pudiera volver a ser niño, cómo emplearía el tiempo!» ¡Cuántos niños de vuestra edad, si tuvieran los medios que tenéis vosotros, estudiarían noche y día!... Y vosotros sois los preferidos, los mimados de la Divina Providencia. ¡Cuánta responsabilidad! ¡Qué cuenta a Dios! Continuad, sí, continuad por el buen camino por donde vais. Y no olvidéis que para poder estudiar bien, se debe comenzar *ab alto*. Por eso, rezar bien el *Actiones nostras*, como lo rezaban San Luis Gonzaga, Luis Comollo y Domingo Savio» (4).

Grande estímulo y ánima de interés era invitar a su mesa los domingos a los sobresalientes (5).

Fuente de estímulo eran los paseos y excursiones. Para sacarles todo el partido, solía anunciarlos con la debida anticipación y excitar la curiosidad, que aviva el deseo (6).

Estímulo potente u original y audaz «las premiaciones a los mejores por votación común», o diríamos popular (7).

El Diario

3. *El diario escolar.*—La Escuela Moderna da grande importancia al «Diario» llevado por los mismos niños. ¡Bello y fecundo recurso si se le sabe utilizar! En su esencia, si no completamente en su forma, lo aplicó Don Bosco desde el principio.

«Primera norma de educación es que los niños conserven vivo el afecto al hogar paterno, consuelen a sus padres y también que extiendan la fama del grato sistema que regula el Oratorio.

Se desea que todo maestro haga que los alumnos escriban con alguna frecuencia a sus padres y parientes y hablen: 1.° De la escuela y materias que se tratan; orden y tiempo de estudio, repeticiones a quienes las necesitan, provecho realizado y deseado, canto llano y figurado, música, etc. 2.° Recreos: nómbrense y descríbanse los juegos, los paseos. cómo se hacen. 3.° Prácticas de piedad; meditación, sacramentos; recuerdos de la noche; lectura, rosario, deber de rezar por los parientes y bienhechores. 4.° Fiestas del Oratorio, música y músicos: teatritos, farsas y muñecos, etc. 5.° Días festivos: diana, aseo, funciones varias, argumentos de las pláticas, lo que hace antes del reposo. 6.° Cosas que causan contento o disgusto; por qué se deben tolerar ciertas incomodidades, no se puede aprender sin esfuerzo, etc. 7.° Hablar de la casa y describir algo de ella: capilla, comedor, almuerzo, número de alumnos y maestros. 8.° Decir algo de Turín (el maestro refiera o describa algún hecho), el Santuario de la Consolata, la parroquia e iglesia de San Lorenzo, la estatua ecuestre de Manuel Filiberto y plaza de San Carlos, columna de la plaza de la Consolata; por qué se llama Valdocco la región donde se levanta el Oratorio; invierno, grados de frío, calor en las aulas, alumbrado a gas; estén tranquilos los padres, que los niños se hallan reparados del frío y de la intemperie, etc.» El documento remonta a primeros tiempos del primer internado (8).

Y que alumnos y profesores llevaban su Diario, lo demuestra la misma extraordinaria abundancia de datos que llenan los 19 voluminosos tomos de la Biografía del Santo.

NOTAS

(1) Cf. D. Juan Bonetti: *Cinco lustros.*
(2) *M. B.*, t. V, c. LXI.
(3) *M. B.*, t. X, c. XLV.
(4) *M. B.*, t. VI, c. XXVI.
(5) *Ibidem.*
(6) *Ibid. passim.*
(7) *M. B.*, IV, 8.
(8) *M. B.*, V, LXXVI.

CAPITULO XXV

EL PROBLEMA DEL MEDIO-AMBIENTE

I

SUS TEORIAS

La influencia que Don Bosco le atribuye

1. Sin dejar de darle a la «pobre y flaca naturaleza» su parte, comprendiendo en ella, claro es, la herencia somática y psíquica, Don Bosco atribuye influencia preponderante al medio ambiente. Coincide en esto parcialmente con Rousseau. Además, cree y afirma que *el ambiente puede y debe formarse.*

Y en esto ni piensa ni procede a humo de pajas. Observación, estudio y experiencia lo avalan.

Desde su niñez estuvo en contacto activísimo con ambientes sociales diversísimos. Apenas ordenado sacerdote trató la sociedad de las ciudades en toda su complejidad: frecuentó las familias de la aristocracia, del comercio, de la industria; ejercitó el ministerio sacerdotal y magistral en escuelas y colegios, en hospicios y cárceles, en calles y plazas, a la sombra del Santuario, y como si fuera poco, hasta en la capilla y el cadalso de los reos de muerte. Sabía, pues, lo que decía.

Lo documenta

2. Sobre el decisivo influjo del ambiente y la causa de él escribe al Presidente del Consejo Zanardelli (21-II-1878):

«Pero los niños carentes de instrucción, de reflexión, excitados por los compañeros o movidos por la propia irreflexión, se dejan arrastrar ciegamente al desorden, por el solo motivo de estar abandonados.»

Y mucho antes había constatado que «en las cárceles los más viciosos destruyen con la prepotencia y el sarcasmo el bien que el remordimiento y la palabra del sacerdote habían comenzado a producir» (1).

El ambiente se puede y debe modificar

3. Luego el ambiente se puede modificar y, modificado, se modificará la conducta y el carácter mismo de los niños y... de los hombres.

Los Oratorios Festivos hacían muchísimo; otro tanto hacen las clases nocturnas. Pero «como con frecuencia se encuentran jovencitos tan abandonados, que si no se recogen resultan ineficaces cuantos cuidados se les prodiguen, hay que abrir con toda solicitud Casas donde, con la ayuda de la Divina Providencia, se les dará educación, alimentos y vestidos...» (2).

Las experiencias y el tiempo no hacían sino confirmar sus ideas. En la primera conferencia que dió a los Cooperadores Salesianos recién fundados, y aprobados por la Santa Sede, reunidos precisamente en Roma, les decía:

«... Estampas, fotografías, quioscos, asilos, escuelas, colegios, subsidios, promesas, amenazas, calumnias, todo ponen en obra los enemigos de Dios para corromper las tiernas almas... Velemos atentos sobre los niños de nuestras familias, de nuestras parroquias e institutos; y pues en todo lugar una turba inmensa de niños y niñas se hallan expuestos a los mayores peligros de perversión o por incuria de los padres o por extrema miseria, hagámosles nosotros, según nuestras fuerzas y posición, de padres y defensores, poniéndolos en lugar seguro, al resguardo de las lisonjas del vicio y de los atentados del escándalo» (3).

En la segunda conferencia, dada en Turín, remacha las mismas ideas.

Y con sus inmediatos colaboradores tenía frecuentes conversaciones sobre el asunto. Lo Crónica conserva una del 27-XII-1878. «¿Convendrá, Don Bosco, mandar al colegio de ..., a don ..., que sustituya a don ..., que no parece apto?» «No desarreglemos jamás un sitio para arreglar otro.»

De cosa en cosa la conversación rueda sobre el bien que están haciendo los Colegios y Oratorios. Don Bosco dice:

«Ha dicho muy bien don Juan Cagliero: sí, ¡oh, cuántos niños tenemos que podrían muy bien entretenerse con San Luis! Sí, muchos hay que han conservado la inocencia bautismal, y que aquí en el Oratorio y en otros Colegios continúan conservándola. ¡Cuántos otros, y son los más, rendidos ya varias veces al demonio, apenas llegados acá, han cambiado de vida! Parece que entran en otra atmósfera: olvidan por completo las viejas inclinaciones y pasan años y años sin cometer ni siquiera un pecado venial deliberado. Esto debe consolarnos; esto es lo que siempre me ha movido a abrir muchos colegios, a extendernos mucho: parece propiamente que donde la Congregación (o el Sistema) planta sus tiendas, allí abunda la Gracia» (4).

Son de notarse algunas palabras profundamente psicológicas, como eso de «olvidar las viejas inclinaciones». Es la famosa ley del uso y desuso.

No hay duda; el ambiente influye enormemente en la conducta de los hombres y en la formación de los niños. Por fortuna, el ambiente se puede formar y se puede modificar. En práctica, si no en teoría, lo afirman los mismos deterministas.

II

PRACTICA

Episodio elocuente

4. Un domingo estaban en animada recreación el casi millar de oratorianos, cuando tres galopines tuvieron la idea de ir a «ver lo que hacían los curas». El patio estaba rodeado de una tapia. El más audaz, trepando sobre los otros dos, ganó la tapia y se sentó a mirar. Sus dos compañeros tienen la tentación de derribarlo. Un empujón y salen disparados, mientras el otro caía en el patio. Corre Don Bosco y lo toma de la mano. El chico, que realmente era un tunante, forcejea, reniega y grita.

—¡Cálmate, que no te hago mal ninguno!

—¡Déjeme! Yo no quiero estar con curas. Los curas dice mi padre que son unos...

—No creas eso. Mira cuántos niños hay aquí, y todos son amigos míos; pregúntales si los maltrato.

En esto se habían acercado varios que lo conocían, con lo cual se calmó un poco.

—¿No vas al Catecismo?

—¡No y no! Y por eso quiero irme. ¡Déjeme!

—¿No te gustaría oír un bonito cuento?

—¡No!

—¡Qué le vamos a hacer! ¿Cuántos años tienes?

—Catorce. ¡Pero déjeme ir!

—Un momento. ¿Hiciste ya la Primera Comunión?

—¡No!

—¿Y a Misa vas?

—La Misa para los curas. ¡Y si quisiera ir, mi padre me azotaría muy bien!

—¡Pobrecito!—exclamó Don Bosco, vuelto al teólogo Borel—: es un muchacho arruinado para siempre si no logramos salvarlo ahora.

Y vuelto a él:

—¿No te gustaría jugar?

—Sí, pero no me hagan ir a la iglesia a volverme mohoso y cretino.

—¿Pero te parecen mohosos y cretinos todos estos niños? ¡Ve, pues, a jugar!

Y de dos saltos estuvo en medio de sus amigos. Jugó, se divertió. Y cuando tocó la campana para ir a la iglesia, se precipitó a la puerta. Pero aquí estaba Don Bosco:

—¡Quédate un momento con tus compañeros!

—¡No y no! Tengo prisa. Me esperan. Vendré otro domingo.

—Bueno, pues te espero.

Y le dió un regalito, que el chico agradeció, y se marchó.

Fué de palabra. Vino al recreo. Y al toque de la campana se encaminó a la puerta. Allí lo esperaba Don Bosco:

—Ve siquiera unos minutos a la iglesia.

—Tengo prisa. Otro domingo.

Y Don Bosco, otro regalito con otro «te espero».

El domingo siguiente volvió el pilluelo. Y esta vez entró a la iglesia y asistió a la mitad de la plática. Al salir topa de nuevo con Don Bosco, quien lo acompaña galantemente hasta la puerta.

El ambiente había ganado al pilluelo. Los otros domingos ya se quedó a toda la función y asistió a los catecismos. Cuando Don Bosco lo vió instruído y dispuesto, le propuso que se confesara.

—¡Sí que vendré!—dijo resuelto.

E hizo su primera confesión y su primera comunión. Y siguió frecuentando los Sacramentos, sintiéndose feliz.

El padre era un malvado. Acostumbrado a dejar al chico a sus anchas, y como pasaba la mañana del domingo en el taller y a la tarde en la taberna, no se dió cuenta ni de adónde iba, ni del cambio realizado. El chico no se atrevía a decirle nada. Pero otros se lo dijeron. Montó en ira. Blasfemó.

—Y ¡ay de ti—le dijo—si vuelves a poner el pie en ese lugar, ni a rozarte con curas! ¡Te partiré la cabeza de un hachazo!

—Pero, papá—le respondió sumisamente—, ¿qué quieres que haga todo el domingo? Allí siquiera juego.

—¡Te digo que no! (Y aquí una horrenda blasfemia.)

Llega el domingo.

—Papá, como no quieres que vaya a casa de Don Bosco, me voy de paseo.

Y así lo hacía, pasando breves instantes por el Oratorio para contarle a Don Bosco sus cuitas y recibir consuelo y aliento.

Pero al poco tiempo el diablo sopló a los oídos del obrero masón que su hijo continuaba yendo al Oratorio. Le aguarda un domingo por la tarde; era la primera vez que le vigi-

laba. Sí, había ido al Oratorio; era un día frigidísimo de otoño avanzado; había comulgado por la mañana.

—¡Ah, desgraciado! ¡Has estado con los curas!

Y hacha en mano se abalanza sobre él.

—¡Desgraciado!...

El muchacho, presa de terror, se da a la fuga. Y el padre, tras él, gritando:

—¡Desgraciado! ¡Te arrancaré de las manos de ese cura y te haré pedazos!

La madre seguía al marido. El chico tomó distancia. ¿Adónde ir? Claro está: al Oratorio. Pero estaba ya cerrado. Para no descubrirse, no se atreve a llamar. Mas resuenan las pisadas de sus padres. ¿Qué hacer? Gira en torno la vista. Allí cerca hay un árbol, una morera; trepa en él para esconderse. Afortunadamente la niebla es densa y la noche cerrada ya. Oyendo ruido, mamá Margarita se ha asomado a una ventana y ha visto todo. Y corre a avisar a Don Bosco. Este manda abrir para que los furibundos no se detengan cerca de la morera.

Irrumpen gritando:

—¿Dónde está nuestro hijo?

Y Don Bosco, sereno, firme:

—¡Aquí no ha entrado!

—¡Sí que está aquí! (Blasfemia... blasfemia...) ¡Lo arancaré de tus garras!

—Calma, señor; ¡sírvase decir su nombre!

—¿Mi nombre? ¿Para qué? ¡Yo quiero a mi hijo!

—Pero si le digo que aquí no está.

Y como la cosa amenaza ponerse fea, Don Bosco, asumiendo el aire solemne y majestuoso que sabía tomar en esas ocasiones, lo hizo despejar. Pasado un tiempo prudencial, va con mamá Margarita y el fiel Buzzetti al árbol y llama. El chico no responde. Al claror de la luna lo descubren agarrado a una horquilla.

—Baja, que se han ido. Soy yo, Don Bosco.

Pero era hablar al viento. Un escalofrío pasa por los tres: ¡si estará muerto! Pide una escala; sube, palpa, ¡vivo!, pero sin sentidos y yerto de frío. Lo rebulle. Y vuelto en sí, el muchacho se pone a gritar y a morder a Don Bosco. Este, asegurándose con un brazo a un fuerte ramo, con el otro maniobra para despegar al chiquillo, mientras dulcemente le decía:

—¡Cállate! ¡Cálmate! ¡Soy yo, Don Bosco!

Mamá Margarita lo confortó como sólo una madre delicada y santa puede hacerlo.

A la mañana siguiente, Don Bosco, para sustraerlo a la ira del padre, lo mandó a un pueblo, recomendándoselo a un amigo. Allí permaneció algunos años; aprendió muy bien un oficio y, regresado a Turín, sostuvo con su trabajo la vejez de sus poco amables padres» (5).

Medios para modificarlo

5. No cabe duda. El ambiente influye inmensamente en la conducta de los hombres, en la formación de la juventud. Y por fortuna, se puede formar, reformar, modificar. En práctica, si no siempre en teoría, porque es propio de ciertas filosofías el contradecirse, como sucede con los deterministas de todas las escuelas.

Observa D. Lemoyne que Don Bosco amaba muchísimo a San Francisco de Sales, y, recordando que el grande Obispo debía a su mansedumbre y cortesía (a viva fuerza conquistada sobre su carácter altivo), el pleno dominio y ascendiente que ejercía sobre los corazones, se propuso imitarlo y lo imitó; que al Santo dedicó una capilla apenas le fué posible, y que esta capilla vino a ser un centro de atracción, alrededor del cual empezaron a desarrollarse obras de cultura y saneamiento social de grande importancia. La mayor parte de los concurrentes eran de condición obreros; algunos de los mayorcitos preparados por él, presidían las clases, ya numerosas. Don Bosco, persuadido de la importancia de esta obra, se ingeniaba para atraerlos multiplicando los medios; y que (y son palabras del Santo) «lo que más atrae a los jovencitos es una buena acogida y el constante buen trato; para lograr buenos resultados hay que estudiar el modo de hacerse amar; que luego de suyo viene el hacerse respetar».

Añade que ese año—1854—Don Bosco empezó y perfeccionó las escuelas vespertinas y festivas, que pronto fueron imitadas, activadas y promovidas en todo Italia; que esto fué para muchos, muchísimos un beneficio insigne. Agrega:

«En este tiempo Don Bosco seguía con grande atención a los jóvenes que salían de las cárceles. Fué entonces cuando palpó sensiblemente que estos infelices, si hallan una persona que se interese por ellos, se entregan de muy buen grado a una vida honrada, olvidan el pasado y se hacen observantes de la ley de Dios y ciudadanos pundonorosos» (6).

El poema de los Antiguos Alumnos

6. Sí; el ambiente, ese gran factor, influyentísimo factor, se puede crear y se puede modificar.

Pero hay una cosa aún más importante, y es que el ambiente así creado puede—y en el plan de Don Bosco cual en el de todo educador—debe prolongarse más allá de las bardas del Colegio y entrar decididamente en los anchos, en los dilatados campos de la vida cuan larga y múltiple sea. El Colegio forma para la vida, es la miniatura, el modelo y maqueta de la vida. Sí; el ideal de la labor educativa que se desarrolla en el Instituto es formar buenos ciudadanos y buenos cristianos. Su realización plena está precisamente al dejar los alumnos el Colegio por el mundo. Si eso no se logra, ha fallado la labor. Mas esto no será. La vida ulterior del ex alumno será una prolongación o, si se quiere, una aplicación de lo aprendido y entrevisto en el Colegio o en el Oratorio festivo.

El Colegio forma para la vida, pero no precisamente para la vida tal cual es, sino *cual debe ser*: aquí está su importancia; por eso es factor subidísimo de progreso.

Este es el poema de los Antiguos Alumnos (7).

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, t. III, c. XIX
(2) Regl., I.
(3) *M. B.*, t. XIII, c. XIX.
(4) *M. B.*, XIII, XXVI.
(5) *M. B.*, t. II, c. LIX.
(6) *M. B.*, II, c. XXVIII, págs. 255-257.
(7) *La Federac. Internac. de los Ant. Al. de D. Bosco.* Cádiz, Librería Sales, 1930.

CAPITULO XXVI

EL PROBLEMA DE LA PUREZA (EDUCACION DE LA CASTIDAD)

I

ELEMENTOS DEL PROBLEMA

Cómo enfoca Don Bosco el problema

1. De unos decenios acá, éste es un problema que parece preocupar intensamente a los educadores de todas las escuelas. Lo presentan con diversos nombres, según las ideologías, hasta con el nombre poco hermoso y «harto feo» (brutta parola lo llamaba Pío XI) de «educación sexual». Poco hermoso e incompleto, porque es una parte de la «Educación del sentimiento», y éste, a su vez, lo es de la «Educación moral». Y así lo fué y así es para Don Bosco. Mucha importancia le dió él, mas no lo concibe ni lo podía concebir problema «a sé»: lo englobó en el precepto general «evitar el pecado y agradar a Dios». El se promete dar una formación global del hombre. El problema entra a la par de muchos otros, tanto más que él se proponía educar a un tiempo al ciudadano de la Patria terrena y de la Patria celeste y hacer de sus Colegios planteles a propósito para el cultivo de las vocaciones sacerdotales y religiosas. En esto, como en todo, y más que en todo, era «preventivo».

Así, lo natural era que se preocupara de *formar «el ambiente»*. A lo dicho en el capítulo XI agreguemos estos da-

tos sobre el particular, espigados acá o allá, casi al acaso, en las Memorias.

A confesión de todos, el ambiente del Oratorio «respiraba tal aire de pureza que tenía algo de extraordinario. El Obispo de Alba, al poner por primera vez el pie en él, no pudo menos de exclamar: «¡Oh, qué belleza! Pero aquí se respira un aire de paraíso».

El primer factor del ambiente era, sin duda, la presencia del Santo Educador. «Sus palabras, su porte, cada una de sus acciones exhalaban tal candor y un hálito tan virginal, que arrobaban y edificaban a cualquier persona que se le acercara, así fuera un extraviado» (1).

«Siempre rodeado de niños..., en los mismos recreos y juegos desplegaba una sencilla, desenvuelta y pudicísima agilidad... y su semblante, su mirada, su presencia inspiraban instintivamente amor a esta virtud, que a nuestros ojos era uno de sus más esplendorosos ornamentos.

«La castidad—dice Monseñor Berrone—se leía en su mirada, en su actitud, y bastaba mirarlo para sentir el perfume de esta virtud. Cuando le besábamos la mano estábamos persuadidos de besar una reliquia... Su misma presencia era un atractivo hacia la cándida virtud... Nos sentíamos como impregnados de elevación y como en un ambiente paradisíaco.

«Sus mismas caricias (y la única que se permitía era poner su mano sobre nuestra cabeza en actitud de bendecir) parecía infundirnos el espíritu de pureza... ¡Tan puro, tan castigado, tan correcto, tan paterno!

Aunque la Casa era una colección de gentes tan diversas, y de toda condición y pueblo, la estimábamos (la pureza) de tal manera, que su esplendor brillaba casi visiblemente en la mayor parte de ellos.

De aquí ese *fondo de piedad amable,* sólida y verdadera que es la característica del Oratorio... Nosotros lo hemos visto mil veces y su fisonomía presentaba siempre un aspecto tan amable, que encantaba, y sus miradas, tal fuego de inestimable candor, que pluma alguna podrá describir. Es

el reflejo del rostro del Señor: «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum viedebunt».

Por eso los patricios del Piamonte conducían sus hijos al Oratorio y a las funciones que en él se celebraban, porque siempre volvían mejoradas, y rogaban a Don Bosco que alguna vez fuera a visitarlos con algunos de esos niños en sus palacios, para edificación de la familia» (2).

Elemento no despreciable era *la calma imperturbable* (de Don Bosco). De él se difundía una influencia vivificante. Estoy por decir que junto su presencia alejaba de nosotros todo pensamiento molesto.

«Con gran prudencia, pero también con rigor, prohibía las amistades particulares.

No podía sufrir que se pronunciaran palabras groseras o plateales. También a éstas les aplicaba el «nec nominentur».

De cuando en cuando, aun en el mismo patio, solía decir: «Todo pasa acá en la tierra. Salvemos el alma.»

Sobre lo mismo

2. Otro elemento era el espíritu dominante, que no dejaba tiempo para devaneos ni fantasear morboso. Y como bien sabía que los ideales tienden a evaporarse y las resoluciones se diluyen si no se les alimenta y renueva de continuo, por eso los refrescaba con frecuencia. En conferencias y «Buenas Noches» era frecuente oírle desarrollar el tema: «*Alegría, trabajo vocacional, piedad.*»

Y la vida entera de sus Colegios era eso: aspiraba a formar convicciones firmes, sólidas, durables, siendo su ilusión que al salir del Colegio llevaran bien metido en el alma ese ambiente, de modo que lo establecieran en las familias. Educar es formar hábitos buenos.

Cuán sabio sea esto se comprenderá a poco que se reflexione que «más que el temperamento es la imaginación lo que explica las caídas» (Dr. Viollet). Y si el ambiente no la excita en perversión, sino que la templa en bien y la provee de riquezas y armas de combate, se ha logrado el éxito.

II

LA TEORIA Y PRACTICA DE DON BOSCO

La táctica

3. Por eso «*la mejor educación de la castidad es una buena formación religiosa* y profesional o vocacional».

El que englobara la educación de la castidad en la general educación moral, no quiere decir que no la tratara en particular. La trató como las otras virtudes, y algo más particularizada que muchas otras. Veamos su método. Se verá al mismo tiempo que también en esto es maestro consumado y aun precursor de lo que hoy se tiene por el método más conveniente.

1.° «Más que atacar directamente el vicio impuro, hablaba de la virtud y prefería la denominación «pureza», a la de castidad, por parecerle más general y que abrazaba campo más extenso...» ¡Y cómo lo hacía!

Sabía insinuar en los corazones el amor a la reina de las virtudes morales: *ex abundantia cordis* hablaba del tesoro intrínseco inestimable que ella es; pintaba la belleza del alma pura y las delicias que goza, los premios que el Señor le ha preparado en la tierra y en el cielo y cómo en el Paraíso seguirán al mismo Cordero Divino adonde quiera» (3).

«Electrizaba a los niños y a los adultos con su palabra. Y frecuentemente en las mismas recreaciones exclamaba con improviso arranque: «¡Quisiera que fuéseis otros tantos Luises Gonzaga! ¡Mantengamos nuestra promesa!» (4).

«No parece un hombre, sino un ángel cuando habla de esta virtud. Hace siete años que lo escucho y cada vez experimento como el primer día la fuerza de su palabra y siéntome enardecido a cualquier sacrificio por amor de tan inestimable tesoro, y no sólo yo, sino cuantos lo escuchan» (dice don Juan Bonetti).

«De la iglesia—dice otro—salían los niños diciendo: «¡Oh, qué bellas cosas nos dijo Don Bosco! Yo pasaría el

día y la noche escuchándole... ¡Oh!, quisiera que también a mí me concediera el Señor la gracia de ser sacerdote y de enamorar todos los corazones de esta virtud» (5).

Ejemplos de estos discursos pueden verse en las narraciones de algunos sueños. Es una poesía tan fresca y tan al alcance de todas las inteligencias, que las comprende un niñito y las paladea un literato. Amenos valles, límpidos ríos, fresquísimas auras, perfumes etéreos, flores, árboles, aves, fontanas, cantares, músicas, luz, ángeles, sonrisas de la Virgen y de Dios constituyen el fondo en que viven jóvenes bellísimos, coronados de rosas y lirios y piedras preciosas, vestidos de flores multicolores.

2.° «Alguna vez, aunque rara, hablaba de las «espantosas consecuencias» de la impureza. Y entonces infundía verdadero horror». Tal vez por eso a las caídas las llamaba «desgracias».

En la narración del sueño en que vió el infierno y los caminos que a él conducen, al hablar de este vicio describe las «nieblas producidas por el vicio impuro, negros y densísimos nubarrones». Y de pronto exclama: «¡Oh, qué horrendo espectáculo! Vi un carro arrastrado por un marrano y un sapo... lleno de alimañas a cual más asquerosas. Y su hediondez apestaba la atmósfera. Yo no pude resistir. Horrorizado, me rebullí y desperté. Por varios días conservé el malestar» (6). Solía observar que al poseso de este vicio *ab infancia* no lo pudieron curar los Apóstoles, y que hubo de intervenir el mismo Cristo.

3.° Pero era castigadísimo en palabras y expresiones, y quería que los demás lo fuesen. «Habiendo oído un sermón en que el predicador se entretenía un poco, decía:

«Estas son cosas que San Pablo no quiere que se nombren. ¿Por qué no podéis encomiar la virtud angélica en vez de ensuciaros la boca con estas palabras?» (7).

En cuanto a él, «infundía el horror de este vicio, no tanto con la palabra cuanto con todo ese conjunto de gracia divina, de persuasión, de afecto, de espanto que su corazón trasvasaba en los corazones de los alumnos» (8).

4.° Conocedor del mundo, estaba persuadido de que «la inmodestia» es el vicio que más daños hace a la juventud (9). Y por eso avisaba a sus educadores:

«La moralidad: ¡he aquí lo que sobre todo importa!, y que nadie pueda poner en duda vuestra virtud» (10). Y repetía la recomendación que él mismo había recibido en sus visiones: «Predicad contra la «inmodestia»... Basta avisarlos en general...» Para obtener esto se requiere la gracia de Dios, la cual, si implorada, no faltará jamás a nuestros niños. Dios, infinitamente bueno, manifiesta su poder especialmente compadeciendo y perdonando. Oración, pues, y sacrificio de parte nuestra. Y que los niños obedezcan e interroguen frecuentemente su conciencia y ella les sugerirá lo que deben hacer» (11). Y que no teman mortificarse: Si la impureza es la anárquica rebelión de la carne, y a la carne se la somete con la mortificación, la mortificación domará la impureza.

5.° En cuanto a medios, sugería (lo acabamos de ver): la oración, los Sacramentos, la obediencia, la mortificación, el examen e introspección de la propia conciencia. Es notable esa frase: «y ella—la propia conciencia—les sugerirá...» A un joven que le consulta escribe:

«... Oración, fuga del vicio y de las ocasiones; confianza: omnia possum in eo que me confortat. Y recuerde que la tentación no es el pecado.»

Y a otro: «Diga frecuentemente: «Domine, ne tradas bestiis animas confitentes tibi» (12). De cuando en cuando repetía para animar: «Momentáneum quod cruciat, aeternum quod delectat».

«¡Que arda la casa antes que en ella se cometa un pecado de esos!»

Frecuente confesión y más frecuente comunión. Abundancia de confesores y facilidad de acercarse a ellos. Pero aconsejar la unidad de dirección para asegurar la dirección.

6.° «A los niños hay que tenerlos siempre ocupados. Amén de la clase y el oficio o arte, es preciso empeñarlos en la música, el clero juvenil, el deporte. Así su mente es-

tará en continuo trabajo. Hay que ayudarlos así. Si no los ocupamos nosotros, se ocuparán ellos, y en cosas no siempre buenas» (13).

7.° «Usese mucha vigilancia para impedir que en el instituto se introduzcan compañeros, libros, personas que hablen mal. Conocido un compañero como escandaloso o peligroso, aléjesele. No se admitan niños expulsados de otros colegios o que conste que son corrompidos. Si no obstante las precauciones sucede aceptar alguno, póngasele al lado un compañero seguro que no lo abandone.»

Al fin y al cabo, «la juventud tiene más necesidad de fuerza que de luz, y cae más por debilidad que por ignorancia».

8.° «Hay que poner en guardia a los niños para cuando tengan diecisiete o dieciocho años.»

Y con esto entramos en el problema de la *instrucción directa*.

Lo que Don Bosco piensa de la educación sexual

4. Ya sabemos lo que él pensaba, en general, de esto. La sola instrucción (o como dicen hoy con no muy feliz vocablo y con peor práctica, «la iniciación»), sin una profunda educación de la voluntad, es una ruina, que no un preservativo. La experiencia enseña que si es «un error creer que basta depositar en el alma una visión de los deberes para que ella esté dispuesta a practicarlos, la tal iniciación se confunde en la práctica con la iniciación de los vicios más vergonzosos» (Violet).

Pero una conveniente instrucción y educación puede ser necesaria. El más indicado a darla es el padre de familia y, en su ausencia o en su auxilio, el director espiritual. Don Bosco da a los directores esta pauta:

«Mira—se les podrá decir a los chicos—, vendrá una edad muy peligrosa para ti; el demonio te prepara lazos para hacerte caer. En primer lugar te dirá que la comunión frecuen-

te es cosa de pequeños y no de grandes, y que basta hacerla de tarde en tarde. Luego hará esfuerzos inauditos para alejarte de los sermones y hacerte molesta la palabra de Dios. Por fin, los compañeros, el respeto humano, las lecturas, las pasiones, etc., etc. ¡Alerta, pues! No consientas que el demonio te robe la paz, ese candor de alma que ahora te hace amigo de Dios. Los niños no olvidan estas palabras. Cuando mayores y fuera del Colegio los encontremos y les digamos: «¿Te acuerdas de lo que te decía una vez?» «¡Ah!, es verdad», responderán. Y este recuerdo les hará bien» (14). El encargo está confiado a los directores, que representan o suplen a los padres de familia. El director debe saber ganarse la confianza del joven: lo cual no es siempre fácil; hay que saber merecérsela.

¡*En privado*!

5. ¿Qué pensaba de la circunstancia: *en privado o en público*? ¿*Colectiva o privada*?

Del tono de la anterior advertencia se deduce que la cosa debe ser *individual*, «a tú por tú». Y se comprende: la cosa es individual, se trata de intimidades; y deben acomodarse al individuo: temperamento, circunstancias...

Hay un documento que no deja duda, aunque sea indirecto.

Hablando de los caracteres que debe tener un texto de Historia Sagrada, alega estas palabras de Bonavino:

«Es manifiesto que en la Historia Sagrada hay algunos hechos que revelados intempestivamente pueden contaminar la inocencia de los niños y suscitar sus pasiones.» Y añade: «Por tanto, un libro para ellos debe obviar a tan gran peligro, y, o callar del todo o velar con sagacidad cuanto pueda ser ocasión de escándalo en tal edad.» (Apela a su experiencia.) «Alguien podrá decir que yo soy demasiado delicado; pero la experiencia de algunos años me hace hablar así. Tal es también el parecer de no pocos maestros que justamente

se han quejado de la poca reserva de algunos escritores» (15). Además, si prohibía las correcciones disciplinares en público, ¡con cuánto mayor razón estas intimidades!

Cosas generales sí las decía en público. Véase estas «Buenas Noches» en las proximidades de una fiesta:

«Tendréis visitas: hermanas, primas, parientes; en suma, personas del otro sexo. Entreteneos con ellas lo menos posible. Nada de descortesías: eso, no. Pero despacharlas pronto, con garbo. Somos todos de carne y hueso. Poned cerca paja y fuego y veréis. El demonio es astuto y gran filósofo: toma el nombre de prima, pariente, abstrae la parentela y queda sólo la persona de otro sexo. ¡Oh, Señor!, mis niños todos están en gracia vuestra. ¡Conservádmelos en este estado!» (16).

Un comentario autorizado

6. Es del Padre Rimaldi: «Yo conocía el método de Don Bosco y lo respetaba; pero en el fondo me quedaba siempre una duda: «¿Quién sabe si Don Bosco por demasiada delicadeza...?» Me puse a leer todas las obras escritas sobre el argumento. Con esto y la experiencia de largos años, advertí que Don Bosco tenía razón y que su método es el mejor. Porque el revelar a los niños ciertas cosas es más un mal que un bien. Para ellos, y en esto, la ignorancia es una sombra que preserva del mal, mientras el saberlo es una excitación al mal. Es un hecho de todos los días, y lo experimentamos en nosotros mismos. Es verdad que esta ignorancia no puede durar mucho; pero como la naturaleza obra gradualmente sería necesario seguir el desarrollo de cada niño y darle a su debido tiempo la instrucción suficiente, diciendo la palabra conveniente, sin adelantarse demasiado».

Por lo demás (17), ¿qué mejor comentario que el de Pío XI en la Encíclica *Divini illius magisterii*?

III

SINTESIS SUYA

Un «sueño» epílogo

7. Casi como epílogo de sus enseñanzas sobre este asunto, el Santo narró un sueño que tuvo en agosto de 1884.

Le pareció hallarse en una ribera iluminada por una luz más pura y esplendente que la del sol, toda cubierta de verdor, esmaltada de flores variadísimas y sombreadas de innumerables árboles, cuyos ramos, entrelazándose, se extendían a modo de festones. El suelo parecía un tapete multicolor y tenía por franjas algunas inscripciones en letras de oro, alusivas a esta virtud. En medio se levantaba un gonfalón blanquísimo con esta inscripción en oro: *Fili mi, tu semper mecum est et omnia mea tua sunt.* Hijo mío, tu estás siempre conmigo y todas mis cosas son tuyas.

Mientras atónito miraba, su atención es sobrecogida por un espectáculo aún más bello: dos jovencitas como de doce años; una celestial modestia respiraba todo su ser; de sus ojos, fijos a lo alto, transparentábase una ingenua sencillez de paloma y una alegría de celestial felicidad. Su gracia y porte les daba un aire de majestad, en gracioso contraste con su juventud. Una vestidura candidísima las cubría hasta los pies. Ceñida la cintura con faja de púrpura con franjas de oro, sobre la cual se destacaba un cintillo entretejido de lirios, violetas y rosas. Un ornamento parecido servíales de collar. Larga la cabellera, sujeta con una corona que la dejaba caer en ondas y anillos rizados sobre la espalda.

Dialogaban; ora sentadas, ora paseando, o bien deteniéndose en medio de los árboles o junto a las fuentes.»

Del diálogo entresacamos:

—¿Qué es la inocencia? El estado afortunado de la gracia santificante, conservado merced a la constante y exacta observancia de la ley divina.

—Y la conservada pureza es fuente y origen de toda ciencia y de toda virtud.

—¡Qué dicha, qué gloria, qué esplendor! ¡Vivir entre los malos y conservar el candor de la inocencia!

—¡Dichoso del niño que no corre tras los consejos del impío ni sigue la vía del pecador, sino que día y noche medita la ley de Dios!

—Es como el lirio entre espinas. Mi amado me pertenece porque se apacienta entre lirios.

—Verdad dices. ¿Quién es y le daremos alabanza? Porque hace cosas admirables. Ha sido hallado perfecto y tendrá la gloria eterna. Porque pudo pecar y no pecó, hacer el mal y no lo hizo.

—Y sobre la tierra, ¡cuántos bienes le reserva el Señor!

—¿Quién puede describir la belleza del inocente? Esta alma está revestida espléndidamente, adornada de la rutilante estola del Santo Bautismo. Su cuello, sus brazos resplandecen de gemas divinas, lleva en el dedo el rico anillo de la alianza con Dios. Agil camina por las sendas de la gloria. Tiene delante un camino tachonado de estrellas. Es templo vivo del Espíritu Santo. La sangre de Jesús circula por sus venas y empurpura sus labios y mejillas. Con la Santísima Trinidad en el corazón despide torrentes de luz. De lo alto llueven raudales de flores que llenan de aromas el aire. Y en su contorno se expanden las suaves armonías de los ángeles, que hacen eco a sus plegarias. La Santísima Virgen está a su lado para defenderlo. El cielo abierto sobre él...

—¡Oh, si los niños conocieran el precioso tesoro de la inocencia!... ¡Pero desgraciadamente no reflexionan!...

—La inocencia es un preciosísimo bálsamo...

—Pero encerrado en frágil vaso de arcilla, que si no se lleva con gran cautela se rompe fácilmente.

—La inocencia es una joya preciosísima.

—Pero si no se conoce su valor, se pierde con facilidad y se cambia con objeto vil.

—La inocencia es un espejo tersísimo que refleja el rostro de Dios.

—Pero basta un aliento húmedo para empañarlo. Hay que resguardarlo cuidadosamente.

—La inocencia es un lirio.

—Pero el solo roce de una mano ruda lo estruja...

—¡Qué desventura! ¡Tantas inocencias como se pierden cada día!...

—El puede resurgir.

—Mas no ya la inocencia. ¡Y qué consecuencias!... Y experimentará lo que antes no experimentaba: vergüenza, tristeza, remordimiento...

—¡Ah, qué delito espantoso cometen aquellos desgraciados por cuya culpa un niño pierde la inocencia!

—Ha dicho Jesús: «Mejor le fuera que le ataran una gran piedra al cuello y lo arrojaran al profundo del mar.» ¡Ay del mundo por sus escándalos! No es posible impedir los escándalos; pero ¡ay del que los causa!...

—... Un grande error tienen los niños en la cabeza, y es el creer que la mortificación deben practicarla sólo los pecadores. La penitencia es necesaria también para conservar la inocencia. Si San Luis no se hubiera mortificado, habría caído en pecado mortal. Esto se debería predicar, inculcar, enseñar continuamente a los niños. ¡Cuántos conservarían la inocencia, mientras hoy son tan pocos!

—Lo dice el Apóstol. Llevando siempre y doquiera la mortificación de Jesucristo en nuestros cuerpos, a fin de que la vida de El se manifieste en nosotros.

—Jesús inmaculado, inocente, pasó la vida entre privaciones y dolores.

—Y así fué María Santísima, y así todos los santos...

—Y para dar ejemplo a todos los niños y jóvenes, San Pablo dice: «Si vivís según la carne, moriréis, y si con el espíritu dais muerte a la acciones de la carne, viviréis.»

—Sin penitencia, pues, no se puede conservar la inocencia.

—¡Afortunados los niños que abrazan la cruz de la penitencia!

—Conque, pues, mortificación con dominar el fastidio que sienten en la oración.

—Mortificación de la inteligencia con humillarse, obedecer a los Superiores y a las reglas.

—¡Guerra a la soberbia! Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. El que se humilla será ensalzado... ¡Obedeced a los Superiores!

—Mortificación es decir siempre la verdad.

—Manifestando cándidamente, especialmente al confesor los propios defectos y los peligros en que uno pueda encontrarse. Entonces recibirá consejo y aliento siempre.

—Mortificación del corazón, refrenando afectos inconsultos, amando a todos por amor de Dios, alejándose de quien pudiera poner a riesgo nuestra inocencia.

—Lo ha dicho Jesús: si tu mano te escandaliza, córtala...

—Mortificación con soportar valerosa y francamente las befas del respeto humano.

—Mortificación de los ojos en el mirar, leer, evitando toda lectura peligrosa e inoportuna.

—Un punto esencial: he hecho pacto con mis ojos para no pensar ni en una doncella... Aparta mis ojos para que no vean la vanidad.

—Mortificación en el oído: no escuchar conversaciones malas, o zalameras o impías.

—Mortificación en el hablar: no dejarse llevar de la curiosidad.

—Mortificación de la gula: en el comer y beber.

—También está escrito: «Pon un candado a tu boca».

—En fin, mortificarse en sufrir lo que sucede durante el día: frío, calor, no buscar nuestras comodidades.

—Recordar que Jesucristo ha impuesto llevar la cruz y seguirlo.

—El camino del inocente tiene sus cruces, pruebas y sacrificios, pero cuenta con la fuerza de la Comunión. Y vive la vida de Jesús...

—Y la Virgen Santísima es su Madre...

—La salvación del justo viene del Señor, y él es su protector en el tiempo de la prueba. El Señor los ayudará y los librará...

—¡Sí!—gritó una—, la inocencia coronada de la penitencia es la reina de todas las virtudes.

—¡Qué gloriosa y bella—respondió la otra—es la generación casta! Su memoria es inmortal ante Dios y ante los hombres. La gente la imita cuando está presente y la desea cuando parte para el cielo y coronada triunfa eternamente, ganado el premio de los combates por la castidad. ¡Y qué triunfo, y qué gloria y qué dicha! ¡Presentar a Dios inmaculada la santa estola de la inocencia después de tantos combates, entre los aplausos, los himnos, el fulgor de los ejércitos celestes!...

Y mientras así hablaban del premio preparado a la inocencia conservada con la mortificación, ascendían caminando sobre las flores, sin chafarlas, y cantando un himno, al cual se unían escuadrones y escuadrones de espíritus celestiales, que les salían al encuentro. Era un canto inmenso, armoniosísimo, expresión de amor, de gratitud, de plena felicidad (18).

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, V, XVI.
(2) *Ibid.*
(3) *M. B.*, V, XVI.
(4) *Ibid.*
(5) *M. B.*, VII, XVII.
(6) *M. B.*, XII, XVI.
(7) *Ibid.*, VIII, XXX.
(8) *Ibid.*, V, XVI.
(9) *M. B.*, XII, pág. 503.
(10) *M. B.*, V, 485.
(11) *Ibid.*, IX, XV.
(12) *Ibid.*, VII, c. XII.
(13) *M. B.*, V, XXIX.
(14) *M. B.*, VII, XXI.
(15) *M. B.*, XII, XXXVII.
(16) *M. B.*, VIII, LXXII.
(17) *Ceria: Il Servo di Dio Sac, Filippo Rinaldi*, p. 277-8.
(18) *M. B.*, XVII, VI y apén. 22.

CAPITULO XXVII

EL PROBLEMA DE LA ORIENTACION PROFESIONAL

Su importancia

1. Algunas autores modernos hablan de este asunto como si fuera una conquista reciente, y precisamente de la Escuela Moderna. De buen grado concedemos que la Escuela Moderna la ha generalizado y héchola entrar en el ideario común al Magisterio. Pero desde muy antiguo, y donde ha habido un maestro digno de este nombre, se ha tenido en cuenta y se ha cuidado. ¡Si es uno de los fines, y no el menor, de toda escuela, de todo magisterio!

No lo podía olvidar Don Bosco. Cuando en 1846 sus mismos amigos y colegas lo tomaron por visionario y loco, y quisieron encerrarle en una casa de salud, lo que inmediatamente dió ocasión a la tentativa fué precisamente una declaración de este género:

—No se obstine, Don Bosco—le decían—, despida esos muchachos.

—¡Ni por sueño! «La Divina Providencia me los ha confiado para que los eduque y los haga hombres, buenos cristianos, buenos ciudadanos».

—Pero, ¿no ve que carece absolutamente de medios?

—¡Oh! ¡La Divina Providencia no me los dejará faltar!... ¡Pero si ya me los tiene preparados! Y porque nadie me quiere arrendar una casa, la fabricaré con el auxilio de María Santísima; tendremos vastos edificios, con muchos sa-

lones y muchas aulas, tendremos clases y talleres de toda suerte, «*a fin de que los niños puedan seguir una carrera o aprender un oficio, según sus inclinaciones*»; tendremos vastos patios y amplios pórticos para los recreos y, en fin, tendremos una magnífica iglesia, clérigos, catequistas, asistentes, profesores, numerosos sacerdotes que instruirán a los niños y prodigarán cuidados especiales a aquellos *en quienes se manifieste la vocación religiosa...* (1).

Son de notarse las palabras que hemos subrayado: caracterizan la vocación. La vocación, cualquiera que sea, no se impone. En germen la trae al mundo todo niño. Y se manifiesta espontáneamente o se descubre con la observación y el estudio. Para seguirla, lo primero es conocerla. Y esto si algunas veces es fácil, otras impone ciertos esfuerzos, tanto de parte del educador como de parte del educando, porque si toda la empresa educativa es obra de colaboración, este particular lo es de modo especial, como fácilmente se comprende.

Elementos para afrontarlo

2. De los elementos para juzgar de ella y, por consiguiente, para orientar y orientarse, el primero es el *temperamento y el carácter*, el cual se pone de manifiesto en las inclinaciones y tendencias. Dijo muy bien Samuel Smiles: «El carácter del niño es el núcleo del hombre; toda ulterior educación es una superposición: la forma del cristal permanece siempre la misma. Es, por tanto, verdadero que el niño es el padre del hombre, como la mañana lo es del día.» Descubrirlo no es siempre fácil. Y hay sorpresas.

Deber, pues, del educador es ayudar al educando a estudiar, conocer y seguir su vocación. El mejor estudio se hace sobre las manifestaciones *espontáneas* del niño: del *modo como habitualmente se comporta*, sobre todo cuando no es observado, o cree no serlo, en la clase, el estudio, la iglesia y, particularmente en las recreaciones, paseos y depor-

tes; de sus *aficiones, gustos*; del modo como responde, como resuelve problemas, etc. Y no es malo preguntarle de cuando en cuando: «¿Qué quieres ser?»

Y no se pueden descuidar los grandes recursos que la *psicotécnica racional* ha ido poniendo en nuestras manos. Es máxima de Don Bosco que «el educador debe ir a la vanguardia del progreso».

La práctica de Don Bosco

2. Por eso quiere Don Bosco—es característico de «su Sistema»—que «los educadores *estén con los educandos en dondequiera, recen con ellos, estudien,* hagan recreación y *jueguen con ellos,* y haciéndolo *observen y traten de conocer carácter e inclinaciones*; que el Director se entere de la familia, antecedentes, ambiente y hasta posición social, porque también este elemento es importante. *Conociéndolos, les ayudarán a conocerse y orientarse, y, orientados, a seguir su estrella y coronar la meta*».

Con sus niños confería a menudo sobre el importante asunto, en público y en privado: en público, daba las normas; en privado, las aplicaba. Veamos una muestra:

5 de diciembre de 1864: «Buenas noches»...

«Otra cosita importante os prometí: hablar de los medios necesarios para descubrir vuestra vocación (para orientaros). Por hoy, sólo dos palabras.

Muchos de vosotros serán sacerdotes; muchísimos, seglares quedaréis. Mas tened en cuenta que no porque digáis «me haré sacerdote», automáticamente lo seréis. Y otros porque digáis: «yo sacerdote no me quiero hacer», vais infaliblemente a ser seglares. Muchas veces el Señor llama al Sacerdocio a jóvenes que ni siquiera la soñaban; y muchas veces, muchachos que se creían llamados al Sacerdocio, más aún, que ya habían vestido sotana, cambiaron ruta. Quiero decir que es asunto que exige reflexión. Por tanto, mientras es tiempo, roguemos al Señor que nos enseñe el camino por

donde hemos de caminar. Y el primer medio para certificarnos de nuestra vocación, nos lo sugiere San Pedro: «Fratres, satagite ut per bona opera, certam vestram vocationemet electionem faciatis»: llevar una vida llena de buenas obras, una vida regular por el santo temor de Dios. Todo lo que hagamos, hacerlo a la mayor gloria de Dios; entonces el Señor nos dirá lo que quiere de nosotros, qué camino debemos tomar, cuál carrera debemos escoger.»

10 de diciembre. «Buenas Noches»...

«Hemos dicho que el primer medio para descubrir a qué estado Dios nos llama, es la oración acompañada de las buenas obras. El segundo, nos lo da San Pablo: «Oportet... et *testimonium* habere ab his qui foris sunt.» ¿Quiénes son éstos que, estando fuera de nosotros, deben darnos testimonio? Son el padre, la madre, el párroco, los compaisanos, el Director del Colegio o Casa donde nos encontramos. Y Director, verbigracia, aquí en nuestro Oratorio, no soy sólo yo, sino también todos aquellos que aquí adentro tienen algo que ver con vosotros.

Los niños y jóvenes bien pronto con su conducta demuestran dónde los llama Dios, y según esta conducta o comportamiento, los que «foris sunt», dan su sentencia o dictamen. Viendo algunos jovencitos recogidos en la iglesia, reservados en el trato: oíd lo que van diciendo de ellos: «¡Qué buen sacerdote será éste!» De aquél otro dicen: «¡Qué buen soldado!». De un tercero: «¡Qué buen panadero haremos!» ¿Reís vosotros? (era una alusión).

Conque, pues, estemos atentos a *hacerlo todo*, aun los más pequeñitos deberes, *con diligencia*, si queremos que el Señor nos dé a conocer el camino por el cual quiere que caminemos en el mundo.

Habrá un chico del cual en su pueblo saben que tiene intención de hacerse sacerdote; pero estudia poco, va a la iglesia lo menos que puede y está con poca atención, enreda mucho, frecuenta ciertas compañías, se deja escapar palabras... La población habla de él y da su dictamen: «¡Qué mal cura va a ser éste!» Aquél otro ha venido, mandado o

traído, por sus padres, tal vez sin aconsejarse con el párroco; pero, ¡ay qué frío! Consultad el registro de notas: en la iglesia, mediano; en la clase, mediano; en el comedor, mediano; en el patio, mediano, todo mediano... ¿Tantos medianos no serán un óptimo? ¡Ah, no!

Queridos míos, portaos de modo que vuestros Superiores puedan daros con toda franqueza y seguridad su parecer sobre la vocación. Estad atentos a lo que os estoy diciendo, porque son cosas que en los libros no se encuentran, o si se encuentran, están en libros que en vuestra condición presente no podéis procuraros. Tened confianza en vuestros Superiores, consultadlos, porque es grande placer para nosotros ayudaros en todo lo que podamos. Hay algunos que en todo el año no se presentan al Superior. Llegan las vacaciones. Van a consultarse con el señor Párroco, y el señor Párroco pregunta: «¿Qué te ha dicho tu Director?» «¡No me ha dicho nada!» ¡Claro!... ¿Qué podía decirle si jamás se dejó ver? Y así, con los ojos vendados se hacen, por ejemplo, sacerdotes, sin atender si Dios los llama o no. ¿Qué será de ellos? ¿Tendrán las fuerzas y las gracias necesarias?

Por último, quiero deciros con quiénes debéis aconsejaros. Primero, con vuestros padres. Aunque algunas veces puede que no sean consejeros sinceros, porque en ocasiones no toman por guía el bien espiritual del hijo, sino miras a intereses temporales. Pero si los padres son buenos cristianos, ciertamente son los mejores consejeros que puedan desearse: os han observado años y años, y su consejo no puede menos de ser justo y sensato. Comoquiera que sea, pedid siempre este consejo a vuestros padres, que, en general, si lo pedís como debe pedirse, os lo darán cual conviene.»

10 de diciembre. «¿Quién será el que mejor puede juzgar de las cosas del alma? El confesor. Sí, el confesor. A él debemos abrirle completamente la conciencia y él sabrá decirnos dónde nos quiere el Señor. Escogido un confesor, debemos ir con asiduidad a él, al mismo, porque de otro modo, ¿cómo podrá darnos juicio sobre la vocación si no nos conoce perfectamente? Por consiguiente, es necesario

que no tengáis dos confesores: uno para el diario y otro para los casos graves. Verdad es que los pecados se perdonan lo mismo; pero en asunto de vocación no es lo mismo. Si el que debe orientaros cree tener delante un angelito de blancas alas y, en cambio, tiene un diablejo con cuernos, ¿podrá daros un juicio o dictamen exacto y seguro? Peor lo hacen otros que cada vez cambian de confesor. ¿Cuál de ellos podrá conocerlos? Por tanto, amigos míos, escogeos un confesor e ir siempre a él, al mismo, si queréis saber con seguridad lo que el Señor quiere de vosotros...

Con esto, claro está, no quiero decir que sea pecado cambiar de confesor. ¡Ah, esto no! Antes bien, si alguno tuviese la desgracia de cometer un pecado grave y no tuviera el valor de confesarlo con el confesor ordinario, vaya a otro; antes que cometer un sacrilegio, cambie, aunque sea todas las veces. Pero entonces, antes de decidirse por un género de vida, haga una confesión general. El confesor lo escuchará con paciencia y lo ayudará a escoger.

Tan importante es el parecer del confesor, que si los padres y maestros te dijeren: «Hazte sacerdote», y el confesor: «Hijo mío, este estado no es para ti», de nada valen los otros testimonios; ateneos al del confesor.

En el estado seglar hay muchas graduaciones de oficio, profesión, rango social. Pero también en esto será bueno acogeros al dictamen de quien conoce bien vuestro interior. Os podrá decir, por ejemplo: «La carrera de maestro no es para ti; la de médico o abogado, o militar, es para ti, o no, según el caso; toma más bien esta profesión, este arte. El confesor, hombre de experiencia, puede también sugeriros los medios para elegir y hacer carrera. Naturalmente, que si queréis haceros abogados o médicos y carecéis de recursos, no podrá suministrároslos; pero, al menos muchas veces podrá indicaros el modo como podáis lograr vuestro fin» (2).

3. De paso toca aquí Don Bosco un punto muy importante: la posición social y económica. Afrontar una carrera dispendiosa sin suficiente *enjundia*, es exponerse. ¡Cuántas ilusiones disipadas! ¡Cuántos jóvenes, terminados fatigosamente los estudios, quedan desplazados! Y Don Bosco sentía horror a todo desplazamiento.

Desde el tiempo de Bosco acá, la Pedagogía psicológica ha progresado mucho, y la Psicotecnia pone en nuestras manos recursos preciosísimos, que, *bien empleados*, facilitarán mucho el acierto en este problema vital. Hoy todo Colegio o escuela profesional que se respeta, tiene a su alcance un «Laboratorio psicotécnico».

Algunos pedagogos entienden por orientación «la tendencia consciente hacia el último fin», hacia la vida eterna. Es evidente que Don Bosco encaminó toda su actividad a procurarse a sí mismo y a los demás este objetivo supremo de la vida; pero no olvidaba que antes hemos de peregrinar por la tierra y que conviene peregrinar en las mejores condiciones.

NOTAS

(1) Cf. *M. B.*, II, c. XLIV.
(2) *M. B.*, t. VII, c. LXXX.

CAPITULO XXVIII

I

EL PROFESOR DON EJEMPLO

Importancia del ejemplo

1. ¿Quién ignora que el buen sentido, la laboriosidad y, sobre todo, la virtud del educador son condiciones de primer orden para educar? Y no sólo por conveniencia, o por decencia—ya que el educador es de por sí lo que el modelo para el aprendiz de pintura—, sino también por cualidad dominadora, el buen ejemplo es poderosísimo factor de la autoridad.

Sentenció Lambruschini: «El ejemplo es una lección continuada, tanto más eficaz cuanto más espontánea.»

Ciertísimo. Lo confirmaremos con el «ejemplo» de Don Bosco, niño:

Don Juan Filipello, compañero de infancia de Don Bosco, narra, entre otras cosas, que «todos nosotros nos dejábamos dirigir y guiar de él, habiéndose conciliado nuestro respeto y nuestra admiración. Andaba entre nostros como quien tiene autoridad. Ponía grandísimo cuidado para alejarnos de malas compañías e impedirnos diversiones peligrosas. A mí y a los demás compañeros nos daba buenos consejos, y le obedecíamos naturalmente, y jamás advertí que cayera en error o falta. Can afabilidad nos avisaba y corregía, y no ahorraba reproches a quien lo merecía. Por mi parte estoy persuadido de que Juan no cometió jamás un pecado.

Tal sencillez y modestia resplandecía en él, que las madres le confiaban sus hijos, segurísimas de que Juan era un verdadero ángel de guarda. Todos los compañeros y coetáneos de Juan conservaron siempre excelente opinión de su conducta» (1). «Aquí está el verdadero secreto de esa autoridad que ejercía ya de niño sobre los demás, y que al par de su virtud, crecía con la edad» (2).

Apenas ordenado, escribió sobre uno de los registros de su Breviario esta sentencia de San Máximo: *Validiora sunt exempla quam verba et plus est opere docere quam voce* (más eficaz es el ejemplo que la palabra, y más es enseñar con la obra que con la voz. (Serm. 67.)

Legislación de Don Bosco sobre el ejemplo

2. Tanta importancia dió al ejemplo, que para darlo iba él mismo a estudiar en la sala común de estudio, en medio de centenares de chicos (3). Esto es, además, «familiaridad», vida de familia. A los suyos lo recomienda mucho.

Así, pudo «legislar» con toda autoridad, con la autoridad del ejemplo:

«Sed modelos (a maestros y asistentes), sed verdaderos modelos de todos los niños. Vosotros debéis ser como otras tanta pautas sobre cuyas líneas puedan los otros escribir y dirigir su vida. Regulaos de modo que edifiquéis no sólo con el consejo, sino con las obras, con el ejemplo.

¿Qué vale recomendar las cosas si ven que no las practicamos nosotros? ¡Qué hermosa cosa es, dice San Juan Crisóstomo, ver en el huerto una planta robusta, que espande sus ramos cargados de flores y frutos!

Y al contrario, si no ofrece ni flores ni frutos, todos la mirarán con desdén, porque ocupa inútilmente el terreno. Así somos nosotros. Todos nos tienen puestos los ojos encima...» (4).

«... Pero si enseñáis la dulzura, la cortesía, y después faltáis a ellas, no os podrán decir: Pero, maestro, ¿cómo

es que vos sois tan impaciente e intolerante? ¿Y si recomendáis la mortificación y la templanza, y luego os vieran buscar en todo vuestras comodidades y gustos? No olvidemos que Jesucristo «coepit facere et docere».

El mandato más eficaz de un Superior es el buen ejemplo, y el preceder a los alumnos en el cumplimiento de los propios deberes» (5).

NOTAS

(1) *M. B.*, t. I, c. XXIII.
(2) *Ibid.*
(3) *M. B.*, t. VII, c. LV.
(4) *M. B.*, t. VI, c. VI, año 58.
(5) Cf. *M. B.*, t. II, c. V.

CAPITULO XXXIX

EL PROBLEMA POSTESCOLAR

I

PREOCUPÓ A DON BOSCO

Importancia

1. Dijimos arriba que a Don Bosco le preocupó el problema y que lo afrontó con riqueza de medios (cap. III). Y no podía menos, ya que todo educador educa para la vida. Y ésta comienza propiamente al salir del plantel educativo.

La hermosura de la vida de familia, una de las características del sistema, ¿no nos deja abierto el campo a la confianza, y a las confidencias y consultas de esos jovencitos cuando salidos de nuestros Institutos se ven lanzados a la Universidad, a las fábricas, a los senderos del mundo? ¿Y no está previsto que desde ese momento se inscriban en la Asociación postescolar de los Antiguos Alumnos? Su dirección espiritual y cultural puede—¡y debiera!—quedar en nuestras manos.

A las ventajas del Sistema Preventivo, ya expuestas, se añaden otras:

«El alumno tendrá *siempre* gran respeto a su educador: *recordará* complacido la dirección de él recibida y considerará en todo tiempo a sus maestros y superiores *como a padres y hermanos suyos*.

Donde quiera que vayan alumnos así educados, son, por lo

general, consuelo de las familias, útiles ciudadanos y buenos cristianos» (1).

Y la experiencia de un siglo lo confirma.

¿Cómo lo afrontó?

2. Las *Compañías* religiosas y las *Asociaciones* culturales y deportivas del Colegio los han iniciado en los grandes medios de preservación, conservación y progreso que pueden hallar o constituir en el nuevo ambiente. Hoy, además, tenemos la «Acción Católica», de la cual las Compañías son preparación y semillero.

¿Y las *Buenas Noches*? ¡Qué gran recurso formativo en manos de un educador hábil! Recuérdese que éstas, en su intención, deben hacer pensar y acostumbrar a reflexionar y meditar. Son siembras que florecerán, sí, en el colegio, pero que fructificarán principalmente al salir de él. Véanse éstas de nuestro Padre; remontan al año 1864:

a) Comienza por referirles, detalladamente, un suceso del día. Viajando de Vercelas a Turín, se encuentra con que en el tren viaja un deslenguado que despotrica sobre asuntos religiosos. Relata el diálogo habido sobre la Confesión, que el otro decía invención de los curas: diálogo no exento de humorismo y, por tanto, de interés, y sumamente instructivo. De cosa en cosa, el diálogo viene a dar en cosa que hiere el patriotismo de Don Bosco, porque los Santos no son chovinistas, pero sí patriotas.

«Soy palermitano, y vengo a Turín para enseñar Contabilidad militar a estos cadetes piamonteses, que de Contabilidad no tienen jota.» «¿De veras? ¿Y qué es eso de la Contabilidad militar?» Y resulta que el sediciente profesor no sabía Contabilidad. Tomando aire doctoral, Don Bosco explaya en el vagón sus conocimientos contabilísticos. Los viajeros se miran y se dicen: «¡Vaya con el cura! Entiende hasta de Contabilidad militar.» Y le preguntan: «¿Por lo visto, usted ha sido militar?» «No sólo lo he sido, sino que lo soy.» Y lo miran con mayor curiosidad. «No, no estoy disfrazado: mi sotana es mi uniforme; pero soy militar, y no simple soldado. ¡Soy general de brigada!»

Explicado el equívoco, y reído, Don Bosco, vuelto a su contrincante: «Vea, caballero—le dice—, yo entiendo poco de Contabilidad militar; pero le confieso que la diatriba contra los piamonteses me ofendió. Si yo, no siendo militar, sé lo que sé, imagínese usted lo que sabrán nuestros oficiales. Un consejo de amigo le doy: antes de hablar, piénselo bien siempre, porque puede encontrar desagradables sorpresas.»

Mi pobre contabilista permaneció callado durante el resto del viaje, mientras otros decían: «¡Reverendo, ha sido una bendición! Desde Milán nos traía molidos con sus impertinencias.»

«Hijos míos; sacad de este hecho una enseñanza práctica: si dais con personas que hablen mal de la Religión, por regla general no las combatáis de frente si no os sentís bien preparados; si os interpelan, no os dejéis enredar; interrogadles a vuestro turno, con prudencia y caridad, como quien desea ser instruído. De ordinario estos enemigos de la Religión son charlatanes o pobres ilusos, y los callaréis fácilmente: así volveréis contra ellos mismos las armas con que os querían combatir» (2).

b) «Hoy os narraré un hecho que ha tenido lugar aquí en Turín en estos días: veréis cómo no podemos ser a un tiempo de Dios y del demonio, y que el Señor aborrece a los que pretenden contentar al mundo y al mismo tiempo servir a Dios.

Había aquí en Turín un caballero que seguía este malaventurado sistema. Oía misa los domingos, le gustaba oír sermones; cuando trataba con sacerdotes hablaba bien de la Religión, pero cuando estaba con sus amigos criticaba al Papa, se burlaba de los curas y de la Religión. Un día un amigo suyo le advirtió: «Usted habla mal del Clero y de la Religión; mire que un día puede faltarle uno y otra.» El gentilhombre se echó a reír. Por desgracia, la advertencia fué profecía. La otra noche, el desgraciado estaba en tertulia con sus amigos, burlándose del Papa, de la Iglesia, de la Religión, cuando de improviso siente una sed abrasadora. Vacía una copa, y la sed aumenta; otra, y crece la sed; apura la botella entera, y la sed sube de punto; otra, y crece, la sed es ya tormento. Se despide, monta en su coche, y ¡al palacio! Llaman al médico. Este receta. El enfermo toma la medicina y se acuesta. Los domésticos se retiran, él desea quedar tranquilo. Viéndolo agitado, resuelven velar por turno en la antecámara. A eso de las dos, el criado de guar-

dia oye un ruido sordo como de cuerpo que cae. Acude, y encuentra a su señor sentado en el suelo, con la lengua fuera, negra como carbón, los ojos desorbitados, mirándolo con fijeza. Se acerca, le pregunta; el señor da a entender que no puede hablar. Lo levanta, le pone en la cama, avisa a los otros y corre por el Sacerdote; éste viene en volandas; pero el caballero había muerto ya, con boca y lengua hinchadas y negras. ¿Se habrá arrepentido? Esperémoslo. Roguemos por él. Pero, ¡cuán terribles son los juicios de Dios!

Jóvenes míos, aprended de ese pobrecillo a hablar bien del Papa, de los Sacerdotes, de las cosas de Religión. ¡Ay de quien habla mal de esto! Lo ha dicho el Señor: «nolite tangere Christos meos et in profetis meis nolite malignari!»

«Si no queréis hablar bien, callad; pero si habláis, hablad siempre bien, porque el Señor castiga a los malhablados, y la experiencia nos dice que la mayor parte de éstos acaban mal.»

Otros documentos

3. ¿Cómo imaginar que Don Bosco desconocía este problema, si siempre trató con estudiantes, con universitarios, con jóvenes de toda clase, y si necesariamente les hablaba en sus Liceos e Institutos de Segunda Enseñanza? Son notabilísimos los «Avisos de un amigo a la juventud según las necesidades de los tiempos», escritos y divulgados ya en 1849 (3).

II

PUNTOS CONCRETOS DE SU PRACTICA

4. ¿Cuáles son los escollos en que más frecuentemente chocan y naufragan? A más de la crisis de la adolescencia y el furioso despertar de las pasiones, son: «*el respeto hu-*

mano, el ocio, el juego de azar, las malas compañías, las malas lecturas, los espectáculos peligrosos, el abandono de las prácticas de piedad.» Pues, para *prevenirlos,* Don Bosco empleó y nos dejó una verdadera mina en sus escritos y en sus discursos. En los citados avisos habla hasta del tabaco.

Si ya los Oratorios Festivos tienen como fin principal la *formación cristiana de la juventud,* ¿qué decir de los Colegios, de los cuales los Oratorios no son sino el vestíbulo? ¿No deben en unos y otros aprender los niños a vivir cristianamente? Esto, de su peso cae.

Recursos de suma importancia

5. ¿Y la explicación de Catecismo, obligatoria a lo menos dos veces a la semana—a más de los domingos—y la «Instrucción», y el Evangelio, y las Historia Sagrada y Eclesiástica, y la tendencia cristiana, de todas las materias de enseñanza?...

Se educa para la vida, y siempre hay que arribar más allá de las bardas del colegio.

¿Y la *formación* positiva al *trabajo,* el *amor al estudio,* el hervor de *apostolado*?

Y, sobre todo, el *espíritu.* Fué tal vez providencial que Don Bosco no detallara los pormenores de su Sistema: las condiciones cambian, las circunstancias varían de tal modo, que no hay dos casos iguales. Quizás, por el respeto y el amor que le tenemos, nos hubiéramos esclavizado un poco a las normas. Con el espíritu no hay este riesgo: en las circunstancias más opuestas, en las ondulaciones más imperceptibles sabrá darnos la inspiración, ponernos en las líneas del principio y, explicándolo, darnos la solución requerida.

El recurso príncipe

6. *La formación religiosa* es de importancia capital. Don Bosco la requiere extensa y profunda. Y esto es natural.

Pero, además, la quiere *basada sobre el Dogma*; y esto es notabilísimo.

«El Dogma hay que predicarlo, hay que enseñarlo. Fué materia principalísima en la predicación de los Santos Padres; es la sustancia de nuestra Religión; es, por tanto, necesario que los fieles se instruyan en él y lo conozcan bien; está en relación íntima con la moral. Por eso debe enseñarse con exactitud y precisión.

Parece que hoy se descuida un poco en la predicación: urge hacerlo revivir; las dificultades de tratarlo no deben espantarnos, sino hacernos prepararnos bien. El Dogma debe practicarse porque:

1.° Es la parte más noble y vital de la Religión.

2.° El Dogma es el signo, el carácter con que el fiel se distingue del infiel.

3.° El Dogma es germen de virtudes sobrenaturales.

4.° El Dogma es la materia de nuestra fe, porque dice San Pablo, que *fides est esperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*, y debe ser conocido de los fieles, para que puedan ejercitar su fe.

5.° El Dogma demuestra la relación que media entre las verdades naturales y sobrenaturales. Sobrepuja las fuerzas de la razón, mas no es contrario a ella. Hay tal conexión entre las verdades dogmáticas, que, negada una, lógicamente se negarán las otras.

6.° El Dogma hay que predicarlo, enseñarlo, porque nutre la humildad y es el fundamento de la vida moral.

Es la sumisión de la inteligencia a Dios revelante y a la Iglesia docente» (4).

Para muchos será como nuevo este precioso documento; ¡pero es tan... lógico!

La meditación

7. Querría también que al menos los estudiantes aprendieran a hacer su *meditación diaria*, breve, pero meditación.

«Al segundo toque de la campana... los artesanos irán a la capilla, rezarán las oraciones y asistirán a la Santa Misa. Los estudiantes irán al estudio y luego a Misa, después de la cual *se hará una breve meditación*» (5).

Y a par de la formación dogmática, la *moral* y la *litúrgica*. ¡Qué preciosos los documentos de las Memorias, por ejemplo, t. III, págs. 354-1-IX, 404!

Por lo demás, si los niños y jovencitos adquieren el hábito de la oración, de la confesión y comunión, de las prácticas cristianas, el problema está resuelto.

El lapso de la adolescencia

8. Pero, además de todo esto, Don Bosco da normas aún más concretas.

Ante todo, precisa «la adolescencia como el tiempo más oportuno para la educación» (él la coloca de los doce a los dieciocho años).

«La experiencia enseña que ordinariamente antes de los doce años la juventud no es capaz ni de gran bien ni de gran mal, y que después de los dieciocho años es dificilísimo hacerle deponer hábitos ya en otros sitios contraídos...» (6).

Por eso, «durante ese precioso lapso debe trabajarse inteligente, continua e intensamente en su formación, y acorazarlos y prevenirlos para cuando tengan diecisiete o dieciocho años, alertándolos que esa edad será peligrosa, que encontrarán lazos y tentaciones, siendo las principales persuadirles el demonio de que la confesión y comunión frecuentes son cosas de chiquillos y de viejas, ponerles aburrimiento en los sermones y palabra de Dios, relajación en el pensar y obrar, libertad excesiva y, sobre todo los compañeros, el respeto humano, las lecturas, las pasiones, etc., etc. Los jóvenes no olvidan esas advertencias. Cuando sean grandes, y fuera del Colegio, en el mundo, los recordarán con ese encanto que las lejanías suelen poner en las cosas. Y estos recuerdos les harán bien» (7).

Trabajarlos, elaborarlos *durante ese quinquenio* o sesenio, y no sólo colectiva, sino *individualmente*. Ese *cuadernito de bolsillo* con una página *para cada alumno*; esas *palabritas al oído*, esos billetitos florecillas... «La Santísima Virgen te dice esto y esto...», ¡cuánto dicen!

«¿Estás corriendo una tempestad? Invoca a la Estrella del Mar; invoca a María Santísima. Evita la compañía de jóvenes disipados y los espectáculos mundanos. Pon siempre aparte alguna cosita para dársela a los pobres. Si oyes blasfemar, dí pronto alguna jaculatoria. Frecuenta la iglesia para dar buen ejemplo», etc., etc. (8).

Al salir

9. Es sabido cómo Don Bosco *seguía este cultivo después* de que los niños salían de los Colegios. Y pudiendo, era cosa individual: en las oficinas, en los Seminarios, en las Universidades.

Pero la grande obra postescolar es la *Asociación*—hoy internacional—*de los Antiguos Alumnos*.

Cuando la Divina Providencia la instituyó, la tarea se facilitó inmensamente.

Y no sólo sus alumnos propiamente tales, sino también sus dirigidos externos. Y así, entregado como estaba a los niños pobres y abandonados, no descuidaba a los niños ricos y nobles, bien fueran hijos de sus bienhechores o los conociera en los Colegios adonde iba a confesar y predicar. Ausentes, continuaba dirigiéndolos *por correspondencia*. El marquesito de Frassati cursaba estudios en Francia. Al reanudarse el curso recibe una carta del Santo: «Querido Manuel: Antes de partir, escucha dos palabras de un amigo de tu alma...» Y le da los consejos oportunos, breves, prácticos: «Confianza con los Superiores; confesor fijo y poner en práctica sus avisos; evitar el ocio y las compañías peligrosas; encomendarse todos los días a la Virgen, pidiéndole cualquiera cosa antes que caer en pecado grave» (9).

Y como ésta, muchas otras. Esto es positivo y eficaz.

Y ¡cómo sabía animar! «A un antiguo alumno de Niza Monferrato, que había fundado una floreciente «Sociedad de Obreros Católicos», le tributó grandes elogios y lo propuso a la admiración e imitación de los compañeros» (10).

Los Ejercicios espirituales

10. Narra el Venerable Leonardo Murialdo: «Hallándome con él (Don Bosco) en Alasio en compañía de un joven estudiante, me dijo medio bromeando que volviera a Alasio a dictar una tanda de Ejercicios espirituales a dicho joven, pero de «*esos Ejercicios que dejan profundamente grabados en la mente y en el corazón el quòd* AETERNUM NON EST, NIHIL EST».: El subrayado y las mayúsculas son del deponente.) Y pronunció estas últimas palabras con tal acento de convicción y penetración, que bien se veía que él las vivía.»

Al Director del Colegio Bachillerato de esa ciudad—y lo mismo a los de Varazze, Borgo San Martino, Lanzo—recomendaba «no dejar de hacer todos los años al menos dos sermones sobre la presencia de Dios» (11). En la biografía de Luis Colle insiste una y otra vez sobre la formación del carácter, la instrucción religiosa, el acostumbrar al esfuerzo, al sacrificio, al altruísmo, a la generosidad... (12).

11. Y basta con esto para saber nosotros a qué atenernos en punto tan importante, que entra tan de lleno en nuestro Sistema.

Tan de lleno entra, que espontáneamente todos nos lo reconocen. Escribe el célebre P. Semería en un medalloncito de nuestro Fundador: «Su método educativo fué la moral más austera en la forma más jovial; el método de San Francisco de Sales y de San Felipe Neri; la juventud respetada en sus instintos mejores, resuelta y enérgicamente corregida en sus instintos más bajos» (13).

En las Circulares de los Superiores, en nuestros tratados de Pedagogía, en los discursos de nuestros Antiguos Alum-

nos es axioma que al salir un joven de nuestros Institutos no se verifica una separación, sino simplemente un cambio de relaciones, en que a la subordinación se sustituye la «amistad».

NOTAS

(1) *El Sist. Prev.*, III.
(2) Cf. *M. B.*, VII, c. LXXI.
(3) *M. B.*, III, c. LIII.
(4) *M. B.*, IX, c. LVIII.
(5) *Reglam. de los Alumnos*, c. VI, del año 1852. Cf. también *M. B.*, IV. Appendice.
(6) *Reglam. del Orat.*, 1852. V. *M. B.*, IV. Appendice.
(7) *M. B.*, VII, XX.
(8) *M. B.*, X, L, 4.
(9) V. *M. B.*, t. V, c. LIII.
(10) *M. B.*, IV, 175.
(11) *M. B.*, X, I, 4.
(12) *Ibid.*, c. II.
(13) *L'Azione*, an. VIII, n. 10, Salerno. Cf. *M. B.*, X, 35.

CAPITULO XXX

I

EL PROBLEMA DE LA CARIDAD LEGAL Y DE LA INICIATIVA PRIVADA

Crispi y Don Bosco

1. Crispi, a fines del año 1877, recordando quizá sus antiguas relaciones con Don Bosco, habíale encargado estudiar un «proyecto preventivo» para la educación de los chicos que estaban en peligro de perderse («periconlanti»). ¿Quiénes son ellos? Don Bosco mismo nos lo dice: «Jóvenes y niños que no son perversos, sino abandonados, y, por lo tanto, en peligro (1)»

Caído Crispi, el Santo escribe al Presidente Zanardelli algunas cartas; en la última (23-VII-78), le dice:

«Cualquiera sea la deliberación que V. E. en su prudencia adopte, le ruego tenga presente mi constante voluntad de trabajar para disminuir el número de los díscolos y acrescentar el de los honestos ciudadanos (2).»

Antes (21-II-78), le había dado las bases, y concluía:

«Tenga plena confianza de que esto puede lograrse con poquísimo gasto de parte del Gobierno. De este modo se proveería a un gran número de niños que están clamando por un asilo y se pondría también término a dispendiosos inconvenientes de viajes, etc.

Los niños, careciendo de instrucción y de reflexión, excitados por los malos compañeros, se dejan con frecuencia

arrastrar al desorden por el solo motivo de estar abandonados. Al paso que las leyes vigilan sobre los culpables, deben usar gran solicitud para disminuir su número.»

Los candidatos

2. ¿Cuáles están en el caso? ¿Cuáles peligran? Se lo dice el Santo al ministro:

1.º «Los que de una ciudad o pueblo van a otra en busca de trabajo. Generalmente llevan consigo algún dinero, que consumen en breve. Si no encuentran trabajo, quedan en peligro de darse a la vagancia y al latrocinio, y comienzan así el camino que los lleva a la ruina.

2.º Los que, quedando huérfanos, no tienen quien los asista, y quedan, por tanto, abandonados, a merced de la calle y de la compañía de los díscolos. Una mano amiga, una voz caritativa podría encaminarlos por la senda del honor.

3.º Los que tienen padres que no pueden o no quieren cuidarlos, por lo que los echan de casa o los abandonan del todo. De estos padres hay, por desgracia, un gran número.

4.º Los vagos que caen en las manos de la Policía, pero que no son díscolos todavía. Estos, si se acogen en un hospicio, donde se instruyan y avíen al trabajo, se sustraerían, sin duda, a las prisiones y se restituirán a la sociedad.

Proveimientos. La experiencia dice que se puede proveer a estas cuatro categorías:

1.º Con los jardines de recreación festiva (así denomina los Oratorios festivos cuando escribe al Gobierno o personajes anticatólicos). Con los amenos recreos, la música, la gimnasia, la declamación, el teatrito, se recogen con mucha facilidad. Con la clase nocturna y dominical y con el Catecismo se les da alimento moral proporcionado e indispensable a estos pobres hijos del pueblo.

2.º En estas reuniones se harán indagaciones para saber cuáles están sin patrono, y se procederá a que sean asistidos y ocupados durante la semana.

3.º Se encuentran algunos tan pobres y abandonados que no tienen cómo vestirse, nutrirse ni dónde pasar la noche. A éstos no se puede proveer sino con hospicios y casas de preservación, con artes y oficios, o bien con granjas o escuelas agrícolas.»

Cómo proveer

3. «*Por el del Gobierno*. El Gobierno, sin asumirse una administración minuciosa, sin tocar el principio de la caridad legal, puede cooperar de las siguientes maneras:

1.ª Suministrar jardines para entretenimientos festivos, ayudar y dotar de lo necesario a las escuelas.

2.ª Facilitar locales para hospicios, dotarlos del menaje para las artes o ejercicios a que se dedicarán los niños.

3.ª El Gobierno dejará libertad en la aceptación de alumnos, pero pasará un subsidio diario o mensual para los que, hallándose en las condiciones dichas, fueren asilados. Esto se haría constar mediante los certificados de la autoridad civil o de las cuesturas, que a menudo dan con niños que se hallan en esa condición.

De este modo el Gobierno ayudaría, dejando libre el concurso de la caridad de los ciudadanos.

Resultados.—Apoyado en la experiencia de treinta y cinco años, se puede constatar que:

1.º Muchos chicos, salidos de las cárceles, con facilidad se encaminan a un arte u oficio con que ganarse el pan de la vida.

2.º Muchos que estaban en inminente peligro de volverse díscolos, comenzaban a causar molestia a los ciudadanos honrados y ya daban no pequeño quehacer a las autoridades; se alejaron del peligro y se pusieron por buen camino.

3.º Consta por los registros que no menos de cien mil jovencitos, asistidos, recogidos, educados con este sistema han aprendido quién un arte u oficio, quien una carrera científica o literaria, la música, y llegado a ser virtuosos ar-

tesanos, maestros, enseñantes, laboriosos empleados, dueños de tiendas y almacenes, agentes de comercio, y no pocos cubren honoríficos puestos en la magistratura y la milicia. Muchos, dotados de no ordinario ingenio, han frecuentado las Universidades y doctorádose en Leyes, Medicina, Ingeniería, Farmacia, etc.» (3).

El Prefecto gobernador de la ciudad de Turín conferenció repetidamente con él. Estaba entusiasmado.

Desde que se habían laicizado las cárceles, habían empeorado muchísimo las cosas. En la Generala eran frecuentes los motines. La guardia tenía que disparar. Y había heridos y muertos.

A pesar del optimismo del Prefecto, Don Bosco preveía que el Gobierno Zanardelli y los semejantes a él no le encargarían de los reformatorios, «porque—se dice—Don Bosco quiere mucha religión.»

«En realidad, yo creo que sin religión no se puede lograr nada bueno de la juventud» (4). Aquí vuelven a campear los dos termómetros de Donoso Cortés.

El Prefecto se propuso allanar las cosas, a lo menos para la ciudad de Turín. Todo parecía arreglado. Pero en viniendo al acto práctico, el ministro salió con ésta: «Don Bosco quiere hacerlos curas a todos estos muchachitos, y curas ya hay demasiados.» Así fracasaron tantas nobles iniciativas, y los reformatorios siguieron siendo... cárceles y semilleros de criminales.

Y esto no sólo en Italia.

Obstáculos... imaginarios

4. Hay cosas inconcebibles. Una de ellas es la ceguedad de algunos hombres de gobierno. Las prevenciones les vendan los ojos. Cree la Escuela laica que el solo saber las cosas basta. Por esto en todo el siglo pasado dominó «la ciencia», sin preocupaciones morales: la instrucción sin la educación, la enseñanza sin la Religión. Y los frutos los está cosechando la generación presente.

En un discursito de «Buenas Noches»—año 1875—, daba Don Bosco a sus niños, incidentalmente, esta leccioncita:

«Algunos creen que para ser buenos basta saber las cosas. Queridos míos, no es así: algo más se necesita. Hay que conocer y practicar lo bueno para ser buenos... Ni siquiera basta la devoción de afectos y las oraciones: se necesita firme resolución y enmienda, y se necesita la Gracia. Creedlo: es un error, y muy grande, creer que pueda ser de otro modo.

Esto es muy claro. Y, sin embargo, hay muchos que piensan y obran como si así no fuera. ¡Pobrecillos!»

Afortunadamente, también en esto el buen sentido se está imponiendo.

Y se impondrá la doctrina de Don Bosco acerca de esta cuestión: el Estado no puede hacerlo todo. Como un buen padre, debe vigilar y ayudar, no absorberlo todo, no pretender hacerlo todo. Respetar y favorecer la iniciativa privada es ahorrarse molestias y realizar positivamente el bien. Lo que se dice del Estado, se dice de la Provincia y del Municipio, de las Empresas, etc. etc.

NOTAS

(1) *M. B.*, XIII, 552, 3.
(2) *Ibid.*, 554.
(3) *M. B.*, t. XIII, c. XVLL.
(4) Cf. *M. B.*, t. XIII, págs. 284, 557, 919,; t. XVIII, pág. 700.

CAPITULO XXXI

EL EQUILIBRIO DE DON BOSCO

I

EL JUSTO MEDIO EN TODO

Unifica elementos dispersos

1. A base de documentos prueba Alberto Caviglia que Don Bosco «siguió con grande cuidado y premurosa solicitud el curso de las ideas y métodos del movimiento pedagógico italiano y europeo, reduciendo, asimilando, transformando cuanto de moderno nuevo y sano formulaban los grandes maestros (1).

Empapado como estaba en las tradiciones cristianas, y sobre todo inspirado del cielo en los famosos sueños que le jalonaban la vida; su genio, con espontánea reflexión, unificaba y asimilaba.

Equilibrado por temperamento y esfuerzo de voluntad, supo evitar todo exceso y realizar con asombrosa seguridad y facilidad el «medius tutissimus ibis» de la filosofía sensata.

Si hay cosa que admira en Don Bosco, es el equilibrio, el sentido de mesura, el *ne quid nimis*, en todo.

La Pedagogía es arte y ciencia: «recta ratio agibilum» y «cognitio rerum per causas». Armonizadas, facilitan la Educación, que es «formatio hominis», y no de cualquier manera, sino «secundum totam suam naturam».

De los autores, unos solían perderse en abstracciones; otros, estancarse en pragmatismos. De donde resultaba la esterilidad práctica. Don Bosco dista de unos y de otros, pero de unos y otros toma lo bueno que tengan y realiza, con una naturalidad que asombra, esa altísima cuanto difícil ciencia y arte «educationis hominis secundum totam naturam».

Es evidente que de Cristo acá, esta «tota natura» abraza, a lo menos en Educación y en las naciones cristianas, la «supernatura», o sea la vida sobrenatural, el orden de la Gracia. El laicismo, hoy no es humano.

Como no se puede educar al hombre atendiendo sólo al cuerpo, o sólo al alma, o sólo algunas de sus facultades, así tampoco se puede prescindiendo de un elemento que después de la Redención se puede llamar *esencial*. Y es admirable la manera como Don Bosco sabe hacerlo, dosificando tan acertadamente los elementos, y jerarquizándolos, que el resultado es «el hombre cabal», niño, adolescente, ciudadano, profesionista, cristiano, todo en una pieza, dentro de su tiempo y su sitio.

Testimonios

2. Los genios abren las sendas, instauran los métodos, las maneras, muestran los rumbos. Sus discípulos imitan, aplican, perfeccionan si es el caso, pero conservando siempre «el estilo».

El estilo de Don Bosco es el Sistema Preventivo con espíritu salesiano: es inconfundible y se generaliza.

Derivan a educación, de *educere*, sacar; ciertas cosas se sacan por inspiración y esfuerzo: así el artista saca la estatua del bloque, el cuadro de la tela, el poema y la melodía de un sueño o de un «motivo». Es cosa laboriosa: presupone meditación, conato, trabajo; inteligencia y voluntad, inspiración o técnica, pensamiento y acción, verdad y caridad, teoría y práctica. Para asegurar totalmente el éxito. debe haber en estos diversos elementos equilibrio, justa y exacta

dosificación, porque cualquiera exageración o carencia, deforma, en poco o en mucho, el resultado. Y esto lo hace él sin esfuerzos aparentes, sin cavilaciones ni vacilaciones. Con un trabajo modestísimo logra resultados inmensos en todos los órdenes. En lo intelectual, los alumnos de sus colegios obtienen los más altos puntos en los exámenes (no siempre benévolos), y en los certámenes del saber, se muestran capacitados para emprender carreras; en lo social, los altos cultores de sociología dicen que ha resuelto problemas que para ellos constituyen una pesadilla y un enigma; en lo moral, los alumnos y ex alumnos resultan modelos; en lo religioso y en lo civil, ciudadanos cristianos a carta cabal. El cristiano preside, centra lo demás.

Y todo esto sin la menor exageración, sin poses ni actitudes: la naturalidad perfecta. Los discípulos, siguiendo sus métodos, o mejor, su Sistema, logran idénticos resultados en todas partes y en todos los ambientes. Y el Sistema tiende a dominar en el mundo.

Curiosa prueba de este equilibrio es la descripción que de la vida del Oratorio hace el Salesiano don Mateo Ottonello:

«En el patio, nos divertíamos como locos; en el estudio, nos aplicábamos como alemanes; en la iglesia, orábamos como ángeles.»

Y todo ello armónica y jerárquicamente, sin invertir valores ni sitios.

Y hechos como éstos:

Hablando de las «escuelas de método» y otras de su tiempo, miradas por muchos con desconfianza, y no sin razón, pensaba con Santo Tomás, que «todo error tiene un fondo de verdad», y, en consecuencia, decía:

«No es el caso de ponernos a ver de dónde toman inspiración y ayuda, sino más bien de estudiar a fondo su naturaleza y, si son buenas en sí, darles cristiana savia y dirección, e impedir así que las dañe el sectarismo» (2).

II

ADAPTACION

Con su tiempo

3. Por eso mismo quiso, contra viento y marea, que los suyos tomaran los títulos que las leyes exigían para enseñar, salvando así sus escuelas y colegios. Los que lo censuraron, lo imitaron más tarde, algo tarde en verdad, y lo siguen imitando.

Y no era tan fácil. Don Bosco ha tenido que navegar entre el pragmatismo a lo James y el idealismo kantiano, como sus discípulos tienen hoy que sortear los escollos formados por las derivaciones del positivismo y del idealismo exagerados.

El Sistema

4. Seguramente, por eso mismo Don Bosco sigue el Sistema Preventivo. Repitámoslo, no lo inventó él—que no era un iconoclasta ni, en su modestia, se dió aires—, pero de tal modo lo ha adaptado, que parece nuevo, que parece suyo y, sin duda, es su distintivo.

Preventivos fueron San Anselmo, San Felipe Neri, San Ignacio de Loyola, San Juan B. de Lassalle, San José de Calasanz, Victorino de Feltre, porque es el sistema de Jesucristo. Preventivo por excelencia fué San Benito de Nurcia.

Precursor inmediato de Don Bosco y su inspirador, es San Francisco de Sales, el gran filósofo-teólogo del amor y de la gentileza.

Un filósofo salesiano, Carlos Simona, dice que «pocos actos de la vida de Don Bosco demuestran la incontestable potencia de su genio histórico como el haberse puesto con todos los infinitos recursos de sus energías naturales y sobrenaturales sobre las huellas de San Francisco de Sales, re-

sultando una personalidad de educador tan singular y nueva, tan poderosa y genial, que será bautizado con el nombre de «El Educador de la Democracia». Es San Francisco de Sales el genio más dulce, más suave, más amable que imaginar se pueda».

Don Bosco, en su sistema, abraza los principales problemas contemporáneos. Escribe para los niños y para el pueblo—que es eterno niño—, y escribe de todo; traza un rumbo: escribe para enseñar claro, sencillo y limpio. No tiene la elegancia de San Francisco de Sales, porque su público es muy diferente; pero los efectos son los mismos; como de la Filotea puede decirse del «Joven Cristiano» y de las biografías de sus niños, que los lectores, «atraídos por su encantadora dulzura conciben grande horror al mal y vivos deseos de adquirir las virtudes». Escribe de todo, hemos dicho. Sus manuales de aritmética, gramática, urbanidad, agricultura, etc., son documentos de su cultura y fecundidad, como de su imparcialidad de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, lo son, por ejemplo, en que «demostraban su experiencia y sentido práctico no menos que su ingenio y cultura, y fueron acogidos con entusiasmo y fueron causa de triunfos, porque miraban no sólo a las necesidades intelectuales del pueblo, sino también a las materiales» (3).

La esencia del Sistema represivo no es precisamente el castigo, sino el despotismo, la imposición de quien manda. Quizá por eso es el sistema de los gobiernos despóticos. La esencia del Sistema Preventivo es la Caridad, expresada en paternidad y familiaridad.

En el régimen disciplinar

5. En régimen disciplinar, Don Bosco *tiende* a la abolición del castigo, no lo suprime—porque esto es imposible—, pero lo evita todo lo humanamente factible—y lo humaniza y lo convierte en reparación, en rehabilitación, en correc-

ción—, y la corrección ya no es castigo, sino forma de caridad fraterna.

Mucho menos suprime los *premios*, pero los hace mirar como un estimulante, aprobación de la justicia, al esmero y a la aplicación.

Todo esto es señal de equilibrio, y equilibrio perfecto. La naturaleza humana, y más en el niño, necesita de eso.

Los pedagogos modernos y modernistas que lo han abolido, son naturalistas optimistas a lo Rousseau, o deterministas, y se privan y privan a los niños de un recurso pedagógico importante.

Y es curioso que si algunos conservan los castigos, todos éstos suprimen los premios, los aborrecen... sin perjuicio de apetecer distinciones y prebendas para sí. Don Bosco mantiene unos y otros, pero alzando mucho la mira de los alumnos: al deber, Dios. El castigo será una reparación a Dios: por esto llega a que el culpado lo desee; el premio, una sonrisa de Dios, y por esto el primer premiado será siempre el Señor y la Virgen Santísima (4). Sin pararse en abstracciones ni tantas consideraciones, como quien conoce el valor del tiempo, forja almas, transforma corazones, realiza maravillas, haciéndose, sí, admirar, pero, sobre todo, amar. ¿Qué mejor norma para los educadores?

En la Ascética

6. Este equilibrio se muestra en su Ascética, en su dirección espiritual. Diríase que si aspira a formar selecciones, aspira más a facilitar la virtud y aun la santidad a la generalidad. Y Dios le depara el tipo o patrón: Domingo Savio, que se pone en sus manos «como la tela en mano del sastre», y Don Bosco lo forma: «un santito de pantalón y chaqueta» que escala, sí, las cumbres de la virtud y penetra en las regiones mismas de la mística, pero en la vida corriente, común a los colegiales de nuestros tiempos y que podrá decir a los compañeros: «Nosotros hacemos consistir la virtud

en vivir siempre alegres.» «Mi mejor solaz es el cumplimiento de mi deber», y también era su mayor penitencia.

Don Bosco tomó de San Felipe Neri la alegría, pero con la seriedad ignaciana moderó lo que en el Santo florentino podía parecer exagerado, y la embalsamó con la caballerosidad de San Francisco de Sales. Y pues su sistema había de actuar en nuestros tiempos, le es esencial «el apostolado social». Por eso, sin duda, cuida que sea atractivo. Así es alegría sana, expansiva, trabajo, devoción mariana, fervor eucarístico.

A Dios y al César

7. Equilibrio no pequeño es saber dar a Dios lo que es de Dios y a los Gobiernos lo que les pertenece o lo que no se les puede negar. Esto parece hoy natural, más no lo era en su tiempo. Sin duda, también en eso fué el hombre enviado por Dios para orientar a su siglo. Don Bosco comprendía, aunque lo lamentara, el «amor propio» de ciertos gobernantes, y lo respetaba.

III

APLICACIONES

Una página modelo

8. Equilibrio pedagógicopsicológico de alcances ilimitados, aquel segundo capítulo de la biografía del jovencito Luis Colle, hijo de su grande amigo el conde Colle. Allí leemos:

«Privilegio grande de los niños... es el pronto desarrollo de la inteligencia. Pero, por desgracia, a los educadores les falta frecuentemente la prudencia, porque desconocen la naturaleza humana y la recíproca dependencia de nuestras facultades, y con demasiada facilidad la pierden de vista. Dedican todos los esfuerzos a desarrollar las facultades connoscitivas y las sensitivas, que—por error faltal, pero do-

lorosamente demasiado común—confunden con la facultad de amar. Y, al contrario de lo que debieran hacer, descuidan por completo la facultad soberana, la *voluntad*, única fuente del verdadero y puro amor, del cual la sensibilidad no es sino engañosa imagen.

... A causa de este fatal error turban la armonía que debe presidir al desarrollo paralelo de las facultades del alma y dañan los delicadísimos resortes confiados a sus manos inexpertas.

La inteligencia y la sensibilidad, sobrecargadas con una cultura o erudición extensa y desproporcionada, atraen todas las fuerzas del alma, absorben su vida y pronto adquieren una vivacidad extrema, unida a la más refinada delicadeza. El niño percibe pronto; su imaginación es ardiente y móvil; la memoria, fiel, retiene sin esfuerzo y con escrupulosa exactitud los más insignificantes detalles; su sensibilidad encanta a cuantos lo tratan.

Pero todas estas relumbrantes cualidades apenas logran tapar la más vergonzosa insuficiencia, la más ruinosa debilidad. El niño, y luego, por desgracia, el joven, arrollado por la rapidez de las concepciones, no sabe pensar ni obrar con criterio; carece en absoluto de buen sentido, de tacto, de medida, en suma, de «espíritu práctico». No busquéis en él ni orden, ni método: confunde todo, engarbulla todo, tanto en palabras como en acciones; os desconcierta con movimientos bruscos y rápidos y con extrañas incoherencias. Hoy niega lo que afirmaba ayer, y con igual entusiasmo defiende hoy lo que ayer rechazó. La razón, ofuscada por la debilidad de la voluntad, no le permite pensar seriamente por sí mismo, y recibe todos los juicios de los demás, los hace suyos por el único motivo que seducen su imaginación y halagan su sensibilidad, y con la misma ligereza los abandona, o porque no le gustan ya, o porque otras teorías más seductoras han fascinado su voluble inteligencia.

Demasiado agitado para mirar en el fondo del alma, no conoce más que la superficie, es decir, las conmociones pasajeras, y, pronto a atrapar menores ondulaciones, cree ha-

ber decidido con firmeza, lo que le ha parecido querer, e incapaz de dominarse, se apresura a ponerlo en práctica.

¡Triste y ridículo juguete del espíritu maligno, que no cesa de engañarlo, despertando en su interior impresiones que él, pobre ciego, cree propósitos firmes y meditados!

Y cual su pensar cambia con la rapidez del relámpago, así todo su ser se plega a todo movimiento, a veces mal de su grado, porque en el fondo hay un resto de rectitud... que acaba siempre por ceder.

... Y como cree querer lo que en su realidad no quiere, así cree no querer lo que en realidad quiere. La virtud, le encanta, pero como ella repugna a la debilidad de la naturaleza, interpreta esta repugnancia como una voluntad contraria. Y así, engañado por su propia estulticia, se desespera... Esclavo del amor propio, el desgraciado lo ve todo a través de la pasión que en ese instante lo domina. ¿Se trata de decidir un asunto importante? En lugar de considerar la acción en sí misma, de pensar y meditar motivos, medios y fines, interroga a su oráculo: la sensibilidad.

Las gracias más preciosas caerán inútilmente sobre esta alma, porque no sabe acogerlas: su conciencia es un mar en borrasca, presa de encontradas corrientes.

¡Si al menos las cualidades del corazón compensaran tantos defectos! ¡Si la tan cultivada sensibilidad hubiese educado su corazón! ¡Más no! ¡Igual vacío! Se aficiona fácilmente, y con igual facilidad olvida. Sin ser malo, no tiene otra ley que su capricho. Por esto ni siquiera sabe conservar los amigos: a menudo los ofende, los satiriza... y se queja de que no le corresponden. No me digáis que he exagerado en el retrato. Mirad en vuestro alrededor y me diréis si no es exacto. Vayamos al fondo: reconozcamos lealmente que esto es el fruto de la educación errada. Eduquemos sobre todo la Razón y la Voluntad» (5).

Equilibrio el saber avanzar o ceder a tiempo, según las circunstancias, el soslayar las dificultades cuando no conviene acomoterlas de frente, el condescender cuando la caridad o las conveniencias lo aconsejan, y mil otras cosillas

en que se muestran el buen sentido y el recto criterio de adaptación.

NOTAS

(1) *Don Bosco scrittore.* Turín, Ag. 1928.
(2) Cf. *M. B.*, t. II, c. XXIII.
(3) *M. B.*, t. II, c. LVII.
(4) *M. B.*, t. V, c. XXV.
(5) *Vie du jeune.* Louis Colle-Chap., II.

CAPITULO XXXII

DON BOSCO Y LA POLITICA

¿Fué político Don Bosco?

1. Parecen dos términos antitéticos. Y, en cierto modo, lo son. Sin cesar recomendaba a los suyos «mantenerse ajenos a toda contienda o competición política», alegando que ésta divide, y nuestra misión es unir; que crea enemistades, sospechas, malintesas, cuando el mundo necesita tanta comprensión y corazón abierto.

Y, sin embargo, Don Bosco fué político. Político a su modo, o, si se quiere, metapolítico, a la manera de los Apóstoles. Pío IX decía—y lo confirmó León XIII—: «Vos tenéis la misión de probar que se puede ser buen católico y al mismo tiempo buen ciudadano; que en todos los tiempos y países se puede hacer gran bien sin chocar con la política de moda.»

También en esto, un precursor y un abanderado.

Amantísimo de Dios, de la Patria y de la Humanidad, no podía menos de concebir un programa de vida en que se armonizaran todos esos intereses. Por eso vió claro en la máxima cuestión política de su tiempo: «la Cuestión Romana», y le prestó con toda decisión el contingente de su inteligencia y corazón a fin de que «los italianos pudieran ser a un tiempo buenos cristianos y buenos patriotas, y los extranjeros sentirse en Roma como en su propia patria».

Por razones obvias, Roma mejor que París, Londres, Wáshington, o cualquiera otra ciudad, es la capital del mun-

do. Sus esfuerzos y buenos oficios no se realizaron entonces, más por la incomprensión del liberalismo italiano, que por la imposición de terceras potencias interesadas en mantener a Italia dividida y, por lo mismo, débil; pero preparó los caminos.

Elevadamente patriota, siente repulsión instintiva a inmiscuirse en partidarismos y patrioterías; acostumbrado a vivir en las esferas de lo sobrenatural, comprende la posibilidad y aun la necesidad de formar al ciudadano independientemente de una determinada formalidad política: su educación será cívica, social, cristiana de alto vuelo y reposado respiro, la que dispone al ciudadano a amar la Patria y sacrificarse por ella, a considerarla como unidad y crisol en que se funden y armonizan los espíritus y los intereses. Y como la Patria, antes que unidad geográfica y política es unidad social y moral, que debe formar en el concierto del universo para contribuir a la felicidad humana; Don Bosco eleva, con la Iglesia, la mirada, y su patriotismo trasciende. Su Sistema, como la Iglesia, se acomoda, se adapta, penetrando, sublimando. Y no por eso es menos vivo y eficaz. Todos reconocen que por más que lo espiaran y tentaran sectas y políticos, nadie osó nunca acusarlo de antipatriota La mejor Historia de Italia de esos tiempos, de su pluma salió. Al enviar sus hijos a las Repúblicas americanas les encareció cuidarse de los compatriotas allí emigrados.

Supernacionalista y patriota

2. «Debido precisamente a esta visión supernacionalista, y por lo mismo verdaderamente social y humana, Don Bosco es hoy más actual y está más vivo en su misma Pedagogía que sus contemporáneos liberales, porque en el desarrollarse de las condiciones históricas y en el mudarse de los programas políticos, lo que permanece perenne es la finalidad cívica del hombre, o sea su verdadera formación social: esto, hoy, como en la Edad Media, como en Roma, como en Gre-

cia; que esto se realiza no enrolando al hombre en un partido más o menos perfecto—inevitablemente contingente y mudable—, sino formándolo a la conciencia de sus deberes» (1).

Y como esto es espíritu, tiene aplicación en todas las naciones y es bueno para todos los tiempos. Esto explica porqué hoy, en donde quiera, y señaladamente en las Repúblicas iberoamericanas, los Colegios Salesianos, tanto de varones como de hembras, se distinguen por su fervor patriótico. Patriótico, no patriotero, ni chovinista, que esto no sería cristiano. Sin duda, por eso manifestaba repetidamente, en tono gracioso: «*mi política es la política del Padre nuestro*, y lo debe ser para los Salesianos».

Casos curiosos

3. A propósito de política.

Los políticos ven en todo política.

Cuando empezó Don Bosco a desarrollar su obra, era gobernador de Turín el marqués Benso de Cavour, padre del famoso político autor de la Unidad Italiana. Siendo tiempo de agitación revolucionaria, el gobernador veía peligro y conjuraciones en todas partes, hasta en esas inocentes y moralizadoras reuniones de niños. Un día llama a Don Bosco a la Gobernación, y haciéndole un largo razonamiento sobre la política del día, conjurados y conjuraciones, termina diciéndole:

—Me aseguran que sus reuniones de muchachos son peligrosas al orden y tranquilidad pública, y por eso no puedo tolerarlas. Acepte mi consejo, caro Don Bosco, y deje en libertad esos bribones, que no le darán más que disgustos a usted y fastidios a las autoridades.

—Yo no tengo otras miras, señor marqués, sino mejorar la suerte de esos pobres hijos del pueblo. Me da pena verlos vagar por las calles con evidente peligro de su moralidad. Los recojo para instruirlos en la Religión y buenas costumbres, esperando así disminuir el número de los díscolos e inquilinos de las cárceles.

—Usted se engaña, buen sacerdote; echa al viento sus

fatigas. Y luego, ¿dónde hallará medios para pagar los locales? Le repito que no puedo permitir esas reuniones.

—Yo no pido dinero, señor marqués, porque la Providencia no me lo deja faltar.

—Se lo repito, disuelva esos vagabundos, que sólo le darán fastidios.

—Los resultados hasta ahora, señor marqués, me dicen que no trabajo en vano. Muchos de esos niños, totalmente abandonados, han sido ya asilados y encaminados al trabajo, moralizados. No pocos de esos mismos, que ya sufrieron cárcel, se han enmendado.

—Tenga paciencia, obedézcame y disuelva esa canalla.

—Compadézcalos, señor marqués; no por mí, sino por el bien de esos pobrecitos y de la sociedad.

—¡Basta! ¿Sabe usted ante quién está? Usted debe reconocer mi autoridad.

—La reconozco y acato, señor marqués.

—¿Sabe que me cuesta poco llamar los guardias y hacerlo llevar adonde usted no quisiera?

—No le tengo miedo a su Excelencia, señor.

—¿Cómo?

—Se encarcela sólo a los bribones. Yo no lo soy. Sería injusto quien me encarcelara a mí, pobre cura inocente. Y su Excelencia es muy recto.

—¡Cállese! Yo no estoy aquí para disputar con usted. Su Oratorio es un desorden y yo debo impedirlo. ¿Ignora usted que están prohibidas las reuniones políticas?

—Mis reuniones de niños no son políticas, sino religiosas. Yo no hayo más que enseñarles el Catecismo y obedecer a mi Prelado.

—¿El Arzobispo está informado de estas cosas?

—Naturalmente, señor marqués; yo no doy un paso sin consultarlo.

—Si el Arzobispo se lo prohibe, ¿usted no opondrá dificultad?

—Ningunísima: he comenzado y continuado mi obra con el beneplácito de mi Superior eclesiástico, y a una sola palabra suya la abandonaré.

—¡Bien! Yo hablaré con el Arzobispo.

Y habló, y el Arzobispo le tranquilizó.

Pero... no del todo. El político seguía viendo conjurados en esos niños y conjuraciones en esos Catecismos y en esos juegos al aire libre. No los prohibió, pero mandó vigilarlos por la Policía.

El Oratorio era... un prado. Desde las seis de la mañana ya los rondaban los guardias y polizontes. Don Bosco confesaba a sus niños bajo un árbol. A la hora conveniente, el campamento se movía: iban a una iglesia para la Santa Misa. Y allá los guardias. Don Bosco gozaba viéndose escoltado como un príncipe.

Llega la hora de los Catecismos. Y la del resumen. Se reúnen todos, o en una iglesia o donde pueden. Cuatro u ocho guardias, rígidos como postes, vigilan, escuchan, espían.

—¿Qué habéis visto y oído entre esa gentuza?

—¡Oh, señor marqués, si su Excelencia viera! Una multitud inmensa de muchachos. Y se divierten que es un contento. Y ni una riña, ni...

—¿Y de política? ¿De política?

—Ni una palabra. Y es natural. ¿Qué entenderían de política esos rapazuelos?

—Pero los más grandes, ¿no hablan de revolución y de guerra?

—Lo más, lo más, darían una batalla a un canastón de panes. ¡Oh, si hubiera en Turín muchos Oratorios! ¡Qué alivio tendríamos los guardias!

Y los guardias todos—en su honor sea dicho—se conmovían ante el espectáculo. Y como escuchaban atentísimos las pláticas, acababan por irse a confesar. Y como los cambiaban con frecuencia, fueron centenares los de ese benemérito Cuerpo los que se convirtieron en admiradores y verdaderos bienhechores de Don Bosco y sus Oratorios (2).

Es la política del Padrenuestro. Un reflejo de esto tuvo lugar en España cuando en 1911 el Rector Mayor, don Pablo Albera, visitaba las Casas Salesianas de España. El entusiasmo era grande; frecuentemente se movían masas enormes para recibirlo y despedirlo. El conde de Romanones, a la sazón ministro de Gobernación, se alarmó y ordenó que guardias a caballo vigilaran esos movimientos. Así la Benemérita daba guardia de honor al humilde sacerdote—«le petit Don Bosco»—, y sirvió no poco a la propaganda Salesiana. Nosotros se lo agradecimos mucho.

Historia de un Almanaque

4. Siempre a propósito de política, es curioso y sugestivo el prólogo que en 1865 le puso al «Galantuomo» *el fa-*

moso «Almanaque nacional», personaje graciosísimo con que obsequiaba a los suscriptores de las «Lecturas Católicas».

Cuenta, entre otras aventuras, el Galantuomo, que encontrándose en la calle con un viejo amigo, éste le había dicho: «Mira, Galantuomo, te es más conveniente plantar coles y sembrar remolachas que fabricar calendarios; ganarás más y estarás más tranquilo.» Y tanto le dijo, que Galantuomo se persuadió y comenzó las diligencias para comprar un huertecito donde plantar sus coles y sembrar sus remolachas. Sólo que el mismo viejo amigo, contándole a todo el mundo la decisión de Galantuomo, produjo un revuelo incalculable. De todas partes le llueven a éste diluvios de protestas y cartas de todo color, color de rosa, color verde, color de canario, conjurándole todos a no privarlos del almanaque. Suspenso, pondera el pro y el contra, y se decide a sacar su calendario—que él llama «Lunario»—, ateniéndose, por supuesto, a ciertas condiciones, y poniéndolas él a su vez. Narra luego, muy en confianza, sólo al lector, rogándole no se la cuente a ningún otro, la última aventura:

«No ignoráis vosotros, caros lectores, que por respeto a la buena memoria de su abuelo, el Galantuomo gastaba un chisme que, desprendiéndose de la nuca, le caía por la espalda, llamado «coleta». ¡Pues bien! Galantuomo se lo ha irrevocablemente cortado. ¿Por qué? Muchos, muchos le decían que eso ya no era según los tiempos, que era un oponerse a las ideas modernas, querer arranciarse, ser un atrasado, un neo, un retrógrado, un oscurantista, y qué sé yo cuántas cosas más. ¡Pobrecito! No comprendía nada ni compaginaba lo que entraba su coleta con las ideas modernas y los tiempos nuevos. Pero en fin, para no chocar, se cortó su coleta, su coleta que era el encanto de los niños de la calle. El no podía suponer jamás que unos cuantos mechones de pelo tuvieran que ver con la política. ¡Política! ¡Política! Pero, ¿qué es la política? Hasta entonces habría creído que política era algo como el arte y la ciencia de la polenta («del puchero», diríamos nosotros): y ahora comprende que la política nada tiene que ver con la polenta, o sí, que acaso era asunto de polenta; pero, en fin, sea como sea, Galantuomo jamás se ha ocupado de política, y es bien singular que ahora su coleta sepa de eso más que él. Pero, en fin, que la pague la coleta retrógrada, ultramontana, oscurantista.

Al día siguiente Galantuomo sale, según su costumbre, a sus quehaceres. El verlo sin coleta es un escándalo. To-

das las clases de la sociedad se alborotan. Un amigo sincero se le acerca y lo reprende: «¿Cómo? ¿También tú te has vuelto fracmasón?» El nuevo título le causa nuevo estupor. «¡Esta sí que es buena! Fracmasón, requesón, ¿qué sé yo de eso? ¡Y luego dicen que hay libertad para todo y para todos! ¿Libertad? ¡Quiá! ¡Si gasto coleta, mal; si la corto, peor! ¡Oh, vayan todos a freír espárragos!»

Y como era precisamente buena estación para poner en práctica el consejo del primer amigo, Galantuomo va a comprar un campito para sembrar coles, plantar remolachas y cultivar espárragos. Y andando, andando, va repitiendo para su capote: «¡Qué política! ¡Qué política ni qué niño muerto! ¿A qué pro? ¡Yo tengo fe en la Providencia! Suceda lo que suceda, Dios sabrá sacar partido de todo para el bien y conducir a la Humanidad a su destino» (3).

Cómo le interesa el movimiento de las ideas

5. ¡Y cómo se interesa del movimiento de las ideas! ¡Y qué partido sabe sacarles! En 1846 tuvo el Piamonte una cuestión con el Austria por asuntos de aduanas. Hubo asambleas agrarias, se forma una sociedad vinícola, se publican manifiestos.

«En medio de tal fermento, aparece un volumen de 150 páginas, titulado «El enólogo italiano»; su autor es Don Bosco. En ese libro trata del cultivo de la vid, de pipas, barriles y demás vasijas vinarias; enseña las diversas maneras de hacer el vino, el tiempo de trasegarlo, el modo de conservarlo, de impedir que se avinagre o tome gustos malos, por los cuales tantas veces una familia ve arruinadas las fatigas de un año entero de duras faenas... Lo difundió en millares de ejemplares entre los campesinos, en obsequio a los párrocos, a los alcaldes, a los maestros, a los médicos; con su propia mano lo puso en las de los que se proclamaban paladines de la libertad del pueblo... No había entrado en política, pero de hecho hacía suyas las sanas aspiraciones e ideas del pueblo en lo que se refiere a su prosperidad. En todas partes se hablaba de vinos, de comercio, aduanas y

fielatos del vino; con su «Enólogo», Don Bosco se mostraba, cual era, amante de sus conciudadanos, fautor del progreso y de la civilización...» (4), y aprovechador de las ocasiones.

Escribió luego una deliciosa comedia, que hizo representar, y un tratadito—el primero en Italia—sobre el Sistema métrico decimal, movido del deseo de amaestrar al pobre pueblo en cuestión económica y social, para salvarlo del engaño de crueles especuladores que explotan su ignorancia...: «deseoso de prevenir tales inconvenientes y contribuir cuanto puedo a las necesidades del pueblo, he compilado este tratadito...». Y el «tratadito» fué tal, que hizo texto, y la comedia, representada en multitud de pueblos y ciudades, logró más que todos los tratados juntos.

NOTAS

(1) Flores de Ar.: *Op. cit.*
(2) *M. B.*, t. II, c. XIX.
(3) Cf. *M. B.*, t. VII, c. LXXVI.
(4) *M. B.*, t. II, c. L.

CAPITULO XXXIII

DON BOSCO, MISIONERO

Su amor a las Misiones

1. Corazón tan amante de Dios y de las almas, Don Bosco no podía menos de amar las Misiones.

Apenas ordenado, quiso marchar al Oriente con un grupo de Misioneros. Lo retuvo la autoridad de su Director Espiritual, San José Caffasso. Más tarde, a la edad de treinta y tres años, tuvo los mismos deseos y de nuevo su Confesor le manifestó que la voluntad de Dios era otra, consolándole, empero, con el pensamiento de que debería enviar numerosos Misioneros a los campos apostólicos.

Asiduo lector de «Los Anales de la Propagación de la Fe», hablaba continuamente de las Misiones. Era como un pensamiento fijo en él. Tenía su aposento lleno de mapas, y marcaba en ellos con vigorosos trazos las regiones que esperaban aún la predicación del Evangelio. El año de 1848 sus discípulos y amigos le oían repetir: «¡Oh, si tuviera muchos sacerdotes y hermanos, los mandaría a evangelizar la Patagonia y Tierra del Fuego!» «¿Por qué esas tierras precisamente?» «Porque tal vez son las tierras más necesitadas.»

Y el P. Julio Barberis asegura que, desde que lo conoció, vió que se interesaba muchísimo por las Misiones y que hablaba con tal entusiasmo que lo ponía en ellos.

Otro de sus discípulos lo sorprendió un día estudiando detenidamente un mapa. «Estoy estudiando—le dijo—los puntos estratégicos. Es necesario que cuanto antes vayamos a

dar batalla al demonio en estas regiones. ¡Pobres almas! ¡No conocen a Nuestro Señor! ¡Y son millones!»

Y otro día a un grupo de Salesianos, como si ya estuvieran abiertas las Misiones: «Nosotros sigamos siempre nuestro método; ante todo, los niños. Y los niños nos abrirán la puerta para los demás.»

La inspiración

2. Acostumbrado a esperar la manifestación de la voluntad de Dios, ésta le vino, como en todas las obras que le había confiado, prodigiosamente.

La primera vez, en 1854, a la cabecera de un niño moribundo. Sobre la ciudad de Turín se había cebado el cólera morbus. Don Bosco y sus niños se habían prodigado en el cuidado de los enfermos. El jovencito Juan Cagliero contrajo, de resultas, un violento tifus. Los médicos lo desahuciaron. Y cuando, retirándose, le dijeron a Don Bosco que ahora era el turno del sacerdote para administrar los últimos sacramentos, él se dispuso a prepararlo al último paso. Pero al entrar en la habitación vió sorprendido una paloma blanca revoloteando con un ramo de olivo que, después de varias vueltas, dejó caer sobre la frente del chico moribundo. Y a los lados de la cama, dos figuras de guerreros, dos gigantes, uno de color de ébano y otro color de bronce, que se inclinaban como suplicantes ante el enfermito, y en sucesivos planos, multitudes de las mismas estirpes, tendiéndole las manos como para pedirle socorro. Todo lo comprendió el Santo. Aquel niño debía ser Misionero y Obispo. Aquellos gigantes y sus séquitos eran los representantes de los pueblos que debía evangelizar. Por eso, le dice: «Juanito, ¿qué prefieres, irte al cielo o curar?» «Me parece que estoy preparado: irme al cielo.» «Será más tarde. Ahora curarás..., estudiarás..., serás sacerdote, y Cruz y Breviario en mano, recorrerás muchas tierras..., predicarás el Evangelio a los que aún no lo conocen...» Y el niño curó en ese instante, y

cuando sonó la hora de la Providencia, fué el primer Misionero Salesiano y el civilizador de las Pampas y de la Patagonía, luego Nuncio Apostólico, luego Cardenal de la Santa Sede.

Forjador de Misioneros

3 En 1871 tuvo Don Bosco un «sueño». Se halló en una región extremadamente salvaje. Cerrando el horizonte se levanta una cadena de montañas, que añadían cierta lobreguez al ya tremendo paisaje. Hombres medio desnudos, de estatura colosal y aspecto feroz surcaban las inmensidades. Súbitamente aparecen otros hombres, en quienes Don Bosco reconoce Misioneros. Se acercan a los salvajes para evangelizarlos. Mas éstos se arrojan sobre ellos y los trituran. Otros Misioneros les suceden, y acaece lo mismo.

Finalmente avanza un tercer grupo, y en ellos reconoce a sus Salesianos. ¡Van a hacerse matar, inútilmente! Quiere gritarles que se detengan. Mas ellos ya se han adelantado resueltos, sonrientes y confiados. Van cantando, rezando el Rosario, y una muchedumbre de niños los preceden, cantando también y rezando el Rosario a María Auxiliadora. Los salvajes no reaccionan violentamente ; al contrario... Los Misioneros son acogidos... entonan el Rosario, entonan un cántico a Jesús Sacramentado, otro a María Auxiliadora. Los salvajes se les unen... es una masa imponente de cantos... y de oraciones... y de sonrisas...

En 1875 la República Argentina le pide a Don Bosco Profesores para Escuelas de Artes y Oficios y Agricultura y... Misioneros para las Pampas y Tierra del Fuego. El Santo acepta. La Misión está abierta. Don Juan Cagliero, Director Espiritual General de la Congregación, es nombrado jefe de la expedición. Cinco años más tarde, es hecho por León XIII Vicario Apostólico y consagrado Obispo.

Avisos a sus Misioneros

4. Al partir sus Misioneros, Don Bosco recuerda los avisos de Nuestro Señor a sus Apóstoles, y comenta:

«No os preocupéis sino de las almas; no deseéis ni honores, ni riquezas, ni dignidades;

Tened ternura especial para con los enfermos, los niños, los ancianos, los desgraciados;

Sed siempre respetuosos y sumisos a las autoridades civiles y religiosas;

Sed los apóstoles de la devoción a la Santísima Eucaristía y a la Santísima Virgen Auxiliadora;

Haced lo que podáis, todo lo que podáis, y abandonaos en las manos de Dios;

«Tened una confianza ilimitada en la Hostia Santa y en la Virgen Auxiliadora, y experimentaréis lo que son los milagros.»

También les recomendó que se cuidaran de los emigrados europeos, particularmente de los compatriotas; que enseñaran artes y oficios, que fomentaran la agricultura, tanto como medio de subsistencia propia, cuanto como medio de fijar a los indígenas trashumantes al suelo.

Siguieron ellos las instrucciones del Padre, y a pesar de las dificultades, dificultades enormes y de todo género, la civilización y organización de todas aquellas tribus, de todas aquellas islas, de todas aquellas regiones, se llevó a cabo con relativa prontitud y relativa facilidad. Cuando después de treinta años de intensa labor, Monseñor Cagliero dejaba su Vicariato para llenar los nuevos delicados encargos que la Santa Sede le confiara, la Jerarquía estaba en buena parte establecida: en los pueblos que fundaron edificó iglesias, y alrededor de ellas escuelas, hospitales, farmacias... Obispados y Arzobispados tienen hoy sus sedes en las ciudades que el celo de los Misioneros y el genio emprendedor de los gobernantes argentinos hicieron surgir en los territorios sal-

vajes y desolados que Don Bosco en sueños contemplara. Así, el trabajo de los Misioneros ha sido estable y duradero.

La nota sociológica

4. Como nota curiosa de carácter sociológico, diremos que los Misioneros se propusieron, apenas se les ofrecía la ocasión, fundar verdaderas Escuelas agrícolas. No bien se establecía un «centro» de Misión, poníanse en relación con el Ministerio u Oficina de Agronomía, y después de estudiar la calidad del suelo y demás agentes naturales, pedían a dichas entidades o a sus Superiores y familias de Europa, semillas y animales de cría. Experimentaban mucho; enseñaban luego a los habitantes, y así propagaron denodadamente la agricultura en esos sitios que parecían inaccesibles al cultivo. Varias de esas residencias fueron así verdaderas Escuelas teórico-prácticas, de donde irradiaban conocimientos y semillas, plantas y animales. Los chicos de las Escuelas, con un Hermano al frente, se desplazaban por estancias y alquerías, a sembrar, podar, injertar.

Como en muchos lugares se carecía de agua potable y de riego, los Misioneros hicieron no pocos acueductos, casi siempre con medios rudimentarios, abrieron pozos, plantaron molinos de viento, arietes, etc., y llenaron de sotos, de huertos, de jardines, de pastizales y trigales los que parecían yermos desiertos; símbolo hermoso de lo que se verificaba en almas por medio de la cultura y de la Gracia de Dios. La música, la pintura, la fotografía no jugaron ni juegan papel desairado en esa gloriosa conquista.

Los Misioneros necesitaban desplazarse y no siempre bastaban los caballos: había que vadear ríos, canales, estrechos de mar. Pues se construyeron y se adquirieron embarcaciones de vario tonelaje y calado. Para completar los medios de seguridad, una hermosa red de observatorios meteorológicos circundó los territorios de misión... que hoy son florecientes ciudades y emporios de riqueza.

Después de la Patagonia y Tierra de Fuego, les vino el turno a los Bororos del Brasil, a los Jívaros del Ecuador, a los Guanivos de Venezuela y Colombia, a los descendientes de los Incas, etc.

Y en todas partes los mismos medios, los mismos métodos, el mismo Sistema y, más o menos tardíos o tempranos, según, los mismos resultados.

En el lecho de muerte

5. A la cabecera de Don Bosco, moribundo, estaba Monseñor Cagliero, y el Santo le dice: «Te recomiendo nuestras Misiones del Oriente.»

El Prelado cree que el Santo delira, y le replica: «Sí; nos cuidaremos mucho de las Misiones del Chaco, del Ecuador...»

«No; te recomiendo nuestras Misiones del Oriente, de la China, de la India...»

En estas tierras no había Misiones Salesianas. Pero el Santo las veía. Cagliero es nombrado Visitador de Seminarios y Diócesis en Italia; enviado luego Nuncio Apostólico a Centroamérica, y nombrado Cardenal de la Santa Sede y destinado a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Hay necesidad de Misioneros en la China y en la India. Benedicto XV le ofrece insistentemente algunos centros importantes a la Sociedad Salesiana. Don Rua acepta. Entonces comprendió el Cardenal Cagliero las palabras de su Padre moribundo.

La Congregación, Misionera

Hoy florecen las Misiones Salesianas también en la China y en la India. La guerra y el contacto con las grandes civilizaciones occidentales ha hecho nacer en esas milenarias civilizaciones sedentarias la fiebre del progreso, y desean in-

dustrializarse. Nuestros Misioneros están persuadidos de que a la Sociedad Salesiana, con sus Escuelas Profesionales y Agrícolas, se le abre un campo de incalculable alcance. Por eso claman a todos los vientos, pidiendo personal especializado, pidiendo máquinas de imprenta, tornos, fresadoras, cepilladoras, linotipias, «Singers», etc., etc.

El mundo se unifica: el dolor y la Cuestión Social lo unifican, heraldos de la Divina Providencia, que parerce urgir el sentimiento de la unidad humana y, por consiguiente, de la Fraternidad Cristiana. Los Misioneros dicen que mucho espera el Oriente de nosotros los católicos; que las predicaciones del Padre Santo les han abierto los ojos a muchos; que están persuadidos de que la Iglesia no sólo no se opone al bienestar de los pueblos, sino que lo promueve. Una vez más el programa «Pan y Catecismo», que es el programa de la Caridad activa, se impone a la consideración y a la acción de los hombres de buena voluntad.

Las Misiones de Don Bosco, con el Sistema y los métodos de Don Bosco, pueden ayudar decisivamente a la Evangelización del mundo.

La Congregación ocupa hoy el tercer lugar entre las Ordenes Misioneras, y tiene Misiones en Argentina, Chile, Perú, Brasil, Ecuador, Venezuela, Australia, Congo, China, India del Norte, Indias del Sur, Tainlandia, Japón, Cabo Verde, Timor, Egipto...

CAPITULO XXXIV

DON BOSCO POETA

I

POETA DE ACCION

Lo que es el poeta

1. Dice un grande escritor francés que «hombre perfecto será el que fuere a la vez poeta, filósofo, sabio, virtuoso, y esto no a intervalos ni momentáneamente, sino por una íntima compenetración en todos los momentos de su vida; en una palabra, aquel en quien se reunieran todos los elementos de la humanidad, como en la misma humanidad».

Difícil hallar tal hombre en la prolongación de los siglos. Sólo el Hombre Dios podía realizar el alto ideal, y en la medida que se acerquen a El, lo serán los hombres. Don Bosco pertenece ciertamente al grupo de estos escogidos.

No le podía faltar el carácter de poeta. Antes creo que todo maestro verdaderamente tal, debe ser poeta, como debe serlo el *condottiero*, el caudillo, el conquistador. ¿No es, por ventura, ya que no siempre un «creador», al menos un suscitador de ideas y sentimientos, de energías y aplicaciones? ¿No debe inventar a cada paso nuevos recursos? Y sobre todo, ¿no debe encender entusiasmos y renovarse incesantemente, verdadera ave fénix?

2. Otro grande escritor francés, Alberto du Boys, Presidente de la Corte Suprema del Alto Loira, escribió en 1884 una elegante y documentada biografía de don Bosco, y en un capítulo originalísimo, con el sugestivo título: «El poema de Don Bosco», presenta su Obra como un grandioso poema (1). «Los grandes poetas de las diversas edades —dice—, Homero, Virgilio, Dante, Milton..., han concebido el vasto plan de una epopeya y realizándolo en cantos llenos de vida y de luz. Por extensión se consideran como poemas las obras maestras de las Artes plásticas, y poemas llamamos las inmensas catedrales elevadas a Dios por nuestros padres. Hay otro género de poetas verdaderamente épicos: los que levantan un edificio moral con materiales vivos: los hombres que fundan imperios y organizan naciones. Y lo son también los que edifican sobre las cumbres misteriosas que dominan desde lo alto la naturaleza humana; los fundadores de nuestras fecundas familias religiosas: los Benitos de Nurcia, los Domingos de Guzmán, los Franciscos de Asís, los Ignacios de Loyola. Sus obras, inspiradas, magníficas, adaptadas desde luego a las necesidades de sus contemporáneos, ejercen luego acción perdurable sobre el mundo.

Don Bosco es un poeta de éstos: ha visto que las destrucciones de nuestros tiempos exigen fundaciones más que restauraciones, y concibe de golpe todo un plan vastísimo, disponiendo en esto materiales variadísimos elaborados para satisfacer grandes necesidades religiosas y sociales. Su poema, acariciado en su pensamiento, ha encontrado expresión visible y sugestionadora: a la vista de todos está» (2).

Está bien; la Sociedad Salesiana es un Poema: como el de Dante, tiene tres cantigas sublimes: los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora, los Cooperadores y Cooperadoras; cantos armoniosos son los Colegios, Escuelas profesionales, Misiones, Lazaretos... Tiene razón Du Boys; el gran poema de ese «Homero Apostólico» es su Obra Apostólica.

II

POETA LITERARIO

Sus descripciones

3. Mas aparte de eso, aun literariamente, Don Bosco es un poeta y gran poeta.

Como Agustín, como Francisco de Asís o Dante, amó la Belleza y cultivó las Artes que la expresan y comunican. Amó la Literatura, la Música y la Pintura; amó la Poesía.

Poquísimos versos escribió Don Bosco, y éstos, si flúidos y armoniosos, no son, no, modelos de parnaso; no podía darse el lujo de sentarse a limarlos y pulirlos: son poemitas de ocasión, que casi siempre él mismo musicaba. Pero aparte de que poesía es su vida, ¡cuánta no hay en algunas de sus prosas, sobre todo en las narraciones! Sus descripciones del cielo y del infierno son dignas de Dante. La aparición de Domingo Savio en el famoso Sueño puede hombrearse con la celebérrima de Beatriz, cuando a los umbrales ya del paraíso se presenta

«sopra candido vel cinta d'oliva»...

Las que hace de las Misiones parecen páginas de Isaías.

Con esa su expresión «sencillamente sublime», sus palabras tienen olor a campo florido; del campo toma imágenes; explayan por todos los horizontes, traen aromas de un mundo superior a este mundo; ofrecen siempre flor y fruto, cantos de aves, frescos manantiales...

Algunas muestras de su infancia

4. Tiene razón Du Boys: «Don Bosco es orador-poeta». Una muestra. He aquí un cuadrito de sus Memorias. Con sencillez infantil narra el diálogo que tuvo con un virtuoso sacerdote, a la edad de once años, mientras regresaba de una plática misional, «por un sendero que corre entre viñedos y prados»:

—¿Cómo te llamas? ¿Tus padres? ¿Has frecuentado muchas clases?

—Me llamo Juan Bosco. Mi padre murió cuando yo era pequeñito. Mi madre es viuda y tiene cinco criaturas que mantener. He aprendido a leer y algo a escribir.

—¿Te gustaría estudiar?

—¡Tanto, tanto!...

—¿Y quién te lo impide?

—Mi hermano Antonio.

—¿Y por qué Antonio no te deja estudiar?

—Porque no habiendo él querido ir a la escuela, dice que no quiere que los otros vayan a perder el tiempo... Pero si yo pudiera ir, sí que estudiaría y no perdería tiempo.

—¿Y para qué quieres estudiar?

—Para hacerme sacerdote y acercarme, hablar, instruir en la religión a tantos compañeros míos, que no son malos, pero que lo serán, porque ninguno se ocupa de ellos.

«Este claro y diría audaz lenguaje mío hizo grande impresión sobre aquel santo sacerdote, el cual mientras yo hablaba no me quitaba la vista de encima. Llegados a un punto del camino en que era fuerza separarnos, me dejó con estas palabras: «¡Animo, Juanito! Yo pensaré en ti y en tus estudios.» (3).

Y juventud

El día de su ordenación, toma algunos propósitos, que no son letra muerta.

«El sacerdote no va sólo al cielo ni va sólo al infierno. Si hace bien, irá al cielo acompañado de las almas por él salvadas con el buen ejemplo; si hace mal, si da escándalo, irá a la perdición con las almas condenadas por su mal ejemplo» (4).

«Al entregarme a esta parte del Sagrado Ministerio, fué mi intención cansagrarme en cuerpo y alma a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas; fué mi intención darme para formar buenos ciudadanos en esta tierra, para que sean luego dignos habitadores del cielo.»

«Es mi delicia hacer el Catecismo a los niños, y entretenerme con ellos, hablar con ellos» (5).

Y esta balada sobre las constelaciones:

Ante el cielo estrellado

5. Ya Director del Oratorio, que cuenta numerosos habitantes, era el último en retirarse después de visitar los dormitorios. Describe su paso:

«Cerca de la media noche subía a mi aposento. En el balcón me detenía a contemplar los insondables espacios del firmamento. Me orientaba con la vista de la Osa Mayor. Buscaba la estrella polar, fijaba las miradas en la luna, si era visible; buscaba luego los planetas de nuestro sistema, luego las constelaciones conocidas, luego otras y otras estrellas y grupos: pensaba, contemplaba la belleza, la grandeza, la multitud de astros, las distancias inconmensurables que los separaban entre sí y de mí, me echaba a bogar por esas lontananzas, y abandonándome en estos pensamientos, paseaba por entre las nebulosas, y allende aún, y reflexionando que la última estrella de la última nebulosa, y que cada una de esas que a miríades forman un grupo, puede ser un centro desde el cual se goza un espectáculo como el que desde la tierra gozamos, desde cualquier parte que miremos en una noche serena; tanto me ganaba todo esto, que me sobrecogía el vértigo. El universo se me presentaba obra tan grande, tan divina, que no podía resistir, y tenía que refugiarme en mi aposento... Calcular los miles de años de luz que se necesitarían para llegar a ciertas estrellas, corriendo a la velocidad de la luz, ¡300.000 kilómetros por segundo! Nuestra mente se pierde y no puede formarse ni siquiera una lánguida idea de estas maravillas; y hay que caer de rodillas adorando la omnipotencia de Dios» (6).

La despedida cotidiana

6. «A boca de noche la campanilla nos reunía a todos en la iglesia: se hacía una breve oración, se rezaba el Rosario y el Angelus, y se terminaban con el canto «Lodato sempre sia...».

Salidos los niños de la iglesia, poníame entre ellos y los acompañaba al paso que ellos cantaban, gritaban, aplaudían. Llegados ya al «rondó», cantábamos aún alguna copla sagrada. Cada cual se despedía mil veces, sin acertar a separarse de la compañía. Ya podía yo decirles: «¡Id a vuestras casas!» Era un hablar a sordos. Había que resignarse. Seis de los más robustos tejían con los brazos una especie de silla, y que quieras que no, tenía que resignarme a sentarme en ese trono. Ponían se en filas y llevando como en triunfo a Don Bosco procedían calle arriba hasta el cruce de las avenidas. Aquí se cantaban aún loas sagradas, que tenían por estribillo: «Lodato sempre sia il Nome de Gesu, di Giuseppe e di Maria». Hacíase profundo silencio. Yo les daba las «Buenas noches», deseándoles una feliz semana. Todos respondían con cuanta voz tenían: «¡Gracias! ¡Otro tanto!» En este momento me bajaban de mi trono y yo volvía a casa más muerto que vivo, pero con el alma inundada de consuelo y dispuesta a trabajar, más y más.» (De sus Memorias.)

III

ALGUNOS «ENSUEÑOS»

7. «Os lo narro en confianza, para que cada uno de nosotros tenga la seguridad de que es la Santísima Virgen la que quiere nuestra Congregación y nos animemos siempre más a trabajar para la mayor gloria de Dios. Un día del año 1847, habiendo meditado mucho sobre la manera de hacer algún bien, especialmente en pro de la juventud, se me apareció la Reina del cielo y me condujo a un jardín amenísimo. Había allí un rústico pero bellísimo pórtico. Gentiles enredaderas adornaban y ceñían los pilares, y extendiendo sus ramos floridos formaban una graciosísimo velario. Este parque daba a una avenida muy hermosa, que a vista de ojos se prolongaba en pérgola suntuosa, flanqueada, y cubierta de rosales en flor. La Virgen me dijo: «¡Adelante por ese emparrado! ¡Es el camino que debes recorrer!» Me

descalcé para no pisar las rosas que esmaltaban la vía; ¡eran tan bellas! Y eché a andar. Sólo que a los pocos pasos advertí que aquellas rosas ocultaban punzantísimas espinas. Mis pies sangraban. Por lo que me ví obligado a detenerme y retroceder. «Aquí se necesita el calzado», dije a mi guía. «Ciertamente, ¡y bueno!» Me calcé y proseguí mi camino, acompañado de algunos que aparecieron en ese momento. Ellos me siguieron bajo el emparrado, que era magnífico: rosales no imaginados, de todas formas, colores y perfumes; rosas alfombraban la calzada, rosas pendían sobre nuestras cabezas, rosas flanqueaban los lados como festones. No se veía sino rosas. Pero todas las rosas ocultaban espinas. Yo sentía los pinchazos y me contorcía adolorido. Pero seguía adelante, animado siempre por la Santísima Virgen. De cuando en cuando recibía punzadas que me causaban espasmos.

Entre tanto, todos los que me veían caminando—y eran muchísimos—, decían: «¡Miradlo! Don Bosco camina siempre entre rosas; todo le va y le sale bien.» Pero no veían las espinas que me laceraban las carnes. Muchos de los que habían seguido, atraídos por el encanto de las flores, comenzaron a llamarse a engaño. Yo les respondía: «El que quiere sólo caminar deliciosamente sobre las rosas, retírese; ¡síganme los demás!» No pocos se retiraron.

Recorriendo un breve trayecto, volvíme a mirar a mis compañeros. Y, ¡cuál no fué mi dolor al constatar que otros muchos me habían ya vuelto las espaldas, y por más que los llamara, no me escuchaban! Entonces me eché a llorar, quejándome: «¿Será posible que deba recorrer sólo esta fatigosa vía?» Pero fuí pronto consolado. Veo avanzarse un escuadrón de sacerdotes, de clérigos, de laicos. «¡Hénos aquí, somos tuyos todos, te seguiremos resueltos!», me dijeron.

Precediéndoles, reanudé la marcha. Todavía algunos perdieron ánimo. Pero la mayoría llegaron conmigo a la meta. Fué largo el trayecto. Y nos encontramos en un amenísimo jardín. Todos se agruparon a mi alrededor: estaban flacos, macilentos, ensangrentados. Entonces se levantó un aura fresca, a cuyo soplo sanamos todos. Espiró otro vientecillo, y como por encanto me hallé rodeado de un número inmenso de niños y clérigos, de coadiutores, legos y laicos y también de sacerdotes, que se pusieron todos a trabajar conmigo entre aquella juventud. Muchos conocí, muchísimos no los conocí.

Entretanto, habiendo llegado a un alcorcito del jardín, vi delante un edificio monumental, de sorprendente magni-

ficencia y arte, y trasponiendo el umbral, entré en una sala espaciosa, de tal riqueza y gusto, que ningún palacio del mundo puede igualarle: toda esparcida y adornada de rosas fresquísimas y sin espinas, que exhalaban una suavísima fragancia. Entonces la Santísima Virgen, que me había guiado, preguntóme: «¿Sabes qué significa lo que ves y lo que has visto?» «No, Señora. Os ruego me lo expliquéis.» «Sábete que el camino que has recorrido entre las rosas y las espinas simboliza tu vocación, el cuidado que debes tomarte de la juventud: tú debes caminar con el calzado de la mortificación. Las espinas esparcidas sobre la vía representan los afectos sensibles; las simpatías y antipatías humanas que distraen al educador de su verdadero fin: lo hieren, lo detienen en su misión, le impiden o dificultan proseguir y recoger guirnaldas para la eternidad. Las rosas, la caridad ardiente que debe distinguiros a ti y a tus colaboradores. Las otras espinas son los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que os tocarán. Pero no os desalentéis; con la caridad y la mortificación, todo lo superaréis y llegaréis a las rosas sin espinas.» Apenas la Madre de Dios hubo concluído de hablar, volví en mí y me hallé en mi escritorio» (7).

Mensaje al Papa

8. Cuando la toma de Roma en 1870, Cardenales y Prelados urgían al Papa a abandonar la ciudad. Este les responde: «Esperemos la respuesta de Don Bosco, a quien ha consultado.»

«El centinela de Dios, el Angel de Israel permanezca en su puesto, guarde la roca de Dios y el Arca Santa» (8). Y el Papa no se movió de Roma.

La aparición del Venerable Domingo Savio

9. «Vosotros bien sabéis que con mis hijos no tengo secretos: les abro mi corazón. De lo que os voy a decir haced el caso que queráis. Mas, como dice San Pablo, «quod bonum est tenete»; si algo útil halláis para vuestra alma, aprovechadlo...

«La noche del 6 de diciembre (1876), estando en mi aposento, no sé si leyendo o paseando, o ya en la cama, entré en ensueño. En un instante me pareció estar sobre un oterito, a la vera de una llanura cuyos confines se perdían de vista. Era toda cerúlea, como un mar en plena calma: lo que veía no era agua, sino como un terso cristal luciente. Bajo mis pies y a los lados veía una región litoral a orillas del océano. Partíanla anchas e inmensas avenidas en vastísimos jardines de belleza incomparable, todos compartidos en bosquecillos, praderías, cuadros de flores, de formas y colores diversos. Ninguna de nuestras plantas pueden darnos una idea, si bien nos ofrecen una semejanza. Las hierbas, las hojas, eran de oro; los troncos y tallos, de diamante, y el resto correspondiente a esta riqueza. No se podían contar las diferentes especies, y cada especie y cada planta resplandecía de luz propia. Yo veía en medio de esos jardines y en toda la extensión de la llanada, edificios de un orden, belleza, armonía, magnificencia, vastedad tan extraordinarias, que en la construcción de uno sólo parecía que se agotaran todos los tesoros de la tierra. Y me decía a mí mismo: «¡Si mis chicos tuvieran una de estas casas!...» ¡Y eso que no veía sino lo exterior de esos palacios! ¡Cuál no sería su magnificencia por dentro!

Mientras contemplaba estupefacto las maravillas que ornaban esos jardines, he aquí difundirse una música de tan grata y suave armonía, que no puedo daros idea adecuada. Comparada con ella, no es música la de Cagliero y Dogliani. Eran cien mil instrumentos, maravillosamente acordados, y cada uno daba un sonido diferente, y todos los sonidos posibles desgranaban por los aires sus ondas sonoras. A éstas se unían los coros de los cantores.

Ví una multitud de gente, alegre, contenta, en los jardines. Quién tocaba y quién cantaba. Cada voz, cada nota, hacía el efecto de una reunión de mil instrumentos, todos diversos uno del otro. Contemporáneamente se oían todos los tonos y grados de la escala, del más alto al más bajo, que se puedan imaginar, todo en perfecto acorde. ¡Ah! Para describirlo no hay parangón humano. Por la actitud de esos felices moradores veíase que los cantantes no sólo probaban un contento extraordinario de cantar, sino que al mismo tiempo sentían inmenso goce oyendo cantar a los otros. Y cuanto más cantaban, más se les encendía el deseo de cantar; y cuanto más escuchaban cantar, más deseaban oír. Este era su canto: «Salus, honor, gloria Deo Patri Omnipotenti...

Auctor saeculi; qui erat, qui venturus est judicare vivos et mortuos in saecula saeculorum.»

Mientras extático escuchaba esta celeste armonía, comparece una multitud inmensa de niños y jóvenes, a muchísimos de los cuales conocía por haber estado en el Oratorio o en otros Colegios nuestros; pero la mayoría me eran desconocidos. Al frente de ellos avanzaba Domingo Savio, y en pos de él D. Alasonati, D. Chiala, D. Giulitto y muchos otros, cada cual guiando su escuadrón de jóvenes...

Llegada esa muchedumbre junto a mí, se detuvo a ocho o diez pasos. Brilló un lampo de luz viva, cesó la música, se hizo profundo silencio. Todos esos niños y jóvenes estaban llenos de alegría grandísima, que se les transparentaba de los ojos, y en sus rostros se veía la paz de una felicidad perfecta. Me miraban con dulce sonrisa y parecía que quisieran hablar; pero no hablaban.

Se adelantó Domingo Savio y se me puso cerca. Callaba mirándome, y sonreía. ¡Cuán bello era! Su vestidura era singular. La túnica candidísima, que le caía hasta los pies, estaba tachonada de diamantes y su tejido era de oro; una ancha faja roja ceñía su cintura, recamada también de pedrería, que entrelazándose en dibujo maravilloso, presentaba tal belleza de colores, que, al verlo, me sentía fuera de los sentidos, por la admiración. De su cuello pendía un dije de flores peregrinas: parecía que las hojas eran diamantes unidos por los tallos de oro. Y así todo.

Estas flores resplandecían de belleza sobrehumana, luz más viva que la luz del sol, que en aquel momento brillaba en todo el esplendor de una mañana primaveral, y reflejaban sus rayos todos sobre ese rostro cándido y rubicundo, de manera indescriptible. Su cabeza estaba cubierta de una corona de rosas. La cabellera le caía ondulante sobre los hombros, dándole un aspecto tan bello, tan afectuoso, tan atrayente, que parecía... que parecía... ¡un serafín!

Todos los demás resplandecían también, quién más, quién menos; vestían de modos diversos, todos asombrosos; en uno dominaba un color; en otro, otro; y cada vestido tenía su significación propia. Pero todos tenían los flancos ceñidos con la faja roja recamada en pedrería.

Yo contemplaba en silencio. Y Savio, por fin, me dijo: «¿Por qué estás mudo y como aniquilado? ¿No eres tú el hombre que de nada se asustaba y que afrontaba intrépido

calumnias, persecuciones, angustias y peligros de toda clase? ¿Dónde está tu valor?» Balbuceando, respondí: «¿Eres, pues, Domingo Savio?» «Lo soy, ¿no me reconoces? He venido para hablarte. ¡Tantas veces nos hemos hablado sobre la tierra! ¿No te acuerdas cuánto me amabas? ¡Cuántas y cuántas pruebas me diste de amistad, cuántos rasgos de benevolencia! ¿Y no era correspondido tu cariño? ¡Era tan grande mi confianza en ti! ¿Por qué temes, pues?»

Entonces cobré ánimo, y le dije: «Temo, porque no sé dónde me hallo.» «Estás en sitio de felicidad.» «¿Es, pues, este el premio de los justos?» «¡No, no! Aquí estamos en un lugar de delicias, sí, pero donde no se disfrutan los bienes eternos, sino sólo, aunque grandes, bienes temporales.» «¿Son, pues, naturales todas estas cosas?» «Sí, pero embellecidas por la potencia de Dios.» «¡Y a mí me parecía el cielo!» «¡No, no! Ningún ojo mortal puede ver las bellezas eternas.» «¿Y estas músicas, estas armonías, no son del cielo?» «¡No, no! ¡Y siempre no!» «¿Son, pues, sonidos naturales?» «Sí, sonidos naturales, perfeccionados por el poder de Dios.» «Y esta luz que vence la luz del sol, ¿no es luz del paraíso?» «Es luz natural, pero renovada y perfeccionada por la omnipotencia de Dios.» «¿Y no se podría ver alguito de luz sobrenatural?» «No se puede ver hasta que no se haya llegado a ver a Dios *sicuti est*. El más pequeño rayo de esa luz haría morir un hombre al instante.» «¿Y puede haber una luz natural aún más bella que ésta?» «¡Oh, si tú supieras! Si vieras un sólo rayito de luz natural superior a ésta, quedarías fuera de ti... Vas a tener una prueba. Abre los ojos. ¡Atento! Y mira allá, allá, al fondo del mar de cristal.»

Miré y de improviso apareció en el cielo, a una distancia inmensa, una instantánea lista de luz, sutilísima como un hilo, pero tan esplendente y penetrante, que mis ojos no pudieron resistir. Cerrélos y di un grito que despertó a don Lemoyne, mi secretario (éste estaba presente y confirmó la aserción), que dormía en un cuarto contiguo. Este hilillo de luz era millares de veces más claro que el sol, y su fulgor bastaría a iluminar el universo entero.

«¿Y esto no es un rayo divino?», pregunté, apenas repuesto. «No, es luz natural, reavivada por la omnipotencia divina. Si una zona inmensa de luz como la lista que has visto, ciñera la tierra, aún no daría idea del esplendor del paraíso.

Recobrado, pregunté a Savio: «Y vosotros, ¿qué gozáis

allá?» «¡Ah! Decírtelo es imposible... ¡Se goza de Dios! Y esto es todo...» «¿ Y ese tu vestido blanco y tan refulgente?» Savio calló. Y el coro prosiguió sus armonías: ipsi habuerunt lumbos praecinctos et dealbaverunt stolas suas in sanguine Agni.

«¿ Y esa faja?» Y como Savio callaba, D. Alasonati entonó: *Virgines enim sunt et secuntur Agnum quocumque ierit.* Y todos a una: *Hi sunt sicut Angeli Dei in coelo*» (9).

* * *

Paréceme haber dado al lector una idea de la figura de San Juan Bosco en su aspecto de pedagogo-sociólogo, que es, en mi concepto, la nota más saliente, la característica de su rica personalidad de hombre-cumbre y faro, como el Santo representativo, providencial, de nuestros tiempos.

NOTAS

(1) *Dom Bosco...*, págs. 317-20. París, 1884.
(2) Cf. *M. B.*, t. XVII, pág. 733-5.
(3) Amadei: *D. Bosco e il suo apostolato.* 2.ª ed., t. I, I, 6.
(4) *Ibid.*, LV, 13.
(5) *Ibid.*, II, I, 1.
(6) *M. B.*, LV, XVIII.
(7) Amadei: *Vita di Giovani Bosco*, t. I, c. XI.
(8) *M. B.*, t. XI, I.
(9) *M. B.*, XII, XX.

INDICE

PRÓLOGO 5

CAPÍTULO PRIMERO: ALGO DE HISTORIA... 9

I. *Los albores.*

1. Balmes y Don Bosco.—2. Juicio del P. Barbera, S. J.—3. Sueño profético.—4. La orfandad.—5. Cómo se prepara a su misión.—6. Intensifica su preparación.

II. *El comienzo.*

7. Ante la realidad.—8. Documenta su optimismo.—9. La acción de la Providencia.—10. Inmensidad de la obra.—11. Empieza denodadamente.—12. Oración y trabajo.

III. *Afianzamiento.*

13. Los medios humanos.—14. El primer Cooperador.—15. La ciudadela.—16. Prueba decisiva.

IV. *La armonización de las clases sociales.*

17. Un resultado trascendental.—18. Armonías.—19. Proyección sobre el futuro.

CAPÍTULO II. LA PEDAGOGÍA GLOBAL DE DON BOSCO 31

1. El puesto del Santo en la Historia de la Pedagogía.—2. Un por qué.—3. Don Bosco tratadista.—4. Explicaciones.—5. Las famosas «diez paginitas».

CAPÍTULO III. PEDAGOGÍA Y SOCIOLOGÍA 45

1. Relaciones entre las dos ciencias.—2. Suscinto análisis.—3. Colaboración.—4. El programa de Don Bosco.—5. Lo que es el trabajo.

CAPÍTULO IV. LA SOCIOLOGÍA DE DON BOSCO 55

I. *¿Será Don Bosco «el Santo» de la época?*

1. La cuestión social.—2. ¿Se podía prevenir?—3. Cómo lo intenta Don Bosco.—4. Las «Casas» Salesianas.—5. Ensayo de armonía social.—6. El concepto cristiano del trabajo.—7. Cuestión que se plantea Eugenio Ceria.—8. Consecuencias que saca un filósofo.

II. *El O. F.*

9. El ambiente social del tiempo.—10. Constatación de Cavour.—11. Refrendos.—12. En qué radica la eficacia del O. F.—13. El Reglamento del O. F.—14. El O. F. femenino.—15. El O. F. resuelve graves problemas.

III. *Las escuelas profesionales y agrícolas.*

16. Los precursores.—17. El espíritu de la Obra.—18. El funcionamiento.—19. Las escuelas agrícolas.—20. Unión perdurable.—21. Integración de la Obra.—22. Las Salesianas.—23. Botones de muestra.—24. El ideal de la Madre.

IV. *La «Familia» Salesiana.*

25. El ambiente social de los tiempos.—26. Fundación de la S. S.—27. La Tercera Orden.—28. Un juicio de Severino Aznar.

V. *Cómo veían los Gobiernos y los Sociólogos a Don Bosco.*

29. Una constatación.—30. En una Asamblea de Münster.—31. En el Parlamento francés.—32. En las Sociedades obreras.—33. Doutreloux.—34. La Gacette de Liege.—35. Juicio de los Cardenales Capecelatro y Parocchi.—36. Juicio de Pío X.

VI. *Lo que Don Bosco pensaba de los ricos y de las riquezas.*

37. Triste constación del Santo.—38. Cómo rechazó un millón y cómo administra los bienes.—39. Gravísimas palabras.—40. Gracioso episodio.—41. En Marsella.—42. En Lyón.—43. En Barcelona.—44. «Angelina».—45. Dos episodios contrastantes.—46. Don Bosco universalista.

CAPÍTULO V. «SU» SISTEMA 103

1. Una humorada.—2. Documentos a granel.—3. Conferencia con un maestro.—4. Lo que es el sistema preventivo.—5. ¿Qué es educar?—6. Su sistema es nuevo y original.—7. Es un sistema completo e integral.—8. Don Bosco nació educador y se perfeccionó con el estudio y el trabajo.—9. Su «trinomio» Razón-Religión-Amor.

CAPÍTULO VI. EL «SUEÑO» EN LA REALIDAD... 115

1. Detalles del Sueño.—2. El Sueño, la misión y el método.—3. Interesante coloquio.—4. Experimentación.

CAPÍTULO VII. APLICACIONES INMEDIATAS 123

1. Universalidad del sistema.—2. Algunas aplicaciones.—3. «Agricultor y médico».—4. Los correccionales.—5. Una queja injusta.

CAPÍTULO VIII. ESTUDIOS, AMISTADES, RELACIONES CON LOS GRANDES MAESTROS 129

1. Su actitud ante los diversos sistemas de su tiempo.—2. Su afán de conocer.—3. Consulta con los grandes maestros.—4. Lo que el mundo le debe en este campo.—5. Su formidable preparación.

CAPÍTULO IX. DON BOSCO Y EL ACTIVISMO 135

1. Practicó el activismo.—2. Interés y animación.—3. Lecciones por ocasión.—4. El interés pedagógico.—5. La Declamación.—6. Canto y Música.—7. Ponerse al nivel del niño.—

8. El gobierno de los niños por los mismos niños.—9. Las «Conferencias anexas».—10. La votación popular.—11. Paseos y excursiones.—12. El estilo de Don Bosco.

Capítulo X. Psicología y Pedagogía ... ... 147.

I. *Dotes naturales de Don Bosco psicólogo.*

1. La intuición.—2. Estudios y experiencias.—3. Razón de su optimismo.—4. La llave de los corazones.

II. *Teoría de Don Bosco.*

5. Una página de finísima psicología.—6. Confirmación práctica.—7. Extensión y profundidad de su psicología.

III. *Recursos a que apela.*

8. Notar y anotar. La «palabrita al oído» y la confianza.—9. Los ojos de Don Bosco.

Capítulo XI. ¡Práctica! ¡Práctica! 163

1. Las acusaciones de los activistas.—2. Observación preciosa.—3. Las lenguas.—4. Un timbre de gloria.—5. Prontitud en aprovechar las ocasiones.

Capítulo XII. Su «espíritu» 171

1. Frases doctrinales.—2. El amor, síntesis de todo.—3. Recomendación a los Directores.—4. El Colegio-familia.—5. Preocupaciones del Santo.—6. Definición del educador.—7. Siempre a la vanguardia.—8. Concordancias.—9. Una aplicación.—10. Un ejemplo-resumen.

Capítulo XIII. El problema de la autoridad y la libertad ... 187

1. El problema.—2. Recuerdos.—3. Detallandito.

Capítulo XIV. La vida de familia 193

1. Es el «estilo» salesiano.—2. La vida de «la Casa».—3. Algunas escenas.—4. Episodios.—5. Los funerales en «la Casa».—6. Paralelo.—7. El «Paterfamilias».—8. Un caso de tantos.—9. Consecuencias.—10. Evocaciones.

Capítulo XV. El problema de la vigilancia 205

1. La «asistencia».—2. «Asistentes» y maestrillos.—3. Un estudio del P. Barbera, S. J.—4. La legislación de la asistencia.—5. Como el imán.

Capítulo XVI. El sistema del amor, verdadero sistema científico 213

1. Una frase de Plar y otra de Pío XI.—2. Juicio de Flores Arcais.—3. Documentos del Santo mismo.—4. Un recuerdo del Cardenal Callero.—5. Los argelinos del Cardenal Lavigerie.—6. La dulzura en la Apologética.—7. Finezas, ternuras, agudezas, imparcialidad.—8. Resumen confirmativo.

Capítulo XVII. El problema de la educación colectiva e individual 227

1. Contraste elocuente.—2. Iniciativa y colaboración.

Capítulo XVIII. El problema de la disciplina... 231

I. *La vida de familia.*

1. La disciplina en el concepto de Don Bosco.—2. ¡Familia!

II. *El ambiente.*

3. Una objeción.—4. Cómo creó Don Bosco el ambiente.

III. *Serenidad y alegría.*

5. La alegría.—6. La melancolía romántica.

IV. *La reflexión.*

7. La fuerza de la reflexión.—8. Una especialidad: Las B. N.

Capítulo XIX. Las «buenas noches» 243

1. Lo que son.—2. Muestras.—3. Uso que hacen de ellas los discípulos de Don Bosco.—4. Su profundo significado psicológico.—5. Para que sean lo que deben ser.

Capítulo XX. Otros elementos de disciplina salesiana... 251

I. *La colaboración de los niños.*

1. Don Bosco la buscó desde el principio.—2. Un nuevo «Sueño». 3. Los alumnos toman la iniciativa.—4. Las Compañías.—5. Estas pasan el Océano.

II. *La Piedad.*

6. Es el principal coeficiente de la educación.—7. Moderación y equilibrio.

Capítulo XXI. El problema de los premios y castigos... 261

1. Importancia del asunto.—2. Dominio de sí y eficacia.—3. Modo de aplicarlos.—4. Legislación de Don Bosco sobre el asunto.—5. Comentarios de Flores de Arcais.—6. Don Bosco entra en detalles.—7. Los premios.—8. ¿Entronques con Locke y Rousseau?

Capítulo XXII. El problema del trabajo pedagógico... 271

1. El concepto de Rousseau, Froebel... y de Don Bosco.—2. La «función» del trabajo.—3. Ampliación de este concepto.—4. El Colegio es familia.—5. Don Bosco el Santo del trabajo.

Capítulo XXIII. El problema de la Didáctica 279

1. Cómo lo entendió Don Bosco.—2. Detalles.—3. El criterio de sus textos.—4. Avisos a un quejumbroso.—5. Enseñar a estudiar.—6. El método de Don Bosco al escribir.—7. Una anticipación genial.

Capítulo XXIV. El problema del interés pedagógico 289

1. El principal interés.—2. El interés debe mantenerse siempre despierto.—3. El Diario escolar.

Capítulo XXV. El problema del medio ambiente 295

1. La influencia que Don Bosco atribuye al ambiente.—2. Lo documenta.—3. El ambiente se puede y se debe modificar.—4. Un episodio confirmador.—5. Medios para modificar el ambiente.—6. El poema de los A. A.

Capítulo XVI. El problema de la pureza (Educac. de la castidad). 305
1. Cómo enfoca y trata Don Bosco este problema.—2. Sobre lo mismo.—3. La táctica.—4. Lo que Don Bosco piensa de la instrucción sexual.—5. ¿Colectiva o individual?—6. Un comentario autorizado.—7. Un «Sueño-epílogo».

Capítulo XXXII. El problema de la orientación profesional ... 319
1. ¿Es conquista reciente?—2. Elementos para afrontarle. 3. La práctica de Don Bosco. «Buenas Noches» de Don Bosco sobre el asunto.—4. Apostillas.

Capítulo XXVIII. El señor profesor don ejemplo 327
1. Importancia del ejemplo.—2. Legislación de Don Bosco sobre el asunto.

Capítulo XXIX. El problema post-escolar 331
1. Cómo preocupó a Don Bosco.—2. Cómo lo afrontó.—3. Otros documentos.—4. Escollos.—5. Recurso de importancia máxima.—6. Meditación y formación moral, litúrgica y apostólica.—7. El recurso príncipe.—8. La meditación.—9. El «lapso de la adolescencia».—10. Cómo seguía a sus ex-alumnos.—11. Los Ejercicios Espirituales.—12. Un juicio del P. Semería barnabita.

Capítulo XXX. El problema de la «caridad legal» 341
1. Crispi y Don Bosco.—2. Los «peligrantes».—3. Cómo proveer.—4. Obstáculos ... imaginarios.

Capítulo XXXI. El equilibrio de Don Bosco 347
1. Unifica los elementos dispersos.—2. Testimonios.—3. Con su tiempo.—4. Consecuencias.—5. En el régimen disciplinar.—6. En la Ascética.—7. A Dios y al César.—8. Una página modelo.—9. Equilibrio en todas las circunstancias.

Capítulo XXXII. Don Bosco y la política 357
1. ¿Fué político Don Bosco?.—2. Supernacionalista y patriota. 3. Casos curiosos.—4. Historia de un Almanaque.—5. Cómo le interesa el movimiento de las ideas.

Capítulo XXXIII. Don Bosco misionero 365
1. Su amor a las Misiones.—2. Forjador de misioneros.—3. Avisos a sus misioneros.—4. La nota sociológica.—5. En el lecho de muerte.—6. La Congregación misionera.

Capítulo XXXIV. Don Bosco poeta 373
1. Lo que es el poeta.—2. El poema de Don Bosco según Du Boys.—3. Sus descripciones.—4. Algunas muestras primitivas.—5. Ante el cielo estrellado.—6. La despedida cotidiana.—7. El «Sueño» del Emparrado.—8. Mensaje al Papa. 9. Aparición del Venerable Domingo Savio.

UNIVERSITY OF LEIDEN
OVERSEA

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 096214900